

Roberto Baschetti nos trae aquí una compilación de testimonios de aquella jornada de gloria, así como algunas noticias gráficas y otras tantas lecturas posteriores sobre el acontecimiento, como para significar y resignificar un momento fundacional del cual todos somos herederos y legatarios.

Una multitud de perspectivas compone este cuadro de época. Hombres de a pie, trabajadores, militantes, intelectuales, son invocados en esta compilación colorida y luminosa. No faltan las sombras de los testimonios gorilas, pero apenas opacan el brillo de aquel día peronista –soleado, como debe ser– y resaltan, por contraste, la luz que emana de la determinación popular fundada en ese amor genuino que desde entonces se llamó Lealtad.

Roberto Baschetti es sociólogo e investigador. Accedió a su tesis de grado con el trabajo sobre “El Mito Eva Perón a través del diario La Prensa en el período 1952-1955”. Además, se graduó como técnico en publicidad escribiendo sobre “Publicidad y Propaganda Política: el Caso Argentino”.



Trabajó en la Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA) y fue asesor de la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares (CONABIP) e investigador del Instituto Nacional Juan Domingo Perón en la gestión del Dr. Manuel Urriza. Desde hace más de veinte años trabaja en la Biblioteca Nacional de la República Argentina, teniendo actualmente a su cargo y jefatura el Canje y las Donaciones de dicho organismo estatal.

A su cargo, como curador, estuvieron diversas muestras hemero-bibliográficas organizadas por la Biblioteca Nacional: La mega-muestra “Evita. Una vida. Una historia. Un mito”; “Dorrego: una pasión argentina” y “Malvinas y la unidad latinoamericana” (abril 2003), entre otras.

Fue co-autor –junto a Nora Patrich y Facundo Carman– de “Mujeres son las nuestras: Fotografías inéditas 1946-1983”, donde a través de 185 páginas, 210 fotografías, 88 volantes y panfletos de época y 15 facsimilares, se pasa revista al rol de la mujer en el peronismo.

Entre sus principales publicaciones se encuentran: la serie de “Documentos”, que abarca el período 1955-1980, en 9 tomos; “Rodolfo Walsh vivo (escritos olvidados, cronología de vida, bibliografía afín)”; “Campana de palo”, una antología de poemas, relatos y canciones políticas peronistas

 ediciones
capiangos
PERONISMO MILITANTE



La Plaza de Perón - Testimonios del 45

R. Baschetti

Roberto Baschetti (Compilador)

La Plaza de Perón

Testimonios del 45



 ediciones
capiangos
PERONISMO MILITANTE



Baschetti, Roberto

La plaza de Perón : testimonios del 45 / Roberto Baschetti ; compilado por Roberto Baschetti. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Capingos Peronismo Militante, 2015.

320 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-45628-2-1

1. Afiliación Política. 2. Análisis Histórico. I. Baschetti, Roberto , comp. II. Título.

CDD 324.2

Fecha de catalogación: 25/09/2014

Ilustración de tapa:

Juan Manuel Núñez Lencinas

Foto:

Alex Waterhouse-Hayward

Diseño de cubierta y diagramación:

Sol Moyano

Todos los derechos reservados

1ª edición: octubre de 2015

3.000 ejemplares

ISBN 978-987-45628-2-1

Impreso en el mes de octubre de 2015

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en Argentina

Estamos convencidos de que la batalla central es cultural. El gran poeta cubano, José Martí, lo dijo a su modo, que hacemos propio:

De pensamiento es la guerra mayor que se nos hace: ganémosla a pensamiento.

Centrados en una concepción humanista, daremos esa batalla y la ganaremos “a pensamiento”, pero fundándolo en el corazón americano que late desde nuestra historia señalando el ritmo de nuestro futuro. Porque no hay nación argentina sin Patria Grande y no hay pensamiento digno si no parte desde el corazón, única manera de concebir una doctrina destinada a la Justicia Social, el más elevado de todos los objetivos políticos.



ediciones
capiangos

PERONISMO MILITANTE



Roberto Baschetti
(Compilador)

La Plaza de Perón

Testimonios del 45



**Al General Juan Domingo Perón
A todos los que no se entregan**

Fue en mi país y en el tuyo,
en esta hija mayor de Indoamérica,
que quiere ser una sola.
Sucedió un 17 de Octubre,
pero podía haber sido cualquier otro día.
Lo seguro es que tenía que suceder.
Fue la firme avalancha del dolor,
que se fue derramando por las calles.
Y entonces, alguien recogió la queja.
Le dio forma al grito subterráneo.
Les dijo quiénes eran.
Los organizó.
Y un día,
los lugares de trabajo quedaron en silencio.
Los desposeídos habían ganado la calle.
Eran hombres, mujeres y niños
que llevaban con ellos el hambre y el dolor.
Pero también el triunfo.
A ese triunfo le habían puesto un nombre:
Juan Domingo Perón.
Fue en mi país y en el tuyo,
un 17 de Octubre.



Introducción

Se cumple el septuagésimo aniversario del 17 de Octubre de 1945, día en que el pueblo argentino eligió a quien sería su líder y conductor por casi 30 años. Todo se ha dicho sobre esa magna fecha en cuanto a teorías y ensayos. Creo que resulta entonces apropiado recuperar la palabra de los protagonistas de entonces, desde mi archivo personal y la biblioteca especializada con que cuento. Quizás una manera directa de recordar que es el Hombre quien hace la Historia.

Roberto Baschetti

Prólogo

“Peronistas son todos”, dijo el General. En todo caso, los hay de todas las tendencias y ortodoxias.

Por otra parte, además de peronistas, uno podría agregar que hay “peronólogos” por doquier. Y también que muchos esgrimen el “peronómetro” y otros dicen que nadie lo tiene; inclusive algunos sostenemos que va a haber que fabricarlo... Aunque enseguida reflexionamos, para llegar rápidamente a la conclusión de que su uso debería ser restringido, en aras de una prudencia que prevenga el sectarismo.

En realidad, no es tan audaz decir que hay un Peronismo para cada peronista o, en la versión más mezquina, que sólo hay dos peronistas: Perón y yo... Al menos, a veces, ése parece ser el espíritu de algunos, tal vez en una exageración de la misión de llevar cada uno su propio bastón de mariscal.

Pero hay un solo “peronógrafo”. Y es Roberto Baschetti.

Quien desee bucear, sobrevolar, conocer, estudiar o profundizar en la historia del Peronismo deberá recurrir a la obra de Baschetti, profusa como pocas y abarcativa de to-

das las etapas del gran movimiento que, sin fecha cierta de nacimiento, se bautizó por sí mismo en una fuente de la Plaza de Mayo, desde el abajo doliente del pueblo argentino, un 17 de octubre de 1945.

¿Cómo no enorgullecernos, entonces, de que sea “Ediciones Capiangos - Peronismo Militante” la que publique esta obra-homenaje, a 70 años de aquel 17 de Octubre que selló el pacto entre Perón y nuestro Pueblo?

Ese día, cada uno fue sujeto en la multitud. Y la multitud fue uno, cuando –como enseñó Evita– “se encontraron el genio y el pueblo” para poner en marcha la historia grande de la liberación nacional y social.

Roberto Baschetti nos trae aquí una compilación de testimonios de aquella jornada de gloria, así como algunas noticias gráficas y otras tantas lecturas posteriores sobre el acontecimiento, como para significar y resignificar un momento fundacional del cual todos somos herederos y legatarios.

Una multitud de perspectivas compone este cuadro de época. Hombres de a pie, trabajadores, militantes, intelectuales, son invocados en esta compilación colorida y luminosa. No faltan las sombras de los testimonios gorilas, pero apenas opacan el brillo de aquel día peronista –soleado, como debe ser– y resaltan, por contraste, la luz que emana de la determinación popular fundada en ese amor genuino que desde entonces se llamó Lealtad.

Ese día no pude estar... No había nacido. Pero como dijo Macedonio Fernández, palabras más o menos, la mejor forma de no faltar a una cita es citarse a uno mismo:

“Decía Eva Perón (que había sido Duarte): ‘Los pueblos son todo corazón’. No se equivocaba. Y así lo iba cantando mientras

daba su vida en homenaje a su Pueblo y a Perón. Y así iba enseñando que el Justicialismo debía pasar por el corazón antes que por la cabeza. O por el Amor antes que por la inteligencia. Y que ese Amor era el amor por Perón. Porque ella amaba a Perón, hermano suyo en el Pueblo. Y a sus Descamisados también. Y el Pueblo, todo corazón, la amaba a ella. Y a Perón. Y, amándolos, los parió a la historia.

“El Peronismo nació del Pueblo y nació de Dos. Así, con mayúscula: Dos y un Pueblo. Y, si se perdió, si se extravió, fue cuando Juan Perón, Evita y su Pueblo se desentendieron o, más bien, se perdieron unos a otros. Y la Patria comenzó a no ser. O a no parecer.

“Cuando la Patria y el Pueblo –que son lo mismo– quisieron ser nuevamente, la historia les regaló una nueva trinidad. Dos y un Pueblo volvieron a encontrarse. Y a amarse”.

Gracias a ese reencuentro, 70 años después, el Peronismo continúa demostrando su vigencia, promulgando derechos nuevos y recobrando los que la reacción arrebató a sangre y fuego a partir de 1955. De modo que historiar el 17 de Octubre no es una tarea de arqueólogos. Traerlo a la memoria es celebrar el organismo vivo del Movimiento Nacional y Popular, ahora desde el nuevo siglo, en un mundo peligroso e inestable, quizás como siempre lo fue, pero, en todo caso, un mundo que necesita de esa doctrina amorosa basada en la Justicia Social y en la dignidad del hombre, un mundo que necesita imperiosamente que el capital sea puesto definitivamente al servicio de la economía, y la economía al servicio del hombre.

Otro 17 de octubre, en 2011, la presidenta Cristina Fernández de Kirchner lo explicó con claridad:

“El 17 de octubre está definitivamente incorporado a la his-

toria de todos los argentinos. Es el ingreso, es la irrupción de los trabajadores y de la mujer a la política argentina y es un día a partir del cual se pudo construir el movimiento obrero más importante de Latinoamérica y también se pudo lograr la construcción de un proyecto político que hoy excede –sinceramente lo siento– al nuestro y quiere involucrar al conjunto de la sociedad.”

“(…) gracias al Peronismo, los argentinos aprendieron a tener derechos, aprendieron que tenían derecho a comer, a tener educación, a tener salud, a tener vacaciones, a tener trabajo. Y muchas veces, los politólogos (...), los analistas, se preguntan acerca de la permanencia de este fenómeno del Peronismo, que persiste cuando parecía que todo cambiaba y se caía y desaparecía. Como si volviera...”

“¿Saben por qué persiste? Porque pivotea sobre lo que viene desde el fondo de la historia: la lucha por la igualdad, que es una lucha social que tiene que mover a las fuerzas sociales, económicas y políticas; persiste porque el conflicto sigue persistiendo. Y esto va originando distintos movimientos políticos como fueron los movimientos de los federales hasta que el país pudo integrarse finalmente; como fue el derecho a votar libremente y que no te tomen la libreta y vayan a votar por vos, que fue la gran lucha cívica del Yrigoyenismo y del Radicalismo. Y todavía sigue pendiente la lucha por la igualdad, que cada vez estamos lográndola más. Y tenemos que seguir trabajando para lograr esa igualdad”.

Efectivamente, las tareas del Peronismo, comenzadas y recomenzadas, necesitan aún hoy ser continuadas. Para hacer posible lo necesario, que esa es nuestra forma de concebir la política. Arraigándonos en la historia, podremos trazar la línea directriz de nuestro proyecto sin temor a

perder el rumbo. Como lo hicieron Néstor Kirchner y Cristina junto a nosotros, el Pueblo, cuando reencauzaron al Peronismo camino a la liberación, leales, audaces y eficaces. Pudieron hacerlo porque conocieron nuestra historia y la amaron al saberla realizada por el Pueblo.

Por eso éste es un libro necesario. Porque no se ama lo que no se conoce. Y al voltear sus páginas, testimonio por testimonio, noticia a noticia, en cada diferente perspectiva, seguramente el lector revivirá el enamoramiento al que las causas justas obligan y, por qué no, también, la ternura del pueblo haciendo su historia. Pero, sobre todo, accederá a un mosaico coherente. Tanto que, aun en la diversidad, percibirá la construcción posible de la “unidad de concepción” a partir de las “verdades relativas” –al decir de Néstor Kirchner– que componen nuestra verdad colectiva, la del Peronismo.

Tal vez por eso, también, el compilador puede darse por satisfecho: efectivamente, Roberto Baschetti no necesita irrumpir en el texto, porque cada peronista que habla va contando por nosotros nuestra historia. Pues inclusive los de las generaciones posteriores podemos decir que también “hicimos el 17 de Octubre” y hacerlo nuestro en estos relatos ajenos, gracias a la simple operación de “amontonarlos” para que se fundan en uno, como aquellos hombres de 1945 que exigieron, a lo Fierro, que el fuego, para calentar, comenzara por abajo.

Juan Cruz Cabral
Septiembre de 2015

Perón documentado
Los pasos previos al 17 de octubre de 1945

Perón se despide de los trabajadores cuando se aleja de la Secretaría de Trabajo, el 10 de octubre de 1945

Trabajadores:

Termino de hablar con los empleados y funcionarios de la Secretaría de Trabajo. Les he pedido, como mi última voluntad de Secretario de Trabajo y Previsión, que no abandone nadie los cargos que desempeñan, porque me habían presentado numerosísimas renunciaciones. Yo considero que en esta hora el empleo en la secretaría no es puesto administrativo sino un puesto de combate, y los puestos de combate no se renuncian: se muere en ellos.

Esta casa, fundada hace un año y medio se ha convertido en la esperanza de los hombres que sufren y trabajan. Esa esperanza no debe ser defraudada, porque acarrearía las mayores desgracias a nuestra patria.

Despojado de toda investidura, hablé hoy a mis amigos los trabajadores expresándoles por última vez desde esta casa todo lo que mi corazón siente hacia ellos y todo lo que he de hacer en mi vida por su bien.

Si la Revolución se conformara con dar comicios libres, no habría realizado sino una gestión en favor de un partido político. Esto no pudo, no puede, no podrá ser la finalidad exclusiva de la Revolución. Eso es lo que querrían algunos políticos para poder volver; pero la Revolución encarna en sí las reformas fundamentales que se ha propuesto realizar

en lo económico, en lo político y en lo social. Esa trilogía representa las conquistas de esta Revolución que está en marcha y que, cualesquiera sean los acontecimientos, no podrá ser desvirtuada en su contenido fundamental.

La obra social cumplida es de una consistencia tan firme que no cederá ante nada, y la aprecian no los que la denigran, sino los obreros que la sienten. Esta obra social que sólo los trabajadores la aprecian en su verdadero valor debe ser también defendida por ellos en todo los terrenos.

La Secretaría de Trabajo y Previsión acometió hace un año y medio dos enormes tareas: la de organizar el organismo y la de ir, sobre la marcha, consiguiendo las conquistas sociales que se consideraban más perentorias para las clases trabajadoras. Sería largo enumerar las mejoras logradas en lo que se refiere al trabajo, a la organización del trabajo, a la organización del descanso, al ordenamiento de las remuneraciones y a todo lo que concierne a la previsión social. Esta tarea realmente ciclópea se ha cumplido con este valioso antecedente: las conquistas obtenidas lo han sido con el absoluto beneplácito de la clase obrera, lo que representa un fenómeno difícil de igualar en la historia de las conquistas sociales.

En el campo de la previsión social hemos comenzado por realizar una propaganda sobre el ahorro -posible con los mejores salarios- y luego propugnamos por el incremento de las mutualidades.

Se ha aumentado el número de los argentinos con derecho a jubilación, en cifras verdaderamente extraordinarias, y a este respecto cabe destacar la iniciativa de la Confederación de Empleados de Comercio, que constituye un triunfo

y un motivo de orgullo para la previsión social argentina.

Hemos defendido desde aquí a todas las organizaciones obreras, las que hemos propugnado, facilitándoles su desenvolvimiento. Desde esta casa no se ordenó jamás la clausura de un sindicato obrero ni se persiguió nunca a un trabajador, por el contrario, siempre que nos fue posible pedimos a las autoridades la libertad de obreros detenidos por distintas causas.

A diferencia de lo que ha sucedido en otras partes o en otros tiempos, las autoridades han defendido a las organizaciones obreras en lugar de molestarlas o perseguirlas. Es así que terminamos de dictar un decreto-ley referente a las organizaciones profesionales. Cuando llegué a la Secretaría de Trabajo, el primer pedido que recibí de los obreros fue la derogación de un decreto del año 1943, en el que se establecía para las asociaciones gremiales un régimen de tipo totalitario. El primer decreto que firmé en esta secretaría fue la derogación de ese reglamento; y tengo la satisfacción de decir que el último que he firmado es el nuevo régimen legal de las asociaciones profesionales, que difiere fundamentalmente del anterior. Y con respecto al cual puedo asegurar que es de lo más avanzado que existe en esta materia. Bastaría decir que bajo este cuerpo legal, el Gobierno, que puede intervenir una provincia o una asociación de cualquier orden, no puede en cambio intervenir los sindicatos obreros.

También dejó firmado un decreto de una importancia extraordinaria para los trabajadores. Es el que se refiere al aumento de sueldos y salarios, implantación del salario móvil, vital y básico y la participación en las ganancias. Dicho

decreto, que he suscripto en mi carácter de Secretario de Estado, tiene las firmas de los ministros de Obras Públicas y de Marina, y beneficia no solamente a los gestores de la iniciativa –la Confederación de Empleados de Comercio– sino a todos los trabajadores argentinos.

Y ahora, como ciudadano, al alejarme de la función pública, al dejar esta casa que para mí tiene tan gratos recuerdos, deseo manifestar una vez más la firmeza de mi fe en una democracia perfecta, tal como la entendemos aquí. Dentro de esa fe democrática fijamos nuestra posición incorruptible e indomable frente a la oligarquía. Pensamos que los trabajadores deben confiar en sí mismos y recordar que la emancipación de la clase obrera está en el propio obrero. Estamos empeñados en una batalla que ganaremos porque es el mundo el que marcha en esa dirección. Hay que tener fe en esa lucha y en ese futuro. Venceremos en un año o venceremos en diez, pero venceremos. En esta obra, para mí sagrada, me pongo desde hoy al servicio del pueblo y así como estoy dispuesto a servirlo con todas mis energías, juro que jamás he de servirme de él para otra cosa, que no sea su propio bien. Y si algún día, para despertar esa fe, ello es necesario, me incorporaré a un sindicato y lucharé desde abajo.

Al dejar el gobierno, pido una vez más a ustedes que se despojen de todo otro sentimiento que no sea el de servir directamente a la clase trabajadora. Desde anoche, con motivo de mi alejamiento de la función pública, ha corrido en algunos círculos la versión de que los obreros estaban agitados. Yo les pido que en esta lucha me escuchen. No se vence con violencia; se vence con inteligencia y organización. Por

ello les pido también que conserven la consigna: del trabajo a casa y de casa al trabajo. No debemos por ninguna causa exponer la tranquilidad de un obrero o la felicidad de una familia. Hemos de luchar con inteligencia y organización y, así, el triunfo será nuestro.

Debo decirles que he hablado con el Excmo. Señor Presidente de la Nación, quien me ha prometido que la obra social realizada y las conquistas alcanzadas serán inamovibles y seguirán su curso. Pido pues, el máximo de tranquilidad a todos los trabajadores del país. Tranquilidad y calma es lo que necesitamos para seguir estructurando nuestras organizaciones y hacerlas tan poderosas que, en el futuro sean invencibles. Y si un día fuese necesario he de formar en sus filas para obtener lo que sea justo. Mientras tanto que sea la calma y la tranquilidad lo que guíe los actos de los obreros para que no se perjudique esta magnífica jornada de justicia social. Pido orden para que sigamos adelante en nuestra marcha triunfal; pero si es necesario, algún día pediré guerra.

Y ahora quiero que demos una vez más ese ejemplo de cultura que han exhibido en esta ciudad las masas de trabajadores.

Les pido a todos que llevando en el corazón nuestra bandera de reivindicaciones piensen cada día de su vida que hemos de seguir luchando inquebrantablemente por esas conquistas que representan los objetivos que han de conducir a nuestra República a la cabeza de las naciones del mundo. Recuerden y mantengan grabado el lema de casa al trabajo y del trabajo a casa y con eso venceremos.

Para terminar no voy a decirles adiós. Les voy a decir

“hasta siempre”, porque desde hoy en adelante estaré entre ustedes más cerca que nunca. Y lleven finalmente, esta recomendación de la Secretaría de Trabajo y Previsión: únanse y defiéndanla, porque es la obra de ustedes y es la obra nuestra.

Notificación al Ministro de Guerra

Buenos Aires, 11 de octubre de 1945

A S.E. Sr. Ministro de Guerra:

Comunico a V.E. que a fin de esperar mi retiro he solicitado licencia. Desde la fecha me encuentro en la estancia del Doctor Subiza en San Nicolás (Casa del Dr. Subiza – San Nicolás – U.T. 79 San Nicolás).

Firmado: Juan D. Perón

Pide esclarecimiento de su situación al Ministro de Guerra

Isla de Martín García, 14 de octubre de 1945.

A S.E. el Sr. Ministro de Guerra:

Comunico al señor Ministro que el día 12 de octubre a la noche he sido detenido por la Policía Federal, entregado a las Fuerzas de la Marina de Guerra y confinado en la Isla de Martín García.

Como todavía soy un oficial superior del Ejército en ac-

tividad y desconozco el delito de que se me acusa como asimismo las causas por las cuales he sido privado de libertad y sustraído de la jurisdicción que por ley me corresponde, solicito quiera servirse ordenar se realicen las diligencias del caso para esclarecer los hechos y, de acuerdo a la ley, disponer en consecuencia mi procesamiento o proceder a resolver mi retorno a jurisdicción y libertad, si corresponde.

Firmado: Juan Perón, Coronel

Carta a Evita

Martín García, 14 de octubre de 1945.

A la Señorita Evita Duarte

Buenos Aires

Mi tesoro adorado:

Sólo cuando nos alejamos de las personas queridas podemos medir el cariño que nos inspiran. Desde el día que te dejé allí con el dolor más grande que puedas imaginar no he podido tranquilizar mi triste corazón. Hoy sé cuánto te quiero y que no puedo vivir sin vos. Esta inmensa soledad sólo está llena con tu recuerdo.

Hoy he escrito a Farrell pidiéndole que me acelere el retiro; en cuanto salga nos casamos y nos iremos a cualquier parte a vivir tranquilos.

Por correo te escribo y te mando una carta para entregar a Mercante. Ésta te la mando con un muchacho porque es probable que me intercepten la correspondencia.

De casa me trasladaron a Martín García, y aquí estoy no sé por qué y sin que me hayan dicho nada. ¿Qué me decís de Farrell y Ávalos? Dos sinvergüenzas con el amigo. Así es la vida.

En cuanto llegué lo primero que hice fue escribirte. No sé si habrás recibido mi carta que mandé certificada.

Te encargo le digas a Mercante que hable con Farrell para ver si me dejan tranquilo y nos vamos al Chubut los dos.

Pensaba también que conviene, si iniciaron algunos trámites legales, le consultaras al Doctor Gache Pirán, Juez Federal muy amigo mío, sobre la forma como puede hacerse todo. Decile a Mercante que sin pérdida de tiempo se entreviste con Gache Pirán y hagan las cosas con él. Creo que se podrá proceder por el Juzgado Federal del mismo Gache Pirán.

El amigo Brosen puede ser útil en estos momentos porque ellos son hombres de muchos recursos.

Debes estar tranquila y cuidar tu salud mientras yo esté lejos para cuando vuelva. Yo estaría tranquilo si supiese que vos no estás en ningún peligro y te encuentras bien.

Mientras escribía esta carta me avisan que hoy viene Mazza¹ a verme lo que me produce una gran alegría pues con ello tendré un contacto indirecto contigo.

Estate muy tranquila. Mazza te contará cómo está todo.

Trataré de ir a Buenos Aires por cualquier medio, de modo que puedes esperar tranquila y cuidarte mucho la salud. Si sale el retiro nos casamos al día siguiente y si no sale yo arreglaré las cosas de otro modo, pero liquidaremos

¹ El doctor Luis Angel Mazza, médico militar.

esta situación de desamparo que tú tienes ahora.

Viejita de mi alma, tengo tus retratitos en mi pieza y los miro todo el día con lágrimas en los ojos. Que no te vaya a pasar nada porque entonces habrá terminado mi vida. Cuidate mucho y no te preocupes por mí, pero quereme mucho que hoy lo necesito más que nunca.

Tesoro mío, tené calma y aprendé a esperar. Esto terminará y la vida será nuestra. Con lo que yo he hecho estoy justificado ante la historia y sé que el tiempo me dará la razón.

Empezaré a escribir un libro sobre esto y lo publicaré cuanto antes: veremos entonces quién tiene razón.

El mal de este tiempo y especialmente de este país son los tontos y tú sabes que es peor un bruto que un malo.

Bueno mi alma: querría seguirte escribiendo todo el día pero hoy Mazza te contará más que yo. Falta media hora para que llegue el vapor.

Mis últimas palabras de esta carta quiero que sean para recomendarte calma y tranquilidad. Muchos pero muchos besos y recuerdos para mi chinita querida.

Firmado: Perón

Carta al General Farrell

Isla de Martín García, 15 de octubre de 1945.

A S.E. el Gral. D. Edelmiro J. Farrell

Mi General:

Imaginaré cuál ha sido mi dolor al ser detenido por su orden después de los sucesos de estos días. Había esperado todo, menos una cosa así, sin embargo. No sé de qué delito se me acusa y estoy pronto a responder cualesquiera que sea, pues delito militar han cometido los que exigieron mi renuncia, en tanto yo no creo que pueda configurarse en mi contra ningún delito como funcionario. Yo sólo he actuado en los cargos para los que fui designado, y en ellos estoy pronto, para responder de lo que se trate. Quiero que se sepa que a pesar de haberseme ofrecido asilo en embajadas, he rehusado hacerlo, pues no tengo de qué acusarme y puedo responder de cada uno de mis actos. Me encuentro incomunicado desde el momento en que fui detenido y alojado en esta isla en las mismas condiciones, sin saber a qué atribuirlo y sin que medie otra comunicación que la orden verbal que de su parte me transmitió el jefe de policía, con el compromiso de la palabra de honor del Presidente, de acceder al pedido que le hiciera llegar, por intermedio del coronel Mittelbach, es decir, ser sometido a la jurisdicción militar.

Soy hombre duro, mi General, pero sensible; no me asusta mi situación, pero me ha herido profundamente que, después de haber dedicado mi vida al Ejército, y haber realizado el sueño de cincuenta años, haya sido entregado a la custodia de una institución que no es la nuestra.

Hubiera preferido ser fusilado por 4 viejos montañeses y no pasar por lo que estoy pasando. Si aún tengo derecho de gozar de alguna gracia, le ruego quiera acelerar mi retiro del Ejército, que solicité el mismo día de mi renuncia. No sé si represento algo para los trabajadores, para el Ejército y

para la aviación; los años lo dirán. Pero eso sí, sé que quienes influenciaron en estos momentos, no pueden ser imparciales, porque son parte. Por eso si el delito de que se me acusa es civil, no se me puede someter al vejamen militar. Si me encuentro detenido a disposición del Poder Ejecutivo, creo tener los derechos elementales que me acuerda la ley

Firmado: Juan Perón, Coronel.

Discurso desde los balcones de la Casa de Gobierno 17 de Octubre de 1945

Trabajadores

Hace casi dos años, desde estos mismos balcones, dije que tenía tres honras en mi vida: la de ser soldado, la de ser un patriota y la de ser el primer trabajador argentino.

Hoy a la tarde, El Poder Ejecutivo ha firmado mi solicitud de retiro del servicio activo del Ejército. Con ello he renunciado voluntariamente al más insigne honor a que puede aspirar un soldado: llevar las palmas y los laureles de General de la Nación. Lo he hecho porque quiero seguir siendo el coronel Perón y ponerme con este nombre al servicio integral del auténtico pueblo argentino.

Dejo pues, el honroso y sagrado uniforme que me entregó la Patria, para vestir la casaca del civil y mezclarme con esa masa sufriente y sudorosa que elabora en el trabajo la grandeza del país.

Con esto doy mi abrazo final a esa institución que es puntal de la Patria: el Ejército. Y doy también el primer

abrazo a esa masa inmensa que representa la síntesis de un sentimiento que había muerto en la República: la verdadera civilidad del pueblo argentino.

Esto es pueblo; esto es pueblo sufriente que representa el dolor de la madre tierra, al que hemos de reivindicar. Es el pueblo de la Patria, el mismo que en esta histórica plaza pidió frente al Cabildo que se respetara su voluntad y su derecho.

Es el mismo pueblo que ha de ser inmortal, porque no habrá perfidia ni maldad humana que pueda someter a esta masa grandiosa en sentimiento y en número.

Ésta es la verdadera fiesta de la democracia, representada por un pueblo que marcha a pie durante horas, para llegar a pedir a sus funcionarios que cumplan con el deber de respetar sus auténticos derechos.

Muchas veces he asistido a reuniones de trabajadores. Siempre he sentido una enorme satisfacción, pero desde hoy sentiré un verdadero orgullo de argentino porque interpreto este movimiento colectivo como el renacimiento de una conciencia de los trabajadores, que es lo único que puede hacer grande e inmortal a la Nación.

Hace dos años pedí confianza. Muchas veces me dijeron que ese pueblo, por el que yo sacrificaba mis horas de día y de noche, habría de traicionarme. Que sepan hoy los indignos farsantes que este pueblo no engaña a quien no lo traiciona. Por eso, señores, quiero en esta oportunidad, mezclado con esta masa sudorosa, estrechar profundamente a todos contra mi corazón, como lo podría hacer con mi madre.

Desde esta hora, que será histórica para la República,

que sea el coronel Perón el vínculo de unión que haga indestructible la hermandad entre el pueblo, el ejército y la policía; que sea esta unión eterna e infinita, para que este pueblo crezca en esa unidad espiritual de las verdaderas y auténticas fuerzas de la nacionalidad y del orden; que esa unidad sea indestructible e infinita para que nuestro pueblo no solamente posea la felicidad sino también sepa defenderla dignamente. Esa unidad la sentimos los verdaderos patriotas, porque amar a la Patria no es amar sus campos y sus casas, sino amar a nuestros hermanos. Esa unidad, base de toda felicidad futura, ha de fundarse en un estrato formidable de este pueblo, que al mostrarse hoy en esta plaza, en número que pasa del medio millón, está indicando al mundo su grandeza espiritual y material.

(El pueblo pregunta: ¿Dónde estuvo?... ¿Dónde estuvo?...)

Preguntan ustedes donde estuve. Estuve realizando un sacrificio que lo haría mil veces por ustedes.

No quiero terminar sin enviar un recuerdo cariñoso y fraternal a nuestros hermanos del interior que se mueven y palpitan al unísono con nuestros corazones, en todas las extensiones de la Patria. A ellos, que representan el dolor de la tierra, vaya nuestro cariño, nuestro recuerdo y nuestra promesa de que en el futuro hemos de trabajar a sol y a sombra para que sean menos desgraciados y puedan disfrutar más de la vida.

Y ahora, como siempre, de vuestro Secretario de Trabajo y Previsión, que fue y que seguirá luchando a vuestro lado por ver coronada la obra que es la ambición de mi vida, la expresión de mi anhelo de que todos los trabajadores sean un poquito más felices.

(El pueblo insiste: ¿Dónde estuvo?...)

Señores: ante tanta insistencia les pido que no me pregunten ni me recuerden cuestiones que yo ya he olvidado, porque los hombres que no son capaces de olvidar, no merecen ser queridos ni respetados por sus semejantes. Y yo aspiro a ser querido por ustedes y no quiero empañar este acto con ningún mal recuerdo.

Ha llegado ahora el momento del consejo. Trabajadores: únanse, sean hoy más hermanos que nunca. Sobre la hermandad de los que trabajan ha de levantarse en esta hermosa tierra, la unidad de todos los argentinos. Diariamente iremos incorporando a esta enorme masa en movimiento a todos los díscolos y descontentos, para que, junto con nosotros, se confundan en esta masa hermosa y patriota que constituyen ustedes.

Pido también a todos los trabajadores que reciban con cariño mi inmenso agradecimiento por las preocupaciones que han tenido por este humilde hombre que les habla. Por eso les dije hace un momento que los abrazaba como abrazaría a mi madre; porque ustedes han tenido por mí los mismos pensamientos y los mismos dolores que mi pobre vieja habrá sufrido en estos días.

Confiemos en que los días que vengan sean de paz y de construcción para el país. Mantengan la tranquilidad con que siempre han esperado aun las mejoras que nunca llegaban. Tengamos fe en el porvenir y en que las nuevas autoridades han de encaminar la nave del Estado hacia los destinos que aspiramos todos nosotros, simples ciudadanos a su servicio.

Sé que se han anunciado movimientos obreros. En este

momento ya no existe ninguna causa para ello. Por eso les pido, como un hermano mayor, que retornen tranquilos a sus trabajos.

Y por esta única vez, ya que nunca lo pude decir como Secretario de Trabajo y Previsión, les pido que realicen el día de paro festejando la gloria de esta reunión de hombres de bien y de trabajo, que son, las esperanzas más puras y más caras de la patria.

He dejado deliberadamente para lo último recomendarles que al abandonar esta magnífica asamblea, lo hagan con mucho cuidado. Recuerden que ustedes, obreros, tienen el deber de proteger aquí y en la vida a las numerosas mujeres obreras que aquí están.

Finalmente, les pido que tengan presente que necesitan un descanso, que me tomaré en Chubut para reponer fuerzas y volver a luchar codo con codo con ustedes, hasta quedar exhausto, si es preciso.

Pido a todos, que nos quedemos por lo menos quince minutos más reunidos aquí, porque quiero estar desde este sitio contemplando este espectáculo que me saca de la tristeza que he vivido en estos días.

Protagonistas del 17 de octubre de 1945

Alvarado, Juan B.

Estaba internado en el Hospital Fernández preparándose para una operación. Pero llegó el 17 de Octubre...

El día 15 de octubre de 1945 tuve que internarme en el Hospital Fernández para una intervención quirúrgica, que debía realizarse justamente el 17 de octubre a las diez horas. Mire qué casualidad. Indudablemente, ya flotaba en el ambiente esa conmoción del pueblo a raíz de los hechos del 9 de octubre, cuando el general Perón renunció a todos sus cargos: secretario de Trabajo, ministro de Guerra y vicepresidente de la Nación. El pueblo se agitaba y se movía tras un objetivo, rescatar a su líder, que en ese tiempo era coronel. Después de los hechos del 9 de octubre, el gobierno procede a su arresto y lo destina a la isla de Martín García. A las siete de la mañana del día 17, con la concurrencia del personal al Hospital Fernández, donde yo estaba, se corre por allá la firme versión popular de que los trabajadores harían un paro general. Yo trabajaba en lo que ahora es Agua y Energía, es decir la Dirección General de Irrigación. A mí me ataba una cierta corriente con Perón: le había escrito en dos o tres oportunidades –lamento en este momento no tener las cartas–, antes del 17 de octubre, porque veía la obra tremenda, o la captación de todas las inquietudes que movía en el pueblo, que buscó transformar en realidad, dándole a los trabajadores, principalmente, un cúmulo de

conquistas sociales. Por eso guardaba una simpatía con el entonces coronel Perón, aunque había un cierto escepticismo en los trabajadores porque no confiaban mucho; es decir, el pueblo estaba un poco descreído.

Perón propendió a la proliferación de los sindicatos en todo el país, para que pudieran luchar con ventaja en pos de esas conquistas sociales y transformarlas en realidad; el aguinaldo es una de esas conquistas, muy discutida y muy resistida en ese tiempo pero, al final, lo que más valor tuvo fue la dignificación del trabajador. Antes no se respetaban las licencias anuales; era rara la excepción: usted se pedía una licencia anual que le correspondiera y eso era motivo de despido. Los horarios no se cumplieron nunca, las ocho horas eran un mito, en fin, una serie de injusticias. Perón viene a acomodar las cosas en su justo lugar. El estatuto del peón de campo fue otra de las grandes conquistas que fijan una remuneración acorde al medio de vida de ese entonces, donde el pueblo podía vivir y no subsistir, como lo hace ahora². Generalizando todo el panorama, desde el capitalista, comerciante, industrial, operario, clase media, trabajador, todo el mundo vivía bien, no había privaciones de ningún tipo, porque la gente ganaba lo suficiente para poder vivir.

Yo en ese momento no tenía ninguna actividad gremial específicamente, tenía una inclinación política. Lógicamente esperaba, como quien espera el maná del cielo, que salga alguien que pueda captar lo que realmente quería el pueblo. Y ese alguien fue el general Perón.

Llegó la versión de la conmoción de la calle (imagínese,

² Año 1990, año de redacción del presente artículo.

yo estaba internado), y entonces, ante esa inquietud popular, yo que soy parte del pueblo no vacilé ni un minuto. Acababan de prepararme para la operación, había que entrar al quirófano. Debía realizarse tres horas después, porque el personal entraba a las seis, siete de la mañana; pero ya traía la noticia del movimiento del pueblo. Entonces yo, en ese momento ya estaba limpio por fuera y por dentro porque tenía que ir a la operación, en ayunas y todo eso. Junté mis cosas personales, las deposité en una valija que tenía, me cambie de ropa, tomé el ascensor hasta el sótano y por la cochera me largué a la calle. Iba solo y allí me encontré con grupos de trabajadores que convergían de todos lados hacia la Plaza de Mayo. Se imaginará: llega mi familia para acompañarme a la sala de operaciones, no me encuentra, el médico se enloquece, me busca por todas partes, las monjas eran un revuelo preguntando por mí ¿Dónde está el enfermo? El médico que me tenía que operar movilizó todo el hospital buscándome porque había desaparecido con todas mis cosas personales. Bueno, llegué a Plaza de Mayo así, un poco mareado porque estaba en ayunas, ya le dije, limpio por fuera y por dentro, disparando para un lado, disparando para otro, hasta que se empezó a aglomerar gente. Más o menos a las once de la mañana llega la versión de que al coronel Perón lo habían traído de Martín García al Hospital Militar. Entonces nos dirigimos desde Plaza de Mayo rumbo a la avenida Luis María Campos, donde estaba el hospital. Era una columna como de tres cuadras, más o menos. Íbamos por las avenidas o por calles paralelas y la policía nos corrió de un lado y nos encauzaba en otro, pero siempre rumbo al Hospital Militar. Es decir,

la policía no ha sido en ese entonces un factor prohibitivo; al contrario, se había plegado a ese movimiento popular, indudablemente.

Llegamos allí, se reforzaron las guardias de soldados con ametralladoras y nosotros al grito de “¡Perón! ¡Perón! ¡Perón!”. Hasta que, en un momento, Perón se asoma en el quinto piso y nos saluda con la mano. Entonces alguien hizo correr la voz que había que volver a la Plaza de Mayo. Habremos llegado a las tres de la tarde, porque íbamos sin apresuramientos, y vuelvo a repetir que la policía colaboró mucho para que eso se hiciera en orden. Llegamos a Plaza de Mayo; un poco cansados, recurrimos a las fuentes que en ese tiempo estaban allí, la gente se refrescaba porque hacía mucho calor. Así se fue aglomerando la gente. Ya tuvimos noticias de que venían de Avellaneda. Se habían levantado puentes y la gente se largaba a nado, otros en canoa, pero todos cruzaron el Riachuelo. Avanzaron las horas y la gente machacando al grito de “¡Queremos a Perón!”. Apareció el general Farrell, pidió calma a la multitud y no era oído; varios oradores intentaban dirigirse al pueblo y el pueblo no escuchaba a nadie. Quería a Perón. El director de *La Época*, doctor Colom, fue el único que consiguió desde una camioneta que estaba estacionada allí, dirigirse a la multitud pidiendo un poco de paciencia porque el coronel vendría a la Casa Rosada. En un momento dado, serían como las diez de la noche, ya la multitud, un poco enardecida, consiguió un madero no sé de dónde y forzó las puertas de la Casa de Gobierno. Alguien dijo que los esperaban para barrerlos del otro lado con ametralladoras y al pueblo no le importó correr ese riesgo, y siguió golpeando. Hasta que en un mo-

mento dado se hizo un silencio. Yo había quedado afónico de tanto gritar todo el día, y por desgracia llevaba mi valija auestas; la policía me paraba porque quería saber que llevaba adentro, y se encontraba con platos, toallas y algunas cosas que son necesarias cuando uno está internado en un hospital. Como yo me encontraba afónico y vivía cerca de Plaza de Mayo, en la calle Garay, me fui prácticamente corriendo. Tenía una hija de ocho años. Levanté a mi hija y me vine con ella a la Plaza. Con una sola finalidad: ¡Yo no podía gritar! Y eso me mortificaba. La puse sobre los hombros a mi hija y ella gritaba por mí; de una manera no sé si correcta, porque era una niña de ocho años, pero yo me hice una composición de lugar: no puedo gritar; bueno, que grite mi hija. Por eso la traje.

La gente se agitaba permanentemente, se alimentaba con sándwiches que se vendían allí. Pero aguantó, porque iba en pos de una idea: ver en los balcones al líder de los trabajadores, que en ese tiempo era Perón. A la gente entonces no le importó sufrir una serie de inconvenientes, la inclemencia del tiempo, pues hacía mucho calor, todo eso lo superó. Al pueblo nunca le importó mortificarse cuando va tras una ambición que se transforma en realidad al final.

Sale Perón al balcón y dice que no está arrepentido de lo que hizo. Si tuviera que volverlo a pasar lo haría igual. Y tuvo un recuerdo para su madre. Pero lo interesante de todo esto fue que inmediatamente la Plaza de Mayo estaba totalmente cubierta, hasta por las diagonales se veía el encendido de antorchas. Así pasaron los años, me decía mi hija que era un espectáculo que lo llevaría grabado en sus retinas toda la vida, porque era muy difícil de olvidar. Era

una inmensa hoguera, al grito de “¡Perón! ¡Perón!”. Serían las dos de la mañana cuando Perón nos exhorta a tener paciencia y a retornar a nuestros hogares. Se formaron varias columnas por las diagonales, otra por la Avenida de Mayo donde yo me encolumné con mi hija a cuestas. Cuando vamos llegando a la esquina del diario *Crítica* vi a la distancia como nubes que bajaban. Era que de *Crítica* tiraban agua caliente a los que pasaban. Por supuesto se disgregó esa parte. Después empieza el tiroteo. Desde los balcones del diario se escuchaba el tableteo de ametralladoras. Recuerdo bien que había un militar, que debía ser por lo menos mayor; sacó su pistola y empezó a hacer blanco en todos los focos de la cuadra donde está *Crítica* para así –en la oscuridad– no ofrecer tanto blanco. Nosotros nos guarecimos detrás de una mesas de mármol que nos servían un poco de escudo. Hasta que vino un tanque de la policía y empezó a bombardear la parte baja del edificio donde tenía instaladas sus máquinas el diario *Crítica*, y que obligó a pedir la rendición. Entonces, entró la policía y detuvo a quienes habían ametrallado al pueblo. Eso es, suscintamente, el 17 de Octubre.

Volví a mi casa. Tenía a mi madre postrada en cama desde hacía tiempo. Imagínese: venir el hijo, llevarse a la nieta de un brazo (porque entonces no entré a ver a mi madre), lo menos que podía hacer era pedirle perdón y lo hice al oído de ella porque estaba muy afónico; le pedí perdón por lo que la había hecho sufrir en esas horas. Entonces mi madre, criolla por excelencia, me contestó: “Lo que no te hubiera perdonado es que te hubieras quedado en casa”.

Álvarez Seminario, Magdalena

Peronista. Legisladora de Evita.

¡Cómo no voy a recordar el 17 de Octubre! Estuve en la Plaza de Mayo. Vi asombrada tanta gente. Nunca había visto toda esa cantidad fabulosa de cuerdas y cuerdas de gente que venían, como esa gente que cruzó el Riachuelo a nado, todos mojados, todo sucios, y sí... era un mundo de gente.

.Álvarez de Pérez, Juana

Tucumana. Embarazada. Va con el pueblo a la Plaza.

A Perón lo habían llevado preso a Martín García y había orden de que no se diera ninguna noticia al pueblo, pero nos enteramos por Radio Colonia dónde estaba. Mi marido me avisó que se iba a la Plaza de Mayo y me dijo que me quedara, porque estaba embarazada de cinco meses.

Nosotros vivíamos en la calle Esmeralda al 600 y me metí en una caravana donde iban hombres y mujeres mezclados. Unos muchachos me hicieron como un corralito cuando me vieron, para que nadie me empujara o golpeará. Llegamos a la Plaza y nos quedamos a la altura de la Catedral, después me ubiqué más en el centro de la Plaza, solita, sin saber dónde estaba mi marido. La gente estaba enardecida pero no provocó ningún desmán. Empezaron a correr rumores de que ya lo traían y salió al balcón el General

Farrell diciendo que Perón estaba viniendo. Pero nadie la creía a Farrell, sólo queríamos verlo vivo a Perón.

Así pasaron las horas y después de las 8 de la noche se asomó por una ventana y nos dijo “Hola Compañeros”. Ahí fue un solo grito y una ovación. “¡Perón sí, otro no!”, gritaban. Cantamos el himno y así la gente fue calmándose. “Bueno, ahora vayan tranquilos para sus casas” nos dijo el General. Entonces todos gritábamos “¡Mañana es San Perón, que trabaje el patrón!”. Y así fue...

El regreso se me hizo difícil, porque era tanta la gente que había llegado de todas partes que recién llegué a las cinco de la mañana a mi casa.

“Ama de Casa”

Prefiere mantenerse anónima. Estuvo presente el 17 de Octubre de 1945 en la plaza.

Ese día fue el más importante de mi vida –dice la mujer de pelo cano y ojos transparentes con entusiasmo al recordar aquel lejano 17 de Octubre–. Mire, yo no sé qué pasó, fue como un contagio. Yo vivía en Entre Ríos e Hipólito Yrigoyen y cuando sentí que pasaban los hombres gritando, largué el delantal y salí a la calle. Fue el nacimiento de la alegría en el pueblo argentino. Ese día entramos por la puerta grande y no por las ventanas como estaba acostumbrada la patronal. Por eso los gritos de ¡Perón! ¡Perón! Llegaban al alma, era nuestra esperanza renacida... todo fue espontáneo. Y por eso era revolucionario, porque el pueblo

ganó la calle y al vernos pobres como éramos, los oligarcas nos llamaron descamisados. Era verdad. No se imagina como vivíamos entonces, en qué estado de pobreza. Con Perón aprendimos, tuvimos más cultura, supimos que era vestarnos o ir a cenar...

La mujer canosa no puede contener su pasión. Los recuerdos parecen desordenarla. Por último pregunta: “¿Qué quiere saber? ¿Cuando salió al balcón? Esa noche Perón salió al ventanal que da a Hipólito Yrigoyen, ahí se había recostado la multitud. Fue la única vez que habló desde ese balcón. Y nosotros abajo, al verlo, comenzamos a gritarle qué le había pasado, qué le habían hecho. Y él nos dijo la primera frase que nos enseñó a pensar: ‘No pregunten lo que yo ya he olvidado’, nos dijo”.

Otra cosa que por allí se calla: los gorilas no estaban vencidos ni mucho menos. Recuerdo un mocito de la élite que tenía una ametralladora arriba de una *coupée* –de esas tan lindas que había entonces–. Y Perón nos dijo que nos desconcentráramos con cuidado que no se perdieran vidas. Pero nos estaban esperando y hubo muchos muertos. Con mi marido (él no quería participar ese día y me lo fui a buscar a la terminal –tenía un colectivo– y le dije: Si no venís, te incendio el colectivo, te juro que te lo incendio... y él se vino, nomás...), como decía, con mi marido nos resguardamos detrás de un puesto de flores. Yo vi muchos muertos. Gente herida también. Así terminó esa gloriosa jornada, con los ‘gorilas’ corriéndonos para matarnos por la espalda...”

Después la mujer canosa calla. La pausa se va extendiendo, alargando por dentro en recuerdos que sólo le per-

tenecen, que comprende que tienen una importancia histórica y una gran riqueza para quien estuvo allí en la plaza. Por último le preguntamos el nombre y contesta: “Ponga, una de las tantas amas de casa del ‘45”.

Angeleri, Margarita

En el '45 trabajaba como obrera en la fábrica de bolsas de arpillera Gil, donde era delegada.

Con muchos de la fábrica fuimos a la plaza porque me gustaba el general Perón. Creíamos que el general era algo nuevo y había que defenderlo. Para nosotros el 17 de Octubre fue una esperanza para progresar. En la fábrica nos daban trabajo un día sí, y dos no. Cuando subió el general, enseguida trabajamos continuamente y después hubo muchas mejoras para los trabajadores.

Asuaje, Jorge Pastor

Fue militante de Juventud Peronista y Montoneros.

En el camino se cruzó con una jardinera verde con una familia de paisanos vestidos como en domingo, un pibe de unos 15 años colgado del pescante agitaba una bandera argentina. “Se va a poner linda la cosa”, pensó mientras mordía la pipa. Al ratito apareció un sulky rojo tirado por un matungo flacuchento que arrastraba a dos viejitos casi tan

magros como él, con más pinta de venir a cobrar una pensión que de querer participar de una concentración política; pero entonces se dio cuenta que también la viejita tenía una bandera, chiquita y encogida como ella. Pasaron al trotecito inquieto por la esquina de la calle Checoslovaquia, un rato después que Vicente Roldán saliera con la chaira envainada para tomar el tranvía.

-“Nos encontramos después en el sindicato”- le había dicho María al despedirse. Él también tenía que cumplir su parte, aunque presentía que esta vez no serían necesarias las herramientas de trabajo para amenazar a los “carneros”, como durante las primeras huelgas. Pero igual estaba allí, firme y callado como siempre. Total, “con lo bien que habla María”.

Como un río que va recogiendo a su paso un caudal de sus afluentes, la Montevideo iba empujando una correntada de gente y de vehículos en una misma dirección.

Aquella modesta columna que arrancó en Villa Zula, al llegar a la Perseverancia ya era una multitud. Seguía y seguía llegando gente desde Los Talas y desde Palo Blanco, desde Villa San Carlos y Villa Dolores. La Montevideo era una avenida que venía desde los arrabales de la historia y se perdía en la eternidad.

Sin imaginar nunca que algún día formaría parte del cuerpo diplomático argentino como Agregado Obrero, Agustín Merlo acordó con Luis Bala sacar al “taller de imprenta” a las 5 de la tarde. Arrancando desde el fondo, el resto de la fábrica se les iría sumando para salir a la calle, todos juntos por el portón principal. Pero los tiempos se habían adelantado: antes de que en el Swift”la gente de la

impresión terminara de coordinar su salida, el hermano de Reyes y otro grupo de dirigentes ya venían a la cabeza de todo el “Armour” marchando entre las fondas de la Nueva York.

De los balcones de los conventillos las mujeres con sus chicos en brazos saludaban a la muchedumbre gritando lo mismo que gritaban ellos, lo mismo que gritaban todos:

-¡Viva Perón!

-¡Viva Perón!

Cuando salió el Swift la calle se convirtió en una sábana larguísima y blanca viajando lentamente sobre los rieles del tranvía.

María Ángela Zapata había mezclado la harina y los huevos que trajo del almacén en una masa cremosa y estaba esperando que se calentara el aceite cuando sintió como un temblor en la tierra y al asomar la cabeza por la puerta vio el enorme reptil vociferante pasar por la otra esquina, a una cuadra y media de su casa. Entonces no resistió la tentación, agarró a los chicos y salió para juntarse con su marido y con el río de gente que empezaba a arrancar para La Plata, dejando sobre la hornalla del calentador una sartén de buñuelos que nunca terminaron de freírse.

Un rato después, Berisso estaba en marcha. Los apacibles guaraníes que resistieron por primera vez las imposiciones de Juan de Garay, los gauchos corajudos de las guerras federales, los revolucionarios derrotados en las luchas europeas, los activistas sindicales perseguidos en el último medio siglo, los inmigrantes desahuciados descendidos de

los barcos, los provincianos despreciados empujados de su tierra, todos los que de una manera y otra habían convivido bajo la paternal cobija de la miseria, caminaban en los pasos de aquel gentío sudoroso que avanzaba tumultuosamente por la Río de Janeiro escoltada por un enjambre de autos, camiones, bicicletas, sulkys y carros de reparto. La historia del próximo medio siglo en la Argentina arrancaba con ellos.

Atanasoff, Raico

Obrero textil. Delegado gremial.

Yo era delegado general de la textil Duplex, de la calle San Martín al siete mil novecientos (en esa localidad bonaerense pegada a Capital Federal). Del 9 al 17 de octubre trabajamos duro asistiendo a reuniones en el Gran Buenos Aires. Nos reuníamos en el Café de los Japoneses en Lanús, “el cabezón” Freire, Garófalo, Calveiro, Moa, Olmo, Yanpolky y varios compañeros. Teníamos la sede en Bartolomé Mitre 951 de Capital Federal.

(...) No todas fueron flores porque hubo lugares que se hacía difícil el acceso a la fábrica. El pueblo incondicionalmente al grito de Perón salía a la calle. Salimos de la textil Duplex, cinco o seis personas, más o menos, seríamos. Llegamos a la vuelta, a la fábrica de aceite “Gallo”. No tuvimos oposición. Dejaron gente que atendiera las calderas y todo el mundo afuera. Seguimos por San Martín y antes de llegar al puentecito de la entrada al radio urbano es-

taba Woitin y tenía muchísima gente trabajando. Cuando salimos a hablar con los delegados que estaban todos organizados, la guardia de arriba nos disparó unos tiros. Pero ya se había juntado mucha gente; 150 personas. Logramos que se serenara el ambiente, hablamos con los delegados y no quedó nadie en el lugar; inclusive enfrente estaban unos “fasoniers” trabajando y se enteraron que íbamos a Plaza de Mayo, cerraron las puertas y los cinco o seis que estaban se vinieron con nosotros.

(...) Bueno, salimos por Uriburu, llegamos al café La Paloma, pero serené un poco a los muchachos. Éramos ya como 300, se iban plegando todos, solos. Tuve que hablar pues estaba por cometerse algún desmán y había que frenarlo. Salimos, como le digo, a las 5.30 horas de la madrugada del café La Paloma. A las 6.00 cruzamos la General Paz y cuando íbamos cruzando la calle Obispo San Alberto venía una columna de más o menos 200 personas y cuando nos vieron les gritamos “¡Perón o Muerte!” Y nos contestaron “¡Perón o Muerte!”. Cruzaron inmediatamente la calle San Martín y se plegaron junto con nosotros. Ya era mucho más voluminosa la columna. Cuando estábamos por llegar a la avenida América estaba toda la seccional 45 en la calle. Conversamos y le dijimos adónde íbamos y entonces quien estaba a cargo de la policía dijo: “Esto es un movimiento del Pueblo y no se puede parar”; si hubieran ordenado reprimir no habiéramos llegado a Plaza de Mayo.

(...) Cruzamos el puente Chorroarín. Se iban agregando muchos. Parecía una bola de nieve. Pasamos por la calle Corrientes y había que ver como se seguía sumando a nosotros la gente.

Y así llegamos a Plaza de Mayo. Ya estaban los obreros de la Bagley con el compañero Botana. Eran más o menos las doce del mediodía.

Badaraco, Horacio

Anarquista. Extracto de la carta que le escribe a un compañero de militancia, diez meses después de haber presenciado la marcha obrera del 17 de octubre y de que Perón ganara las elecciones del 24 de febrero de 1946. Solía decirles a los socialistas que, horrorizados, categorizaban de “lúmpenes” a los que iban a liberar a Perón: “esa es la clase obrera que ustedes no conocen”.

En los meses últimos ya no hay indiferentes en política. ¿Qué pasa de extraordinario para que esta conmoción gane todas las capas sociales? Casualmente, el peronismo y el triunfo del peronismo es el castigo por nuestras insuficiencias en materia y en vida política. La política apareció de pronto en el escenario social del país y no estábamos preparados, pudiendo entonces ver fácil la aventura política del profascismo peronista al arrebatarse las banderas sociales a los partidos de izquierda y dejar entrever algunas soluciones para las grandes masas. El voto del peronismo ha sido, en cierto sentido, un voto revolucionario y social en grandes masas de la población. Ellas nos han advertido de la realidad argentina a pesar de toda la deformación social y de conciencia que el peronismo ha impreso en esas grandes masas. La falta de una respuesta política a millares de

argentinos y, especialmente, de jóvenes, abrió el juego de la política fascista o, por mejor decir, profascista. Los obreros atrasados, los olvidados por nuestra burguesía nacional y la oligarquía reaccionaria, movidos por los apremios de sus insoluciones y castigados por el resentimiento fomentado por una expoliación sin límites, votaron a Perón, son peronistas. Aquí radica la profunda experiencia de estos días: ahora iremos más fortificados a las luchas próximas y los obreros peronistas realizarán mientras tanto la experiencia Perón. La experiencia Perón los traerá a nuestro lado, o no, si aún somos débiles para ganarlos.

Belloni, Alberto

Obrero. Autor del libro *Del anarquismo al peronismo. Historia del movimiento obrero argentino*, cuenta lo ocurrido en la “trastienda” sindical ante la posibilidad o no de declarar la huelga general revolucionaria en octubre de 1945.

Delegados de viejas organizaciones sindicales se definieron en contra de la huelga, expresando que el general Ávalos daba garantías de que se mantendrían “las conquistas obreras alcanzadas” y agregaban conceptos antimilitaristas, recordando las sangrientas represiones a cargo de algunos militares; otras representaciones obreras, sobre todo la de los gremios de la industria, dijeron que el 12 de este mes los patrones se negaron a pagar el aumento de salarios que disponía un decreto de Perón del día 9 y además manifestaron: “vayan a cobrárselo a Perón”. Los delegados refirieron

cómo al concurrir a la Secretaría de Trabajo en busca de que se obligara la aplicación de la ley no fueron recibidos por el nuevo titular de la Secretaría (...)

A la una de la mañana del día 17 se resuelve declarar “la huelga general revolucionaria” por 48 horas en todo el país, a partir del 18; la votación arrojó 21 votos a favor de esta decisión, contra 19. El alma del debate que decidiría la resolución final fue el representante de la Asociación Trabajadores del Estado, Libertario Ferrari, que implacable y tenaz, se mantuvo defendiendo la huelga general, dividiendo a su propia delegación, que traía instrucciones en contra.

Bianco, Nicolás Ángel

Ferrovionario. Cambista en Retiro del Ferrocarril Central (después Mitre).

Fui a la plaza porque todos los trabajadores fuimos a defender lo nuestro. Yo había participado en la fundación de la CGT, y la CGT y Perón nos defendieron cuando llegó el momento. A las cinco de la tarde llegué a la plaza. Y me quedé hasta la una de la mañana, cuando fui llevado a la asistencia pública porque tenía un golpe en un hombro. ¿Cómo no me iba a quedar, si éramos todos trabajadores? La concentración del 17 tuvo como efecto la liberación de los trabajadores argentinos de las garras de los ingleses. Y los primeros beneficiados con ese cambio fueron los ferroviarios. En el ferrocarril los ingleses nos descontaban un 8,25% para ellos, hasta que llegó Perón a la Secretaría de

Trabajo y Previsión. Con Perón, con Evita y con Mercante, tuvimos respuestas a nuestras expectativas.

Blanco, Norberto

Ex juez de la Suprema Corte de Justicia de la Provincia de Buenos Aires. Cuando suceden los hechos, funcionario del gobierno provincial, Director de Suministros de la provincia bonaerense.

Así los hechos, se desemboca en el 17 de Octubre, con una ciudad que vivía en clima de anarquía, ya que el presidente de la Universidad, Dr. Calcagno, la había convertido en un bastión antiperonista y de allí partían todos los incidentes que quebraban la paz ciudadana (...). En un momento determinado llega a La Plata una gran manifestación procedente de Berisso, a cuyo frente se encontraban obreros y dirigentes de las fábricas que con total espontaneidad se iban sumando a los que habían arribado de Ensenada y a los que en gran número en La Plata habían ganado la calle con una única consigna: “rescatar a Perón”.

Los manifestantes copan la calle 7 y se producen enfrentamientos con los estudiantes que los hostigaban desde la Universidad; siguen hasta la calle 45 entre 6 y 7, domicilio del presidente de la Universidad, Dr. Calcagno, y se cometen desmanes de los que se hacen amplio eco los diarios de esos días.

El Dr. Calcagno, con posterioridad, es electo diputado nacional por la UCR. La gente que manejaba la Universi-

dad en esos días eran radicales y marxistas. Los radicales respondían a la línea interna unionista acaudillada por el Ingeniero Boatti y “alter egos” eran los doctores Peco y Fassi, entre otros.

Con mucha saña, a los que habían adherido a Perón les llamaban “colaboracionistas”, marcando un símil con el Premier francés Pierre Laval que, casualmente, en esos días de octubre de 1945 fue fusilado en Francia.

Vuelta la manifestación por calle 7 hasta la plaza San Martín, se concentraron frente a la Casa de Gobierno. En la plaza hablaron varios oradores, pronunciando una encendida arenga una mujer que pertenecía al personal de uno de los frigoríficos (...). La multitud que se había dado cita en la plaza la componían unas 20.000 personas. Luego siguieron la manifestación por la calle 7. Entre las 17 y las 18 horas se dispuso ir a Plaza de Mayo. En cuanto vehículo, auto y camión se pudo contar, comenzaron a partir hacia Buenos Aires.

Ernesto Cleve, posteriormente diputado nacional peronista, me pidió en préstamo dos camiones de la Dirección de Suministros y en ellos llevó a un grupo de manifestantes de Berisso.

Borges, Jorge Luis

Escritor antiperonista.

Usted no sabe lo que fue eso. Horrible. Algo tremendo. Yo estaba avergonzado e indignado. Eso es, indignado y

avergonzado...

Creí y sigo creyendo que el 17 de octubre de 1945 fue una especie de farsa. No creo que sucediera nada realmente...

Borro, Sebastián

Dirigente del gremio de la Carne. Paradigma de la Resistencia Peronista luego de la caída de Perón en 1955.

Desde el año 39 trabajaba en los talleres metalúrgicos de los Hermanos Mary, que fabricaban máquinas de construcción, como caleras, mezcladores. Cuando entré ganaba 15 centavos la hora; trabajaba ocho, así que sacaba un peso veinte por día. Era soltero. Vivíamos en Mataderos. Mi padre también trabajaba allí; antes había estado en los talleres Vasena. Después de la Semana Trágica a mi padre lo echaron. Éramos 12 hijos, por lo que mi padre, aunque estuviera enfermo, tenía que ir a trabajar para no perder el jornal; trabajaba hasta los domingos para ganar un mango más.

Yo me había afiliado a la Unión Obrera Metalúrgica en el '41; ese año se realizó una huelga. El Ministro del Interior era el radical Miguel Culaciatti; al finalizar la huelga cobramos menos de lo que ganábamos antes, porque así lo dispuso el gobierno. En aquel tiempo era muy difícil organizar una huelga y afiliarse a una organización sindical; había que tener el carnet escondido. Al sindicato lo dirigía un comunista, el compañero Musio Giraldi; luchábamos sin conseguir nada. Lo del '43 fue un golpe y Perón in-

tegraba el grupo de militares que lo dieron; pero fue para derrocar a un gobierno reaccionario, que venía de mandar en el país durante una década, la Década Infame, en la que el trabajador no tenía derecho a nada. El hijo de un trabajador jamás tuvo entonces un par de zapatos; la mayoría no cursaba el sexto grado primario; ni hablar de la secundaria o de la universidad.

Después del '43 Perón empezó a transformar el sistema social haciendo cumplir las leyes que estaban sin aplicar desde hace años y dictando otras nuevas; comenzó a discutirse los salarios con los patrones; no se persiguió al capital, se trató de humanizarlo, pero los patrones no querían comprender que la justicia social había llegado al país. Empezamos a afiliarnos más gente al sindicato a cuyo frente estaba ahora el compañero socialista Hilario Salvo, que se hizo peronista, y otros que eran dirigentes anarquistas, como el viejo Juraldi y Chiara. Algunos quedaron en la FORA, en la oposición a Perón, pero la mayoría adhirió al peronismo.

Se empiezan a firmar decretos como el pago de los días feriados –que hasta entonces no se pagaban–, vacaciones, enfermedad, y la aplicación de la ley 11.729 sobre despido, que había proyectado Alfredo Palacios pero que no se aplicó –salvo por contadas empresas– hasta que llegó Perón.

En esos días de octubre, cuando lo detienen a Perón, a la oligarquía la acompañaron muchos políticos que hoy³ hablan de democracia. El 12 de octubre, con Perón preso, los patrones se burlaban y no querían pagar otra vez el día feriado y nos decían: “El 12 de octubre vayan a cobrárselo a Perón”. El 17 estábamos en los talleres. Eran las 10 y

³ Octubre de 1985, momento de la entrevista.

media de la mañana. Un grupo de 4 ó 5 muchachos entran y conversan con nosotros. En ese momento yo era tornero y delegado gremial. Desde días antes la gente estaba con mucha efervescencia, preocupada por las noticias de que Perón estaba preso, decían, en la Isla Martín García, que estaba enfermo. Los que entran al taller nos dicen: “Fue detenido Perón. Hay que rescatarlo, porque nos quieren sacar todas las conquistas sociales y quieren volver a hacer lo que hacían antes”. Yo me paré sobre un banquito y hablé: “Compañeros –dije, más o menos– aquí los compañeros me comunican que vienen columnas de todas partes para tratar de rescatar a Perón. En lo que respecta a mi posición personal, yo creo que hay que ir ya. Los que me quieran acompañar que lo hagan”. La amplia mayoría salió con nosotros a la calle; éramos ciento y pico de trabajadores; sólo dos o tres se quedaron. Ahí nomás, cerca, quedaban la fábrica Dayrico y la fábrica Magnasco, las dos de la alimentación. Varios fuimos a las dos fábricas y se hizo lo mismo: informarle a los delegados y después salieron casi todos.

Desde allí fuimos a la Plaza, en una caravana impresionante, que venía desde Barracas y se engrosaba en Constitución, donde había muchas industrias. Había gente de todas las edades, muchas mujeres de las fábricas, era muy notable su presencia y su entusiasmo. Algunos venían con banderas argentinas en las manos. El pueblo gritaba “¡Queremos a Perón, queremos a Perón!”; lo pintaban en los tranvías: “¡Perón que grande sos...!”. Ahí nació el estribillo de la Marcha Peronista, que todavía no se había inventado. Cuando a las 11 de la noche apareció Perón en el balcón, fue una alegría tan inmensa que jamás en nuestras vidas

podremos olvidarlo. Porque era el triunfo de nuestra dignidad, que es lo primero y principal que le dio Perón a los trabajadores argentinos.

Brum, Blanca Luz

Uruguay. Amiga, militante y colaboradora de Juan D. Perón en 1945.

Estaba radicada en Buenos Aires y, como mujer latinoamericana de avanzada, situada al lado del peronismo, cuando, junto con mis amigos, nos enteramos que Perón había caído y que un grupo de oficiales subalternos se habían apersonado en la casa de la calle Posadas para exigirle su rendición. Supimos también que el general se había negado y que esos oficiales tuvieron que retirarse. Todo eso lo conocíamos por fragmentos, a medias; hay que imaginar el momento de confusión revolucionaria que se vivía. Como yo trabajaba en Informaciones y Prensa de Casa de Gobierno, mis compañeros iban y venían con noticias y yo las recibía al instante. Me ocupaba de la parte latinoamericana, que a Perón siempre le interesó mucho porque la revolución peronista –justicialista para ser más exacta– era de una proyección continental que no tuvieron otros movimientos.

A medida que caía la tarde las cosas se fueron aclarando y nos organizamos, aprestándonos como un ejército frente a otro ejército. Supimos que a Perón lo llevaban a Martín García; y corría la voz de que iba a ser fusilado. Informaciones de todo tipo nos llegaban, mientras tanto, a través del

brigadier Nicolás Luis Ríos o del coronel Perrotta, y también de dirigentes gremiales como ‘El Negro’ Montes de Oca (metalúrgico), Bianchi (del gremio de la carne), Andreotti, Cipriano Reyes (también del gremio de la carne) y de periodistas como Eduardo Pacheco y César Lomuto. Comenzamos a planear la liberación de Perón.

Yo había estado casada con David Alfaro Siqueiros, un pintor admirable y un revolucionario también admirable y junto a él no sólo aprendí pintura sino también algunos manejos en cuanto a cuestiones revolucionarias, y sabía que existía para la clase obrera un arma poderosa: la huelga general. No fue difícil prepararla; empezaron a llegar emisarios del interior, hicimos contacto con ellos, tomamos algunos departamentos (el mío, en Rodríguez Peña al 1500, era muy femenino, muy agradable, pero no obstante rebosaba de armas; el portero Marcelo, peronista como todos los porteros de Buenos Aires, vigilaba los movimientos del edificio). Los militares no veían muy bien estas cosas; inclusive nos mandaron decir casi en vísperas del 17 que al salir el pueblo a la calle sacara los pañuelos blancos en señal de rendición, porque no estaban seguros de la forma en que reaccionaría el Ejército Y tuve el honor de ser yo la que transmitiera la contestación de los obreros a los militares. Fue: “Que mañana abran los arsenales, porque nosotros tomaremos las armas”. Esa respuesta la entregué a los edecanes –Uriondo, Perrotta, Palazuelo– que tenían contactos en las Fuerzas Armadas.

Así las cosas, llegó el 17 de octubre. A mí me asignaron la misión de integrar un comando que vigilaba el movimiento de barcos desde y hacia la isla de Martín García. Tenía-

mos también algunos compañeros marinos, al fin hijos del pueblo, que estaban en naves surtas en las proximidades de la costa y nos transmitían las novedades. Fue una sorpresa escalofriante cuando llegué a las inmediaciones del río y me topé con un escuadrón de la policía montada, integrado por tipos sumamente negros, con pelos negros, con uniformes negros y con los caballos relucientes; un espectáculo digno de Violeta Parra. Del otro lado del río, en el límite de Avellaneda, la muchedumbre peronista gritando que bajaran los puentes componía un cuadro formidable. Hacia el mediodía se produjo un hecho inesperado y extraordinario que, tal vez, ni el mismo Perón conozca: esa muchedumbre, cansada de esperar, se tiró al riacho para cruzarlo a nado. Yo buscaba desesperadamente la cara del oficial que comandaba el pelotón porque, según informes, la policía debía estar del lado del pueblo, pero no pude ubicarlo. De repente, este hombre desenfundó el sable y gritó ¡Viva Perón!; luego el escuadrón hizo lo mismo y sus hombres gritaron ¡Viva Perón! Luego agregó el jefe del pelotón: “Bajen el puente para que pase el Pueblo”. Así pasó la gente, y la policía del general Velazco entró en la ciudad escoltando a la masa peronista de Avellaneda y Berisso.

Después me integré a la muchedumbre que avanzaba por la ciudad y, ya cerca del centro, entré en una librería abierta para comprar tizas. Entregué centenares de tizas al pueblo y empezamos a dar consignas que se escribían por todos lados. De pronto alguien dibujaba una caricatura de Perón en el asfalto y era tal la mística que ya no se pisaba ese pedazo de calle. “Por aquí pasó el Pueblo”, se escribía, y no se rompió un vidrio; pedían permiso a los automovilistas-

tas para escribir el nombre de Perón en los cristales de los coches; los conductores accedían y se quedaban aplaudiendo. No hubo un solo acto de violencia.

Se nos dijo que lo llevarían a un hospital militar y hacia allí nos dirigimos, pero a las tres de la tarde nos trasladamos a Plaza de Mayo. A las seis de la tarde la concentración era imponente. Al caer la noche empezaron a confeccionarse antorchas y, no puedo precisar la hora, hacia las siete u ocho, apareció Perón en el balcón de la Casa de Gobierno. Así volvió él al poder y yo a mi casa.

Buela, Josefa

Obrera. Trabajaba en 1945 en la fábrica de medias Minué.

Yo trabajaba en esa fábrica hasta los días domingo. Como era menor de edad, una vez vinieron los inspectores y para que no me vieran, los patrones me encerraron dos horas en el baño. Teníamos que limpiar los pisos y la heladera. Y si protestábamos, a la calle. El obrero no tenía derecho a ninguna queja; si levantábamos la voz, nos hacían llevar por la policía. El 17 de Octubre es imposible de describir. Fue como si Dios hubiese bajado al balcón y nos hablara. Porque, lo que Perón nos decía, nos daba tanto estímulo para vivir que es imposible decirlo con palabras. El resultado fue que a ningún obrero le faltaba comida, ni ropa; a ningún niño le faltó un juguete de Navidad, ni el pan dulce.

Bunge de Gálvez, Delfina

Colaboradora del periódico *El Pueblo*, de la Curia Metropolitana. Esposa del novelista Manuel Gálvez. Este artículo, publicado el jueves 25 de octubre de 1945 y titulado “Una emoción nueva en Buenos Aires”, le valió la expulsión de la Asociación de Escritoras Católicas por los sectores antiperonistas.

Emoción nueva la de este 17 de octubre: la eclosión entre nosotros de una multitud proletaria y pacífica. Algo que no conocíamos, que, por mi parte, no sospeché siquiera que pudiera existir.

Desde los tiempos ya lejanos en que no se hablaba de “comunismo” sino de “anarquismo”—allá por nuestra niñez—, hemos vivido con el terror de las posibles revueltas populares. Una protesta obrera casi no era para nosotros imaginable sino en la horripilante forma de los días de terror que siguieron a la revolución francesa. Todo levantamiento del pueblo contra una persona o una disposición gubernamental se nos representaba bajo colores escalofriantes. O cuando menos con un aspecto hostil, amenazador y enemigo de todo lo sagrado, llevando por estandarte el odio y por armas el robo, el incendio, el crimen.

Tales se nos mostraron, en efecto, las turbas rojas, primero en Rusia, luego en España. Una muestrita tuvimos aquí en aquella “semana trágica” de 1919. Y ya antes quiso amedrentarnos el anarquismo, cuando con motivo del centenario de la Revolución de Mayo, se amenazaba rociar con vitriolo las caras —por bellas que fueran— de quienes

ostentaran la escarapela blanca y azul. Y justo es recordarlo: ninguna de nosotras se quitó la escarapela.

Las primeras manifestaciones de las turbas rebeldes fueron siempre contra lo religioso. Quemábanse las iglesias como para librarse del más temible de los testigos. Parecía tal vez a los forajidos que eliminaban así “el ojo de Dios”, y podían, entonces, sin ningún miedo misterioso, abandonarse a todos los crímenes. Suprimido Dios, todo quedaba automáticamente permitido.

Compárese esto con lo que hemos visto el 17 de octubre. En esa fecha –que me parece de difícil olvido– las calles de Buenos Aires presenciaron algo insólito. De todos los puntos suburbanos veíanse llegar grupos de proletarios: de los más pobres de entre los proletarios. Y pasaban debajo de nuestros balcones. Era la turba tan temida. Era –pensábamos– la gente descontenta... (¿Y cómo no habría de estarlo? Después de habérsele despojado de la esperanza en una vida mejor, debía ella continuar en esta vida sometida a los más rudos trabajos y los peor remunerados). Con el antiguo temor, nuestro primer impulso fue el de cerrar los balcones. Pero al asomarnos a la calle quedábamos en suspenso... Pues he aquí que estas turbas se presentaban a nuestros ojos como trocadas por una milagrosa transformación. Su aspecto era bonachón y tranquilo. No había caras hostiles ni puños levantados, como los vimos hace pocos años. Y más aún nos sorprendieron sus gritos y estribillos: No se pedía la cabeza de nadie. Hablamos en término generales...

Aquel primer impulso de cerrar convirtiéosenos en un compasivo deseo de ofrecer a los pobres caminantes algún descanso y alimento. Nos retiene, sin embargo, un resto de

desconfianza. Sí; el aspecto de esta gente es conmovedor. Sólo llevan consigo, como única arma, su esperanza. Pero ¿qué irán a hacer cuando se encuentren luego reunidos y fuertes, en número? ¿Cuáles serán sus finales intenciones?

Nuestras sorpresas irían en aumento. Al avanzar la noche hemos presenciado –como puede presenciarse desde lejos, junto a una radio– las horas emocionantes en que la multitud de trabajadores iba engrosando frente a la Casa Rosada. Llegó a decirnos la radio que eran medio millón. Para los escépticos, reduzcámoslos a menos de la mitad: a unos 200.000... ¿Va a estallar ahora el odio contenido? Semejante multitud debió sentirse poderosa para llevar a cabo cualquier empresa. Tienen allí, a un paso, la Catedral, pueden incendiarla. Allí está la Curia que tantas veces fue el objeto del insulto anticlerical. Pero la multitud se muestra respetuosa. Hasta se vio una columna en la que parte de sus componentes hacía la señal de la cruz al enfrentarse con la iglesia. Su actitud es fraterna (no con la actualmente decantada fraternidad de la revolución francesa que se vociferaba al compás del “*Ca ira*”... y de la guillotina).

No dominan en esta reunión los “mueras” ni los “abajo”. (Durante dos días he visto desfilar a los manifestantes debajo de mi balcón, y ni un solo “muera” les oí, aunque sí, muchísimos “vivas”). Estas gentes cansadas y con hambre no se quejan...

Antes de seguir adelante, quiero declarar formalmente sobre este papel, que mientras esto escribo, manténgome a millones de leguas de la más leve intención política. No me interesa aquí el personaje con cuyo nombre nos saturaron los oídos esa noche. De lo que quiero ocuparme únicamen-

te, y lo que me parece realmente interesante, es este hecho insólito que a todos nos ha dejado atónitos, aunque difieran las impresiones y conclusiones que cada uno saque de él: el hecho de la muchedumbre de trabajadores reunidos en actitud de paz y con fines pacíficos. Y hasta, no sé si me será permitido decirlo, el ejemplo magnífico que con esta actitud ha dado ese pueblo a manifestantes anteriores.

Se me objetará que en alguna ciudad hubo ciertos desmanes. Milagro portentoso sería que ‘ninguno’ hubiera habido en parte ninguna. Los hubo hasta entre los Cruzados que iban a rescatar el sepulcro de Nuestro Señor. Pero sabido es que estos desmanes fueron la excepción; y yo me refiero aquí especial y únicamente a la gran concentración en la Plaza de Mayo.

Estas turbas parecían cristianas sin saberlo. Y “sabiéndolo”, eran argentinas. Lejos de querer, como en aquella ocasión recordada, echar vitriolo a quienes llevan la insignia de la Patria, ellos mismos llevaban banderas argentinas en profusión. Y, lo que es más, no les imponían la compañía de ninguna otra bandera. Supieron cantar el Himno Nacional con una nobleza como pocas veces alcanzó a ser coreada por el pueblo. Su actitud era tal que nos hizo pensar que ella podía ser un eco lejano, ignorante y humilde de nuestros Congresos Eucarísticos. Tal vez en aquellos congresos aprendieron estas gentes su nueva actitud...

“Miseror super turbas”... Los oídos no percibieron el sonido de estas palabras aquella noche y en aquel lugar. Pero ¿pudieron acaso dejar de oírlas los corazones atentos al Evangelio, habituados a la palabra de Jesús? Nunca como entonces pudo nuestro espíritu reconstruir la inolvidable

escena: aquellas turbas de Palestina que desde hacía tres días seguían a Jesús y que, por verle y oírle, olvidábanse de comer, renunciaban al descanso... llevando por único bagaje su nueva esperanza. Y Jesús compadenciéndose entonces de la muchedumbre (“Misereor...”) y efectuando el milagro de la multiplicación de los panes... las sagradas imágenes se nos imponían en esta ocasión. Sí; Jesús debió efectuar su milagro a favor de turbas semejantes a éstas, de “desarrapados”... (Y de paso: es incomprensible este “reproche” que se les aplica: si son “desarrapados”, culpa será de los exiguos sueldos que no les dan para más).

Sé de algunos jóvenes que tuvieron la feliz idea de llevar en sus automóviles algunas vituallas para reconfortar a esta pobre gente que de tan lejos y sin provisiones venía. Otros ofrecieron sus automóviles como colectivos gratuitos, pero eran muy pocos. Ellos son envidiables: si no les fue posible multiplicar el pan, a tales jóvenes corresponde la honra de haber imitado a Jesús en lo que pudieron: llevándoles el pan aunque fuera sin multiplicar. Sé también de algunos que les repartieron el pan que pudieron, “espiritual” (las grandes nociones cristianas)... ¡Qué maravillosa cosecha para recoger allí! Sé igualmente que no se negó en la Curia, a los más cansados, algún descanso por la tarde; cosa que se les brindó, no ciertamente en su calidad de manifestantes, pero sí en su calidad de pobres auténticos; de pobres de Jesús. Y se les regaló algún crucifijo, que fue respetuosamente recibido...

Horroriza, en cambio, el hecho que desde un diario haya habido quienes fueron capaces de hacer fuego sobre esa multitud hambrienta, cansada y desarmada. Por equivocac-

da que pudiera ella estar en sus propósitos o peticiones, su actitud no fue en ningún momento acreedora de semejante pago agresivo. ¿Qué se hubiera dicho si los romanos atacaran a la multitud palestinese que seguía a Nuestro Señor? (Y ¡por Dios! Mi comparación se ciñe única y exclusivamente a la multitud como tal). Esa multitud palestinese, equivocada a su manera, pretendía hacer de Jesús un Rey terreno, el Rey de Jerusalén.

¿Qué pedían aquellas gentes en la Plaza de Mayo? Pedían la libertad de un prisionero al que —equivocadamente o no— ellas creían su protector. Cumplían, así, un deber de gratitud siempre respetable, al mismo tiempo que enarbolaban su justo deseo y voluntad de seguir siendo amparadas. ¿Había, por lo menos, gritos de odio y propósitos de venganza para aquellos que alejaron del poder y mantuvieron prisionero al hombre que ellas reclamaban? Sólo querían ver y oír al que consideraban su jefe. Exigían, tal vez, la prolongación de ese poco de justicia social que la clase trabajadora creía haber hallado en él. Reclamaban, presumiblemente, sus derechos de trabajadores; los de vivir con cierta dignidad humana; que no les fuera negado ese mínimo de decoro y de descanso imprescindibles para que el alma no quede como ahogada y atrofiada en ellos; reclamaban, tal vez sin saberlo, lo que tantas veces han reclamado para los obreros de todo el mundo los últimos Papas.

He dicho “el hombre que equivocadamente o no” creían su protector, porque si lo era o no lo era, no hace al caso dentro de estas consideraciones. A nadie escapa, por otra parte, el peligro para un país de que un hombre sea endiosado por el pueblo (y el peligro para el hombre mismo);

ni a nadie escapa el peligro de la demagogia. Pero no hace para mí al caso –repito– el juzgar a este hombre, que, con sinceridad o sin ella (esto lo sabe Dios), con buenas intenciones o por ambición únicamente, ha tenido la peligrosa fortuna de ser espontáneamente glorificado por los pobres, no en los momentos de su triunfo sino en los de su aparente derrota.

No interesa dentro de estas consideraciones -vuelvo a decirlo- el juzgar a este hombre que las turbas aclamaron (y al que no nos faltarían cargos que hacer). Lo que nos interesa son las “turbas mismas y su capacidad de proceder en paz”. (“*Procedamus in pace*”, como en las procesiones). Pero para no ser tremendamente injustos, tenemos que reconocer por lo menos en el hombre aclamado el mérito de haber inspirado una manifestación de tal especie. Una manifestación de tal modo pacífica, cuando tan poco hubiera bastado para convertirla en hostil o feroz. Aquel hombre podía haber llevado a la multitud que así le demostraba su afecto, al odio a sus enemigos personales y políticos; podía haberse vengado por aquel medio. De que no lo haya hecho, todo Buenos Aires puede agradecerse.

El odio de clases es cosa terrible, y criminales son quienes lo desaten o estimulen. Los desmanes comunistas fueron siempre diabólicos. Pero, si alguna excusa puede hallarse para el pobre y “el explotado” en su rebelión y odio al rico, el encono en cambio de los que se hallan en prosperidad económica hacia multitud de pobres, como la que hemos visto el otro día, no tiene, no digamos ningún justificativo, pero ni siquiera el mínimo atenuante. La hostilidad, el odio del rico al pobre, vendría a ser el más monstruoso de los odios.

Podía aquella multitud, repito, estar equivocada en sus afectos; sus peticiones podían discutirse; pero no se podía ir en contra de su recta intención, no podía condenarse su actitud. Los que tanto han clamado por la democracia ¿podrían acaso no estar conformes con esa expresión genuina de la más auténtica democracia? Éste sí era “el pueblo soberano” demostrando su voluntad.

Por mi parte, pensé y escribí siempre que “el sufragio universal no calificado” era, a mi entender, la más absurda de las instituciones humanas; sí, es que mal puedo estar por la infalibilidad o sabiduría de esta especie de sufragios con o sin urnas, de esta especie de ‘plebiscitos’. Pero a los paladines del universal sufragio no les queda más remedio que conformarse con sus efectos y aceptar la voluntad del pueblo, siempre que ella sea manifestada sin tropelías inadmisibles.

Yo no creo que manifestaciones de la especie de la del 17, de gentes pobres y desarmadas, sin prensa y sin dinero, sean por el momento algo más que un fuego de pajas. Pero cabe ahora pensar en nuestras responsabilidades frente a un pueblo que así se presenta, confiado y sin armas. A nosotros nos toca ‘merecer’ esta actitud pacífica, no rechazando sin oírla a la masa trabajadora, sino escuchando y discutiendo serenamente sus pretensiones. A nosotros nos toca no defraudar a un pueblo pacífico en sus esperanzas de buena acogida y de un mínimo siquiera de justicia social.

Bustamante, R.

Sindicato de la Carne. Rosario. Sesión del Comité Central Confederal de la CGT. 16 de octubre de 1945.

Si este cuerpo no resuelve la huelga general les puedo asegurar que será impotente para contener la huelga que se producirá lo mismo, por el estado emotivo de los trabajadores. Acabo de tener una comunicación telefónica con carácter urgente desde Rosario, donde se me ha inquirido en forma enérgica cual es la posición de la central obrera. Ustedes saben que nosotros ya hemos constituido un comité de huelga y que la huelga ya está declarada, y en ese sentido se me ha dado mandato al venir aquí. Únicamente están esperando las instrucciones de la CGT a los efectos de que el movimiento se haga en forma coordinada. Pero les aseguro sin ánimo de presionarles, que si aquí no se vota la huelga, en Rosario se irá al paro lo mismo.

Cafiero, Antonio

Con 23 años en 1945, era militante cristiano en su barrio porteño de San Cristóbal, dirigente nacionalista en la Facultad de Ciencias Económicas y empleado de la empresa norteamericana de cajas registradoras National.

Pedí licencia en mi trabajo y a eso de las 10 me fui a la Plaza, aunque yo todavía era escéptico sobre lo que podía suceder. A eso de las dos de la tarde la Plaza empezaba a

llenarse. Se decía que el general estaba en el Hospital Militar. Como no había transporte, nos fuimos hacia allí a pie. Volvimos porque nada aseguraba que Perón estuviera en el hospital. Ahora sí, en la Plaza había muchísima gente. De todo. Yo me encontré con un farmacéutico radical y con Andrés Samil, por entonces el principal dirigente de la Federación Universitaria de Buenos Aires, que no fue benévolo para calificar la manifestación. Después me enteré por otros testigos que a pocos metros de donde yo estaba también contemplaba todo con mirada escéptica Ernesto Guevara. Me impresionó –y es una imagen que llevo en mi memoria– la columna que llegaba del Sur, de los frigoríficos. Gente con su ropa de trabajo sucia. Desarrapados. Gente así nunca había llegado al centro. De pronto se enfrentaron con la Policía Montada, los famosos cosacos. Hubo un momento de tensión, los muchachos avanzaron, y de pronto, ante el estupor general, los cosacos se sacaron los cascos y gritaron: ¡Viva Perón! La columna pasó frente a nosotros, que éramos unos diez o quince estudiantes y empezaron a gritarnos “¡Alpargatas sí, libros no!” Yo traté de explicarles que estábamos apoyando esa manifestación, pero un compañero detuvo un poco el paso, me miró serio y me dijo: “¡Qué carajo me importa!”. A la noche, y entre crecientes síntomas de impaciencia, apareció Perón y mantuvo un imborrable diálogo con el pueblo. Comprendí que había vivido una jornada histórica.

Carballeda, Alfredo

Estudiante secundario en el Comercial. 16 años. Militante de la Unión Nacionalista de Estudiantes Secundarios (UNES). Luego dirigente peronista destacado. Integrante de la “Resistencia Peronista” luego de la caída de Perón en 1955.

Abandonamos esa tarde el colegio con algunos compañeros y marchamos hacia Plaza de Mayo. Íbamos con los libros bajo el brazo, gritando por Perón, cosa realmente extraña, ya que el grueso del estudiantado era hostil al coronel. Recuerdo que en un momento dado la gente nos llevó en andas. Había un espíritu festivo del pueblo que marchaba, gritando con entusiasmo, pero sin cometer el menor desmán. Sólo después de la jornada del 17, en la madrugada del 18, se produjeron algunas reacciones violentas de los manifestantes, al caer mortalmente herido, frente al diario *Crítica*, el joven nacionalista Darwin Passaponti. A partir de ahí, nuestra gente, indignada, dejó los cantos y tiró piedras. Me acuerdo que con mis compañeros, obligamos en señal de duelo a cerrar un baile en un salón próximo a *Crítica*; pero eso fue después del tiroteo. Esa noche se oyó por primera vez el canto improvisado: “Yo te daré, te daré Patria hermosa, te daré una cosa, una cosa que empieza con P... ¡Perón!”. Y también el “¡Patria sí, colonia no!” acuñado en los fortines nacionalistas.

Cardellini, Eduardo

Vivía en Lomas de Zamora. Empleado. A la plaza a rescatar a Perón...

“Esa mañana, 17 de octubre de 1945, fui hasta la estación Banfield del Ferrocarril Sud, como se llamaba entonces, para tratar de viajar a Buenos Aires. En aquel entonces yo me ganaba la vida vendiendo artefactos de radio. Pero ese día no fue igual a otros, porque a pesar de la puntualidad de los ferrocarriles, los ferrocarriles no trabajaban. La razón era que la CGT había decretado una huelga general para exigir la libertad del coronel Perón.

“Decidí ahí mismo, en la estación ferroviaria, marchar hacia la Plaza de Mayo. Organicé con algunos amigos la marcha por la avenida Pavón, se nos acoplaron dos camioncitos, propiedad de Benedicto Zapienza, provistos con parlantes, y aquella columna se fue engrosando y de las ocho o diez personas que la conformaban originariamente, finalmente sumaba cientos de obreros al llegar al Riachuelo. Los puentes habían sido levantados. En el caso nuestro, que avanzábamos por la avenida Vélez Sarsfield, un policía que estaba del otro lado nos hizo señas con un trapo blanco y bajó la pesada estructura. Así pasó la columna, entonando cánticos hacia la Plaza de Mayo”.

Cardellini se entusiasma al recordar la forma como gente común, gente de pueblo, convirtió aquella iniciativa de unos pocos en la más multitudinaria manifestación que se recuerda y se emociona al repasar los nombre de algunos gestores de la marcha, como su amigo Antonio Giglio, al

que llamaban “Pico de Oro” por su oratoria florida, Alejandro Verdejo y tantos otros. Cuenta que la columna llegó finalmente a la calle Victoria (hoy Hipólito Yrigoyen) y de allí torcieron hacia la Avenida de Mayo.

“Pasamos frente a los diarios *Crítica*, *La Razón* y *La Prensa* y llegamos por fin hasta la mismísima Casa Rosada. Hasta ese momento, en la Plaza de Mayo había muy pocos curiosos, pero ya empezaban a llegar columnas del Norte, Sur y Oeste. Muchos compañeros, cansados por la larga caminata, optaban por refrescarse los pies en la fuente de la plaza. Cada vez llegaba más gente, que era arengada por Giglio a través de los parlantes de los camioncitos de Zapienza. Esos parlantes fueron utilizados finalmente por el doctor Eduardo Colom, dirigente de *La Época*, para informar que se estaban llevando a cabo nerviosas gestiones y que el coronel Perón estaría a las 21 en el balcón. Finalmente, minutos después de las 23, Perón desde el balcón, dirigió un mensaje a todo el país y solicitó encarecidamente que aquella multitud se retirase en calma, sin protagonizar ningún tipo de desmanes. Aquella movilización popular fue definida por Scalabrini Ortiz como ‘El subsuelo de la patria sublevada’. Todo lo demás es conocido”.

Castiñeira de Dios, José María

Católico y peronista. Intelectual y poeta.

El 9 de octubre Perón es sacado de la Casa de Gobierno. El 10, se despide de los trabajadores. En ese momento yo

era nacionalista, no peronista (tampoco existía el peronismo como tal); yo venía de los grupos católicos elitistas, más por adhesión generacional o literaria que por convicciones sociales, porque era el hijo de un almacenero quebrado del sur de la provincia de Buenos Aires. Pero la oligarquía cultural me había abierto las puertas y a los 18 años había empezado a colaborar en el suplemento literario de *La Nación*. Ese día 10, fui a ver cómo caía alguien que, para los nacionalistas, no cubría sus expectativas. Eran los nacionalistas que años después Leopoldo Marechal llamaría “los argentinos finales”. A ellos les producía una especie de escozor esta reactivación de los “negros”. Entre esos cajetillas estaba yo, y fui a ver caer a este hombre. Pero tuve una revelación, que no se vio en este hombre sino en los rostros de la gente que en ese momento veían la caída de Perón con una tremenda frustración y un profundo dolor. Reconocí en ellos a mis compañeros del pueblo provinciano, a la gente de la tierra. Entonces, el día 10, busque a los intelectuales para que se pusieran del lado de Perón. Recibí sus negativas.

Cerón, Sergio

Cuenta esta anécdota de aquel día, que apunta a una de las bases fundacionales del peronismo: la solidaridad. Y también recuerda su militancia secundaria.

“Poco antes los más enardecidos habían forzado el macizo portal de la calle Balcarce. Una ametralladora, muda y amenazante, los había obligado a retroceder, lentamente,

sin pánico (...). Cerón memora que llevaba varias horas en la vereda tachonada de columnas de alumbrado, cuando escuchó una exclamación sobresaltada: ¡Carajo, me afanaron la pistola! Un policía agitaba los brazos y echaba mano a la cartuchera vacía. Entonces uno del público trepó a un farol e improvisó un discurso: “Compañeros, al compañero policía le sacaron el arma reglamentaria. Y eso está mal porque la tendrá que pagar él. Yo les pido a los compañeros que devuelvan la pistola de la Institución, que la hagan llegar hasta aquí, para no perjudicar al compañero policía... que es un laburante ¡Qué joder!”. Fue un milagro, reseña Cerón. Desde el fondo casi de la Plaza, sostenida por centenares de manos, la pistola reptó sobre las cabezas, hasta encontrar otra vez su refugio en la diestra del policía.

“En las Juventudes Secundarias Nacionalistas, que era como la rama estudiantil de la Alianza Libertadora Nacionalista, los pibes fluctuábamos entre la bronca a los ingleses, explotadores históricos de la Argentina, y el acercamiento al nacionalismo europeo. No al nazismo, que era pagano, sino a la Falange española, de inspiración católica como nosotros. Admirábamos a José Antonio, que era una especie de ‘Che’ de derecha.

En el Fortín, (que eran el nombre de nuestras unidades básicas) de Almafuerte y del Tigre, barrio de Parque Patricios, Juan Puigbó nos informó que había muchas vacilaciones sobre que hacer tras el arresto de Perón. Todo cambió cuando empezó la movilización en Berisso.

Nosotros éramos estudiantes pero como militábamos con gente de extracción obrera tuvimos alguna participación. El 17 ayudamos a parar talleres porque no todos los

obreros querían plegarse, ya que la propia CGT estaba dividida en torno al tema de Perón. Algunos de la Alianza, mayores que nosotros, estaban armados. Su función era presionar a los patrones para que no se opusieran a la salida de la gente de los talleres. Oí que así se paró Volcán.

La gente daba vuelta los tranvías y los enviaba de nuevo para el centro cargado de manifestantes. La policía apoyaba con su pasividad porque había un acuerdo con el jefe de Policía, el coronel Filomeno Velazco, que era leal a Perón”.

Cisneros, Carlos

Secretario del Comité de la Unión Cívica Radical.

(...) El número de manifestantes no fue ni aproximadamente lo que se proclamó por el interesado y sus parciales, que calculan que hubieron más de medio millón de personas. Según cálculos ciertos, se le asigna alrededor de sesenta mil personas, de los cuales un cincuenta por ciento lo constituían mujeres y menores, teniendo informaciones fehacientes de que muchos de estos recibieron dinero para concurrir.

Clidas, Juan

Obrero de la carne y murguero. Fue a la Plaza.

Yo era director de una murga y fui uno de los promo-

tores del 17 de Octubre. Vivía sobre la costa del río, en la orilla, frente a la casa de los Reyes (por Cipriano Reyes), calle Génova. Era la murga de los carnavales y esa murga fue la base del 17. Además de la nuestra, “Los Martilleros”, de allí salió la murga “La Terraza” y “Estrella de Oriente”, de Los Talas. Por eso hubo tantos bombos.

Yo trabajaba en el frigorífico desde el año 41, de “cuchillo”. Era menor, yo soy del 12 de octubre del ’25. Empecé en “picada” y después pase a “plaza de novillo”, donde se cuereaban los animales.

Festejamos mi cumpleaños el 12. Esa noche preparamos los bombos, que se desarmen después de los carnavales. Si no, el parche se estira, se afloja y al armarlo otra vez se raja. Eso nos llevó más de diez horas, porque teníamos 17 bombos y 25 tambores. Fue la murga más grande de Berisso, una comparsa impresionante. Y el 13 salimos de mi casa hasta la Escuela 52 de la calle Montevideo, de ahí hasta la Comisaría y el Correo, hasta el centro... La policía nos tiraba gases lacrimógenos, mojábamos los pañuelos en el agua de la zanja, lo pasábamos por los ojos y vuelta a empezar. Así el 14 y el 15.

Yo iba adelante. Los que tocábamos los instrumentos íbamos adelante y la gente venía atrás. Salíamos fuera de mi casa, tocábamos los bombos y la gente se amontonaba sola. Sonaban los bombos y a los quince minutos teníamos cien personas alrededor. Y el 16 cuando nos enteramos de que Perón no venía, que lo podían matar, explotó todo, hubo un revuelo grande. Eso fue algo impresionante. Nos juntamos con otros barrios, gente de la (calle) Nueva York, la gente que salía del frigorífico después de acatar el paro y

nos reuníamos en el bar Sportman y de ahí nos fuimos a pie hasta La Plata. Recibimos una descarga en Trieste y la 164, Río de Janeiro, otra descarga en el puente Roma. La gente se iba sumando al grito de “¡Perón sí, otro no!”. Llegamos al escuadrón de Policía y nos julepeamos un poco porque pensamos que la policía nos iba a atacar con la caballería. Nos amontonamos con la gente del sindicato que iba armada. Antes de llegar a donde se les da de comer a los caballos, el edificio colonial tiene unas ventanas grandes altas, con rejas negras. De una de esas ventanas sacaron y mostraron la foto de Perón. No sabe lo que fue eso, me da ganas de llorar. En mi vida vi algo igual. La policía estaba con nosotros. Al llegar a La Plata caminando, había un hormiguero de gente. Nos abrazaba, nos daba agua, gritaba contenta. Y Perón y Perón. La Plata era nuestra. Cuando llegamos al diario *El Día* nos apedrearon, y ahí fue donde rompimos el diario a pedradas y con baldosas que algunos locos arrancaban del suelo. Después fuimos a la Casa Penna, una casa tipo rotisería pero en gran escala, para gente bacán. La gente entró y rompió todo, no dejó una cosa en pie. La gente estaba en cegueda, en esos momentos le hablabas mal de Perón y capaz que te mataban. Los muchachos se llevaron de todo. Yo no, porque andaba con el instrumento de la murga, pero si no, me llevaba algo también. ¡Seguro. La franqueza ante todo! Las mortadelas gordas, los salamines... Se llevaron todo. La limpiaron.

Volvimos a las ocho de la noche a Berisso y atacamos la Casa Radical de Berisso, la rompimos toda. La casa de Bassani, del doctor Sánchez que vivía en la calle Montevideo, a media cuadra del Correo. El biógrafo terminó ahí.

Al otro día me fui a Buenos Aires en un camión de carnicero. Salimos como al mediodía con los instrumentos de la murga, cerramos la puerta pero no toda, para que se pudiera respirar, y hasta Buenos Aires no paramos. Pasamos por el Puente Avellaneda y llegamos a las cinco de la tarde. Bajamos los instrumentos y empezamos a gritar “¡Perón, Perón, Perón, Perón, Perón, Perón” y hasta que no salió no paramos. Eso fue un loquero.

Colom, Eduardo

Director del diario *La Época* y luego diputado nacional por el peronismo.

Ese día desde la mañana, delegaciones y grupos numerosos de trabajadores comenzaron a llegar hasta la redacción de *La Época*, en la calle Moreno al 500. Estaban decididos, me afirmaban, a permanecer indefinidamente en huelga y en la ciudad, hasta lograr la libertad de Perón. (Ya en la Plaza de Mayo) el almirante Vernengo Lima ordenó que se disolviera la manifestación y en caso contrario que se abriera fuego contra la masa. A esto se opuso categóricamente el general Ávalos, quien dijo terminantemente que no podía cargar en su conciencia, ni al Ejército, con semejante crimen. Pero ambos coincidían en la necesidad de despejar Plaza de Mayo y poner punto final a la agitación popular. Propuse que me dejaran hablar desde los micrófonos instalados en los balcones de la Casa Rosada, pero rechazaron mi proposición. Después salió a los balcones el general

Ávalos quien intentó hablar; pero la multitud no le permitió hacerlo. El coronel Mercante trató, a su vez, de hacer uso de la palabra, corriendo la misma suerte. Fue entonces que, ante mi insistencia, se me permitieron los micrófonos; prometí al general Ávalos pedirle a la multitud que se disolviera pacíficamente, pero lo que dije textualmente fue: “El general Ávalos ...” -a esta altura ya los gritos y silbidos no me dejaron continuar; pero pasados unos minutos pude seguir- y dije “Cuando habla el director de *La Época*, vocero del coronel Perón, el pueblo debe escucharlo”. Así pude continuar diciendo “El general Ávalos me ha dicho que el coronel Perón está en libertad. Yo no lo creo, ni ustedes tampoco. Les pido que permanezcan en la Plaza de Mayo hasta que el coronel venga a decirnos personalmente que está libre”. De la Casa Rosada me dirigí al Hospital Militar a eso de las 17 y 30, y allí, rodeando al coronel Perón, estaban Lucero, Mercante, Descalzo y Antille. Pocos minutos después llegaba Quijano. Insistí en que Perón debía ir inmediatamente a Plaza de Mayo; el coronel consultó a sus amigos y estos decidieron designar una comisión para que parlamentara con el general Ávalos. Quijano opinó que Perón no debía ir a la Casa Rosada porque podía tratarse de una celada. La comisión para parlamentar quedó integrada de la siguiente forma: Antille, Mercante, Lucero, Colom y Descalzo (...). En la Casa Rosada se ordenó el cierre de las puertas. Las discusiones se hacían interminables. La impaciencia de la multitud crecía y comenzaron a aparecer los primeros brotes de violencia. Un mensajero del coronel Perón se nos acercó para hablarnos y con él me dirigí al Hotel de Mayo donde se encontraban algunos dirigentes

gremiales y el Dr. Benítez, que fuera luego presidente de la Cámara de Diputados. Se me informó allí que el coronel Perón había ordenado colocar altoparlantes en los balcones del Hotel Mayo. Me opuse categóricamente a esto que me parecía desastroso, puesto que el significado trascendente de hablar desde la Casa de Gobierno recuperada para el pueblo se perdería lamentablemente. Salí y desde los altavoces de los camiones radiales anuncié la inminente llegada del coronel Perón y adelanté que él hablaría desde los balcones de la Casa Rosada. Eran las 20 horas. El desborde popular, a esta altura de la jornada resultaba incontenible. Las noticias de todo el país, o de las principales ciudades, que recibíamos, incrementaban nuestro entusiasmo. Una numerosa delegación fue a buscar al coronel Perón y éste arribó, finalmente, a la Casa Rosada. A las 23 horas apareció en el balcón y la multitud delirante exigía que Farrell lo abrazara. Después vinieron los discursos y yo pude, finalmente, proclamar feriado al día siguiente, cosa que se cumplió, ante mi propio asombro, en todo el país.

Coronel, Enrique

Ayudante de conductor en el Ferrocarril Central (luego Mitre) en 1945. Más acá en el tiempo, fue directivo de la CGT de los Argentinos en 1968 e integrante del Partido Socialista 1º de Mayo en 1985.

Fui a la plaza porque era una manifestación obrera y popular. Estábamos cansados de gobiernos conservadores

en los que no teníamos ni voz ni voto. Yo fui en busca de una verdadera justicia social y encontré la respuesta que esperaba. Perón defendía los intereses de los trabajadores.

Del Guercio, Olinto

Dirigente peronista de San Isidro, le cuenta a Fermín Chávez sobre su participación, el 17 de octubre de 1945.

“Descubrí el 17 de Octubre en la estación Constitución, a las 7.35 de aquella mañana inolvidable. Yo debía tomar el tren hacia el sur, puesto que trabajaba en una zona que abarcaba Valentín Alsina, Berisso y Ensenada. Los trenes no andaban; había huelga general, según decían en los corrillos del hall de Constitución, formados por gente heterogénea. A La Plata viajaban estudiantes y muchos abogados, pero también trabajadores fabriles. Poco a poco, los comentarios se tornaron discusiones y discursos políticos. En un momento dado, ya acalorados los ánimos, di un grito espontáneo: ‘Viva Perón!’. Entonces la policía entró en el hall y comenzó la represión”.

Recuerda que, ya identificados los grupos peronistas, se ubicaron sobre la calle Lima Este, cerca de la seccional policial. Sostuvieron escaramuzas contra la policía hasta alrededor de las 10, en que llegaron al lugar nutridas columnas de trabajadores: un oportuno refuerzo popular que produjo el repliegue de la policía.

“Nadie dirigía nada –dice Del Guercio–. No sabíamos a dónde ir. Unos se encaminaron hacia Plaza de Mayo; otros,

hacia el Hospital Militar, donde se decía que estaba Perón. Y al precisar todavía más sus recuerdos, observa: Fue una marcha sin dirección. Algunos nos pusimos a la cabeza para darle alguna orientación. Perón-Masa Popular, era ya la relación fundamental”.

También recuerda Del Guercio el clima previo al estallido que imperaba en Valentín Alsina, Berisso y Ensenada: “Las mujeres eran protagonistas fundamentales del ambiente de efervescencia, con sus diálogos y rumores difundidos sobre la suerte de Perón. Ellas alimentaron, en el vecindario, los anhelos revolucionarios justicialistas. Y esperaban. El 17 de octubre fue una jornada de cantos y vivas, en que no se rompió un vidrio”.

Della Busca, Enrique

Radical yrigoyenista. Matarife.

En 1943 trabajaba como inspector general en el Matarife Municipal Lisandro de la Torre cuando, en su carácter de Secretario de Trabajo y Previsión Social, Perón realizó una visita al establecimiento y yo fui designado para guiarlo en la recorrida por las instalaciones. Mientras caminábamos se interesó por la situación de los obreros, cuestión que a mí me preocupaba sobremanera. Al despedirnos quise saber su nombre ya que sabía que estaba hablando con un coronel del ejército pero no de quien se trataba. “Yo soy el coronel Juan Domingo Perón”, me dijo. Le contesté: “Yo soy Enrique Della Busca, radical yrigoyenista y pienso mo-

rir siéndolo”. Entonces, el futuro líder, me dijo: “Pretendo continuar la obra que no pudo realizar Yrigoyen”. Y automáticamente me hice peronista.

Por ese delito me echaron del Matadero Municipal en el 44, volví entonces a mi antiguo trabajo, como desollador, en el Frigorífico Wilson. Allí la gente no creía en Perón, pensaban que era fascista, y como yo había adherido al Movimiento, me adjudicaban el mismo rótulo. Por mi parte, defendía al único gobernante que había tendido una mano al pueblo; si el hombre cumplía yo lo apoyaría, de lo contrario sería el primero en combatirlo. Finalmente los convencí.

En 1945 se intensificó la campaña que la oligarquía lanzaba contra el gobierno y especialmente contra Perón. En los primeros días de octubre fui a la Secretaria de Trabajo a saludar a un viejo amigo mío, el mayor Fernando Estrada, subsecretario del organismo; nos habíamos conocido en 1930 cuando ambos éramos radicales y conspirábamos contra Uriburu. Mientras conversábamos, Perón ingresó en el despacho y la conversación giró en torno de la situación por la que estaba atravesando el país, que indudablemente era muy tensa. El coronel elogió muy expresamente al gremio de la carne, por ser el más aguerrido y organizado; fue en ese momento cuando comprometí la solidaridad del sector en caso de que estallara un golpe y estuviera en peligro su persona. Es que la oligarquía estaba acostumbrada a mandar y no se avenía a que se hiciera justicia con los obreros.

El 10 de octubre detuvieron al líder. Sólo la agitación popular podía liberarlo y comencé a movilizarme rápidamente; hablé con mis compañeros y también con los cege-

tistas, pero estaban asustados. Me dirigí entonces a la casa del mayor Estrada para que organizáramos algo en conjunto. Discrepábamos: él pensaba que antes de lanzarnos a la calle debíamos esperar una resolución de la CGT. “Hemos conspirado 13 años juntos –le dije– y la CGT estuvo siempre al lado de todos los gobiernos; a Perón lo van a matar y el gremio de la carne está dispuesto a salir a la calle por él”.

El 15 estaba en mi casa conversando con Quiroga –cuñado del mayor Estrada– y Rodolfo Gramajo –que luego durante el gobierno peronista fue diputado nacional– cuando llegaron dos emisarios de Cipriano Reyes, secretario general de la Federación de la Carne; se trataba de su hermano, Tito Reyes y de Vizcochea, delegado del Sindicato de Berisso. Discutimos acaloradamente y decidimos que el gremio de la carne saliera a la calle al día siguiente; Vizcochea y Reyes se encargarían de avisar a la gente de los frigoríficos Anglo, La Blanca y La Negra.

El 16 a las tres de la madrugada nos encontramos en la calle Membrillar con otros compañeros: Carlos Kin –peronista–, Juan Carlos Basán y Martín Pérez –obreros del Wilson–, Peralta –obrero de la Flota Pesquera– y Vicente Sienna –secretario general del sindicato–. Partimos entonces hacia la puerta del Wilson a parar a la gente. Muchos se adhirieron rápidamente, otros no. La situación se complicaba porque algunos tipos comprometidos con la patronal querían evitar el paro a toda costa. El cordobés Basán quiso definir la cosa rápidamente y tiró algunos tiros al aire; un viejo se desmayó del susto. Sin embargo la gente comprendió rápidamente la necesidad de liberar al hombre que por primera vez en la historia del país nos había tendido una

mano. Nos dividimos en grupos para visitar todas las fábricas de la zona (Valentín Alsina) llamando a la huelga. Pero la llegada de los obreros de Berisso y de los frigoríficos La Blanca y La Negra no se concretó: los emisarios no habían cumplido con su cometido. Aún así llegamos a formar una columna de 3.000 personas (ocupábamos tres cuadras de la avenida Sáenz) que marchaba hacia la Capital. Llegamos hasta la intersección de San José y San Juan y allí nos dispersó la policía.

El 17 a la tarde volvimos a concentrarnos en Puente Alsina y marchamos nuevamente hacia el centro, pero esta vez el jefe de Policía había dado órdenes de no reprimir y no tuvimos problemas. Plaza de Mayo era un hormiguero de gente; nuestra primera intención fue entrar en la Casa de Gobierno, pero nos cerraron las puertas en la cara. Nos confundimos entonces con el resto de los compañeros entonando estribillos y vivando a Perón. En el transcurso de la tarde el general Ávalos y Vernengo Lima intentaron hablar desde el balcón de la Casa Rosada, pero la multitud no los dejó; sólo querían escuchar a Perón. Estábamos eufóricos y puedo afirmar, sin equivocarme, que las tres cosas más emocionantes que presencié en mi vida fueron: el entierro de Yrigoyen, el 17 de Octubre y los funerales de Evita.

Nuestra presión logro su objetivo: Perón fue liberado y, ya muy entrada la tarde, arengó al pueblo. Era noche cerrada cuando nos desconcentramos. Estábamos tranquilos, nuestro líder mandaba nuevamente.

Duimovich, Juan

Trabajaba en una hilandería y su padre en un frigorífico. Los dos se hicieron peronistas.

Papá era yugoslavo y se hizo tan argentino; más criollo que mate amargo. Trabajó treinta y nueve años en el frigorífico. Su oficio era el de ganchero. Era el hombre que hacía señas a sus compañeros para que las reses que se iban enganchando en las grúas llegaran a la boca de la bodega. Abajo había quince personas y a cada una le tocaba cargar una media res de doscientos cuarenta kilos, congelada ¡Si habremos mandado carne a Inglaterra! Era muy ingrato (...). El 5 de enero de 1942, un mes después que yo había terminado la primaria, Papá dijo: trabajar o estudiar. Y entré en la The Patern Knitting. Tuvimos que hacer papeles falsos porque necesitaba un certificado de catorce y yo tenía trece. Gente muy educada, eran ingleses pero accesibles. Con el advenimiento de Perón, se propuso a todas las empresas que tuvieran aprendices operarios y que les dieran la oportunidad de seguir estudiando. Gracias a Dios terminé la secundaria. Gracias a la llegada de este hombre.

Los domingos Papá recibía *La Nación*, porque venía en colores. Y nosotros le leíamos el diario Los yugoslavos somos muy sensibles y la llegada de este hombre nos conmovió. Mi padre creyó que era un Dios que había bajado para él. La Mala Real era una compañía de barcos que venía a cargar. Había que llenar el barco hasta arriba, cerrar todo, medir la temperatura ¡qué dormir! Mi padre vio la transformación, no lo podía creer. Compró su casa en tres años

de trabajo en el gobierno de Perón, con 12.000 pesos ¡al contado! ¿Le va a hablar mal de Perón? Lo pasa a degüello.

En la semana de octubre, cuando Papá se entera de que Perón está detenido, va al sindicato. Los trabajadores abandonan el barco. Se abandonan todos los establecimientos. Van sección por sección llamando al paro. Yo estaba en la hilandería y ya entonces había oposición a Perón. El comunismo estaba muy arraigado. Hicieron una reunión en el comedor de la hilandería para que firmáramos que no estábamos conformes con la huelga. Nadie obedeció. Cuando se puso en marcha, fue imparable.

En el sindicato de la carne, en la esquina de Montevideo y Punta Arenas, se agrupa gente. Se llamaba a la gente con redobles de tambores y latas y se fue haciendo como un hormiguero que estalla. El 16 se producen unos desmanes porque los estudiantes nos hostigaban. Y así cobraron, pobrecitos. Nos tiraban piedras en La Plata, pero bajamos a unos cuantos porque era época de poda y estaban los tronquitos lindos... Iban y venían las cosas. No me gusta la violencia pero fue un hostigamiento brutal el que nos hicieron. Nosotros decíamos bien fuerte: Perón, Perón y Perón...

No dormimos esa noche. En las esquinas de Berisso, se tomaba mate en una casa, en otra. Papá me dijo: "Si no sabés volver, en Constitución hay un tren que te trae de vuelta". Y se fue. Y nosotros, sin saber nada de nada, solamente queríamos rescatar a Perón. Íbamos cantando, siempre con un palo en la mano, por las dudas. Fuimos en tren ¡si no se pagaba! Pasamos por el puente del ferrocarril, fuimos a un bar a comer un pan de viena grandote con mortadela. Teníamos los pies cansados. Y siempre, Perón y Perón y

nada más....Lo vi de lejos cuando apareció. No sé que sentí en ese momento. No se puede explicar el misterio de Perón. Empezamos a cantar, a brincar, la alegría es contagiosa. ¿Qué dijo? Nosotros estábamos en otra cosa. Teníamos diecisiete años, veíamos una piba y le decíamos un piropo. Se logró el objetivo y luego se produjo el desbande. Para mí Perón era más que político, era un apóstol. ¿Sabe por qué? Él predicaba.

Bien o mal, todavía al día de hoy estamos disfrutando el 17 de octubre. En el Swift y en el Armour todos los lunes nos empezaron a dar zuecos nuevos. Antes se trabajaba descalzo. La fábrica nos empezó a dar los elementos: la ropa, los cuchillos para faenar el animal, la piedra de afilar. Todo cambió desde entonces...

Echagüe, Carlos M.

Periodista e historiador.

Desde el mediodía, numerosos grupos de obreros lograron por diferentes medios comenzar a atravesar el Riachuelo y marchar hacia Plaza de Mayo. Ello contagió a los trabajadores de Patricios, Pompeya, Barracas, La Boca, y posteriormente de los barrios populares del oeste, y densas columnas se encaminaron también desde esos puntos hacia Plaza de Mayo. A todo esto, recién a la una de la tarde, se supo que la CGT por 21 votos contra 19 acababa de declarar la huelga general por 24 horas para el 18 de octubre.

A las 17 horas la plaza ya estaba cubierta hasta la mitad.

Vernengo Lima se dirigía a sublevar a la Flota, esperando lo mismo de Campo de Mayo. Los militares peronistas lograron tomar el Regimiento 3 de Infantería. Farrell y Ávalos centraban sus esfuerzos en lograr la dispersión de la masa obrera reunida en Plaza de Mayo sin tener que emplear la violencia. Su indecisión reflejaba el temor a una explosión obrera en caso de represión y la correlación de fuerzas en el Ejército.

La multitud cantaba: “Piantate de la esquina / oligarca loco / que el pueblo no te quiere / y Perón tampoco”. También gritaba “Ávalos traidor” y reclamaba sin descanso la presencia de Perón.

Mientras, proseguían las negociaciones entre Perón, que continuaba en el Hospital Militar, y Ávalos y Farrell, en la Rosada, por medio de Mercante, Colom y otros emisarios, y los jefes militares del peronismo se apresuraban a copar todos los comandos para impedir cualquier intentona de resistencia por parte de Ávalos que hora a hora se batía en retirada. Recién pasadas las 23 horas, derrotado ya totalmente Ávalos, aislado Vernengo Lima, Perón aparece en los balcones de la Casa de Gobierno, se confunde en un abrazo con Farrell, quien es el primero en dirigir la palabra anunciando las medidas exigidas por los dirigentes peronistas. La radio oficial transmite en cadena. Perón, aclamado, pronuncia su discurso.

Escobar, Carlos María

Lo trajo a Perón desde la isla de Martín García donde es-

taba detenido. He aquí su relato.

-En esta lancha nos mandaban a la muerte, a las cuatro de la tarde del 16 de octubre de 1945. Digo que nos mandaban a la muerte porque la 'P.19' estaba radiada del servicio y hacía mucha agua ¡Imagínese usted, ir a Martín García en una embarcación semejante, con una fuerte sudestada!

-¿Sabían adónde los mandaban?

-No. Nos ordenaron marchar a una comisión reservada. Sólo sabíamos que el nuestro era algo más que un servicio de patrullaje.

-¿Ni siquiera les dieron a entender que podrían ir hacia la isla de Martín García en busca del Coronel Perón?

-En ningún momento. Además, como la lancha no estaba en condiciones de realizar un viaje semejante sin correr graves riesgos, los tripulantes, todos peronistas, nos habríamos opuesto por cualquier medio a que trajesen al Coronel Perón en esa lancha. Al poco rato vimos embarcarse al Coronel Perón, con sus equipajes, acompañado de los civiles y el Capitán de Fragata que habíamos traído de Buenos Aires... había mucha marea del sudeste... largamos amarras y tomamos rumbo a la Boya Número 5 del Canal Paraná, para después enfilarse rumbo a Buenos Aires. A medida que veníamos avanzando, el temporal iba arreciando y avistamos a Buenos Aires con fuerte viento de proa y marea... Aquí, en este lugar —y se sienta en el sitio exacto—, iba el Coronel Perón durante el viaje. Él estaba sentado solo en el banco, y estaba muy tranquilo. Sin mirar siquiera a quienes habían ido a buscarlo, y conversando con nosotros. Cada vez que le ofrecíamos café, contestaba: “Gracias, hijo”, y se

tomaba una tacita... Repito que había lanchas mejores para hacer la difícil travesía y enviaron la peor para que no pudiera regresar Perón... pero el personal embarcado estaba constituido por hombre del pueblo y el Pueblo venció todas las dificultades para traer vivo y sano a Perón... y Perón salvó a la Patria.

Ferrari, Libertario

Representante de los trabajadores estatales. Sesión del Comité Central Confederal de la CGT. 16 de octubre de 1945. Defiende la declaración de la huelga general y con el argumento que esgrime vuelca la votación a su favor.

Ayer, cuando se tomó la resolución de declarar la huelga general, en principio, en la reunión de la Comisión Administrativa, yo dije que la huelga sería hecha en defensa de las conquistas obreras y contra la oligarquía que había ganado una posición de privilegio en el gobierno, situación confesada por los propios funcionarios. Los diarios entregados al capital y a la oligarquía aplauden las palabras del nuevo secretario de Trabajo y Previsión y eso sólo ya es un índice para nosotros, porque hasta hace muy pocos días esos mismos diarios se caracterizaban por su violenta oposición a la obra que cumplía la Secretaría de Trabajo y Previsión. Ayer analizamos extensamente el problema antes de tomar la resolución que ustedes conocen y ahora nuevamente se arguye, de que no hay razones para declarar la huelga general y que no puede ser motivo el pedido de libertad del coronel

Perón. Yo pregunto: ¿y la negativa de los patrones a pagar el 12 de Octubre y a otorgar vacaciones? ¿Y la información que dan los diarios sobre los posibles integrantes del gabinete nacional, conspicuos miembros de la oligarquía todos ellos? ¿Y la prisión del coronel Perón? ¡Porque pese a todo lo que se diga, el coronel Perón está preso! ¿Y la detención del coronel Mercante y el capitán Russo? Dentro de poco seguiremos nosotros el mismo camino, pues no debemos olvidar que si Ávalos se proclama amigo de Perón. Vernengo Lima es enemigo acérrimo de aquel y de nosotros y a mi juicio tiene más influencia en el gobierno Vernengo Lima que nadie, porque cuenta con el apoyo del capital y la oligarquía. Nos han dicho también que el general Farrell habló ante nuestros compañeros, como constreñido o como si le hubiesen impuesto las palabras que dijo, pues los compañeros que lo visitaron dijeron que estaba muy deprimido. En concreto, la situación sería esta: Ávalos está con Perón y Vernengo Lima está contra Perón. Me parece entonces que nuestra actitud va a reforzar la posición del primero y tendrá como consecuencia inmediata la libertad de Perón y el aseguramiento de todas nuestras conquistas. Tenemos que aprovechar este momento excepcional favorable para nosotros, pues si no habremos perdido la lucha por muchos años.

Ferreya, Disnardo

Camarero en el ferrocarril.

Fui a la Plaza porque Perón fue un hombre que favoreció mucho al obrero; si no lo respaldábamos lo tiraban abajo. Me gustó siempre el hombre, sus ideas: él miraba para el obrero, no para el rico, igual que Evita. Nos favoreció mucho a los ferroviarios. Yo era camarero y Perón nos dio la cama para nosotros arriba del tren; antes teníamos que viajar como perros.

Flury, Juan Adolfo

Integrante en 1945 de la agrupación “Soldados de Perón”.

En 1945 yo ya trabajaba políticamente en los cuadros denominados “Soldados de Perón”, que tenían la misión específica de mantener pintadas en todos los barrios de Capital Federal. Estos trabajos se hacían de noche y los había creado el coronel Domingo Mercante. Comenzamos en 1943 y para el '45 ya éramos una masa concientizada.

Yo viví el 17 de Octubre como uno más, porque era muy grande la alegría y la afluencia de gente. La mañana de ese día nos juntamos todos los muchachos del grupo y comenzamos a avisar a todos los obreros que había que salir. Yo trabajaba en la firma Bonafide como encargado de control de calidad y no quedó nadie en la fábrica. Recuerdo que después me echaron de ahí por hacer cumplir las leyes laborales. Nos pasamos todo el día en Plaza de Mayo. Nadie se movió del lugar. Los bolicheros de los alrededores nos daban algún sanguchito y agua para aguantar. De alguna forma fue una fiesta, nunca vi algo así. No había ninguna

información oficial, pero cuando a la noche se corrió la voz de que venía el General, la gente saltaba, cantaba, lloraba. Cuánto recuerdo esos años... se vivía tranquilo y con respeto. Para mí, nunca habrá otro 17 de Octubre. ¿Y sabés por qué se dio el 17 de Octubre? Se dio porque el estado de la gente era tremendo, había mucha pobreza, mucha pasividad. El obrero soportaba todo con estoicismo, se aguantaba horas y horas, parado frente a un cartel que pedía dos obreros ¡pero recién para el otro día! Era tanta la pobreza, que la que hay ahora⁴ ya no me asusta. Eso fue generando una conciencia que está muy bien expresada en la Doctrina Peronista, esa que muchos peronistas olvidaron y otros ni la conocen. Hoy eso de que “Para un peronista no hay nada mejor que otro peronista” ya no existe más. Hoy si usted dice que es peronista le preguntan primero de qué línea es, a quien responde...

FORJA

Declaración por el 17 de Octubre.

1. Que en el debate planteado en el seno de la opinión está perfectamente deslindando el campo entre la oligarquía y el pueblo, cualquiera sean las banderas momentáneas que se agiten y que en consecuencia y en cumplimiento de su deber, argentino y radical, expresa su decidido apoyo a las masas trabajadoras que organizan la defensa de sus intereses.

⁴ Año 2001.

2. Que como se expresa en la declaración de principios de FORJA, sancionada en el acto de su fundación el 29 de junio de 1935, en la lucha del pueblo contra la oligarquía como agente de las dominaciones extranjeras, corresponde a la Unión Cívica Radical asumir la dirección de la lucha.

3. Que el comité nacional de facto que se atribuye la representación de la UCR se ha pasado al campo de la oligarquía al desoír la opinión y las orientaciones de las figuras representativas del radicalismo yrigoyenista.

4. Que frente a la vacancia de la conducción partidaria, es deber de esos hombres representativos el asumirla para que ésta sea la expresión clara del pensamiento revolucionario de Yrigoyen, en el que encuentran solución integral las inquietudes actuales del pueblo argentino, sintetizadas en Patria, Pan y Poder al Pueblo.

Octubre 17 de 1945.

Por la Junta Nacional: Arturo Jauretche y Francisco Capelli.

Fossa, Manuel

Dirigente sindical del Partido Laborista. Hermano del mítico Mateo Fossa.

Lo fueron a buscar a Mateo para que se plegara a un movimiento que tenía por finalidad construir una conduc-

ción que supiera llevar las luchas, que aprendiera de las experiencias que se habían perdido con las deportaciones masivas y la incorporación de gente nueva. Los migrantes llegaban a la industria sin antecedentes gremiales de ninguna clase. Mateo dijo que no quería hacerlo, había pactado con Trotsky otra cosa. Me sugirió que fuera yo, que trabajaba en el sindicato de la construcción. Así me incorporé a una junta provisoria provincial. Ernesto Cleve, un dirigente telefónico de La Plata que me conocía, me llevó a participar en los conflictos de la carne en Berisso y Ensenada. En Berisso, el dirigente indiscutido era Cipriano Reyes; aquella era una barriada cálida y solidaria. Ahí empieza lo del 17 de octubre. La tradición del ejército era para tener desconfianza, pero dicen que para conocer a un renglo lo mejor es verlo andar. Y nosotros lo que veíamos, era que Perón estaba haciendo las cosas bien. Mientras ese coronel apoyara al movimiento gremial, el movimiento gremial apoyaría a ese coronel. El 17 de octubre lo demostró. Perón nos daba un apoyo estatal que no habíamos tenido nunca. Siempre habíamos tenido como enemigo al Estado capitalista: la Semana Trágica, la Patagonia, la Forestal. Por otra parte, la revolución del '43 había tenido dos períodos bien definidos; uno, represivo, de intervenciones a los sindicatos, a la universidad, filofascista; el segundo empieza con la caída de Ramírez y el crecimiento de la figura de Perón, el individuo pensante del GOU. Perón, con gran astucia, vislumbró cuánto peso podía aportar la clase obrera para acceder al poder. Y la clase obrera comenzará a tener protagonismo. Perón no se ajustaba a esquemas ni a principios. Era un pragmático y vio lo que no habían visto otros: hasta

qué punto podíamos los obreros gravitar en la revolución (...). Se entraba y se salía de su secretaría. Se nos atendía como a gente; él siempre cordial, sonriente. Domingo Mercante hacía lo mismo. La prisión de Perón hizo sentir a la gente que sus conquistas estaban amenazadas, que podía haber una tremenda ofensiva patronal. No funcionaban las cámaras y muchas de esas conquistas habían sido otorgadas por decreto y por otro decreto podían desaparecer. Por ejemplo, un decreto acababa de ordenar el pago de los días feriados no laborables. Se venía, precisamente, el 12 de octubre. A Perón lo depusieron el 9. De inmediato, las patronales empezaron a comunicar que no iban a pagar ese feriado. Así fue como rápidamente, se fueron recalentando los ánimos. Cipriano y dirigentes del vidrio, de cerveceros, de petroleros y de la carne que nos reuníamos en un salón de la CGT, en Moreno y Déan Funes, presionábamos para el paro general. Sabíamos que teníamos que comunicarnos con los gremios, hacer propaganda. Las radios y los diarios no nos llevaban el apunte. En una imprenta de la calle Güemes, imprimimos volantes llamando a la huelga general. Un compañero que se llamaba Francisco Izcua y yo retiramos los volantes y los llevamos a Avellaneda, donde se iban a encargar de distribuirlos. Queríamos paralizar el país, que el gobierno sintiera el impacto de la fuerza del trabajo y tuviera que aflojar en su posición. Cuando el 17 llegamos a la plaza pensamos: Hemos triunfado.

Framini, Andrés

Dirigente gremial, fue secretario general de la Asociación Obrera Textil (AOT), integrante de la Resistencia Peronista, electo gobernador peronista de la provincia de Buenos Aires en 1962 e impedido de asumir su cargo por el gobierno de Frondizi.

Cuando apareció Perón en la Secretaría de Trabajo entre el 43 y el 45, yo era un joven obrero textil que, como todos los trabajadores, vivíamos con bajos salarios, sin protecciones sociales, con largas jornadas de trabajo y mucho maltrato de los capataces. Para mí eso era lo normal; pensaba que así era la vida de obrero que me había tocado ser y me la tenía que aguantar. Perón fue el que me dijo que no era así. Que eso era injusto y que había que cambiarlo y que se podía cambiar si nos uníamos con los compañeros en los sindicatos. Me abrió la cabeza. Desde entonces supe que no tenían derecho a explotarme.

Yo pertenezco a la generación que “hizo” el 17 de octubre. Que no fue una fecha. Fue un proceso. Hacia 1943 el pueblo se conformaba apenas con comer todos los días. El que tenía trabajo se daba por bien servido. Cuando viene el golpe del 4 de junio, la gente lo contempla como a uno más. Y entonces aparece el coronel Perón, que toma las primeras medidas en defensa de la clase trabajadora. Por eso el pueblo comienza a darse cuenta que Perón es algo más que un coronel, se empieza a sentir representado por ese militar. Y, cuando la oligarquía lo secuestra, se moviliza en la calle para rescatarlo. El 17 marca el punto de partida de

la revolución peronista y es un ejemplo incuestionable de cómo, a través de la movilización de los trabajadores, es posible alcanzar los grandes objetivos que hacen a la grandeza de la Nación y al bienestar del pueblo. Yo recuerdo como millones de trabajadores irrumpieron en las calles. Entonces entendí que eso eran las “masas”. Allí estábamos, movilizadas, dispuestas a la pelea. No nos imaginábamos que eso se iba a llamar “peronismo”.

Fronidizi, Silvio

Profesor universitario. Ideólogo de izquierda.

El 17 de octubre de 1945 me encontraba en mi casa a mediodía tratando de captar el sentido de los acontecimientos que se estaban produciendo. Al tener conocimiento de la movilización general me dirigí al centro y, desde la puerta de la casa de departamentos donde está mi estudio presencié el desfile (...); un desfile donde había de todo, bueno y malo, y me embargó una profunda emoción que poco después fue llevada al papel y escribí sobre la ‘primera rebelión de las masas argentinas’ (...).

García Lupo, Rogelio

Periodista. “Memoria personal del 17”.

En 1945 yo cursaba el primer año de secundaria en el

viejo colegio nacional Roca, de la calle Amenábar, en Belgrano. La crisis política nos envolvió rápidamente a todos, comenzando por el mismo colegio, donde los profesores se dividieron y llegaron a enfrentarse delante de sus alumnos. Ese año fueron mis profesores dos de los principales referentes del momento: Emma Day de Oliva, que dictaba geografía, era feminista y líder de la Unión Democrática, y Guillermo Gallardo, hijo de Ángel, el naturalista, y padre de Sara, la novelista, profesor de historia argentina, que era nacionalista. Los chicos de Belgrano de familias argentinas –entonces el barrio contenía un sector británico importante, donde también vivían extranjeros de otros lugares– participamos precozmente de la agitación política. En mi caso, no había cumplido los 14 años en octubre, cuando sucedió el 17.

Fui a la plaza vagamente encuadrado por mis compañeros del Roca que ya estaban afiliados a la Alianza Libertadora Nacionalista y concurrían a un ruinoso piso de altos en la avenida Cabildo y Juramento, sobre la quesería Magnasco y justo enfrente del café Ronderos, donde todos aprendíamos billar. Fuimos no menos de cuarenta al centro, movilizados por un tal Saavedra, sujeto predispuesto a la violencia, que portaba siempre un arma, y un hombre de más de 50, apodado “El Capitán”, que dormía en la oficina de la Alianza porque carecía de casa propia, y vestía pantalón y chaleco de un traje negro del que nunca pude ver el saco. “El Capitán” era argentino pero hablaba como mexicano y arrastraba una leyenda de juventud junto a Pancho Villa, de quien contaba anécdotas. Era desafortadamente antiyanqui y su contrapeso en las consignas de la calle era

un hindú recién llegado al país, que sólo gritaba contra los ingleses.

El contingente de Belgrano recorrió la ciudad bulliciosamente con la energía propia de la edad, pero netamente diferenciado de los trabajadores. Éstos fueron una revelación para mí —y probablemente para muchos de mis compañeros de Belgrano—. De hecho, nunca había visto una manifestación obrera, y los escasos trabajadores a quienes identificaba como tales eran los porteros del colegio y el jardinero de mi casa. El día pasó muy rápido y, como hacía calor, la llegada de la noche fue refrescante y doblegó para muchos el deseo de permanecer en la calle.

Es curioso, pero mis recuerdos del 17 se hacen más dramáticos con la llegada de la noche, tal vez porque a partir de las 9 comenzaba a estar en infracción con la hora de regreso a casa y todavía me dura la emoción. Mi padre confiaba en la protección que podía recibir del hijo de su amigo, el farmacéutico Trento Passaponti. Era un muchacho que me llevaba varios años, a quien su padre había cargado con el nombre de Darwin, en homenaje al naturalista inglés y como reconocimiento de sus ideas de juventud, ya que había sido uno de los líderes de la reforma universitaria.

A Darwin Passaponti lo vi fugazmente la noche del 17, cuando la columna recorrió la avenida de Mayo en dirección del Congreso y se produjo el tiroteo frente a *Crítica*. Ni ahora ni entonces he podido saber de dónde partieron los primeros disparos. Hace años, el periodista español Clemente Cimorra se sorprendió cuando le conté dónde estaba aquella noche, y me dijo que él formaba parte de los defensores del edificio, donde supuestamente disponían de

una ametralladora pesada que no lograban utilizar porque no controlaban el ángulo sobre la avenida de Mayo y hacían impacto en las casas de enfrente.

Lo que sí sé, es que uno de aquellos disparos mató a Darwin Passaponti, que iba a preservarme de los peligros, según mi confiado padre. No supe de su muerte en ese mismo momento y tengo una gratitud de por vida hacia la bombonería Las Delicias, que hasta hace poco tiempo existió en el 1171 de la Avenida, porque allí pasé con otros chicos y algunas mujeres lo peor del tiroteo, comiendo dulces y galletitas, hasta que las tropas del 3 de Infantería nos mandaron de vuelta a casa, ya entrada la mañana.

Garone, Juan Raymundo

Delegado en la fábrica de galletitas Bagley. Fue luego el primer secretario de ATLAS (Agrupación de Trabajadores Latinoamericanos Sindicalistas).

De Berisso había partido una columna de unos mil hombres que, al llegar a Avellaneda, ya eran cerca de 40.000. Al frente venía el dirigente Cipriano Reyes; otras columnas de trabajadores venían de las usinas del puerto, de los talleres de Parque Patricios, Chacarita, Paternal, de las fundiciones del Riachuelo y las hilanderías de Barracas. Brotaban de todas partes y todas se dirigían a Plaza de Mayo (...). Miles de compañeros que venían de la zona sur se encontraron con los puentes levantados pero igual pasaron: usaron botes, los transbordadores de los frigoríficos, improvisaron

balsas y una gran cantidad se arrojó al agua y nadó hasta la otra orilla. Yo me acuerdo que me sumé a la columna que había pasado por Puente Alsina. La policía nos cerraba el paso y llegó a arrojarnos gases lacrimógenos, pero finalmente se rindió ante la imposibilidad de frenar aquella marea humana”.

Giadas, Juan Carlos

Obrero en el gremio de la Carne.

Después de la Revolución del '43 fue como si nos hubieran abierto una ventana, o como si hubieran destapado un tarro donde estábamos comprimidos y todos explotamos ¿no? Así que ya existía una motivación, que cada vez se hacía más aguda, para acompañar el cambio que se venía. Pero no había convocatoria por el sindicato. El sindicato no convocaba a nadie. La convocatoria era Perón. La gente lo quería a Perón, sobre todo cuando empezó a ver cuál era la tendencia que seguía, y todos empezaron a tenerle cariño, no sólo a lo que él hacía, sino a él mismo. En ese entonces yo tenía 30 años y trabajaba en el Frigorífico Swift, en Berisso.

(...) Lo cierto es que ya desde el día 15, en que empezó a conocerse lo que estaba ocurriendo con Perón, empezó también la efervescencia. Nos la transmitíamos unos a otros, y comenzamos a ver qué podíamos hacer, cómo podíamos ayudar para lograr la liberación de Perón. Y así nos fuimos juntando muchísima gente. No sólo compañe-

ros del frigorífico, sino también gente de YPF, como los Castellani, que son de Berisso.

Entonces el 17 decidimos venirnos para La Plata. En el camino se nos fueron juntando diversos grupos y una cantidad de gente. Es que el movimiento fue espontáneo, por más que Cipriano Reyes diga que él lo organizó. No sé, por ahí él habrá organizado algo a la altura de la dirigencia, pero la gente no necesitaba nada para movilizarse; salía yo corriendo a la calle y me seguía todo el mundo. No por mí, sino por Perón.

Llegamos a La Plata a pie, fuimos a Plaza San Martín y allí habló alguna gente: una señora Roldán y creo que también René Orsi. Y así fuimos motivándonos, cada vez más y más, y seguimos caminando por calle siete. Ese día, en La Plata, también salieron grupos opositores a Perón. Recuerdo que en 7 y 49, en la esquina del Banco Hipotecario, había un grupo de estudiantes, que exhibían revólveres y qué sé yo. Nosotros teníamos palos, nada más, como toda arma. Cuando llegamos ahí nos gritaron cosas. Les zapateamos un poco, y cuando lo hicimos, en menos de un segundo habían desaparecido y ya estaban por la calle 8. La Universidad estaba en ese entonces rodeada de rejas, y la gente que estaba adentro nos gritaba, pero ni por asomo iban a salir a la calle a enfrentarnos; nos tenían terror, porque siempre habían creído que nosotros éramos salvajes (se ríe). Después mucha gente se fue para el lado de Diagonal 80, pasaron por Muranga y allí rompieron vidrieras y se llevaron una cantidad de cosas. Se armó un lío bárbaro. Nosotros seguimos para ver cómo podíamos hacer para llegar hasta Buenos Aires, y no recuerdo si fue en algún vehículo

u ómnibus de YPF, pero sé que vimos una oportunidad y nos fuimos a Capital.

Cuando llegamos al Riachuelo estaban levantados los puentes, para que no pasáramos. Entonces mucha gente tiró al río tablas gruesas, y agarrándose de esas tablas pasaban medio a nado a la otra punta. Yo no me tiré, porque no sé nadar, pero al rato bajaron el puente y pasamos como balazo. Anduvimos por Buenos Aires, por muchos lugares, gritando y qué sé yo. Estuvimos muchas horas en la Plaza de Mayo y creo que salió Colom para hablar, pero nosotros no le llevábamos el apunte a nadie. La gente que hablara que no fuera Perón para nosotros no existía. Como a las once y media de la noche tuvimos noticias que lo traían a Perón. Y Perón salió como a las 12 de la noche, en el balcón de la Casa de Gobierno. Ahí fue un enloquecimiento tremendo. Nos abrazábamos y gritábamos como locos, recuerdo que hicimos antorchas con diarios. Fue muy lindo. Una muchedumbre así, que está motivada, a medida que crece el entusiasmo se va enloqueciendo cada vez más. Decíamos que había que dar la vida por Perón. Y fue algo que emocionaba y contagiaba el sentimiento: mucha gente lloraba...

Grupo “Frente Obrero”

Trotskistas.

Así como en el pasado se intentó explicar el éxito del yrigoyenismo aludiendo a la demagogia que atraía a la chusma, a las turbas pagadas, a la canalla de los bajos fon-

dos, etc., así tratan ahora de explicar los acontecimientos del 17 y 18 (de octubre). Por primera vez en muchos años, la clase obrera ha salido a la calle y ha influido de manera importante en el curso político del país.

Hnatiuk, Rolando

Obrero y sindicalista gráfico. Luego de la caída de Perón en 1955; cuadro de la Resistencia Peronista.

La renuncia de Perón y su confinamiento en la isla de Martín García originó “una espontánea adhesión al Coronel sin una conducción estratégica. Los bares eran los puntos de reunión donde se juntaban los que adherían a sus postulados e iban creando un fermento reactivo activado por la usina de rumores en contra y por la adhesión espontánea en fábricas y cualquier lugar de trabajo”.

“En La Plata, el bar Paulista, el Bristol y el existente en el propio centro de reunión en 7 y 50, concitaban el foco de centralización de las noticias, donde se podía observar a la nueva pléyade de activistas que incitaban a los que provenían del radicalismo con Mario Sbucio, Máscara del Río, Pablo Guerrero a la cabeza y una gran cantidad de nuevos dirigentes políticos y gremiales.

“Había un núcleo de 20 a 30 que eran los más informados que se encargaban de crear el clima y de dar a conocer las novedades.

“Para el día 17 no había nada organizado a nivel de actividades, todo fue espontáneo.

“Día de calor bochornoso, se habían dado cita en las calles 7 y 49. Allí esperaban la caravana que se anunciaba venía de Berisso.

“Por fin llegaron a la ciudad encabezados por mujeres provenientes de los frigoríficos Swift y Armour con delantales blancos con huellas de sangre de la faena, los hombres en mamelucos y todos traían garrotes en las manos. Venían con un solo grito ¡Perón!, haciendo temblar el ambiente como nunca se llegó a ver en manifestación alguna en La Plata.

“El grupo activista platense se sumó al frente de la manifestación, la que sigue su curso por calle 7 hacia el norte. Cuando llegan a 7 y 45, muy cerca estaba la casa del Dr. Calcagno, que había sido un activo denostador de Perón desde la universidad. Atacaron su casa y produjeron algunos destrozos menores.

“De allí fueron al diario *El Día*, donde algunos de los asistentes atacaron vehículos del diario y lo apedrearon.

“Había una real indignación entre los asistentes por las dificultades creadas a Perón, y que no se conocían en su magnitud.

“Del diario *El Día* se dirigieron a la plaza San Martín, frente a la casa de gobierno provincial, donde una de las compañeras que habían llegado de Berisso, María Roldán, arengó a la multitud.

“Luego de ello, ante la carencia de dirigentes que organizaran nada, espontáneamente, cada uno, en el medio que pudo, se trasladó a la Capital Federal, a la Plaza de Mayo, que era la consigna repetida por todos, para exigir la presencia del coronel Perón.

“Los hechos de ese día 17, consolidaron a todos los grupos. Puede decirse que allí se inició el Peronismo como fuerza arrolladora”.

Imizcoz, Carlos

Dirigente del Partido Comunista.

El Banco de Italia, donde yo trabajaba, cerró ese día muy temprano por la falta de público. Así que muchos nos fuimos a la Plaza, que estaba ahí nomás. Me impresionó el hecho de que hubiera tantas mujeres; hay que recordar que por entonces no votaban y mucho menos salían a la calle por política.

Nosotros habíamos mejorado muchísimo con Perón. Una vez fuimos a verlo acompañando al secretario de la Asociación Bancaria, Santos Rueda, un dirigente muy reformista. Llevamos un pliego reclamando las siete horas de trabajo. Él nos dice de inmediato: “A ustedes los explotaron durante muchos años y es hora de que tengan este beneficio”. Salimos aturdidos por esas palabras, que nunca habíamos escuchado por parte de un funcionario.

Otra vez, fuimos a verlo al coronel Mercante en el Consejo Deliberante y vemos que mueve la cabeza en gesto desaprobatorio cuando lo lee. Se nos vino el alma a los pies. Pero inmediatamente nos dice: “No pidan el escalafón, exijan lo mismo que los del Banco Nación”. Eso era el doble de lo que nosotros pedíamos. Después nos dimos cuenta de que como ya habían resuelto la nacionalización de los de-

pósitos y todos los bancos pasaban a ser virtuales agencias del Banco Nación, ello equiparaba a todos los bancarios.

Nuestro gremio tardó mucho en adherir a la CGT; éramos empleaditos de cuello duro. El 17, incluso, nos fuimos antes del discurso de Perón: nuestro estado de ánimo era muy diferente que el del grupo de obreros que venían del Sur, por ejemplo. Yo me afilié al PC en enero del '46 y fui fiscal en las elecciones. Quedé marcado. Ahora pienso que el error histórico del partido fue no haber mantenido su independencia de la Unión Democrática.

James, Daniel

Historiador inglés. Especializado en el estudio de la clase obrera argentina. Acerca de la “Dominación simbólica y poder cultural en la sociedad civil”.

El día 17, poco después del alba, uno de los primeros actos de los obreros de Berisso consistió en quemar ritualmente todos los ejemplares de los diarios platenses a cuyos camiones de reparto habían permitido ingresar a la ciudad. Es llamativo que no se contentaran con impedir su distribución, lo cual les habría resultado más fácil con sólo obstaculizar la entrada de los camiones; en lugar de ello, los quemaron de una manera casi ceremonial, en una pública demostración de rechazo a su status y su poder. En la misma dirección apunta su insistente regreso a las oficinas de *El Día* en el curso de esa jornada, así como en la noche del 18.

En Buenos Aires, el suceso más violento fue el ataque lanzado contra las oficinas del diario *Crítica* cuando la multitud abandonó la Plaza de Mayo después de escuchar a Perón. En Córdoba, el principal diario de la provincia, *La Voz del Interior*, fue agredido con piedras y bombas *molotov*, también se cometieron agresiones contra otros periódicos locales más pequeños. En Lomas de Zamora se escogió el periódico local *La Unión* como blanco de los ataques.

Claramente, si la multitud properonista dirigía su ira a la prensa y a la universidad era en parte porque reconocía su importancia como enemigos políticos. La prensa argentina se mostró, en general, francamente hostil a Perón y a las medidas adoptadas por él, y como los partidos políticos no estaban en funcionamiento desde 1943, las universidades eran el eje de la oposición al gobierno militar y a Perón en especial.

Durante los días de octubre, en ausencia de una participación directa de las fuerzas militares y de policía del Estado, y de un conflicto directo entre el capital y el trabajo, la contienda por la dominación simbólica y el poder cultural dentro de la sociedad civil se manifestó con singular transparencia. La clase obrera, excluida por mucho tiempo de “la esfera pública” en la que se generaban dichas formas de poder y de dominación, dirigió sus ataques precisamente a dos de las entidades que con mayor nitidez determinaban las ideas vigentes sobre la legitimidad social y cultural.

Jauretche, Arturo

Autodidacta. Supremo pensador del campo nacional y po-

pular.

En esa mañana del 17 de octubre vino a verme un dirigente de Lanús, Pedro Arnaldi, obrero de la construcción, artesano especialista en chimeneas de casas-habitación. Serían las 9 y 30 de la mañana. Entra y me dice:

-Doctor, nos venimos todos al centro.

-¿Quiénes?

-Nosotros, todos, los obreros, los bolicheros, la gente del barrio, los maestros de escuela, todo el barrio se viene al centro. Porque ya no hay más radicales, no hay más conservadores, no hay más socialistas. Hay peronistas. La gente está con Perón y no hay más remedio. O Perón o la oligarquía. ¿Qué hago, doctor?

-Le dije: ¡Agarrá la bandera y ponete al frente de la marcha!...

Y así empezó esa marcha increíble, gente que vino desde La Plata, columnas que venían a pie, desde todos los ángulos... Pedro Arnaldi, que movía treinta votos en Gerli, pasó el Puente Pueyrredón con su bandera al frente de diez mil almas...Y en todas las provincias se producía el mismo fenómeno (...). Aquello era el enfrentamiento entre la Argentina desconocida y la Argentina conocida. El 17 de octubre fue una Fuenteovejuna, nadie y todos lo hicieron.

El país era otro país y no quisieron entenderlo. El 17 de octubre, más que representar la victoria de una clase, es la presencia del nuevo país con su vanguardia más combatiente y que más pronto tomó contacto con la realidad propia.

“Jorge”

Llegó a la Capital Federal desde provincia de Buenos Aires, en 1937. En su pueblo era policía. En 1945 era empleado administrativo en la UTA, seccional Vicente López.

Vine a Buenos Aires a los 23 años con parte de mi familia y me radiqué en la Capital Federal. En el año 1942 entré a trabajar en la Secretaría de Transporte como empleado administrativo.

Por ese entonces apareció Perón con proclamas personales, por radio y televisión, con una forma de expresarse y unos puntos de vista tan especiales que llamaban mucho la atención, no sólo porque algunos consideraban chocantes, pretenciosas o nefastas dichas manifestaciones, sino porque hablaba en un sentido de bienestar y de respeto a la dignidad humana, llamándonos compañeros.

En ese tiempo no había protección sindical y la ayuda social comenzó con Perón, él mismo adoctrinaba a los dirigentes sindicales en el sentido de que, si él no cumplía con su palabra los movimientos de fuerza debían ser contra Perón. Les emitía en la conciencia que el individuo vale por sí, pero aun más, unido o asociado con un fin lícito (...).

El 17 se produce la gran manifestación que sobre todo provenía de la parte sur de la provincia de Buenos Aires: de Avellaneda, Lanús, Berisso y Ensenada. Hasta llegaron a subir el puente para evitar que la gente cruzara el Riachuelo, pero después lo tuvieron que bajar. La gente no venía en forma agresiva, casi en actitud festiva, porque el propósito era liberarlo a Perón (...).

Nosotros llegamos a la plaza en un ómnibus que habíamos sacado de la empresa. Cada uno de los grupos iba con su estandarte, así vimos carteles de la UTA, de los obreros de La Matanza, de Mecánicos, todos organizados, aparte de los que se unían a las caravanas. La información de la concentración se recibía por teléfono o por las informaciones radiales de radio Colonia, pero todo estaba calculado y ya se sabía del paro.

Ese día fue como una apoteosis. Perón llega muy tarde y la gente, que estaba muy cansada, le pregunta fervorosamente dónde estuvo, qué le había pasado. Finalmente Perón dice que no pasaba nada, que estaba bien y que pronto iba a volver con ellos, sólo les pedía que se retiraran en paz. En general todos se retiraban contentos de haber logrado su finalidad. Cuando Perón no aparecía se puso de manifiesto que se iba a llegar a cualquier cosa y que se iba a esperar todo lo que fuera necesario; por eso pienso que la concentración podía haber durado uno o dos días (...).

El 17 fue inolvidable porque esas cosas suceden cada cien años o tal vez nunca más se vuelvan a repetir, porque no sólo era el rescate de un hombre, estaban en juego las posibilidades de un pueblo, pero necesitábamos al hombre, y ese hombre era Perón, porque la gente no se dejaba engañar por otros que prometían más que Perón. Creo que en la plaza estuvo todo el mundo porque la mayoría no tenía ni para comer.

Josana, M.C.

Escrito desde la cárcel por un preso político durante la dictadura del general Lanusse, en abril de 1973. Lo firmó con un seudónimo que hacía referencia a la organización revolucionaria a la que pertenecía. Ya que M.C. Josana es un acrónimo de “Montoneros Columna José Sabino Navarro”.

Fue. La cuestión es que fue hace poco y tanto, me parece andar allí, en el medio, sabes, con los ojos inmensamente abiertos en muchedumbre, cientos y cientos bajo ese sol de Octubre, qué sé yo, allí, en medio, estuve marchando; contentos, sin camisa, decididos, con prisa los negros, cumpa, los negros de mierda.

A la Plaza, a la Plaza, desde Avellaneda, yo, huelga, compañeros, no se espera bandadas de gorriones, negrearon si por el puente no, por el río van vamos, gritando su nombre los obreros, los niños con hambre nuestras mujeres no sé de dónde sumándose, abandonando los mercados en marcha, decididos, encolumnados.

Fue. La cuestión es que fue como, qué sé yo, estaba en el aire con ese aroma que, viste, anuncia la lluvia que viene. Nosotros –el aire– allí, trabajando. Ella –el aroma– la lluvia preparando. Primero el rumor reptando presuroso el no, no puede ser, el primer noticioso ¡oficial!

Seguro, yo lo escuché. Lo han encanado ¿preso por qué? Juna y gran puta ¡Carajo! Y la impotencia, la mueca, el asco y Ella, relámpago ya, gritando ¡Eh, compañeros! ¿Qué estamos esperando? A ganar la calle, vamos a la huelga. Por lo nuestro. Por Perón. Para que vuelva y ya estamos en las

calles nuestras bandadas de gorriones negrearon la plaza, hemos juntado coraje y dicho ¡Basta!

Y fue. Cada cuadra un encuentro y se engorda la fila y se ensanchan las venas los negros –negros de mierda– somos los dueños del día cambio de rumbo al tranvía, al colectivo en una sola dirección. A la Plaza. A la Plaza y por Perón. Vamos enfilando la esperanza, hemos dado un paso. Perón no se transa.

Allí estamos reconociéndonos, los dispersos, los que en huelga, los dispuestos a todo, todos los días, los obreros.

Y sí, las patas en la fuente y bien alta la frente por primera vez, todos los obreros, codo con codo. Por las calles avanzando, llegando, atravesando, gritando con nuestro ritmo de murga sí, en candombes sí, danzando, transpirando el mameluco metiendo miedo a los pitucos, a los dueños de las vacas, a los explotadores y oligarcas.

No va más, si marchamos unidos conscientes de nuestro destino con los ojos inmensamente abiertos en muchedumbre, cientos y cientos.

Y fue. El racimo inmenso y el grito sin descanso y la fe y la obstinada espera y la voz del Hombre que llega en ese Octubre anochecido.

La futura Unión Democrática se define

La Junta Nacional de la Juventud de la Unión Cívica Radical, la Juventud Demócrata Progresista, el Consejo Central de las Juventudes Socialistas y el Comité Ejecutivo de la Federación Juvenil Comunista, ante el retorno del pe-

ronismo al gobierno, mediante la intimidación pública por bandas de maleantes y de algunos trabajadores engañados por la demagogia típicamente fascista, resuelven: Expresar su enérgico repudio por los sucesos y destacar ante la opinión pública que por su forma y contenido éstos recuerdan la marcha mussoliniana sobre Roma o las movilizaciones que jalonaron la acción del hitlerismo.

Latendorf, Abel Alexis

Integrante del Partido Socialista Argentino.

Fueron días de gran tensión, durante los cuales los acontecimientos se superponían con increíble rapidez. Me resulta difícil reconstruir mis impresiones –las impresiones de un adolescente– porque sobre ellas he ido agregando las ideas de mi formación política. Pero recuerdo que miraba y esperaba el inevitable regreso de Perón. Las masas obreras de la periferia marcharon sobre el centro de Buenos Aires, señorial y europeizado. A aquellos reclamos multitudinarios de justicia social se les contestaba con una democracia y una libertad vacías de contenido e inexistentes en el país, por lo menos desde el año 30 en adelante. Y vi pasar a las multitudes. Los barrios se habían vaciado. En la esquina de Seguro y Rivadavia –a tres cuadras de mi casa– un grupo nutrido bailaba acompasadamente al ritmo de “cheque, cheque, cheque” que usaba una música tropical entonces en boga. Ridiculizaban así la intervención del embajador Braden en los sucesos de esos días. Caminé –casi alucina-

do— siguiendo a las columnas proletarias. Había banderas, carteles, muñecos... Y gente, gente, gente. La marcha se hizo más lenta a medida que llegábamos por Rivadavia a la zona céntrica. En la Plaza de Mayo las palomas volaban sorprendidas sin tener lugar donde posarse. Hombres y mujeres, protegidos del sol con sus pañuelos aguardaban con los ojos puestos en los balcones de la Casa Rosada. Parecían firmemente dispuestos a quedarse en ese lugar hasta que reapareciera Perón. Regresé también caminando a mi casa. (La ciudad estaba vacía y silenciosa más allá de la Avenida 9 de Julio). Escuché el discurso de Perón. Aquellos acontecimientos fueron un impacto. Tenía 17 años. De una manera u otra condicionaron desde entonces mi vida política. No los olvido. No quiero olvidarlos. No podría olvidarlos.

Lombardi, R.

Representante del gremio Unión Tranviarios Automotor (UTA). Sesión del Comité Central Confederal de la CGT. 16 de octubre de 1945.

Ninguno de ustedes ignora que el momento es sumamente grave, pues corremos el riesgo de perder el control del movimiento obrero que tanto trabajo nos ha costado organizar. Las masas obreras, para qué vamos a negarlo, nos están arrollando en forma desordenada.

Malvicini, Blas

Fundador del Partido Laborista en noviembre de 1945. Nació el 30 de abril de 1904 en Liniers, en el mismo barrio que su madre, su abuela y su bisabuela. Su bisabuelo, Don José Moyano, fue soldado del General San Martín, cruzó los Andes y siguió al Libertador durante toda su campaña emancipadora.

De Berisso partió una columna de 250 personas, al llegar a Avellaneda éramos unos 50.000 y cuando arribamos a la Plaza superamos los 300.000. Ese día se cambió el destino de la Patria.

Marechal, Leopoldo

Poeta peronista.

Era muy de mañana, y yo acababa de ponerle a mi mujer una inyección de morfina (sus dolores lo hacían necesario cada tres horas), el Coronel Perón había sido traído ya desde Martín García. El domicilio donde vivía era este mismo departamento de la calle Rivadavia. De pronto me llegó desde el oeste un rumor como de multitudes que avanzaban gritando y cantando por la calle Rivadavia; el rumor fue creciendo y agigantándose, hasta que reconocí primero la música de una canción popular, y enseguida su letra: “¡Yo te daré / te daré Patria hermosa / te daré una cosa / una cosa que empieza con P / Peróoon!”. Y aquel Perón reso-

naba periódicamente como un cañonazo.

Me vestí apresuradamente, bajé a la calle y me uní a la multitud que avanzaba rumbo a la Plaza de Mayo. Vi, reconocí y amé los miles de rostros que la integraban: no había rencor en ellos, sino la alegría de salir a la visibilidad en reclamo de su líder. Era la Argentina invisible que algunos habían anunciado literariamente, sin conocer ni amar sus millones de caras concretas, y que no bien las conocieron les dieron la espalda. Desde aquellas horas me hice peronista.

Merlo, Agustín

Tipógrafo. Como sabía inglés, el gobierno peronista lo nombraría luego Agregado Obrero en EE.UU.

Yo trabajaba en el frigorífico Swift. Como soy tipógrafo, era el encargado de la imprenta, donde se editaban formularios para todas las sucursales. También era secretario del Círculo Cultural Berissense. En esos días de octubre, habíamos trasladado un monumento a Larrea de la ex rambla de la calle Montevideo y se hizo un pequeño acto. El 12 se había anunciado la renuncia de Perón a sus cargos y en todas las esquinas la gente ya no se saludaba con un “Chau, flaco”; se gritaban “¡Viva Perón!, ¡Viva Perón!”. Era increíble. Y las empresas calcularon que, como el 12 era viernes, para el lunes todo se habría olvidado. Cuando yo entraba al establecimiento, tenía que atravesarlo desde el portón hasta mi oficina, y de todos los departamentos me gritaban

la contraseña: “¡Viva Perón!”.

La huelga general se declaró para el 18, pero el 16 ya estábamos todos en la calle. Yo vivía a una cuadra del cine Victoria y la marcha se inició desde allá, detrás de una bandera argentina. Los cosacos nos enfrentaron a los sablazos y corrimos hasta que, en una calle lateral, pedimos conversar con ellos. ¿Por qué nos dispersan?, les preguntamos. ¡Si Perón les va a mejorar la vida a ustedes también! (Y ahora pienso... no sé si fue bueno que Perón fuera benefactor de los milicos, porque los milicos son siempre los milicos). Entonces empezamos a jugar; ellos fingieron perseguirnos hasta que buscamos la columna de Ensenada, la de nuestros compañeros del frigorífico. Por la cabecera del dock, nos fuimos para Ensenada, y obligadamente tuvimos que pasar por la destilería de YPF. Nos topamos con un pelotón del Regimiento 7, comandados por un oficialito con una pistola. Los soldados estaban tirados cuerpo a tierra en el pasto, apuntando con las ametralladoras. Me acerqué y me advirtió que no avanzara porque tenía orden de disparar. Y bueno... yo no soy supervaliente. Él estaba más asustado que yo. Entonces di la vuelta y nos volvimos a Berisso; creo que llegué a oír el suspiro del oficial.

El 16 era un carnaval: toda la gente salía de sus casas. Yo lo llevaba a mi hijo mayor, de dos años, en los hombros. Salieron las murgas, los bombos, los clarines. Le digo con honestidad que nosotros no ofendimos a nadie. Y el 17 fue la eclosión. Yo estaba sentado en el cordón de la vereda del Círculo Cultural Berissense y, a la hora de salir para Buenos Aires, pasaban y me decían: “¿Flaco, no vas a venir?” y yo contestaba “Viste hasta ahora todo lo que hice... ¿no?”.

Pero no sigo, discúlpame. ¿Sabe por qué? Porque venían todos armados de cuchillos y palos. Ellos siguieron. Tuvieron problemas con la gente del bar Parlamento, algunos cruzaron a nado el Riachuelo, llegaron a la Plaza y volvieron como a la una de la mañana. Yo no sé si el clima cambió tanto... pero soy muy friolento y ese 18 de octubre, a la una de la mañana, los muchachos volvían todos descamisados. Volvían en cueros.

Siempre digo que no ha habido en la historia de la humanidad un suceso como ese. Nunca en la historia, en ninguna parte del mundo, un pueblo sale a la calle, se hace dueño de la calle y no muere nadie. El pueblo se había hecho tan dueño de la situación que podía haber entrado a un banco y llevarse todo el dinero. Pero a nadie se le ocurrió.

Michellón, Jorge

Dirigente obrero comunista.

Los obreros en las fábricas, en los bares, hablaban todo el día de Perón. Salían con carbón a hacer pintadas. Era una cosa espontánea, una cosa nueva. Vos veías a muchachitos de 12 ó 13 años incorporarse a la política. El 17 de Octubre yo me fui al balcón de *Crítica* y ahí vi a la masa obrera. No era como decían por ahí los desclasados o lumpenproletarios. ¡Otra que lumpen! Era la clase obrera, los sectores más pobre de la clase obrera. ¡Vieran ustedes! Desfilaban y desfilaban. Ahí estaban en el balcón Puiggrós, Agosti y otros. Mirábamos y nos preguntábamos: ¿¡Qué te parece!?.

Miguens, José Enrique

Sociólogo.

En cuanto pude me dirigí a Plaza de Mayo. No me fue fácil porque ese día se casaba mi único hermano varón y había que hacer un montón de cosas, pero la atracción era demasiado grande.

Era un espectáculo asombroso, Buenos Aires nunca había visto una cosa así. La ciudad, en esa época, era muy formal en el vestir; todo el mundo en el centro andaba de saco y corbata con trajes de colores oscuros, y todos con sombrero o rancho y en la gente grande alguna que otra gorra, de esas con alambre adentro que le daba forma; pero nadie andaba con la cabeza descubierta. Hasta los trabajadores y artesanos que caían al centro a hacer algún trabajo, venían de saco y corbata para diferenciarse de los malevos haraganes que con el saco usaban el lengue. Los porteños con su típica frivolidad y narcisismo, habían llegado a pensar que todo el país era así. Los sociólogos sabíamos que en los últimos años se habían concentrado más de un millón y medio de obreros industriales en los alrededores de la Capital, pero eso era sólo un número, nadie los había visto.

Y de pronto comenzaban a aparecer desde todas las calles, muertos de cansancio y de sed, arrastrando los pies, miles y miles de patéticos personajes. Hombres y chicos en alpargatas, con la cabeza descubierta, con pantalones muchos de ellos desflecados, y camisas abiertas por el calor; mujeres con chicos en brazos con camisolas largas sin ninguna forma de vestido, se iban concentrando en la Plaza y

llenándola. Primero iban a la elegante fuente que adorna la Plaza de Mayo a meter en el agua los pies destrozados por kilómetros de caminata y después se iban tirando en el suelo en cualquier lugar. Los orgullosos porteños que pasaban por la Plaza debido a sus ocupaciones: banqueros, funcionarios, empleados y comerciantes, no podían creer en lo que veían. Era, para ellos, como si de golpe comenzaran a salir hormigas de todos los caños de la ciudad y la ocuparan. De esta conmoción quedó una nueva imaginería: por el lado opositor, el calificativo del diputado radical Ernesto Sanmartino de “aluvión zoológico” y por el lado peronista la denominación de “descamisados” que marca la rareza de esta indumentaria para un ciudad en la que, todavía hasta el final de la época de Onganía, continuaba la policía obligando a la gente a ponerse el saco para andar por la calle, aun en los peores días del verano porteño.

El matrimonio de mi hermano se había realizado (contra mi opinión y la suya) en una casa particular y no en la Iglesia céntrica prefijada, debido al terror y al histerismo que corría esa noche del 17 de Octubre entre los sectores acomodados de la población de Buenos Aires. Histerismo que iba a seguir hasta hoy.

Terminada la fiesta, cuando iba caminando por la calle hacia mi casa, a través de todas las ventanas con las persianas cerradas por el temor, a pesar del calor, se escuchaba por las radios la voz tonante del Coronel Perón que hablaba a la multitud, por primera vez desde el balcón central de la Casa Rosada.

Milesi, Pedro. “El Viejo Pedro”

Luchador gremial de formación comunista y socialista nacido en Córdoba. Participó del “Grito de Alcorta” (1912) y en las barricadas de la “Semana Trágica” (1919). Falleció en 1981, cuando vivía clandestino, perseguido por la última dictadura cívica-militar.

He acompañado caminando kilómetros a esa multitud. Hemos pasado frente a fábricas, talleres y usinas a cuyas puertas se encontraban, como de guardia, algunos vigilantes y conscriptos que al vernos nos miraban un tanto sorprendidos quizá por nuestro pacifismo. Asistíamos a una especie de palingenesia social: a excepcionales momentos que rara vez se dan en la historia, pero que no obstante se dan, y en los que partes integrantes del ejército y la misma policía llegan a confraternizar con la clase trabajadora.

¡Yo he vivido ese momento, chango! He acompañado paso a paso a esas largas caravanas integradas por hombres, mujeres y niños. Por los caminos polvorientos de Quilmes, Bernal, Villa Domínico, La Mosca, Piñero y Avellaneda. Muchos venían en chatas o camiones de más lejos aún: Berisso o Ensenada; obreros y obreras de los frigoríficos, alma y nervio de la insurgencia obrera que hizo eclosión aquel 17 de octubre. He cargado sobre mis hombros algunos de los pibes lloriqueando, muertos de cansancio, que se negaban a seguir caminando. Y seguíamos y seguíamos. A nuestro paso las mansiones y los chalets cerraban sus puertas. Pese al clamor de las madres que imploraban agua para sus hijos. ¡Sólo en las puerta de los pobres caseríos de

nuestros hermanos proletarios aparecían sonrientes mujeres con trozos de pan, alguna fruta y jarras y baldes de agua con que calmar nuestra hambre y nuestra sed. ¡Benditas sean, hermanas!

Y llegamos. Pese a los puentes levantados sobre el río, ¡llegamos! calle Montes de Oca arriba, luego Piedras, llegamos por fin a la plaza de la capital en cuya fuente –que me perdonen las finas y sensibles pituitarias de los “Américos Rodolfos Ghioldis”– sumergimos nuestros cansinos, llagados y sanguinolentos pies; enjugamos nuestro sudor y no faltó quienes en el evento, ardiendo de sed, llegaron a abreviar en sus aguas.

Sí, compañeros, todo eso yo lo he vivido. Esa insurrección fue eminentemente proletaria, instintiva, espontánea, sentimental, sin orientación doctrinaria. Porque los presuntos encargados de dar orientación clasista, doctrinaria y política –socialistas y comunistas– se encontraban en amoroso coloquio con los peores gorilas y los más acérrimos enemigos de la clase trabajadora, enarbolando banderas y voceando consignas extrañas u opuestas a los reales y verdaderos intereses de la clase obrera.

Mittelbach, Federico

Militar.

Todos, aun Perón, se habían equivocado hasta convertir aquellos escasos siete días en un pandemónium de titubeos, de marchas y contramarchas; de efímeras victorias y fulmí-

neas derrotas. Sólo el pueblo, el pueblo laburante, acertaría el rumbo exacto que la historia le anunciaba. Ese sector del pueblo jamás iluminado hasta entonces en el tablero político de la República: los “cabecitas negras”; los negros peones de una jugada ajedrecística jamás ensayada, que marchaban a dar batalla al mismísimo poder que los había mantenido sepultados en las sombras. Allí, en la Plaza Mayor de los empinados fastos, cantarían su jaque mate al grito eufórico de un eufónico nombre: ¡¡¡Pee-rón, Pee-rón!!!.

Molina, Juan

Precoz delegado gremial (17 años) en una fábrica de aguas gaseosas en Chacarita. Es otro de los individualizados en la foto histórica del 17 de Octubre refrescando sus pies en la fuente de la Plaza de Mayo.

“Junto a mi hermano mayor tomamos un tren desde Caseros, donde vivíamos, hasta Palermo con la intención de llegar al Hospital Militar y sumarnos a los grupos que reclamaban la libertad del coronel Perón. El jefe del sindicato, Blas Ruiz, nos había dado la orden de ir a la huelga y después a la Plaza. Hacia allí caminamos por la Avenida Santa Fe hasta Retiro y por el Bajo hasta Plaza de Mayo. Cantábamos: ‘La Patria sin Perón es un barco sin timón’, mientras caminábamos. Llegamos a la Plaza de Mayo a eso de las cinco de la tarde”. Su gesto de meter las patas en la fuente no fue un acto de rebeldía ni nada que se le pareciera, obedecía a necesidades mucho más concretas: “Cuando

metí las patas en la fuente no pensé que se iba a armar tanto despelote por esa pavada. Lo mío no fue un desafío a la oligarquía ni a las señoras gordas. La verdad es que me dolían terriblemente los pies por un problema congénito, y las botitas ortopédicas me apretaban mucho”.

Moreno, Horacio

Empleado en el Correo.

Yo tenía en esa época 25 años y trabajaba en el Correo. Cartero. Y al otro día no me querían dar servicio porque uno me denunció que había participado en la manifestación. Yo salí del pueblo, me sumé a todos. El 10 de octubre de 1945, en la ciudad de Berisso, salimos a la calle. Nadie organizó nada. Salimos espontáneamente a la calle porque nos vimos empujados por esa necesidad de luchar contra el hecho que se había puesto en prisión al hombre que había traído la dignidad al trabajador y le había facilitado al joven estudiante su acceso a la universidad.

El 17 de Octubre la manifestación salió de la calle Montevideo y Río de Janeiro, Bar Sportman, que era como ‘La París’ para los platenses. De ahí arrancó la marcha, allí se cortó la primera sogá del tranvía. La gente se fue sumando sin ningún tipo de patrocinio ni adoctrinamiento. Fue todo espontáneo. Era la reacción multitudinaria de un pueblo que se sentía atacado y agraviado por la oligarquía vacuna radical-conservadora. Recuerdo que cuando llegamos a La Plata nos reunimos en Plaza San Martín.

Ese 17 de Octubre llegamos a la esquina de Tienda La Época, en 7 y 46, donde desde los andamios nos tiraban piedras y nos hacían cortes de manga. Nosotros seguimos a 7 y 45, de ahí tomamos por diagonal 77 hasta la calle 4. Por la calle 48, se armó una confusión, comenzaron a romper las vidrieras de Casa Perla y otros fueron a la cervecería Quilmes. Esos eran peronistas, porque hacía un calor tremendo y entonces se llevaban las botellas de cerveza en cajones para calmar la sed.

(...) Estaban Durruti, Binaculi, Garófalo, que se movilizaron rápidamente para aprovechar la reacción de todo el pueblo de Avellaneda. Un grupo de compañeros hizo lo mismo en Berazategui, Temperley, Remedios de Escalada, Villa Domingo y otras localidades. A estos compañeros se les fueron sumando otros, pero nadie se puede arrogar lo que pasó después, nadie puede decir “el peronismo lo hice yo”, ó “nosotros hicimos el peronismo”. El 17 de Octubre lo hizo el coronel Perón. Ese fue el motivo. De lo contrario el 17 de Octubre no hubiera existido. Había una causa, había una motivación, había una consigna: salvar al coronel Perón de la cárcel.

(...) Cuando volvimos a Berisso no funcionaban los tranvías, porque los habían desenganchado en 1 y 60. Tuvimos que ir de vuelta caminando. Y había gente joven, mediana, vieja y los jóvenes se abrazaban a los viejos que no habían podido venir, se abrazaban llorando, porque ya Perón estaba en libertad.

Nucitelli, Roberto

Peón de panadero. Fue a la Plaza de Mayo el 17 de octubre de 1945.

De chico fui peón de panadero. Me iba solito a las cuatro, desde la calle 60 hasta la Domingo Liberato: ocho cuadras. Salía de mi casa corriendo y mirando para atrás, y llegaba con la lengua afuera. Tenía miedo a mi propia sombra. A los doce años éramos medio cerraditos de ojos. Mi padre casi no hablaba. Estaba en la punta de la mesa y los nueve hermanos sentados. Nadie podía discutir de fútbol ni de política. Lo único que me decía era: “Nunca votés a los radicales”. El caudillo conservador acá era Hortensio Ramos, un hombre que llegaba al Bar Sportman, donde se reunían los políticos, en un sulky, tiraba tres tiros al aire y no quedaba nadie. Yo lo vi.

Los sábados a la tarde y los domingos lo acompañaba a mi padre a dos terrenos a plantar papas, con un zapincito chiquito. Él me enseñaba a levantar paredes. Yo tenía siete años y le tenía que tener preparado el material para fabricar macetas a las cuatro de la tarde, la hora en que él volvía del Swift.

La semana de octubre yo tenía 17, y escuché hablar a los mayores; decían que Perón tenía que volver. Imagínese: él empezó a dar beneficios laborales. Ya no podían tenerlo a uno, diez, doce, dieciséis horas trabajando ¡Si lo sabría mi padre! Entraba a la mañana, pero no sabía cuándo se volvía, en su petisito. Una vez salió tan cansado que se durmió y el caballo siguió de largo hasta la mitad del camino a La

Plata. Cuando se despertó, volvió, pasó por casa, le contó a mi madre lo que le había pasado y se fue otra vez a trabajar.

Esos días estaban todos reunidos en las esquinas. Hablaban de Perón. No había gremialistas, ni sindicalistas, ni dirigentes. El 16 me escapé con los muchachos del barrio a La Plata. Todos agarramos un palo de una pulgada y media por quince centímetros. A ese palo después le tallé: “Viva Perón” y lo guardé en el galpón más de treinta años. ¡Pero no le pegué a nadie! Ahora me doy cuenta de que sentíamos que íbamos a una guerra, a una pelea hombre contra hombre. De algunos balcones nos hacían burlas. En La Plata se rompieron vidrieras. Se fue al diario *El Día*, que era contra, a la Casa de Gobierno....

Pienso que del 16 al 17 no dormí, desesperado por salir temprano a la calle. En casa nadie sabía. Salí como para trabajar pero ese día no se hizo nada, no hubo nada. Todos decían: “Si vamos a Buenos Aires, a Perón lo sacamos”. Yo creí que estaba en una comisaría. Cuando supe dónde estaba, me di cuenta que si el pueblo no salía a defenderlo lo hubiesen matado y nunca hubiéramos tenido un presidente como él.

Los pibes nos subíamos a los camiones llenos. El puente ya estaba levantado y yo me quería tirar al río. Un agente de policía me dio una patada fuerte y yo lo maldije; pobre hombre, que en paz descanse. Me decía que me fuera de ahí, que me iba a caer al agua. Después bajaron el puente. En las casas donde pedíamos permiso para ir al baño nos daban sándwiches. Los chicos decían “Yo me voy con la gente”. Algunas madres les pedían que volvieran, otras mujeres se nos unían. Íbamos gritando Perón, Perón y Perón. Cuan-

do llegamos a la Plaza alguien salió a decir que en un rato iba a hablar el General. Menos mal, porque yo creo que, si no, la gente se llevaba la Casa de Gobierno para otro lado. ¡Lo veo, lo estoy viendo! Me hace llorar (*llora con la cabeza entre las manos*). Estaba ahí nomás, yo siempre me colaba. Lo vi aparecer con su uniforme. ¡Lo que era eso, lo que era eso! Ver a Perón era como ver a Dios Padre. Era Dios...

¡Y me lavé los pies en la fuente! ¡Sí! Ahí y en cada canilla que encontramos. Corríamos entre las piedras, entre los adoquines, con esas zapatillas de cuero con suela finita. En otra calle había una especie de bañadera larga, donde salía un chorrito de agua. Y éramos setecientos mil los que metimos los pies allí. No teníamos sed, sólo necesitábamos agua para los pies.

Esa fue la historia grande de Perón. Por lo que oí hablar de antes, cuando a uno lo tenían ahí agarrado por todos lados, el 17 de Octubre fue como salir de una jaula. Desde entonces se pudo hablar, se trabajaba mejor, había más horas de descanso, no se perseguía, no le decían a uno en la puerta de la fábrica: ¡Vos no podés entrar!.

Oliver, María Rosa

Proveniente de una familia patricia argentina. Escritora e intelectual de izquierda.

Esa gente me recuerda a las murgas de carnaval, también por su indumentaria: parecen disfrazados de menesterosos. Me pregunto de qué suburbio alejado provienen

esos hombres y esas mujeres casi harapientos... ¿O habrán surgido de ámbitos cuya existencia yo desconozco?.

Otero, José Luis

Desde la Junta Renovadora Radical se suma al Peronismo.

En octubre del '45 yo era obrero gráfico y delegado de la Federación Gráfica Bonaerense de Avellaneda. Me había afiliado a la Junta Renovadora por el respeto que me merecía el discurso de Perón. ¡Cómo no me iba a hacer peronista si antes de Perón, cuando uno se enfermaba y faltaba al trabajo un par de días, se encontraba con que lo habían echado!

A las ocho de la mañana del 17 salimos de la imprenta y nos unimos al malón que venía por la avenida Mitre, de Avellaneda. No sabe cuántas mujeres grandes, sufridas, formaban parte de esa muchedumbre. El día se fue poniendo caluroso. Yo andaba con una tricota de lana azul y el sol pegaba tan fuerte que comencé a sudar. Yo y todos. Por eso nos sacamos los abrigos y muchos íbamos en camiseta. Y este es el motivo de que la oligarquía nos empezara a llamar “los descamisados”, como si fuera un insulto. Perón dio vuelta el concepto y lo convirtió en una identidad para los trabajadores.

Partido Comunista

Cómo vio el 17 de Octubre.

“Pero también se ha visto otro espectáculo, el de las hordas de desclasados haciendo de vanguardia del presunto orden peronista. Los pequeños clanes con aspecto de murga que recorrieron la ciudad, no representan ninguna clase de la sociedad argentina. Era el malevaje reclutado por la policía y los funcionarios de la Secretaría de Trabajo y Previsión para amedrentar a la población. (*Orientación*. Órgano oficial del P.C.)”.

“El malevaje peronista (...) demostró lo que era, arrojándose contra la población indefensa, contra el hogar, contra las casas de comercio, contra el pudor...”

Por su parte (el Comité Bonaerense del Partido Comunista) calificó los hechos acaecidos en las calles de la Capital Federal, el 17 de octubre de 1945, como “desmanes cometidos por elementos peronistas”. Pero la nota insólita de la jornada la dieron cuando los altos dirigentes de ese sector decidieron denunciar ante el titular de la cartera del Interior y ante el jefe de Policía de la provincia los “desmanes” cometidos por las “hordas” en las calles porteñas. (*La Voz*. 17 de octubre de 1984).

Partido Socialista
(O de cómo el pueblo
“nunca nos entiende ni nos entenderá”)

Su visión del 17 de Octubre y los sucesos ocurridos alrededor de esa fecha.

En los bajíos y entresijos de la sociedad hay acumuladas miseria, dolor, ignorancia (...). La parte del pueblo que vive ese resentimiento y acaso para su resentimiento (...) persigue en su furia demoníaca a los propios adalides permanentes y responsables de su elevación y dignificación.

Presuntas organizaciones obreras y elementos hasta ahora al servicio de los planes políticos del ex secretario de Trabajo y Previsión intentan una huelga revolucionaria, para obtener la libertad del funcionario depuesto y su retorno a los cargos desempeñados” (asimismo condenó la acción obrera como una) “maniobra encaminada a confundir la opinión de los trabajadores y crear factores de perturbación y anarquía” (para luego sentenciar) “que no se trata de un movimiento auténticamente gremial.

El pueblo argentino, al tiempo de exigir sean extirpados de raíz los elementos complicados con el régimen “peronista” y destruidas sus bases de operación en la administración pública, debe mantenerse leal a los principios democráticos y legales sostenidos con ejemplar valentía civil y probar ante propios y extraños que no admitirá maniobras menzudas y perturbadoras de los agentes de ese régimen –por mucho que se las disfrace como inspiradas en la defensa de intereses obreros– ni consentirá dilaciones en el más rápido

recobramiento de la normalidad constitucional.

“Pedro”

Nació en Corrientes en 1924 y llegó a Buenos Aires en 1941. En el '45 era peón en un depósito de materiales ferroviarios.

Parecía que todo el mundo era atraído por la plaza. Quería ver a Perón en la Rosada. Llegaban desafiando a todos, hasta a los cajetillas del centro.

Yo llegué desde Remedios de Escalada, y en la madrugada crucé el puente Pueyrredón con compañeros de los talleres ferroviarios. Nadie entraba al trabajo y todos aprueban la marcha sobre el centro. La mayoría eran jóvenes, un promedio de 30 años o menos y creo que todos salían de sus lugares de trabajo. Algunos llevaban banderas argentinas y se avanzaba al grito de “Perón, Perón”.

Circulaban muchos rumores: que, si salíamos, a Perón no lo mataban; que nos sacarían todas las leyes de la Secretaría, que nos anularían el aumento de sueldo, y otras cosas más. Creo que la gente estaba muy preocupada y por eso salió casi espontáneamente. Cuando comenzamos a ver que no éramos los únicos tuve la sensación de que estaba metido en algo importante. A pesar de que mucha gente cantaba e iba contenta, yo no. Tenía bastante miedo y por eso no me creía un valiente, sobre todo por la mañana, en que todavía no había muchas personas, pero después del mediodía llegaban los grupos casi sin cesar; creo que alre-

dedor de las 17 había más de 100.000 tipos, después quedó medio apretado y ya no podía observar la cantidad, pero el griterío era mucho.

La policía parecía haber cambiado de actitud. Mientras que a la mañana trataba de disolver los grupos, después se quedó tranquila y algunos hasta guiñaban el ojo.

Hacía mucho calor pero nadie se movía, nos enteramos de que Perón iba a venir y entonces había que esperar un poco más. Creo que lo anunciaron por los altoparlantes y me parece que fue para calmar el ambiente. Cerca de medianoche –yo ya no daba más– apareció Perón y la gente se enloqueció. Muchos se abrazaban, otros revoleaban el sombrero y todos gritaban. Se hizo un poco de silencio cuando Perón dijo “compañeros” y entonces se trató de escuchar. Del discurso sólo recuerdo que Perón recomendó desconcentrarse con cuidado porque él veía muchas mujeres y chicos entre la multitud. Cuando nos volvimos cantábamos que “el 18 era San Perón, que trabajara el patrón”.

Perelman, Ángel

Dirigente obrero metalúrgico.

-¿Qué pasa?- preguntaron.

-En Avellaneda y en Lanús la gente se está viniendo al centro- contestaron.

-¿Cómo es esto?

-Sí, no sabemos quién largo la consigna, pero toda la gente está marchando desde hace algunas horas hacia Bue-

nos Aires.

-Pero en la CGT en la reunión de anoche –les dijimos–, se dio la orden de la huelga general. ¿Qué es esa marcha?

-No sabemos –dijeron esos compañeros– La cosa viene sola. Algunas fábricas que estaban trabajando, porque no habían recibido a tiempo la orden de la huelga general han parado el trabajo, pero los hombres, en vez de irse a la casa, enfilan hacia Plaza de Mayo. ¿Ustedes saben algo?

-Lo único que sabemos –respondimos– es que Evita está en un auto recorriendo los barrios y difundiendo la orden del paro general.

En realidad, la idea de volcarse sobre la Plaza de Mayo brotó espontáneamente en el seno profundo de las masas populares, porque de otra manera no hubiera podido surgir. No hay orden alguna capaz de movilizar a un tiempo a centenares de miles de hombres, mujeres y niños, sino cuando esas multitudes sienten la necesidad de manifestarse en los momentos decisivos de su existencia.

Nos lanzamos a la calle a restablecer todos los contactos. El teléfono del sindicato sonaba desde hacía dos horas confirmando todo lo dicho por los compañeros de Barracas. Tratamos de tomar contacto con el cuerpo de delgados metalúrgicos del gran Buenos Aires. Pero se habían prácticamente diluido en el océano de mil manifestaciones y columnas parciales; las masas habían deglutido a los sistemas de organizaciones sindicales y los miles de delegados de fábricas estaban a la cabeza de la muchedumbre que debía encontrar su unidad a través de cien calles y barrios en la histórica Plaza de Mayo.

A las 8.15 horas pasamos con el taxi de un chofer amigo, cargado de metalúrgicos, por la esquina de Independencia y Paseo Colón, en circunstancias en que un grupo de manifestantes era disuelto por la policía (...). A esta hora –eran las 9.30– habíamos pintado el taxi con letreros a cal que decían “Queremos a Perón”. Seguimos recorriendo los barrios y la muchedumbre nos aclamaba al ver el coche pintarrajeado. Espontáneamente y con los elementos que encontraban a mano los trabajadores, sobre la marcha, improvisaban leyendas, carteles y cartelones de todo género y con las frases más pintorescas, pero que tenían de común un nombre: Perón. A medida que pasaban las horas en ese día sin término y fatiga, se repetía el espectáculo, barrio tras barrio; en la calle Belgrano, hacia el puerto, se disolvía sin resistencia un grupo de 40 personas; pero después seguían caminando por las veredas, con la consigna inesperada que unificó al pueblo ese día, todos a Plaza de Mayo. Se creó un sistema de comunicaciones que no se fundaba en el telégrafo sino en la noticia que volaba de viva voz de grupo a grupo y que adquirió una perfección insospechable cuando comenzaron a aparecer los camiones cargados de obreros.

A alguien o a muchos se les ocurrió al mismo tiempo, por obra de la necesidad, la iniciativa de detener un camión, un colectivo, un ómnibus o un tranvía, ordenar imperativamente a los guardas y choferes cambiar de rumbo y dirigirse hacia el centro. La propia multitud –esto lo vimos decenas de veces– tomaba los cables del trolley de los tranvías, los daba vuelta y el motorman empezaba a manejar el vehículo en dirección inversa. Los manifestantes subían entonces atropelladamente al tranvía, lo ocupaban por en-

tero y se encaramaban a sus techos, mientras que los trabajadores que no habían podido meterse en el vehículo hacían lo mismo con el ómnibus, camión o tranvía siguiente. El sistema de transporte de Buenos Aires adquirió un orden rígido: ese día funcionó en una sola dirección.

Pérez, Benigno

Representante del sindicato de Ayudantes de Casas. Sesión del Comité Central Confederal de la CGT. 16 de octubre de 1945.

Yo creo que lo que se está haciendo aquí es enfrentar a las masas obreras, cuando en realidad lo que tenemos que hacer es defenderlas. Los obreros de todo el país están con los ojos puestos en la CGT y piden que ésta defienda a Perón, y si no lo hacemos nos perderán la confianza especialmente los del interior.

Perón, Eva

Testimonio de Evita sobre aquel día.

Durante casi ocho días lo tuvieron a Perón entre sus manos (...). Al partir me recomendó que estuviese tranquila. Confieso que nunca lo vi tan magnífico en su serenidad. Recuerdo que un Embajador amigo vino a ofrecerle el amparo de una nación extranjera. En pocas palabras y con un

gesto simple decidió quedarse en su Patria, para afrontarlo todo entre los suyos (...). Me largué a la calle buscando a los amigos que podían hacer todavía alguna cosa por él (...). Nunca me sentí –lo digo de verdad– tan pequeña, tan poca cosa como en aquellos ocho días memorables. Anduve por todos los barrios de la gran ciudad. Desde entonces conozco todo el muestrario de corazones que laten bajo el cielo de mi Patria. A medida que iba descendiendo desde los barrios orgullosos y ricos a los pobres y humildes las puertas se iban abriendo generosamente, con más cordialidad. Arriba conocí únicamente corazones fríos, calculadores, “prudentes”, corazones de ‘hombres comunes’ incapaces de pensar o hacer nada extraordinario, corazones cuyo contacto me dio náuseas, asco y vergüenza. ¡Esto fue lo peor de mi calvario por la gran ciudad! La cobardía de los hombres que pudieron hacer algo y no lo hicieron, lavándose las manos como Pilatos, me dolió más que los bárbaros puñetazos que me dieron cuando un grupo de cobardes me denunció gritando: “¡Esa es Evita!”. Estos golpes en cambio me hicieron bien. Por cada golpe me parecía morir y sin embargo a cada golpe me sentía nacer. Algo rudo pero al mismo tiempo inefable fue aquel bautismo de dolor que me purificó de toda duda y de toda cobardía. ¿Acaso no le había dicho yo a él: ... por muy lejos que haya que ir en el sacrificio no dejaré de estar a su lado, hasta desfallecer? Desde aquel día pienso que no debe ser muy difícil morir por una causa que se ama. O simplemente morir por amor.

Perón, Juan Domingo

Recuerda pormenores de aquel 17 de Octubre de 1945.

El día 16 de octubre se reunió la Comisión Confederal de la CGT. Era un martes. Dispuso una huelga general para el día jueves 18.

Pero de esto, la mayoría de los trabajadores ni se enteró. No estaban para esperar un día más. Movidos al unísono por un maravilloso y poderoso vínculo, se lanzaron a la calle en las primeras horas del día 17, arrasando todo cuanto se ponía a su paso.

Piquetes de obreros se apostaron espontáneamente en las entradas de las fábricas y talleres. Invitaban a sus compañeros a no entrar y, en cambio, dirigirse a Plaza de Mayo. Nada ni nadie lo había dispuesto así de antemano. Fue el resultado puro de la improvisación.

La “huelga espontánea” corrió como un reguero de pólvora. De una fábrica pasaba a otra y de allí a un taller. A veces, los obreros desde la calle vociferaban en las puertas, hasta que salían los pocos que, por confusión, habían entrado a trabajar.

Yo, por mi parte, ese mismo día había sido trasladado al Hospital Militar Central debido a una bronquitis. Allí tuve la alegría de comunicarme por teléfono con Evita, que me infundió ánimo y me instó a tener fe.

Mientras tanto, miles y miles de hombres y mujeres cruzaban la Avenida General Paz, desde las zonas industriales: Matanza, San Martín, Vicente López, etc.

Caminando, en su enorme mayoría, algunos en camiones, otros en vehículos de las propias fábricas que habían

“decomisado”. Además de muchos tranvías que fueron tomados y conducidos a la plaza por sus propios guardas.

No había jefes ni soldados, todos eran “compañeros”.

Llegó una ‘orden’ de levantar el puente de Avellaneda. Tarde, ya lo había pasado el grueso de los trabajadores de la zona sud. Pero igual, desde Gerli, Banfield, Quilmes y Lanús, en botes o en lanchas y luego a pie, marchaba a la Casa de Gobierno el “ejército de los trabajadores”. Sin armas, uniformados únicamente por sus ropas de trabajo y por sus manos callosas de obreros. Muchos con las herramientas de trabajo en los bolsillos de sus mamelucos. Otros con el almuerzo del mediodía en un paquete de bolsillo.

Todos, eso sí, todos con la irrenunciable decisión de no regresar a sus hogares sin obtener mi libertad. En las ciudades del interior ocurría otro tanto.

A mediodía la Plaza de Mayo estaba repleta. Al caer la tarde, ya no cabía un alfiler.

Era el basamento social del país que afloraba. Era el país subyacente que la orgullosa gente de la “clase dirigente” no conocía. Era el pueblo argentino, fuente de toda soberanía, mando y poder legítimo, sin cuya aprobación nada es válido.

Yo, por mi parte, seguía preso en el Hospital Militar. Mercante, que había sido llamado desesperado por Ávalos, vino a verme y me informó de todo. Lo habían llamado a Casa de Gobierno, pero en el camino consiguió escabullirse por unos minutos. Estaba eufórico. Su fe era contagiosa y nos llenó a todos de la seguridad en el triunfo.

Otras informaciones nos llegaron, informándonos de que el paro en el Gran Buenos Aires era total.

Al caer la tarde, Farrell me llamó por teléfono propo-

niéndome una negociación. Nosotros, que ya estábamos al tanto de todo, decidimos que lo mejor era esperar para tener todos los triunfos en la mano. Mercante ya estaba de regreso de la Casa de Gobierno y decidió quedarse con nosotros.

Estábamos deliberando, cuando se presentó el general Pistarini. Venía de parte del Presidente. Me transmitió en su nombre que yo había ganado la partida. Solo me pidió que fuese considerado con el general Ávalos. Muy bien, yo le garanticé su persona, con la única condición de que desapareciese del panorama de inmediato. Así fue.

Se convino una reunión con Farrell en la Residencia Presidencial y allí fuimos. Conversamos amigablemente y al cabo de un rato terminó por poner todo en mis manos y decirme que, en adelante, yo decidiera.

Así fue que nos trasladamos todos a Casa de Gobierno, cuando ya estaba entrada la noche.

Bueno, allí me encontré con un espectáculo grandioso. La Plaza entera vociferaba y pedía mi libertad. Cuando se anunció que iba a hablarles, la ovación duró varios minutos.

Me presenté en el balcón y saludé. Tuve que esperar un largo rato antes de que me permitiesen hablar. Los tranquilicé y les prometí que en adelante estaría junto a ellos para siempre. Les pedí confianza, trabajo y unión. Que se cumpliera con el paro dispuesto para el día siguiente, pero en el mayor de los órdenes y festejando el triunfo de todos.

Les dejé mi corazón y me despedí de ellos. Ellos se despidieron de mí, dejando en mi visión el espectáculo más maravilloso a que pueda aspirar un hombre que ha consagrado su vida a la Patria: el amor del pueblo.

Después de unos minutos nos retiramos. Me despedí de

Farrell y me fui a buscar a mi compañera. Eva me esperaba para retirarnos unos días a una quinta a descansar.

Había terminado el 17 de Octubre. El día más importante de mi vida. El día en que quedó sellada definitivamente nuestra unión con el pueblo. Una unión que no se quebraría jamás.

Piernes, Justo

Periodista.

Todo se hizo como si fuera un delito. La reunión de los cinco periodistas —esos que ganábamos 80 pesos por mes— con los dirigentes sindicales se realizó en el bar Dos Mundos, debajo de la Alianza Libertadora, en San Martín y Corrientes.

Estaban allí los primeros dirigentes sindicales que conocemos: Osvaldo Palazolo, el “sordo” Reyes, el “gordo” Ares y Senén González (padre). Todos eran de la Asociación de Periodistas y estaban colaborando con Perón en la Secretaría de Trabajo, pese a que venían del socialismo. Nos dijeron:

“¿Quién quiere hablar con el coronel Perón?”.

“¿Quién es el coronel Perón?”, preguntó el petiso Lee. En realidad, lo del coronel Perón era una especie de sonsonete que se desparramaba por las calles... El mejor ‘elogio’ que se le hacía a través de la prensa y de los opositores era que se trataba de un demagogo. Para nosotros, Perón, ni fu ni fa.

“Y vamos, total, no tenemos mucho que perder”, opinó

el 'negro' Zapata, que era el más veterano del grupo.

Fuimos una tarde. El coronel Perón nos recibió. Lo veíamos por primera vez. Impresionaba. Sonrisa amplia. Su despacho era un torbellino por la gente que entraba y salía. Desprolijo, como los pasillos de la Secretaría de Trabajo, todo lleno de afiches y muchas leyendas pintadas a mano. Nos acompañó Palazolo. Hubo un rápido diálogo entre Perón y el dirigente sindical: "Leí su proyecto de estatuto, me parece bueno. Vamos a darle manija", dijo Perón. Se refería al Estatuto del Periodista.

Luego nos hizo traer café y desde atrás de su escritorio nos enfrentó con una pregunta: "¿Cuál es el problema, muchachos?". Le repetimos la monserga de los 80 pesos que no alcanzaban. Nos escuchó con una atención que hasta nos pareció simulada; teniendo en cuenta el tema de tipo menor en comparación con todo lo que se movía dentro de aquel edificio.

"Perfecto, yo no puedo hacer nada. No puedo obligar a que les aumenten el sueldo. Pero vamos a ver. Vayan tranquilos". Representó la despedida de Perón.

Había pasado un mes y ya casi no nos acordábamos de la entrevista con Perón, cuando nos llegó una citación de la Secretaría de Trabajo. La cosa era un jueves a las seis de la tarde. Se repitió la escena. Perón nos recibió con enorme sonrisa. Nos hizo sentar. Nos convidó con un café. Hablamos de varios temas. De pronto el capitán Héctor Russo, que era una especie de secretario, entró al despacho y anunció: "Coronel, aquí está el señor Díaz...". Se nos erizó la piel. Ocurría que el señor Díaz era nuestro gerente. Este enfrentamiento no estaba en nuestros planes. Nos enterramos en el sofá como en actitud de escondernos. Es que

Díaz era un gerente “de los de antes”, con pelo en pecho.

Entró pisando fuerte. Nos miró con una sonrisa como para fulminarnos. Perón no perdió la sonrisa suya. Lo hizo sentar y le preguntó:

“¿Qué es lo que pasa con estos chicos?”

El gerente tomó la palabra ‘Una circular del Banco Central prohíbe el reembolso de divisas respondiendo a la Convención Mundial de Ginebra de 1935’. Pensamos que el gerente lo había destruido con el argumento tantas veces escuchado por nosotros. Pero no por algo, Perón fue Perón. Su respuesta fue la misma que nosotros pensamos muchas veces y que por temor al despido nunca le dijimos:

“Señor Díaz, yo no entiendo nada de la circular del Banco Central ni de la Convención de Ginebra. Lo que sé es que con 80 pesos no se puede vivir. ¿Por qué no hace un esfuerzo y les tira unos pesos a los muchachos?”

El gerente se fue enojado. Perón nos dijo que no tuviésemos miedo y que acudiéramos a él, si el gerente tomaba represalias. Volvimos al trabajo, sin novedad. Diez días después nos sorprendió la noticia:

“¡Perón está preso en Martín García!”

Para aquellos cinco periodistas de UPI fue la primera muerte de Perón. Nos quedamos desprotegidos y mudos. A lo mejor el gerente se había olvidado de nuestra travesura sindical. Pero el gerente no perdonó. Se acercó a nosotros con su paso fuerte y dejó escapar algo que nos pareció un gruñido: “Vayan a quejarse ahora a Perón”.

(...)

Perón salió en libertad. Se produjo el 17 de Octubre. Meses después hubo elecciones. Perón era candidato a presidente. Las calles se llenaron de leyendas: “Braden o Pe-

rón”. Para nosotros se agigantaba otro desafío no tan profundo pero mucho más real: “El gerente o Perón”. Votamos contra el gerente...

Pivida, Celso

Enrolado en la FORA anarquista y delegado en la empresa lanera La Barraca. Sale en la foto paradigma de tan magna fecha, refrescando sus pies en la fuente.

Mi función consistía en concurrir a la Secretaría de Trabajo. Me informaban sobre las nuevas leyes laborales que se aplicaban a la fábrica y que nos favorecían. Los trabajadores de los frigoríficos y de otras industrias como Campomar, La Negra y La Barraca nos reunimos en Avellaneda. De allí partimos hacia Plaza de Mayo. Como habían subido el puente que une Barracas con la provincia, fuimos hasta la estación de trenes. Tenía una puerta de alambre que tardamos dos minutos en cortar. Cruzamos por el puente del ferrocarril y llegamos a la estación más próxima de la Capital Federal. Y de allí a la Plaza de Mayo. Había muy poca agua en la fuente, pero igual metimos los pies. Por una cuestión simbólica, ya que nadie osaba hacerlo, quedó esa imagen para la historia. El contrasentido era que para aquella época, la gente del Gran Buenos Aires que iba a la Capital se ponía saco y corbata. Si no, se la consideraba como “un croto”, y yo aquella vez, antes de ir a la Plaza, volví a mi casa a cambiarme porque llevaba puesta ropa de trabajo (...) La FORA no respondía a las preocupaciones de ese momento. En cambio con Perón logramos el agui-

naldo, que nos efectivizaran en nuestros puestos de trabajo, contar con vacaciones y tener jubilación.

Ponce, Armando

Ayudante de sastre. Estuvo en la Plaza aquel 17 de octubre. Es uno de los que sale retratado en la famosa foto de los manifestantes con las patas en la fuente. Se lo ve a la derecha de la misma con un pulóver arriba de los hombros. Tenía 17 años.

“No había agua por ningún lado, ni siquiera para los heridos. Por eso fui a remojar me los pies a la fuente. Yo era muy joven y no tenía inclinación por ningún partido. Mis compañeros de trabajo me hablaban siempre de Perón y yo sólo lo conocía por lo que ellos contaban. Ese día fui a la plaza por curiosidad, pero no bien llegué estaba dispuesto a apoyarlo. Desde entonces, empecé a interesarme por la política y me hice peronista (...) En la gente había bronca, iban todos a pie y cada vez llegaban más, en especial a la tarde. Yo no sabía de dónde salían todas esas columnas”. Otro impacto inolvidable de aquel 17 de Octubre fueron “los balazos que tiraban desde algunas ventanas. Se podían ver los fognazos. Esperé y aguanté hasta que pude escuchar el discurso de Perón y luego regresé caminando hasta Chacarita, donde comí un pedazo de pizza, mi única comida del día. Estaba exhausto, pero feliz...”.

Proia, Alberto

Empleado del Estado.

Yo formaba parte del Secretariado de Trabajadores de la CGT, en la Secretaría de Obreros y Empleados del Estado. Durante la semana previa al 17 era una desesperación, nadie sabía dónde podía estar Perón, pero en un momento cometen el error de decir que lo habían enviado a Martín García y en ese momento la gente salió a la calle sola. Era una cosa emotiva ver a un viejo, con un chico de la mano, diciendo “¡Queremos a Perón!” (...) No hubo ninguna orden ni directiva oficial ni una organización a propósito. El que dice así, miente, aquello fue espontáneo, porque en el lugar que yo estaba, de haber algo preparado, tendría que haberlo sabido. Fue un “vamos, vamos”, pasándonos la mano de uno a otro. Al contrario, nos empujaban: “¿Qué hacen, por Perón?”, nos decía la gente. Prácticamente los empujaban a los dirigentes gremiales, esa fue la verdadera historia.

Quindimil, Manuel

Trabajador por entonces en el gremio de la carne. Luego hombre de la Resistencia Peronista y siete veces intendente de Lanús por el voto popular. Estuvo en la Plaza.

Yo tenía entonces 21 años y desde los 18 trabajaba en el frigorífico Wilson, de Valentín Alsina. Allí el 17 de Octubre empezó el 16, porque cuando nos enteramos de que lo

habían metido preso al coronel nos auto-convocamos. En un local de la calle Ombú nos reunimos metalúrgicos de Siam, textiles de Campomar, ferroviarios de Escalada, los del vidrio de Papini y nosotros, los de la carne. Ahí estuvo Evita. Venía en representación del gremio de artistas de variedades, pero era la novia de Perón. Tenía apenas 24 años, pero ¡un empuje! En esa reunión decidimos marchar para pedir la libertad de Perón (...). En la Plaza yo vi a la gente con los pies tan inflamados, tan hinchados, que daban pena. Por eso metieron los pies en la fuente.

Quinteros, Víctor

Delegado gremial y miembro de la conducción de UPCN. Trabajó en el Hospital Evita, de Lanús, donde lo hizo entrar la propia Eva Perón, tras una carta que él le mandó solicitándole trabajo. Había perdido tres dedos en un accidente en la curtiembre Del Vecchio, que era donde se encontraba laborando aquel 17 de octubre de 1945.

Como yo entraba a trabajar a la tarde, esa mañana estaba jugando al fútbol, pero el nerviosismo que había en el barrio iba aumentando, y al final me fui para el centro con los más grandes, casi todos trabajadores metalúrgicos de Siam y del vidrio. Cruzamos por el puente Alsina, pero lo empezaron a levantar y un amigo mío quedó colgado en la punta del puente. Recuerdo que en la Plaza vi gente durmiendo, “reventada”. Cada tanto aparecían camiones que nos traían manzanas, naranjas, agua. Invadimos la Capital, porque se decía que tenían a Perón y lo querían matar.

Ramos, Jorge Abelardo

Intelectual. Historiador. Referente de la izquierda nacional.

Algunos en camiseta, muchos en camisa, otros montados en caballos, aquellos agrupados en camiones, trepados al techo de tranvías, amontonados en colectivos que perentoriamente debieron cambiar su ruta y conducirlos a la plaza de Mayo, las mujeres obreras con sus niños en brazos, otros con pantalones arremangados hasta la rodilla, munidos de palos o de latas para agregar estrépito a su desfile, lanzando burlas soeces a los caballeros bien vestidos que miraban las manifestaciones en silencio, llevando carteles improvisados, o botellas vacías, bebiendo refrescos, comiendo un trozo de pan, enronquecidos y desafiantes, profiriendo ironías gruesas o epítetos agresivos, esa gigantesca concentración obrera inauguraba, el 17 de octubre, un nuevo capítulo en la historia argentina (...).

La noche había caído sobre la ciudad y seguían llegando grupos exaltados a la Plaza de Mayo, jamás se había visto cosa igual excepto cuando los montoneros de López y Ramírez, de bombacha y cuchillo, ataron sus redomones en la Pirámide de Mayo, aquel día memorable del año '20. Ni en el entierro de Yrigoyen una manifestación cívica había logrado congregarse masas de tal magnitud. ¿Cómo? —se preguntaban los figurones de la oligarquía azorados y ensombrecidos— ¿Pero es que los obreros no eran estos gremialistas juiciosos que Juan B. Justo había adoctrinado sobre la ventaja de comprar porotos en las cooperativas? ¿De qué abismo surgía esta bestia rugiente, sudorosa, brutal, realista y unánime que hacía temblar a la ciudad? Con el diario *La*

Prensa retorcido a guisa de antorchas, aquella noche inolvidable el proletariado iluminó con una llama viva la trama de la conspiración oligárquica. Miles de antorchas rodearon de una aureola ardiente la mole espectral de la Casa de Gobierno.

Reyes, Cipriano

Dirigente histórico del gremio de la Carne. Autor del libro *Yo hice el 17 de Octubre*.

La columna más maravillosa fue la que partió de Berisso. Estaba integrada por más de cinco mil compañeros; por el camino iban requisando todo lo que pudiera servir como medio de transporte: autos, colectivos, carros, también pedían a la gente que se sumara a la marcha. Llegamos a eso de las cuatro de la tarde, antes había estado trabajando en la movilización. Yo viajaba en un coche con el compañero Ernesto Cleve. Cuando llegamos a Puente Barracas nos encontramos con mucha gente, ya que habían levantado el puente y no se podía seguir, Los compañeros se largaban al agua como podían, usaban los botes, los transbordadores de los frigoríficos, tiraban bancos viejos o cualquier cosa que flotara para hacer balsas, otros simplemente nadaban en las sucias aguas del Riachuelo (...). Así era el ansia por pasar al otro lado. Les dije que fueran por el puente del ferrocarril. A los pocos minutos bajaron Puente Barracas y la gente se aprestó a cruzar. La policía intentó cerrar el paso e hizo una descarga cerrada al aire. Escuché decir a un oficial a sus subordinados “¡Déjenlos pasar! ... ¿Quién ataja esto?”.

Yo quería la libertad de Perón. Quería darle la oportunidad de que realizara lo que decía que iba a realizar desde la Secretaría de Trabajo y Previsión de la Nación. Vea, cuando Perón asumió en ese cargo el sindicalismo estaba destruido. Él reorganizó la CGT. Habla de que los trabajadores eran personas y, como usted sabe, en aquella época los trabajadores eran un caballo más del carro. (En la Marcha hacia la Plaza de Mayo) eran como 17.000 empleados de la carne, de YPF de Ensenada y gente de Berisso. El resto de la gente se fue incorporando durante la marcha. Era emocionante ver de qué manera la gente salía espontáneamente de sus casas para acompañarnos. A las once de la noche la plaza estaba llena.

Rojas, Isaac Francisco

Marino “gorila”, fusilador de argentinos. Vicepresidente del gobierno de facto (1955-1958) que derrocó a Perón.

El día 17 de Octubre de 1945, como le decía, yo era el responsable de la casa y de la estructura física del Ministerio de Marina en la Casa de Gobierno (...). Hice iluminar todo el Ministerio, sus habitaciones y oficinas, vestí el uniforme y me trasladé a la entrada de la Casa de Gobierno en Balcarce 60. Allí me quedé a ver lo que pasaba. La multitud desbordó la Plaza de Mayo y tiró las puertas abajo. Entraron los policías a caballo, era un revuelo increíble (...). De inmediato entraron unos muchachos sudorosos que se veían muy cansados. Comenzaron a dar vueltas alrededor de mí y me miraban extrañados. Les parecía mentira ver

un oficial parado ahí. Se acercó uno y me dijo “¿Dónde está Perón? Lo queremos ver, venimos desde Ensenada”. Le respondí “No sé donde está Perón, debe estar arriba”. En realidad Perón estaba en el Hospital Militar, pero yo no lo sabía... Al tiempo acudió un teniente con un pelotón de la compañía de infantería que custodiaba la Casa de Gobierno y me dijo: “Con su permiso, señor Capitán, voy a hacer desalojar a toda esta gente que está aquí adentro”. Sí, le respondí, pero con una condición: no disparen ningún tiro adentro del edificio, adentro del Ministerio (...). Di una orden y los soldados dieron vuelta sus fusiles –con la culata para adelante– y comenzaron a sacudirle las cabezas a los revoltosos. Sonaban sus cabezas que parecían mates. Por supuesto permanecí en el Ministerio toda la noche y, a eso de las once, escuché el discurso demagógico de Perón.

Rosa, José María

Historiador e intelectual peronista. “Un día de octubre”.

Gente que no estaba acostumbrada a ver en las calles del centro de las ciudades a los despreciados cabecitas negras y también a aquellos rubios, cuyos padres vinieron de Polonia y Ucrania –venidos de la campaña para trabajar en las fábricas de las orillas ciudadanas– desarrapados como andaban los obreros de entonces. (Descamisados los llamaría Ghioldi)

“¡Sin galera y sin bastón, los muchachos de Perón!”. Sucios con la grasa y el aceite del Riachuelo, destrozadas las alpargatas por la caminata; pero alegres, muy alegres, al

verse juntos y saberse tantos. Los más jóvenes marchaban con saltos: “¡Aquí están, estos son, los muchachos de Perón!; ¡Si éste no es el pueblo, ¿El pueblo dónde está?!”.

No iban en orden, zigzagueaban a lo ancho de las avenidas como si tomaran posesión de algo suyo. Silbaron al paso ante la ‘Casa Socialista’ herméticamente cerrada; hubo también silbidos, muchos silbidos, ante el edificio de *Crítica*, a la altura del 1300 de avenida de Mayo; aplausos a *La Época*, unas cuadras más allá –avenida al 700– silbidos estruendosos a *La Razón* y, sobre todo, a *La Prensa* –al 500–.

Pero nada más. Ninguna piedra cayó contra el cortinaje metálico que protegía las vidrieras cerradas. Oí consignas nacionalistas, que desconcertaban, porque no se imaginaba que hubieran llegado hasta ellos: “¡Patria sí, colonia no! ¡La Argentina para los argentinos!”.

Frente al edificio donde estaba entonces el Club del Progreso, en avenida de Mayo al 600, un señor de edad, trajeado a la antigua, de galera, cuello palomita y chaleco –seguramente un socio de la Institución– apoyando su bastón, con las manos atrás, contemplaba el curioso espectáculo. Uno de los descamisados que marchaba por la vereda dio un golpe con el pie al bastón haciendo caer al anciano. Éste se levantó y dio un bastonazo en la cabeza al insolente, que cayó al suelo. Los manifestantes de la calle, al ver a su compañero caído corrieron hacia él, produciendo un desparramo. El caballero de la galera y el bastón no escapó, esgrimiendo su palo esperó la acometida. Todos lo dieron por muerto. Los descamisados llegaron hasta el compañero caído, lo ayudaron a levantarse y le espetaron: “¡No te hemos dicho que hay que andar con cultura, caracho! ... ¡Discúlpelo, señor!”.

Se comprendió que esa gente de bromas infantiles y procederes hidalgos, que se burlaba de lo ridículo, pero respetaba lo respetable, que atravesaba el Riachuelo a nado, que llegaba de los más apartados arrabales para jugarse por un amigo, sentía la vida como yo, tenía los mismos valores, no se manejaba por palabras, sino por realidades: era el pueblo, el pueblo argentino, el pueblo de la revolución de los restauradores, de las invasiones inglesas y de las jornadas de 1810; el pueblo de la noche del 5 al 6 de abril de 1811, el pueblo tantas veces mencionado en los programas de los partidos políticos y en los editoriales de los diarios con gran retórica. No era una entelequia: era algo real y vivo.

Se comprendió dónde estaba el racionalismo. Nos sentimos multiplicados en miles de caras, sentíamos la inmensa alegría de saber que no estábamos solos, que éramos muchos.

Lo importante de todo esto era que el pueblo siguiera a Perón, como antes a los grandes caudillos de otros tiempos.

Comprendí que la voz del pueblo era la voz de Dios, que el pueblo ama y los enemigos del pueblo odian; porque Dios se hizo hombre entre los humildes y se rodeó de humildes para predicar la verdad. En ese pueblo estaba la verdad, no en el mundo de las apariencias y las frivolidades.

Ruiz Guiñazú, Magdalena

Periodista proveniente de una familia caracterizada de la sociedad argentina: “Apuntes de una niña burguesa”.

Recuerdo perfectamente aquel 17 de octubre del 45. Habíamos faltado al colegio reiteradas veces durante las semanas anteriores bajo la genérica explicación de “hay lío” y, aun desde el universo propio y egoísta de los chicos, había un cierto *crescendo* que podía palpase en la mesa familiar y en interminables conversaciones donde los mayores parecían particularmente preocupados por situaciones que se calificaban, a veces, en forma diametralmente opuestas. “Así empezaron las cosas en España”, cotejaban algunos refiriéndose a la Guerra Civil. “Tiene muchos puntos de contacto con Mussolini. Acordáte de la Marcha Sobre Roma” y como de Mussolini, yo, personalmente, tenía una imagen terrorífica (la de su cuerpo balanceándose, inerme, junto al de su amante Claretta Petacci) debo confesar que mis ensañaciones estaban pobladas por referencias macabras que ¡oh, terror! parecieron confirmarse cuando los estudiantes que habían tomado la vieja Facultad de Derecho (vivíamos entonces en Las Heras y Pueyrredón) organizaron una velada con antorchas. Las absurdas formas góticas de ese edificio calcado del Medioevo Francés se convirtieron en un aquelarre mefistofélico que terminó añadiendo una súplica (“protégenos”) a mis plegarias nocturnas.

¿Qué estaba pasando en mi país? En esa Argentina que parecía fielmente dibujada en aquellas tapas de pasta del manual *La aurora del saber*. Donde nada podía ocurrir que no fuera grande y magnífico como aquel campo infinito sembrado de un trigo opulento que nos hacía los dueños del mundo y que sólo conocía como límite un sol naciente con rayos que nos alejarían para siempre jamás del frío y la tribulación.

Algo pasaba, sin duda. Y “este hombre, Cipriano Reyes”,

que volvía, una y otra vez, en las conversaciones entre las mamás que esperaban la salida de las clases o nuestras respectivas familias y parientes, marcaba seguramente un nuevo grupo social del que no quedaba otra que enterarse. Los frigoríficos de Berisso entrevistados en Sucesos Argentinos antes de la película de la *vermouth* ya no eran una realidad lejana y ausente. Aparentemente era allí donde Cipriano era poderoso y manejaba unas huestes que “van a sacarlo de la cárcel”. ¿A quién? Al coronel Perón, por supuesto. A ese hombre de gran sonrisa, parecido a Gardel y que me resultaba secretamente muy atractivo.

¿Qué estaba ocurriendo en aquella mañana de sol con un veranito precoz que venía a insinuarse a mediados de octubre? Desde muy temprano mi tía China se hizo presente por teléfono:

-¿Saben algo nuevo?. -preguntó como al filo de una conversación anterior. Aproveché de inmediato aquel nivel de informante que me confería un adulto. -Hay novedades... -traté de saberlo todo- hay paro general.

-Sí, claro. -La tía China estaba asustada pero no por eso dejaba de oír la radio-. Mirá, me parece que vienen para acá...

Se me enfriaron las tripas. “Acá” es este barrio, mi casa, esta vida sin sobresaltos. Y no hay nada más inquietante para un chico que no saber demasiado qué es lo que viene de “allá”. Quizás así empiece la barrera del prejuicio. -Han bajado los puentes... -explicó la tía informante sin soñar, por supuesto, que esos puentes bajos o altos incluirían siempre un factor determinante.

Además, recuerdo, me asustó no entender realmente lo que estaba pasando. Todo Barrio Norte había cerrado sus

persianas. Seguramente no por el sol; seguramente sí para atisbar a través de las ranuras indiscretas todo cuanto ocurriría en la calle.

Comenzaron a pasar tranvías con racimos de gente que ocupaba hasta los techos y engalanaba el cable del trolley con banderas argentinas.

-Van a la Plaza de Mayo.

Iban cantando estribillos y coreando el nombre de Perón. Y, de pronto, un sonido profundo, nuevo. Un ritmo desconocido. Un desorden sobre la doble vía del 63 y, como fondo, las torres de la iglesia de San Agustín. Y a pesar de tantos años repito “desorden”. Porque eso significaba aquel pequeño grupo de hombres y mujeres que seguían al que tocaba el bombo.

-¿Se formará un Frente Popular?— oí preguntar en aquel día extraño y no pude despegarme de la ventana que me proyectó hacia nuevas galaxias que tardé años en comprender.

Llegaron los diarios de la tarde, *Crítica* y *La Razón*. Y en las primeras planas había grandes fotos. Mucha gente, mucho sol. Algunos remojándose en las fuentes cercanas a la Casa de Gobierno. Nadie en tren de batalla. Más bien, diría, en tren de descubrir los halagos de una larga tarde con canciones y chapoteo de aguas antes prohibidas. Una toma de posesión. Advertir que “el centro” lejano y temible ya no era algo prohibido. Y la Plaza de Mayo, menos.

Realmente los adultos no saben demasiado, pensé, aliviada. Y con la misma desaprensión con que no entendemos la Historia que nos pasa por al lado continué la lectura apasionante de *La isla del tesoro*.

Sábato, Ernesto

Intelectual y escritor.

Ese 17 de octubre de 1945, estaba en Santos Lugares (piensa) con la extraña impresión de lo que era una revolución popular, o mejor dicho de lo que podía ser; había un silencio profundo, no había noticias, todo estaba paralizado. Yo tuve la impresión de que algo muy poderoso y hasta lleno de misterio estaba aconteciendo; la impresión de que una fuerza enorme y silenciosa, casi subterránea, se había puesto en movimiento. Siempre había asociado la palabra revolución con la idea de ruido, de corrida, de gritos; y de pronto desde allí, desde Santos Lugares tuve la convicción de que un movimiento popular podía ser algo potente pero silencioso. Esa es la sensación que yo tuve. Subraye, sensación.

Salce, Agustín

Mozo de una fonda en la Isla Maciel. Dos intentos hasta llegar a la Plaza.

Todos nos palpitábamos lo que la gente discutía en el puerto y en el frigorífico Anglo. El 17, la gente iba para la Plaza en malones. Yo me largué a cruzar a pie el Riachuelo, por detrás del frigorífico Anglo. Nosotros conocíamos la zona y sabíamos que eso se podía hacer. Éramos un montón. Entre nosotros estaba el Petiso –del nombre no me acuerdo–, el pobre era tan bajito que venía con el agua hasta el cuello. De repente pisó mal y empezó a pedir

auxilio. Lo ayudamos, pero por la mitad del cruce vimos gente que venía al revés, desde la Capital, diciendo que ya habían soltado a Perón. Así que nos volvimos, con el Petiso al hombro. Pero no era verdad. Y nos fuimos, de vuelta, esta vez sí hasta la Plaza.

Scalabrini Ortiz, Raúl

Intelectual nacionalista y peronista.

Corría el mes de octubre de 1945. El sol caía a plomo sobre la Plaza de Mayo cuando las primeras columnas de obreros comenzaron a llegar.

Venían con su traje de fajina, porque acudían directamente desde sus fábricas y talleres.

No era esa muchedumbre un poco envarada que los domingos invade los parques de diversiones con hábito de burgués barato. Frente a mis ojos desfilaban rostros atezados, brazos membrudos, torsos fornidos, con las greñas al aire y las vestiduras escasas cubiertas de pringues, de restos de brea, grasas y aceites.

Llegaban cantando y vociferando, unidos en la impene-tración de un solo nombre: Perón.

Era la muchedumbre más heteróclita que la imaginación puede concebir.

Los rastros de sus orígenes se traslucían en sus fisonomías. Así avanzaba aquella muchedumbre en hilos de entusiasmos que arribaban por la Avenida de Mayo, por Balcarce, por Diagonal. Un pujante palpitar sacudía la entraña de la ciudad.

Un hálito áspero crecía en densas vaharadas, mientras las multitudes continuaban llegando. Venían de las usinas de Puerto Nuevo, de los talleres de Chacarita y Villa Crespo, de las manufacturas de San Martín y Vicente López, de las fundiciones y acerías del Riachuelo, de las hilanderías de Barracas. Brotaban de los pantanos de Gerli y Avellaneda o descendían de las Lomas de Zamora. Hermanados en el mismo grito y en la misma fe, iban el peón de campo de Cañuelas y el tornero de precisión, el fundidor, el mecánico de automóviles, el tejedor, la hilandera y el peón.

Era el subsuelo de la patria sublevado. Era el cimiento básico de la Nación que asomaba por primera vez en su tosca desnudez original, como asoman las épocas pretéritas de la tierra en la conmoción del terremoto. Era el substrato de nueva idiosincrasia y de nuestras posibilidades colectivas allí presente en su primordialidad sin recatos y sin disimulo. Era el de nadie y el sin nada en una multiplicidad casi infinita de gamas y matices humanos, aglutinados por el mismo estremecimiento y el mismo impulso, sostenidos por una misma verdad que una sola palabra traducía: Perón.

En las cosas humanas, el número tiene una grandeza particular por sí mismo. En ese fenómeno majestuoso al que asistía, el hombre aislado es nadie, apenas algo más que un aterido grano de sombra que a sí mismo se sostiene y que el impalpable viento de las horas desparrama.

Pero la multitud tiene un cuerpo y un ademán de siglos. Éramos briznas de multitud y el alma de todos nos redimía. Presentía que la historia estaba pasando junto a nosotros y nos acariciaba suavemente como la brisa fresca del río. Lo que yo había soñado e intuido durante muchos años estaba allí presente, corpóreo, tenso, multifacetado, pero único en

el espíritu conjunto. Eran los hombres que están solos y esperan, que iniciaban sus tareas de reivindicación. El espíritu de la tierra estaba presente como nunca creí verlo.

Por inusitado ensalmo, junto a mí, yo mismo dentro, encarnado en una muchedumbre clamorosa de varios cientos de miles de almas, conglomeradas en un solo ser unívoco, aislado en sí mismo, rodeado por la animadversión de los soberbios de la fortuna, del poder y del saber, enriquecido por las delegaciones impalpables del trabajo de las selvas, de los cañaverales, y de las praderas, amalgamando designios adversarios, traduciendo en la firme línea de su voz conjunta su voluntad de grandeza, entrelazando en una sola aspiración simplificada la multivariada de aspiraciones individuales, o consumiendo en la misma llama los cansancios y los desalientos personales, el espíritu de la tierra se erguía vibrando sobre la plaza de nuestras libertades, pleno en la confirmación de su existencia.

La substancia del pueblo argentino, su quintaesencia de rudimentarismo estaba allí presente, afirmando su derecho a implantar para sí mismo la visión del mundo que le dicta su espíritu desnudo de tradiciones, de orgullos sanguíneos, de vanidades sociales, familiares o intelectuales. Estaba allí desnudo y solo, como la chispa de un suspiro: hijo transitorio de la tierra capaz de luminosa eternidad.

Schwindt, Matilde

Obrera metalúrgica.

En 1945 yo trabajaba en CAMEA, mi marido y mi sue-

gro también. Sí, en CAMEA. Esa era una fábrica metalúrgica que le daba trabajo a todo el mundo (...). El día 17 de Octubre fue ¡Inolvidable! ¡Inolvidable! Todos los obreros fuimos a la Plaza a recuperar al “Coronel”. Por eso le pusieron el Día de la Lealtad. Uno llamaba al otro, y el otro a otro y ¡vamos, vamos! nos jugábamos la vida, pero ¿por qué? Porque nosotros fuimos leales a Perón. Ese día cada uno buscó la manera de llegar y todos se prestaban a llevarte a la Plaza de Mayo. Fuimos todos mis compañeros y compañeras, hombres y mujeres, de todos los lados. No sólo de la fábrica mía, sino de todas. La plaza estaba llena de gente. Eso nació del pueblo. Fuimos voluntariamente, así nomás, al toque. Mi suegro era un hombre grande, tuvo que volver caminado de la Plaza de Mayo a casa. Al día siguiente estuvo todo el día con los pies hinchados en la cama de tanto caminar. Pero eso no nos importaba. Estuvimos mucho tiempo esperando. No valía el “ya lo vamos a traer”. No, señor. ¡Tráiganlo ya! Por eso es la Lealtad. Costó traerlo. Estaba la Plaza llena y había mucha emoción. Al día siguiente estábamos todos con angina de tanto gritar y llorar. Pero no se puede explicar con palabras. Vos tenés que vivir ese momento ahí en la Plaza con todos tus compañeros, todos gritando ¡La vida por Perón! ¡La vida por Perón! ¡La vida por Perón!

Sir David Kelly

Embajador británico en Argentina en 1945.

En las primera horas de la mañana del 17 de octubre

los gerentes de los ferrocarriles ingleses vinieron a decirme que se había declarado una huelga espontánea sin organizadores conocidos en todos los ferrocarriles, de modo que Buenos Aires estaba aislado. En la tarde de ese día, decidí que era necesario ir a la Casa Rosada para decirle al único ministro que quedaba –Ministro de Marina– que debía asumir la responsabilidad de proteger los ferrocarriles. Debo confesar así mismo que me impulsaba una enorme curiosidad por saber qué estaba pasando....

Soriano, Osvaldo

Escritor.

Octubre del '45. En esos días, con un gobierno a su medida, la Iglesia Católica y el Ejército bostezaban y dormían sin pesadillas. La política parecía muerta. El sexo no existía fuera de las cobijas. “Un oficial, un suboficial y tres soldados fueron a pie desde Buenos Aires a Yapeyú”, cuenta “Mundo Argentino”. Nos quejamos de que los noventa sean años pavos y sin gracia, pero aquellos eran además castrenses, solemnes y moralistas. Los chistes de radio –dichos por Catita, Luis Sandrini y el dúo Bueno-Striano– eran chistes de suegras, de loros, de borrachos y de noches nupciales.

Aunque cueste creerlo, en octubre de 1945, Mirtha Le-grand ya estaba en circulación, era mayorcita y manejaba su propio coche. “Estuvo cuatro días que fueron de revuelo en Villa Cañas y todos quedamos más encantados que nunca con ella”, escribe un lector de la revista.

Título de octubre del '45: “La primavera es época de

renovación”. Otro: “El gran enigma de los enanos”. Al fin uno más jugado: “Con la terminación de la guerra se acen-
tuará la lucha contra el mosquito”. No era todavía el New
Age, pero se le anticipaba bien: “Untisal, donde lo pongan,
calma”. “Geniol: calma, entona y descongestiona”. “Pildo-
ras de Parker, laxante suave y eficaz”.

¿Dónde está la política en la semana previa al gran acontecimiento? ¿Dónde los marginales que van a marchar en procura de Perón?

La revista de actualidad más leída de la época no lo sabe: las recetas son “Zanahorias a la francesa, Tomates a la catalana, Coliflor a la *Parmentier*” (...).

El miércoles 17 de octubre se abre bajo el signo de Piscis a las cinco y media de la mañana, dice el astrólogo Alpherat. Avellaneda y los suburbios del sur han pasado la noche en vela. Amanece. Los botes se echan al Riachuelo. Pocos lo saben, pero la historia empieza a dar una gigantesca voltereta.

Tejada, Ramón

Sindicalista. Sesión del Comité Central Confederado de la CGT. 16 de octubre de 1945.

Por mucho que demos vuelta al asunto, si hemos de declarar la huelga general ella será por la libertad del Coronel, por más que esgrimamos otros argumentos, éste es el punto básico de nuestra actitud o, para mejor decir, de la clase obrera. Hay un sentimiento muy profundo entre los trabajadores por causa de la detención del coronel Perón,

especialmente en el interior del país, porque el Coronel Perón ha sido el único que ha hecho justicia a las aspiraciones obreras, concretándolas en las conquistas que ahora están amenazadas. Si la CGT pide y gestiona la libertad de Perón no vulnerará los principios sindicales, porque podemos decir ahora que el Coronel Perón es uno de los nuestros, porque se ha acercado a la clase obrera para defenderla (...). Tenemos que vivir la realidad del movimiento en el que actuamos. Yo nunca pude comprender por qué los trabajadores no se organizaban gremialmente antes, por qué eran descreídos y escépticos; sin embargo, bastó que las autoridades revolucionarias con el coronel Perón a la cabeza empezaran a realizar su obra de justicia social, aumentando los salarios y velando por el cumplimiento estricto de las leyes que protegen al trabajo, amparando a los obreros, para que éstos despertaran de su letargo y acudieran en masa a los sindicatos, desde los cuales nosotros los llamábamos desde hace muchos años. Después la obra de la Secretaría de Trabajo y Previsión se consolidó con la sanción de nuevas medidas de gobierno que contemplaban otras tantas aspiraciones proletarias, de forma tal que la gente comenzó a palpar y gozar de esos beneficios. Por eso hay una situación ambiental en el pueblo ante los hechos producidos en contra del hombre que posibilitó la creación de ese movimiento obrero de grandes masas que actualmente tenemos y no el raquíptico en el que vegetábamos unos cuantos hombres de lucha.

Ubalde, Oscar Esteban

Con 20 años ,trabajaba en la usina incineradora de residuos de Chacarita, ubicada en la calle Rodney entre Guzmán y Jorge Newbery. Estuvo el 17 de octubre de 1945 en la Plaza.

Quemábamos basura todo el día en un horno grandísimo. Venían las chatas con la basura y la descargaban en una plaza. Yo tenía que rastrillarla hasta las bocas del horno. Yo era un pibe muy jovencito y no era muy lindo tener que estar allí empujando basura. Pero, para colmo, después de laburar, no tenías agua caliente para bañarte, ni en invierno ni en verano. ¿Sabés lo que era bañarse con agua fría cuando salías del turno de 24 a 6 de la mañana? Cuando subió Perón pusieron el agua caliente y prohibieron el horario nocturno.

Antes era muy distinto: todos eran muy pacíficos, muy tranquilos; era la pobreza, era el laburo; la casa, tomar mate en la puerta de la casa con los vecinos, eso era lo común. Había mucha pasividad, y más en los lugares de trabajo. No había mucha conciencia. Antes un simple capataz era dueño y señor. Te veía mal parado y te podía suspender. Hacía lo que quería. Uno no tenía ni derecho al pataleo; te quejabas y te echaban del laburo. ¡Mirá el mundo que era ese!

Yo entraba ese día a las 12 del mediodía. Fui a la usina y al llegar los veo a todos en la puerta. Nadie trabajaba. Era una sorpresa, pero una sorpresa para bien. Estábamos –y hoy te digo una palabra que entonces no se decía– liberados. Como no, si podías hacer lo que tenías ganas. Se sentía una esperanza, como una luz que venía...

Era tanta la alegría y la confusión que todo el mundo en la calle se mezclaba, se hacían amigos y todos a la plaza. Era un día hermoso, de calor. Quizá de ahí quedó eso del “Día Peronista”. A las 2 de la tarde nos ubicamos casi en la mitad de la plaza. Había una alegría terrible: puro canto, puras risas, vivas al coronel Perón. Parecía una fiesta, un carnaval. Seguía llegando gente de todos lados y hacía cada vez más calor. Las mujeres de las fábricas escribían en sus delantales, con el lápiz de labios ¡Viva Perón!

Cuando apareció el Hombre, eso fue imborrable; cuando lo vimos en el balcón, cuando levantó los brazos, cuando dijo “Compañeros”... Contento el Hombre con su pueblo y el pueblo con ese Dios que venía. No lo quiero comparar con Dios, pero para todos nosotros era algo así. Por lo menos así lo sentíamos, era la esperanza, confiábamos ciegamente en él.

Cuando terminó todo, yo recuerdo que me volví a casa y mis viejos me levantaron en peso, no por haber ido a la plaza, sino porque estaban preocupados por mí.

Al otro día, nadie era el mismo. Había una paz completa, totalmente distinto al día anterior. Nadie se creía superior a nadie. Pero a partir de allí empezaron los grandes cambios. Cambió también la actitud. Basta de amenazas, de suspensiones, de despidos, de prepotencia de los capataces y los jefes. Tomábamos conciencia de que éramos seres humanos.

Fue hermoso ver a la gente en la calle, pero para algunos fue muy desagradable. El mismo Perón nos lo dijo: “cuiden esto, porque la oligarquía jamás se los va a perdonar”.

Vezza, Walter

Estudiante secundario en octubre del '45.

Tenía 16 años yo. Muy joven me incorporo al peronismo, desde una de las tantas vertientes; yo venía de la derecha del peronismo, del nacionalismo. Era entonces estudiante secundario en el Colegio Nacional Pueyrredón, en 4º año. Los problemas internacionales tenían entonces gran influencia en el país: la segunda guerra mundial, la neutralidad argentina con respecto al conflicto, generaban una serie de tensiones en lo interno.

El 17 a la mañana, un día caluroso, los tranvías funcionaban muy raleadamente, aunque en esa época había más tranvías que colectivos por el racionamiento de la nafta a causa de la guerra. A las 11 de la mañana me acerqué a la plaza de Parque Patricios porque había rumores de lío, de paro. Al mediodía, para ir a clase tomo el colectivo 9 que me deja a una cuadra de la calle Chacabuco, por la calle Piedras. Pero el Colegio ya no funcionaba. Había orden del ministerio de que los alumnos fueran devueltos a sus casas. Fui a pie de vuelta, habré llegado a la una; no era muy lejos, 25 ó 30 cuadras.

Cuando llego a Parque Patricios de vuelta, me sorprende una cosa inédita, que nunca había visto antes: columnas y columnas de obreros que marchaban. Nunca vi lo que esa vez: el proletariado se había volcado a la calle; las columnas de obreros provenientes de la zona Sur, de ahí mismo de Parque Patricios y de Pompeya, donde había muchas fábricas en aquella época; columnas obreras textiles de Valentín Alsina, Lanús, del vidrio, metalúrgicos. Y mujeres obreras,

muy firmes, y obreros caminando descalzos, muchos trabajadores con el torso desnudo porque hacía mucho calor. Marchaban al grito de Perón. Y además de los problemas reivindicativos –aunque había plena ocupación, los jornales no eran cosa del otro mundo– la masa levantaba más un problema político, el del imperialismo: Braden o Perón, que se empezó a gritar ese día; “Patria sí, colonia no”; “Mate sí, whisky no”. Y eso me quedó muy grabado y es una de las cuestiones que, 40 años después, me define en esto del Frente del Pueblo, en el que soy candidato: la bandera antiimperialista. Y lo voy a explicar un poco. La clase obrera servía únicamente a los partidos tradicionales para el voto. La creación de nuevas industrias para reemplazar lo que venía de afuera a causa de la guerra hizo crecer una nueva clase obrera, proveniente del interior, cabecita negra. La izquierda no entiende este problema. Nuestros padres, de Italia, España, Polonia, habían inmigrado imbuidos de ideas socialistas, anarquistas. Mi padre era anarquista, se fue de Italia cuando se entronizó Benito Mussolini. Ellos traen las ideas, pero se aferran a las ideologías con que en Europa habían luchado contra los gobiernos reaccionarios o monárquicos y por eso les cuesta entender a los nuevos trabajadores, que no tienen esa formación. Hay que decir, sin embargo, que muchos dirigentes socialistas y anarquistas y también comunistas de base, y algunos que no son de base como Rodolfo Puiggrós, se incorporan al peronismo. La FORA queda despatarrada porque los sectores más importantes se incorporan ese 17 de octubre al pueblo que marcha. Por primera vez vimos a centenares de miles de obreros desfilando en la calle. Y algunos no lo entendieron. Te cuento una anécdota: estaba yo parado en la esquina de

Caseros y Rioja, mirando a los miles de gentes desfilando. Estaban unos dirigentes del PC que tenían un local en la calle Grito de Asencio. Uno de ellos le dijo al otro: “Y, esos son los fascistas”. Es decir, que lo que pasaba por la calle desfilando, sudoroso, sucio, medio muerto de hambre, el proletariado explotado, eran los fascistas...

Por eso se entiende que después, en un acto en el Luna Park, Codovilla estuviera al lado del conservador Santamarina; eso no lo olvida el peronismo. Pero no hago una crítica destructiva, sino constructiva. Nosotros interpretamos que los sectores de la izquierda se habrán dado cuenta de dónde estaba la clase trabajadora, que mayoritariamente sigue siendo peronista. Esas banderas antiimperialistas no las iba a encontrar la izquierda con los radicales galeritas, con los conservadores y otros en la llamada Unión Democrática (...). Hay que saber entonces que a partir de 1946, cuando el peronismo elevó notablemente el *standard* de vida del trabajador argentino, no lo hizo por milagro. Fue porque al nacionalizar todas las empresas extranjeras de servicio públicos y las inversiones de muchos monopolios, como el del comercio exterior, eso nos permitió que los 43 centavos que se quedaban afuera por cada peso que exportaba la Argentina, vinieran de vuelta al país. Por eso el imperialismo no es un *slogan*: es la historia misma de las masas obreras peronistas, y es una necesidad del país para seguir viviendo, para ser libres y para poder ser justos.

Villafior, Aníbal Clemente

Sindicalista. Se entrevista con Perón en el Hospital Militar

Central, el mismo 17 de Octubre de 1945.

“Los hombres de Avellaneda sonríen cuando oyen hablar de Cipriano Reyes y el 17 de Octubre. Porque aquí –dicen– el 17 empezó el 16, con el paro de los lavaderos, fábricas de armas, textiles, el vidrio, La Colorada y ya esa misma tarde la gente llegó hasta Pompeya, donde la corrió la montada”.

Por la noche hubo reunión en el Comité de Unidad Sindical, que aglomeraba a todos los gremios de la ciudad, los que estaban en la CGT y los que no estaban; obreros de la carne, el cuero, la lana, metalúrgicos, madereros, construcción, jaboneros, aceiteros. Sin orden de la CGT, que estaba entregada a secretas cavilaciones desde que a Perón lo pusieron preso una semana antes, se declaró la huelga general y se redactó el primer volante exigiendo su libertad. Presidía el comité Raúl Pedrera, y en lugar del tesorero, ausente, firmó el acta el vocal Aníbal Villafior. A las seis de la mañana del día siguiente, recuerda Don Aníbal salió una comisión de once hombres rumbo a la Plaza de Mayo. Avellaneda estaba parada, pero en la Capital caminaban los tranvías. Cuando llegaron a la estación Barracas increparon a los guardas y, a pesar de los ofrecimientos, siguieron a pie porque la huelga había que cumplirla. Rato después un taxista voluntario los llevó a los once: sobre la plaza estallaban ya las granadas de gases y la policía repartía sable. Cuando en la Casa Rosada pidieron hablar con el Presidente, les quitaron los documentos y los recluyeron en una pieza. Una hora después, inexplicablemente, los llevaron a presencia de Farrell, del almirante Vernengo Lima, del general Ávalos: “Farrell nos dio la mano. ¿Qué deseaban

ustedes?”. Le dijimos lo que deseamos es esto. Y él nos dice, pero cómo es eso que han declarado la huelga, ustedes saben lo que eso. Y nosotros le contestamos: el único que nos dio algo aquí, es Perón. Bueno, dice, pero ¿qué quieren ustedes? Nosotros queremos hablar con Perón ¿Y la huelga quién la para? La huelga no la para nadie, la huelga ya está’.

“Nos mandaron en auto al Hospital Militar. Más de diez mil personas se apiñaban contra las verjas mientras en el parque los soldados emplazaban ametralladoras.

“Fuimos a una salita, y ahí estaba Perón, recostado en una cama. Lo primero que dijo fue: ‘Me han cagado, muchachos. Y nosotros le preguntamos: ¿qué podemos hacer? Y él dice, ¿Qué han hecho? Nosotros hemos declarado la huelga general. Cómo, cómo, dice, ajá, bueno ¿Y por qué lo han hecho? Por usted lo hemos hecho, porque usted es el hombre que nos dio libertad y nos hizo respetar”.

Cuando volvieron a Plaza de Mayo, ya no se podía caminar. Avellaneda, Lanús, Quilmes, Lomas de Zamora, todo el Sur se volcaba en las calles, una muchedumbre harapienta que no se iba a mover de ahí hasta que Perón apareció en los balcones.

Los diarios y revistas ante el 17 de octubre de 1945

Diario *Clarín*. Matutino porteño. 18 de octubre de 1945

En la plaza, y ya no sólo en la plaza, porque la multitud desbordábase por la Avenida de Mayo y las dos diagonales, encendíanse millares de antorchas, improvisadas con ejemplares de diarios, ofreciéndose a la vista un espectáculo imponente, tanto más cuanto que la grito en demanda del coronel Perón subía de tono.

Diario *Crítica*. Vespertino opositor. 17 de octubre de 1945

Grupos aislados que no representan al auténtico proletariado argentino tratan de intimidar a la población. El anunciado movimiento popular de los peronistas ha fracasado estrepitosamente, en un ridículo de extraordinarias proporciones. Las multitudinarias e imponentes columnas que los adictos al ex vicepresidente prometían reunir para dar la sensación cabal de su poderío se han trocado en grupos dispersos que recorren las calles con paso cansino, en medio de la indiferencia y el desprecio de la población y dando la impresión de comparsas extenuadas que comprenden la inutilidad del papel que se les quiere hacer representar. No obstante, ante el fracaso, los elementos más recalcitrantes de este peronismo en veloz menguante, tratan de hallar desquite cometiendo desmanes y recurriendo al sabotaje. A esto ha quedado reducido el seudo movimiento obrero que no hace mucho, en un jactancioso reportaje, el

ex vicepresidente prometía que involucraría a tres millones de obreros; a unos insignificantes núcleos de exaltados que, al amparo de una tolerancia inexplicable, pretende asumir una representación que no les corresponde.

Diario *El Mundo*. 17 de octubre de 1945

“izo crisis en las primeras horas de la madrugada de ayer la agitación que desde la víspera venían realizando los dirigentes adictos al ex vicepresidente de la Nación, con el objeto de paralizar todas las actividades en las poblaciones del sur, vecinas a la Capital Federal. Mucho antes de salir el sol ocupaban ya sitios estratégicos ante los frigoríficos y grandes fábricas de Avellaneda, 4 de Junio, Lomas y Dock Sur, crecidos grupos de particulares, muchos de los cuales no ocultaban la tenencia de armas de distinta naturaleza. Estos grupos tuvieron la misión de impedir la entrada de obreros a los diversos establecimientos para cumplir sus tareas habituales.

Diario *La Época*. 18 de octubre de 1945

Desde la histórica Plaza de Mayo más de un millón de ciudadanos aclamó presidente al Cnel. Perón. Enfervorizados en la común emoción de una democracia en marcha aúnan la decisión de imponer su voluntad (...). Centenares de miles de trabajadores argentinos vivieron ayer en Plaza de Mayo la emoción inmensa de una jornada heroica, que por obra y gracia de la voluntad popular, se incorpora a

la historia de nuestra nacionalidad en creciente evolución de perfectibilidad, como una página de oro escrita con los corazones, sin otra arma que el clamoreo incesante de un líder indiscutido, que representa, hoy por hoy, toda la esperanza de la Nación (...). Un pueblo que nació y vivió grande entre los grandes y así seguirá hasta morir en defensa de su libertad, si necesario fuera, salió a la calle para defender su derecho de vida, como salieron ayer los obreros amenazados por los comunistas del brazo de los señores Hueyo, Saavedra Lamas, Palacios Coll, Cantilo, Vernengo Lima y otros tantos oligarcas indecentes y vendidos al extranjero que mancillan su dignidad y su condición de argentinos atentando contra el proletariado nacional, verdadera fuerza moral del país.

(...) Pero el hecho de que los diarios y algunos políticos ignoren al pueblo no quiere decir que éste no exista. No quiere decir que su presencia no sea percibida por quienes tienen buen oído, buenos ojos y sobre todo, corazón de buen argentino. El pueblo está hoy en la calle. El pueblo verdadero, cuyo destino no siempre ha de ser determinado desde la City o desde el Barrio Norte. Por más que se lo quiera ignorar y se recurra al lugar común de dar por sentado que el pueblo es el centro de la ciudad, la verdad de un fermento invasor y triunfante, no puede ser desconocido en lo sucesivo. Podrán afirmar los diarios que el pueblo está contra el coronel Perón. Podrán decirlo incluso mediante chistes de dudoso gusto y mediante amañadas notas gráficas de la universidad de La Plata. Lo podrán decir a través de reportajes o personajes a personas fichadas por toda la nacionalidad. Pero el clamor hondo y sostenido que viene desde las barriadas, desde los talleres, desde los campos,

desde las ciudades del interior, eso no podrá ser ignorado y perforará los tímpanos de la antipatria hasta el definitivo aniquilamiento del enemigo.

Diario *La Mañana* (Uruguay). 19 de octubre de 1945

El retorno de Perón al virtual ejercicio del poder constituye el epílogo más desdichado que hubiera podido esperarse del dramático proceso de convulsión política que viviera la Argentina en los últimos días (...). Los demagogos inescrupulosos e irresponsables representan, sobre todo cuando se dirigen a masas de insuficiente cultura política, uno de los más grandes, si no el más grande de los peligros que amenaza a los regímenes democráticos en nuestra época. Con recursos similares, Hitler se elevó al poder en Alemania y lanzó luego a esa nación contra el mundo, provocando la guerra más terrible de la historia.

Diario *La Nación*. 18 y 20 de octubre de 1945

Hubo frente a la Casa Rosada una concentración. Grupos de obreros organizados con una finalidad que pronto sería elocuentemente expresada, hicieron acto de presencia en diversas partes de la Capital Federal, manifestando sus deseos de que el coronel Perón retornara a primer plano en la actividad política nacional. Los obreros, diseminados en grupos por distintos lugares de la ciudad obligaban a cerrar comercios y detenían tranvías, ómnibus, colectivos, taxímetros y automotores particulares para escribir en ellos

el nombre de Perón (...). La mayoría del público que desfiló en las más diversas columnas por las calles lo hacía en mangas de camisa. Vióse a hombres vestidos de gauchos y a mujeres de paisanas (...). Muchachos que transformaban las avenidas y plazas en pistas de patinaje, y hombres y mujeres vestidos estrafalariamente, portando retratos de Perón, con flores y escarapelas prendidas en sus ropas, y afiches y carteles. Hombres a caballo y jóvenes en bicicleta, ostentando vestimentas chillonas, cantaban estribillos y prorrumpián en gritos.

En la semana que terminó ayer, los vecindarios de la Capital Federal y de otras ciudades importantes han presenciado con asombro y pesar el espectáculo dado por agrupaciones de elementos que, no obstante su categórica prohibición, de fecha reciente, de realizar reuniones en la vía pública, han recorrido las calles, dando vítores a ciertos ciudadanos y, en esta ciudad, acampando durante un día en la plaza principal, en la cual a la noche, improvisaban antorchas sin ningún objeto, por el mero placer que les causaba este procedimiento.

Sin embargo la mayor gravedad de esta situación la ha constituido el desfile vocinglero por las avenidas y las leyendas que eran estampadas en las paredes y en los vehículos que se encontraban en la recorrida. Ha habido también verdaderos atentados contra los diarios, uno de ellos de esta capital, por sustentar opiniones contrarias a las de los manifestantes. Ha sido un espectáculo lamentable...

Los sucesos acaecidos entre nosotros importan un retroceso. Bandas armadas y manifestaciones agresivas en la plaza donde se levantan la Pirámide de Mayo y la estatua

del insigne creador de la Bandera, son hechos que no tienden a la recordada aproximación, sino por el contrario, al alejamiento.

Diario *La Prensa*. 18 y 19 de octubre de 1945

En la estación Constitución, del Ferrocarril del Sud, se colocaron pizarras con advertencias dirigidas al público en el sentido de que la empresa no se responsabilizaba por los accidentes o demoras que se originaran como consecuencia de los sucesos. Esto determinó un visible retraimiento en el movimiento habitual de pasajeros, al punto de que el *convoy* que sale a las 11 hs. para La Plata y que de ordinario conduce gran cantidad de viajeros, sólo llevaba algunas decenas al iniciar su viaje de ayer. Este mismo tren se mantuvo en movimiento por espacio de diez minutos aproximadamente y cuando se hallaba próximo a la estación Barracas fue súbitamente detenido. Enseguida subieron al *convoy*, varios obreros que se habían plegado a la huelga y recomendaron a los pasajeros que guardaran calma, aconsejándoles no seguir el viaje. Algunas mujeres que iban en el tren, atemorizadas, se arrojaron a las vías, sufriendo contusiones; pero luego pasó la alarma, volvieron a ocupar los vagones y el *convoy* retrocedió lentamente hasta Constitución.

En Berisso y Ensenada grupos de personas al grito de “¡Viva Perón!” obligaron al comercio y establecimientos industriales a cerrar su puertas y exigieron a los obreros que abandonaran sus tareas ante la pasividad de la policía (...). Las columnas organizadas en las primeras horas

de la mañana lograron penetrar en territorio de la Capital. Sin embargo, a partir de las 9.30 el puente Pueyrredón fue levantado para impedir el paso de una numerosa manifestación (...). En la plaza, la concentración no cesaba en sus exclamaciones a favor del coronel Perón, cuyo nombre se coreaba constantemente como estribillo. La atención del público se concentraba en los balcones de la Casa de Gobierno. Entre la concurrencia circulaban los más diversos rumores. Al anochecer, el público improvisó antorchas con ejemplares de diarios.

Desde las primeras horas de antes de ayer, grupos de manifestantes con banderas del coronel Perón recorrieron las calles, dando vítores al ex vicepresidente. Se dedicaron a pintar con tiza las paredes en nombre del ex funcionario que acompañaban en ciertas ocasiones con alguna frase. Formaban tales grupos hombres y mujeres, éstas en minoría, que perseguían la marcha hacia el centro de la ciudad. Pero no sólo eran peatones; muchos ciclistas se sumaron a las columnas, y pudo advertirse, además, a algunos jinetes y carros. El público contempló el desfile sin participar en él. Ausente la policía de las calles en el número que es habitual, las columnas recorrieron su trayecto sin oposición de ninguna clase y sin evidenciar tampoco un propósito concreto. Por ello, los grupos más numerosos se limitaron a caminar todo el día sin itinerario determinado. Estos núcleos fueron agrupándose en las avenidas principales. Calles como Santa Fe, Corrientes, Las Heras, Córdoba y Rivadavia, desde Pueyrredón para afuera. Al terminar el día, continuaron el avance hacia el centro de la ciudad (...). Desde muy temprano, pequeños grupos de manifestantes

convergió sobre la Plaza de Mayo. Advirtiése entonces que sintieron los efectos del cansancio y el rigor de la jornada, y fue así que se tendieron en los canteros como también en las escalinatas del Banco de la Nación y en la explanada de la Casa de Gobierno. Puertas, paredes y automóviles, en todo el contorno, lucían leyendas hechas con carbón. No se salvaron ni las columnas de la catedral. Lo mismo ocurrió en el pedestal del monumento a Belgrano y en el basamento de la estatua de Garay habíase colocado un cartel alusivo. En las últimas horas de la tarde, la ciudad adquirió un aspecto singular debido a la paralización de casi todas sus actividades y de las características de las diversas manifestaciones que la recorrieron. Muchos de esos grupos llegaron a la Plaza de Mayo y sus adyacencias, donde permanecieron hasta ya avanzada la noche. Los manifestantes entonaron continuamente sus estribillos tendientes a exaltar al ex funcionario, y otros con expresiones contrarias a los estudiantes y otros sectores sociales.

Diario *La Razón*. 17 y 19 de octubre de 1945

La columna prosiguió su marcha, siempre encabezada por gente provista de hierros, trozos de remos, garrotes y otras armas contundentes, sin que las fuerzas policiales procuraran detenerla, sin que emplearan mayor energía en sus procedimientos (...). Creando un ambiente de tensión inusitada en la ciudad, la columna, ya única y de regular volumen, terminó a mediodía por desembocar en la avenida Callao para ir a estacionarse frente al Ministerio de Guerra, donde vitoreó reiteradamente al ex titular de ese

departamento, reclamando su libertad. La actitud policial y el silencio con que fueron recibidos en dicho Ministerio impulsó a los 'peronistas' a proseguir por Callao la marcha hacia el Norte, posiblemente con el propósito de llegar hasta el Hospital Militar, dónde se halla el coronel Perón.

La Plata. Un espectáculo poco común fue ofrecido a la población.

A un espectáculo insólito asistió la población de esta ciudad en la jornada de ayer. En previsión de desórdenes, el comercio cerró sus puertas y no funcionaron los servicios públicos... Acentuó este panorama el éxito que tuvieron varios de los manifestantes en su tentativa de penetrar en la sucursal de la cervecería Quilmes, en la calle 45 entre 1 y 115, donde, vencida la resistencia de los empleados se repartieron centenares de cajones de cerveza. Consecuencia de este hecho fue que en contados minutos el número de ebrios aumentó en forma alarmante, llegando el regocijo de los favorecidos en el reparto, a exteriorizaciones que alcanzaron notas alarmantes para el pacífico vecindario. Pocos fueron los vecinos que se atrevieron a salir a la calle, pues los transeúntes desprevenidos se encontraban de improviso ante situaciones que en algunos casos se tornaron peligrosas por la agresividad de algunos manifestantes, que, empuñando botellas a guisa de argumentos, trataban de ganar prosélitos para determinada causa. Consecuencia de ello fue que la mayor parte de la población permaneció recluida en sus hogares.

Diario *La Voz*. 17 de octubre de 1984

El martes 16 de octubre (de 1945), la Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera (FOTIA) decretó un paro en protesta por el apresamiento de Perón e invitó a una “Marcha por la Paz” sobre la ciudad, al tiempo que surgieron manifestaciones obreras que partían de los barrios humildes de Rosario y Córdoba. Los diarios no hicieron mención a tales sucesos, con la excepción de *La Época*, que percibió la realidad: en letras tipo catástrofe señaló que “Desde La Quiaca hasta Tierra del Fuego, desde el Atlántico a los Andes se pide, se clama y se exige la libertad del Coronel Perón”. Pero, más allá de que “las fuerzas avivadas” de la sociedad, como decía Jauretche, no lo reflejaron, una marea incontenible ya había comenzado su marcha. Sobre el anochecer del 16 de octubre, numerosos manifestantes intentaron cruzar el puente de Avellaneda. La Policía recibió órdenes de reprimir pero no todo el personal las cumplió. Más de trescientas personas lograron llegar hasta la avenida Montes de Oca y desembocar en avenida de Mayo, donde improvisaron una concentración en apoyo al diario *La Época*, en medio de insistentes vivas a Perón. La guardia de infantería logró disolverlos. Pero, más entrada la noche, llegaron columnas de Villa Urquiza, Flores, San Fernando y los talleres de ferrocarriles del Oeste: “Sin galera y sin bastón, los muchachos de Perón”, era la consigna predominante.

Por la madrugada arribaron los primeros descamisados de Ensenada, Berisso, La Plata, Quilmes, Gerli.

Recordaría más tarde José María Rosa, refiriéndose al cariño popular por el coronel: “Él, los había tratado de

igual a igual, como seres dignos. Los mensú de Misiones, los cañeros de Tucumán, los obrajes del Chaco, los faenadores de Berisso, los obreros de las fábricas de Avellaneda y Quilmes, los artesanos de los barrios de Buenos Aires, los ferroviarios, los tranviarios, los operarios de las usinas eléctricas, los colectiveros, los canillitas, el pueblo entero de la República se siente herido por la prisión del coronel. Y muchos que no eran obreros, pero que sabían leer las entrelíneas de los diarios y no se emocionaban con las palabras ‘libertad’, ‘nazismo’, ‘personalismo’, entreviendo a través de los editoriales la alegría de los ‘varones consulares’ y la figura obesa de Braden regocijándose desde Washington con la caída de Perón”. Evita y otros hombres leales al coronel desarrollaron una intensa actividad. Sin embargo, no se puede adjudicar la organización del 17 de Octubre a una persona, un partido o un sindicato. Lo hizo la gente.

Desde la mañana del 17 de octubre, las calles capitulinas que desembocan a Plaza de Mayo permitieron observar hombres y mujeres –muchas de ellas con niños en los brazos– que no pertenecían al céntrico paisaje porteño. Sobre el mediodía se escuchaban cánticos entonados con alegría inusual: “Yo te daré, te daré Patria hermosa, te daré una cosa, una cosa que empieza con P...¡Perón!”. Eran los despreciados cabecitas negras: “¡Aquí están, estos son, los muchachos de Perón!”. Inundaron Belgrano, avenida Corrientes, Santa Fe, a los saltos y a los gritos. Silbaron y abuchearon a los diarios *Crítica*, *La Razón* y *La Prensa*. Las columnas siguieron confluyendo sobre Buenos Aires. Camiones y automóviles traían contingentes de Santos Lugares, Cañuelas y Campana, al grito de “¡Perón, Perón!”. Los núcleos que tuvieron que cruzar el Barrio Norte gritaron

desafiantes a los oligarcas aterrorizados: “Maricones a otra parte, viva el macho de Eva Duarte”.

Nadie pudo determinar exactamente el número de personas que ocupó la Plaza de Mayo aquél 17. Mientras la prensa del régimen a través del diario *El Mundo* informó sobre “medio millón de personas”. *La Época* contabilizó “un millón”. Pero la cantidad no era lo determinante, sino el significado de la reaparición en escena de la vida argentina, de los sectores que habían luchado históricamente por la Patria, pero esta vez acompañados de muchos obreros rubios, de tez colorada, que confluían en su camino. Era el emerger de los valores, de las costumbres del pueblo. De su modo de ser, de su “mal gusto”, que tanto asqueaba a las refinadas narices de ricos y falsos literatos. Otra vez las masas siguiendo a un caudillo. Otra vez los humildes tomando en sus manos los rumbos de la patria. El propio Perón, hasta que estuvo frente a la multitud no pudo creer lo que estaba ocurriendo. En el Hospital Militar preguntó insistentemente: “¿Hay mucha gente, che? ¿Realmente hay mucha gente?”.

En horas de la tarde comenzaron a caer algunas gotas: “¡Aunque caiga el chaparrón, todos, todos con Perón!”, respondió la gente. Para calmarlos la plana mayor de las Fuerzas Armadas hizo traer a Mercante, que se encontraba arrestado, y la Municipalidad instaló altoparlantes para que su voz pudiera escucharse en toda la plaza. Sólo atinó a decir “calma, calma. Si lo quieren a Perón, ya lo tendrán”. El comandante Ávalos, reconocido antiperonista, lo retiró inmediatamente del micrófono y ordenó que volvieran a arrestarlo. La situación se ponía cada vez más tensa. Cuando empezó a caer la tarde, la multitud, utilizando los dia-

rios *Crítica*, que los canillitas le entregaban al sumarse a la manifestación, improvisó innumerables antorchas.

(...) Recapacitando y al tanto de la presión intensa que ejercía ese pueblo reunido, después de ver al coronel retirado en el Hospital Militar, Ávalos informó en Casa de Gobierno que “Perón hablaría al pueblo desde sus balcones” (...) Luego de unos instantes de silencio, se escuchó la inconfundible voz del coronel: “Trabajadores...” y una impresionante ovación que se extendió por largos minutos inició un sentido diálogo que sólo sería interrumpido diez años más tarde. Tras las palabras de Perón el pueblo comenzó la desconcentración más alegre que nunca. Había rescatado a su caudillo y a los beneficios y conquistas que por su intermedio había obtenido (...). Al día siguiente, 18 de octubre, nadie trabajó. Fue San Perón...

**Diario *Miami Daily News*. (USA). Octubre 1945.
(Se desconoce fecha exacta)**

El 17 fue un día de tragedia para el pueblo argentino que no apoya a Perón y un reto para las Naciones Unidas. Perón reconquistó su puesto de *führer* argentino mediante un golpe de falsos partidarios, revoltosos manifestantes y descarrilados. Si se permite que Perón siga en el gobierno, la Argentina mantendrá su posición de terreno propicio para la propaganda del virus fascista.

Diario *Noticias Gráficas*. 17 de octubre de 1945

Columnas de manifestantes vinieron desde la provincia. Cerraron fábricas en Avellaneda, Boca, Barracas y en otros barrios. En algunos casos dispersaron con gases a los grupos. Paros parciales en el F.C. Sud (...). Perón internado en el Hospital Militar. No recibió a un grupo obrero (...). Las columnas entorpecieron el tránsito hasta llegar a sacar a los tranvías de los rieles para cortar los servicios. Además, obligaban a los pasajeros de ómnibus y colectivos a descender y a éstos a retirarse de sus estaciones bajo amenaza de destrucción (...), notándose en las calles de Barracas y parte de La Boca, gente que recorría las calles dando vivas al coronel Perón y repartiendo volantes en los que se propiciaba la guerra civil (...). La desorganización que pudo advertirse en los movimientos y focos y marchas de las columnas sólo era aparente. Todas las columnas obedecían a direcciones preestablecidas. Grupos de enlace actuaban constantemente llevando ordenes en automóviles, de los que bajaban individuos a hablar con determinados integrantes de las columnas.

Diario *The New York Times* (USA). 19 de octubre de 1945

Por raro que parezca, el principal sostén del Coronel Perón, que personifica y resume el fascismo argentino, viene de las clases trabajadoras. Verdad es que parece derivar en su mayor parte de los sindicatos obreros organizados por el propio Perón, pero es significativo que aunque sea sólo una parte de los obreros se haya manifestado a favor de Perón.

Ello parece indicar que el dictador argentino cuenta con mayor número de secuaces entre el elemento obrero que el que la mayor parte de las personas le suponía. De todos modos es significativo que sus simpatizantes se sientan suficientemente fuertes para organizar una manifestación pública en su favor.

Se trata de un enigma en el que están implícitos dos factores nebulosos: con quién están las simpatías del pueblo argentino, y dónde y cuándo empieza el fascismo. Un gobierno que hacen y deshacen los oficiales del ejército responde a una fórmula fascista. Pero cuando el gobierno antidemocrático es apoyado por las masas de trabajadores y combatido por la clase media “capitalista” tenemos ante nosotros una muy considerable razón del fascismo, como popularmente se le entiende: el que sea o no una desviación de la clásica fórmula fascista, es cuestión aparte.

Periódico *Verdad Obrera*. Octubre 1945. (Se desconoce fecha exacta)

La señora Eugenia Silveyra de Oyuela es una escritora que lo mismo comenta una encíclica papal o un discurso de Churchill, que habla con toda soltura de la influencia de los vegetales y las farináceas en el progreso de las naciones.

La señora Eugenia Silveyra de Oyuela es del núcleo “demócrata oligárquico” y ha visto con repulsión, porque le gusta la gente bien vestida y perfumada, las manifestaciones del 17 y 18 del mes corriente a favor del coronel Perón, por quien la citada señora no siente precisamente simpatía.

La señora Eugenia Silveyra de Oyuela declara que se

trataba de una “multitud desarrapada, chillona y grotesca”. Relata cuadros espantosos de los hombres, mujeres y chicos que tomaron parte en ese verdadero pronunciamiento civil. Denuncia que vio “muchachones en alpargatas” y que “las fuentes sirvieron de baños y bebedero”.

Claro que todo esto produjo un malestar físico a la señora Eugenia Silveyra de Oyuela, acostumbrada a contemplar gentes bien vestidas y ceremoniosas, con olor a Coty y Paton. Y no titubea en calificar el cuadro de “despliegue de incultura”.

Si así fuese ¿quiénes son los culpables de que esos millares de personas vistan mal y calcen alpargatas? Las fuerzas vivas de la Oligarquía, a las que pertenece la señora Eugenia y que mientras embolsan millones de ganancias excesivas, pagan sueldos y jornales que no alcanzan a cubrir las necesidades más urgentes de la vida.

No es cosa de vestir de luto ni de llorar, por lo que vio la señora Eugenia el 17 del corriente, sino de abrir bien los ojos a tiempo y pensar que esa demostración popular tiene un alto significado histórico. Ha sido un pronunciamiento tranquilo, pero enérgico: una advertencia a todas las señoras Eugenias, que piensan que el país empieza y termina en la calle Florida, en los hoteles de lujo y en los restaurantes de moda.

Ha entrado en escena un nuevo personaje, olvidado por todos los oligarcas: el pueblo llano; el pueblo descamisado y en alpargatas; el que engendró las grandes revoluciones humanas. Lo hizo pacíficamente; seguro de su propio poder. Pero eso en cuestión de horas echó por tierra los planes siniestros de la Oligarquía.

La señora Eugenia, que nada hizo de práctico, por darle

cultura, ni educarlo, ni vestirlo mejor, ya que ese pueblo no lee *La Nación*, ni las hojas publicitarias en que aquella dama elucubra sartas de sandeces, hace mal en injuriarlo y despreciarlo. Gracias al trabajo y sufrimientos de esa “multitud desarrapada”, que en fábricas y talleres, galpones y barracas, surcos y tiendas, va dejando su vida por jornales y sueldos míseros, puede la señora Eugenia y demás señoras y señoronas de la Oligarquía rapaz y falaz, darse vida de príncipes, comer bien y vestir mejor, concurrir a las reuniones sociales, a los banquetes y a las conferencias, a los desfiles de modelos y a los bailes de moda, viajar y disfrutar de los halagos y satisfacciones de la civilización.

Pero ese pueblo también tiene derecho a esas satisfacciones. Por eso llenó las calles ese día, pidiendo la libertad de quien se jugó por él, de quien trabajó incansablemente para llevar a su hogar algo más de pan, de alegría y de esperanza. Y esto es lo que no le perdonan la señora Eugenia y los oligarcas, que desean que el pueblo continúe, como un buey, trabajando y rumiando en silencio su desventura.

Ya sabemos que el “pueblo” de la señora Eugenia no es ese descamisado y en alpargatas. Es el que vive de rentas o del presupuesto, se viste en las mejores tiendas, sastres y modistos y tiene dinero para todo, menos para atender a los justos reclamos de los que no pueden vivir con sueldos y jornales de esclavitud. Pero “ese pueblo de privilegio y casta” tiene que ir pensando en abrir la mano y la conciencia, en dar a tiempo, lo que le piden en justicia, para no tener que entregarlo por la fuerza, como otros oligarcas que en otros países hablaron y pensaron, como la señora Eugenia Silveyra de Oyuela.

**Revista *Dinamis*. (Órgano del sindicato de Luz y Fuerza).
“La epopeya del Pueblo”**

Fue como un alud de corazones. Vinieron del Sur, de los barrios tiznados por el hollín laborioso, encabritando ansias sobre el dormido espejo del Riachuelo; vinieron del Norte, manantial sudoroso que repicaba afanes sobre el yunque de azabache del asfalto; vinieron del Este, de las dárseñas, de las bodegas, de los guinches; vinieron del Oeste, con puñados de pampero en las manos. Sí. Vinieron así, tumulto vivo, repicando dos sílabas en el tambor jadeante de los labios, vinieron, incontenibles, decididos, firme, varoniles, con una estrella de redención en los ojos y en las manos un sol de papel de diarios. Que esas humildes antorchas alumbrarían la noche de la Lealtad.

Sí. Fue un alud de corazones el que se desató aquel 17 de octubre de 1945, grabado para siempre en el calendario de las epopeyas populares, estampado para siempre en la historia de las gestas logradas a latidos de corazón.

El intento de la oligarquía de desplazar al hombre que significaba Justicia Social, Independencia Económica, respeto y dignidad para el pueblo bastó para que la más grandiosa movilización que registre nuestra historia se concretara plenamente. El 16 de octubre de 1945, abren la marcha 2.000 trabajadores que se convocan magnéticamente en la Plaza de Mayo. Al amanecer del 17, la revolución popular estalla en el conglomerado fabril del Gran Buenos Aires. Sin violencia, pero con terca obstinación redentora, los trabajadores controlan las calles de Avellaneda, Berisso, Ensenada, Lanús, Matanza y San Martín, mientras se desprenden otros grupos, encolumnándose, para marchar

sobre Buenos Aires. Nadie podría detenerlos.

Ni la lluvia. Ni el ardiente calor de la jornada.

El pueblo se refresca en las fuentes, oye la palabra de improvisados líderes en la avenida Montes de Oca, estrecha sus decisiones en la calle Uspallata, avanza por la calle Corrientes, alimenta a la muchedumbre reunida en la Plaza de Mayo mediante chaparrones humanos que afluyen por la avenida Rivadavia. A la noche, hay 500.000 trabajadores estremeciendo el ámbito de la plaza histórica. Sí: nadie podría detenerlos.

Horas después, el pueblo había hecho su revolución. Supo elevarse e imponerse por encima de las frustraciones, de las persecuciones y de las injusticias. Había incorporado a las efemérides patrias la fecha grande de su Lealtad, de su Redención, de su Esperanza, tres factores que habían sido las brújulas de su camino, la sustancia de sus sentimientos, la luz que alumbró su coraje.

Por eso, porque fue una epopeya del pueblo, el 17 de octubre no puede ni olvidarse, ni descartarse, ni sectorizarse. Tiene como potencia perdurable el hecho de que incorporó definitivamente a los trabajadores a la vida y a las resoluciones nacionales. En torno de esa posición irrenunciable, es que hoy debemos aglutinarnos nuevamente, como ayer y como siempre, proyectando su ejemplo y su vivencia sobre las nuevas generaciones.

Aquel alud de corazones, surgido de los cuatro puntos cardinales, había tenido un corazón elemental: la fe del pueblo.

Revista *Jotapé*. Extractado de la nota editorial “Por otro 17 victorioso y definitivo”. Octubre 1988

Una muletilla utilizada en el discurso paternalista de ciertos dirigentes afirma que “el Peronismo integró los trabajadores a la vida política nacional”. Esta versión pretende la preexistencia de una forma política partidaria “integradora”, y oculta que nuestro Movimiento fue en realidad fundado por los trabajadores en conjunción con su Líder, quebrando la carencia de representación política y la difusa estructuración de sus intereses de clase que les impulsara mediante la represión el conservadorismo, en contubernio con los radicales “galeritas”. En octubre del ‘45 las masas no pasaron solamente sobre el Riachuelo sino además por sobre el veto a las formas organizativas en lo gremial y en lo político y congregaban a esos sectores dispersos en una sola fuerza confrontadora y cuestionadora de la entrega desplegada durante la Década Infame.

(...) Hoy ni se elige a quienes defienden los mejores intereses de los trabajadores. Salvo honrosas excepciones, otros son los parámetros. Pero esa falta de identidad y esa pérdida de memoria histórica acerca de cómo y para qué nació el Peronismo es un problema exclusivo de cierta dirigencia, no de las bases, que reiteradamente han demostrado su voluntad ineludible de no ceder en la defensa de sus reivindicaciones y del patrimonio nacional. Es decir, no ceder en la defensa de un modelo de país.

Revista *Primera Plana*. “17 de Octubre. Las llamas del primer volcán”. (Extracto)

“¡Aquí están estos son los muchachos de Perón!”, coreaban las columnas que por Avenida Mitre y por Pavón –en Avellaneda–, por los ribazos del Dock Central –más acá de Berisso– y desde Munro, La Matanza, Villa Industriales, Villa Caraza, La Boca, Villa Devoto, Villa Urquiza, Saavedra y Puente Alsina, descendían hacia la Plaza de Mayo. Se trataba de presionar sobre el gobierno hasta lograr la libertad de Perón, “El Coronel del Pueblo”.

Cerca de las diez de la mañana, la mayoría de los manifestantes se agolpaba sobre los límites de Buenos Aires: desde julio de 1933 no se había visto tanta pobreza en las calles del centro, cuando esas gentes invadieron en forma silenciosa la capital para acompañar el cadáver de Hipólito Yrigoyen.

Los peones del frigorífico La Blanca recorrían las columnas montados en sus caballos de faena; muchos se habían emborrachado o se entretenían obligando a algún desprevenido paseante a gritar forzosamente “Viva Perón”; otros llevaban en ancas a sus mujeres.

Fue inútil que en Avellaneda la autoridad levantara los puentes; aquel 17 de octubre, las aguas del Riachuelo estaban bajas, y las gentes lo cruzaron de a pie, arremangándose las ropas. A las 11, la lluvia se perfiló: “¡Aunque caiga el chaparrón, siempre, siempre, con Perón!”, festejaron (...). En verdad se vivía ambiente de jolgorio: a la cabeza de una manifestación avistada en Carlos Pellegrini y Viamonte se destacaba un individuo vestido con un chistoso frac de bayeta y tocado con vieja galera de felpa. Caminaba como un

petimetre luciendo monóculo y en su mano agitaba una improvisada varita. “¡Sin galera y sin bastón es el pueblo de Perón!” Rugía la multitud. De a ratos, el sujeto ensayaba una brusca reverencia y entonces, abiertos los faldones de la casaca, toda la parte posterior del pantalón se desprendía dejando ver la cara del embajador Spruille Braden de los Estados Unidos, pintada sobre el calzoncillo.

**Conmemoraciones posteriores del 17
de Octubre en la Resistencia Peronista**

Año 1956. Gobierno de Aramburu
(Revista *Hechos en el Mundo* n° 121)

”La intentona subversiva del 17 de octubre fue ampliamente sofocada”

Hacía días que el ambiente estaba cargado. Ya desde el regreso del presidente Aramburu de Bolívar, se notaba una particular tensión. Impalpable, invisible, pero real (...). El rumor seguía, persistente, infatigable y aumentado, ante la proximidad de un nuevo 17 de Octubre. Ese día, hubo algunos hechos que parecían confirmar las versiones circulantes de una intentona (...). ¿Qué sucedió en realidad? Lo veremos enseguida. En diversas calles de la capital se arrojaron panfletos, estallaron también petardos durante la noche del 17 en las esquinas de Hipólito Yrigoyen y Entre Ríos, en la esquina de ésta última arteria y Pozos; frente a la obra en construcción de la avenida Callao 1433, y a eso de las 2 de la madrugada del 18, otro en la esquina de Santa Fe y Oro, sin que se registraran en ningún caso daños de importancia.

La policía, mientras tanto, venía cumpliendo una estricta vigilancia sobre personas sospechosas, sabiéndose que durante los días 14, 15 y 16 había procedido a detener unas 70, entre las que figuraban dos sujetos, a quienes se encontró bastante propaganda escrita incitando a los gremios a realizar paros de protesta durante el 17.

En 23 procedimientos efectuados, también durante es-

tos días, se logró identificar a unas 20 personas que tenían vinculación con el régimen depuesto y pretendían alterar el orden el 17, sin que las mismas tuvieran relación alguna con grupos militares, como lo aseguraban las versiones circulantes.

La idea de los desórdenes, se informó en la Casa de Gobierno, fue concebida y llevada a su realización con un sentido práctico, pero se la paralizó merced a la eficiencia de los servicios de información que permitieron intervenir y detener a las personas que hemos mencionado, y que son, en todos los casos, individuos de avería en el medio local.

Año 1958. Gobierno de Frondizi **(Diario *El Soberano* n° 28)**

“17 de Octubre con Perón o Huelga General”.
Escribe Leopoldo Darío Alcari

El 17 de Octubre es símbolo y es bandera de combate. Es símbolo porque bajo su signo, millones de argentinos oprimidos intuyeron que su redención y enrolamiento al plano de la dignidad humana dependía de la libertad y la vida de un hombre, el coronel Juan Perón. La significación de ese hecho histórico será valorada y equiparada con el 25 de mayo y el 9 de julio del siglo pasado, cuando el pueblo argentino quiso liberarse del dominio colonial.

De nada valdrá el río de sucia tinta que los escribas de la decadencia vuelcan para deformar la brillante hora vivida en la dura brega por la liberación patria. El nacimiento de la nueva clase social, que no existió durante la etapa de

1835-1852, el proletariado, aventará las miserias intelectuales de las garrapatas de un sistema económico, político y social que pide a gritos la pala del enterrador.

El 17 de Octubre es bandera de combate, porque fue la encrucijada que se ofrecía al destino argentino para saber si quería continuar siendo un miserable apéndice colonial o empezar a caminar por el difícil, largo, pero glorioso camino de la soberanía, independencia y justicia social.

Millones de redimidos, dirigidos por el certero instinto de un hombre y una mujer enraizados definitivamente en el corazón de lo mejor de su pueblo, impulsaron alegre y confiadamente la construcción de la nueva patria que empezaba a ser ejemplo para otros pueblos oprimidos. El crimen, agazapado en un sistema que se resiste a desaparecer de la escena histórica, hizo que existieran un 16 de junio y un 16 de setiembre de 1955, y afloraran la bestia imperialista y sus hijos malditos que asaltaron nuestra hermosa tierra, colocándola en el umbral de la desesperación, la miseria, el caos y la guerra civil.

Otra vez las grandes mayorías argentinas se encuentran ante la encrucijada de sus destinos, como sucedió en 1945. Esta vez un inmenso clamor contenido en millones de nobles pechos, puja por gritar y salir a la calle reclamando nuevamente la presencia física de su amado Líder: ¡Perón!, ¡Perón dónde estás! Ya no vibra entre nosotros aquella joven y ardiente muchacha que movilizaba a los “grasas” de Berisso y Avellaneda, al grito de “la vida por Perón”. En lugar de la inmortal abanderada de los humildes, existe un grupo de náufragos y mediocres constituido en delegación del Comando Superior, el cual traiciona, aprovechando la ausencia física del país de sus titulares y cuyas directivas

tuerce y deforma sirviendo los tenebrosos objetivos de la miseria política hecha gobierno constitucional de Arturo Frondizi.

¡Arriba los corazones peronistas! El 17 de Octubre debe ser testigo del clamor de millones de argentinos exigiendo seguridades para el retorno de su Líder. Ningún pueblo, fábrica y ciudad deben dejar de manifestarse en actos públicos reclamando el regreso de Perón. Ninguna pared debe dejar de ostentar la PV. Millones de cartas y telegramas deben exigir al usurpador de la Casa Rosada y sus compinches en las provincias el cumplimiento del “Estado de Derecho” para todos los argentinos, especialmente para el Primer Argentino.

La clase trabajadora debe probar una vez más su resolución de defender su vida y la liberación de la patria. ¡Otra vez está planteado el dilema de Perón o los Braden yanqui-británicos!

¡Viva Perón y Eva Perón! ¡Viva la Patria!

Año 1958. Gobierno de Frondizi
(Revista *Mayoría* n° 80)

“Crónica –pero sin fotografías– del último 17 de octubre”.
Escribe Rodolfo Ramallo

Un decreto –declarado inconstitucional por un juez de Bahía Blanca– prohibió por treinta días todo acto público. Una norma universalmente aceptada, prohíbe los desmanes y la agitación callejera. En igualdad de condiciones (relativa) se encontraban los peronistas que salieron a la calle

el 17 de octubre para recordar la fecha, y los “fubistas” que semanas atrás salieron a defender el monopolio estatal de la enseñanza.

Pero ante la pretensión “fubista” de coartar la libertad y la pretensión peronista de utilizar la libertad para celebrar sus fechas conmemorativas, la reacción de las autoridades ha sido diametralmente distinta.

“No está en el ánimo de la policía emplear la violencia”, explicó terminantemente el jefe de policía capitán de navío Ezequiel Niceto Vega, al referirse a los disturbios ‘fubistas’. Y sus efectivos resistieron estoicamente las pedreas, y permitieron que los “estudiantes” hiciesen detener los vehículos de transporte, bajar a sus pasajeros y utilizar ómnibus y trolebuses como cercos de contención. Tampoco hubo actuación “violenta” contra los “laicos” que la emprendieron contra los coches de los diputados y senadores, y contra los ventanales del Congreso.

“Está en el ánimo de la policía –en cambio–, emplear toda la violencia posible”, expresaron, primero, las amenazas repetidas con insistencia, y luego el febril entusiasmo demostrado por las huestes policiales en la represión llevada a cabo en Avellaneda. El testimonio más evidente de lo ocurrido esa noche en las cercanías de la Plaza Alsina, es la carencia de fotos. No tenemos fotos para mostrar a nuestros lectores porque la policía no quiso que las hubiese. Porque nuestro cronista gráfico, señor Osvaldo Santamaría, fue agredido reiteradamente cuando quiso cumplir con su función, recibiendo golpes violentos en la muñeca derecha, en una pierna y en la espalda. Al tratar de identificarse como periodista (identificación innecesaria, puesto que llevaba la máquina fotográfica y el equipo electrónico

a la vista), fue insultado en su persona y en su carácter de periodista.

No es la primera vez que sucede, ni fue el único periodista que encontró trabas para su actuación. Y las excusas tardías del subjefe de policía de la provincia de Buenos Aires, excusas que no se vieron confirmadas por los hechos posteriores, no solucionan el problema de la carencia de fotos.

Posteriormente un funcionario del Ministerio de Transportes –de nombre Fleitas– presentó a la opinión pública un balance de los destrozos cometidos por las turbas la noche del 17 de octubre. Asombra la magnitud de los mismos y cabe la pregunta: ¿estaba la policía demasiada ocupada en agredir a los periodistas para impedir esos destrozos?

Ese señor Fleitas, que recibió su puesto de la Libertadora, olvidó hacer un balance con la misma exactitud luego de las eufóricas andanzas de los reformistas. Los daños causados a los vehículos en aquella oportunidad no ocasionaron mayores perjuicios a las arcas de la repartición estatal –según su informe–, posiblemente por haber sido destrozados “democráticamente”.

Dos consideraciones surgen espontáneamente de lo acaecido. La primera se refiere a la discriminación en materia de represión de desórdenes; para los peronistas, “leña” (como pedían las señora gordas democráticas); para los “fubistas”, “mano blanda”. La segunda nos toca más de cerca: ¿existen garantías para que el periodismo pueda seguir trabajando, o deberemos –en adelante– solicitar autorización al Ministerio del Interior para concurrir a los actos? En cierta oportunidad el subsecretario doctor Blejer no ofreció “una gorra como la de los vigilantes”. Pediríamos más bien

un casco como el de los efectivos de caballería de la policía de la Provincia de Buenos Aires.

Año 1964. Gobierno de Illia
(Primera Plana nº 202)

”17 de Octubre. El rescoldo del vigésimo fuego”

“Como en aquel octubre del ‘45, el sábado pasado los desheredados volvieron a descender sobre la ciudad; como entonces, el propósito que los guió era bien definido: traer a Perón para luego reingresar tras él en la civilidad. Así llegaron desde el interior, los suburbios y las barriadas, el hombre cotidiano y su mujer, algunas de ellas con los hijos a cuestas; de igual manera llegaron los ancianos y una inmensa cantidad de jóvenes que eran niños cuando Perón fue derrocado. Pero también estaban los ciegos, y los lisiados, el hombre sin brazos, el ‘hombre más gordo del mundo’ y los personajes populares: Antonio Abertondo, Pascual Pérez y otros campeones”.

(...) El sábado anterior, a las siete de la noche, un inmenso círculo policial se había extendido en torno del Once; untuosos grupos de trabajadores convergían hacia la plaza; allí, un palco cobijaba a casi doscientos dirigentes; cerca, una multitud rugía ‘¡Si este no es el pueblo, el pueblo dónde está!’. Según estimaciones prudentes, se concentraron 70.000 personas.

Lentamente, núcleos compactos se aproximaban, cada cual con su cartel, bailoteando lenta y acompasadamente al son del bombo y las viejas canciones. Mil comisarios de la

juventud peronista, con brazaletes, imponían el orden. Por los altoparlantes se fue anunciando el arribo de las personalidades; la enunciación se volvió cansadora; por eso, cuando el locutor informaba: 'Está presente el ...'; la turba respondía '...¡el General Perón!'.

La confitería El Olmo, de Bartolomé Mitre y Pueyrredón –donde hace un lustro todavía cantaba Azucena Maizani– había sido copada por los jóvenes que ensayaban estentóreas canciones y se escuchaban a sí mismos parados sobre las mesas, sobre las sillas y sobre el mostrador. De manera constante, se producían avalanchas de público; los más vecinos al palco eran arrojados sobre su maderamen y resultaban cruelmente estrujados. El locutor, intermitente, pedía: 'Una ambulancia al centro del palco, por favor'... Así, los únicos empleados del gobierno que ingresaron en la plaza fueron los de la Asistencia Pública; los contornos inmediatos estaban libres de uniformados; sin embargo, escurridizos policías de civil buscaban entre la multitud a Fernández Rojo, 'El bombero loco', un terrorista retirado luego de 1959 y actual barman de la CGT, al que se acusa de poseer explosivos.

Ya el palco central no se veía –desde los bordes de la plaza– porque los carteles lo ocultaban.

(Hablaron desde el palco Carlos María Lazcano y Andrés Framini). Luego, Delia Parodi explicó el sentido pacificador del retorno: 'Es una decisión de Perón que se consumará en la paz, por eso nos congregamos aquí; no para que los periódicos digan mañana cuantos vinimos o cuántos dejaron de venir, sino para decir a voz en cuello: 'Lo queremos a Perón y lo traeremos antes del 31 de diciembre'.

A las 20.25 improvisadas antorchas se encendieron; no se consiguió apagarlas, principalmente porque estaban confeccionadas con palos de escoba y latas usadas de conservas donde se había colocado petróleo. Miles de hachones hicieron peligrosa la permanencia en el palco. Por fin, Augusto Vandor leyó una proclama por la que la Comisión Nacional Pro-Retorno declara ‘movilizados a todos los peronistas’ para ‘brindar al líder una recepción apoteótica’.

Una conocida cinta grabada con la palabra de Perón se escuchó enseguida. En ella, el ex presidente repitió tres veces su promesa de regreso. Eran ya las 21.20. Vastas cantidades de público usaron la avenida Rivadavia para desconcentrarse hacia el centro. Entonces, sucedió lo inevitable: pacíficos y vocingleros fueron rechazados por la policía a la altura de Alberti; sobre sí recibieron más de 70 bombas de gas lacrimógeno. No tardó el camión Neptuno, al que los peronistas temen más que a la Guardia Montada de Seguridad ‘por lo cara que está la ropa’, como se advirtió al cronista.

En la esquina de Rivadavia y Catamarca, los muchachones se divertían destrozando faroles a pedradas. Un comercio de esa cuadra, sobre la acera sur, empezó a arder. La multitud se encaminó hacia Caballito; una gran parte desapareció por Pueyrredón rumbo al norte, o por transversales, con destino al sur; allí, en pequeños grupos, renació el entusiasmo al extinguirse el miedo”.

Año 1964. Gobierno de Illia
(Revista *Así* n° 458)

“17 de Octubre con clima de retorno”

A las 21:09 del 17 de octubre, nueve años y un mes después del golpe armado que lo derribara, Juan Domingo Perón habló nuevamente a su pueblo. El discurso del ex mandatario fue escuchado por la multitud en medio de un impresionante silencio: miles de antorchas encendidas dieron a ese cuarto de hora algo de ritual misterioso. Por fin, cuando la cinta magnética grabada en Puerta de Hierro dejó escapar “un gran abrazo sobre mi corazón para todos los compañeros peronistas”, el recogimiento popular estalló en delirante aclamación. Hubo una sola palabra: Perón. Palabra que dominó toda acción individual y colectiva de un sábado de fiesta y violencia. Fiesta al comenzar, cuando enormes contingentes fueron tomando ubicación al pie del palco oficial. Violencia al terminar, cuando la policía reprimió con furia a las columnas de hombres y mujeres que se alejaban de la plaza rumbo a sus hogares. Mientras estallaban las bombas de gas lacrimógeno y resonaba el eco de las balas de *máuser*, acudía a la mente de todos un concepto encerrado en el manifiesto leído poco antes donde se afirmaba: “Que este clamor popular sea interpretado como un último y patriótico esfuerzo con que el pueblo demuestra su voluntad empeñada a la providencia y que no haya que lograrlo de otra forma para evitar a la patria nuevas horas de dolor y derramamiento de sangre entre hermanos”.

Año 1965. Gobierno de Illia
(Revista *Así* n° 510)

“Bombas en vez de bombos. La represión policial ahogó la celebración del 17 de Octubre”.

Fuertes contingentes custodiaron desde temprano el Parque de los Patricios y sus calles adyacentes. Bombas de gas lacrimógeno, carros Neptuno y barricadas impidieron a los trabajadores peronistas acercarse al centro de la plaza. El palco oficial, erigido por la CGT, fue desmantelado. Se registraron más de un centenar de detenciones. El público derrumbó e incendió algunas de las vallas puestas por la policía. Los comercios cerraron sus puertas y el tránsito estuvo interrumpido varias horas.

Año 1966. Dictadura de Onganía
(Archivo de Roberto Baschetti)

Madrid 4 de noviembre de 1966.

A los compañeros detenidos en la Cárcel de Villa Devoto por festejar el 17 de Octubre.

Buenos Aires.

Mis queridos compañeros:

Al ver vuestra declaración hecha desde la cárcel, no puedo sino sentirme orgulloso de ser peronista, porque cuando un Movimiento tiene hombres de la calidad de Ustedes no puede ser vencido ni por la arbitrariedad de la incompre-

sión, ni por la prepotencia de una fuerza bruta.

A miles de kilómetros, mi alma de viejo compañero ha vibrado al impulso de las fuerzas juveniles, que son la única esperanza de la Patria, en el trágico momento en que la ciudadanía comete delito cuando exalta y practica una virtud esencial como la Lealtad. Es que para algunos lo único sublime de la virtud está en su enunciado.

Con mi gran abrazo les hago llegar toda mi solidaridad de compañero y de hermano cuyo corazón no obedece a otro impulso que el que produce la mutua lealtad que nos debemos.

Un gran abrazo.

Juan Perón

Año 1967. Dictadura de Onganía
(Revista *Primera Plana* nº 252)

“La Hora de la Juventud”

¡Aunque caiga el chaparrón, siempre, siempre, con Perón! No eran más de 200 los muchachos que, la noche del 17 de octubre, voceaban su improvisada consigna ante el Obelisco, saltando como en los tabloncitos de la cancha de fútbol, mientras una lluvia furiosa les azotaba el rostro y chorreaba vestiduras adentro. El griterío estalló justamente cuando el reloj del Trust Joyero marcaba las 21; segundos más tarde, dos furgones de la Guardia de Infantería chirriaron sus frenos a escasos metros del gentío.

Entonces el cuadro varió por completo; bajo el agua-

ceros, los agitadores cruzaron a la carrera el hemicycle del Obelisco: ya se los veía huir, Corrientes arriba, por la plaza negra y desierta, entre una selva de garrotes que los policías manejaban pesadamente, a la luz fantasmal de los letreros comerciales. Dos granadas de gas lacrimoso estallaron casi junto a la base del monumento porteño y las sirenas de otros carricoches federales ulularon, esta vez hacia Corrientes y Libertad, donde se repetía la escaramuza.

Alguien sin embargo, no deseaba apresurarse: Bernardo Alberte, quien junto a un grupo de amigos, pasó frente a los oficiales de seguridad cantando la marcha peronista. Uno de ellos lo tomó del brazo y le comunicó: Está detenido. El antiguo mayor ni pestañeó; era un lógico fin de fiesta.

Esa fiesta que costó al Movimiento cerca de 90 presos (la Policía liberó a su gran mayoría al fin de la jornada), había comenzado 72 horas antes, el sábado 14, cuando en la última asamblea de la comisión organizadora de los disturbios, se trabó una discusión entre Alberte y varios gremialistas que querían suspender los actos ante el panorama doloroso de las inundaciones. “No exasperar la sensibilidad nacional”, sostenían. “No exasperar al Gobierno”, se mofaban de ellos, los voceros de Alberte: sugerían que los caudillos laborales están ilusionados con la “participación” que les ofrece la Secretaría de Trabajo en las decisiones del Estado. En la conferencia secreta del 14 se llegó, con todo, a una transacción: los actos se harían como los deseaba el delegado; pero el Justicialismo, desde la CGT, otorgaría al 18 de octubre el carácter de “Día de la Solidaridad”.

De hecho, ambos planes corrieron suertes diversas; los líderes obreros esgrimieron su teoría sobre las inundaciones, le sumaron los agravios anteriores de Alberte (básica-

mente, el de haber expulsado al colaboracionista Rogelio Coria sin consultarlos) y decidieron el lunes 16 que se justificaba el boicot a las manifestaciones callejeras programadas por el mayor.

Por eso, tal cual se suponía, el representante de Madrid solo contó para desarrollarlas con la explosiva milicia juvenil, el sector femenino, los acólitos del sanitario Amado Olmos, algunos cuadros políticos y, llamativamente, el apoyo del petrolero Adolfo Cavalli, un ex colaboracionista.

Los actos comenzaron el lunes por la noche en Buenos Aires, cuando una brigada de la juventud logró variar, en Córdoba y Cerrito, la fisonomía de un cartel luminoso que anuncia guardapolvos: donde decía 12 de Octubre, los automovilistas y transeúntes pudieron leer, durante largas horas, 17 de Octubre. El martes por la mañana, en *Crónica*, una solicitada de la comisión organizadora pedía a los ciudadanos que se lancen a “recuperar el poder para el pueblo”. Ya en la tarde, varios petardos conmovieron al Centro y Retiro.

Eran las 19.30 cuando, simultáneamente, estallaron los primeros actos relámpago frente o dentro de las estaciones ferroviarias de Villa Urquiza, Liniers, Constitución y Villa Devoto. Media hora más tarde, incidentes similares volvieron a cundir en la esquina de Rivadavia y Jujuy, pero los vigilantes consiguieron dominarlos aun a costa de las espaldas de Raúl Matera. Quienes sobrepasaban las sucesivas redadas policiales llegaron por fin al hito transmitido entre susurros: “En el Obelisco, a las 21”.

Homenajes, banquetes, estallidos callejeros y petardos turbaron la paz provinciana, a lo largo del martes 17, en Córdoba, Tucumán, La Plata, Rosario y Posadas.

Así, las jornadas de octubre muestran al peronismo otra vez dividido: por un lado, la mayoría dirigente –gremial, política– no oculta sus coqueteos con el Gobierno; en la otra margen, Alberte –esto es, Juan Perón– a la cabeza de la agitación juvenil, trata de contactar con la masa partidaria que se muestra especialmente apática. Los actos del 17 carecieron por completo de multitudes.

Aparentemente, Perón ha conseguido quedarse solo. Según sus voceros, esa soledad es provisoria: libre de los jerarcas que lo ataban a compromisos de circunstancias, planea construir sobre aquella vanguardia juvenil el núcleo de un Movimiento Nacional para legar a las generaciones futuras. Eso lleva tiempo, y Perón ya tiene 72 años.

Año 1967. Dictadura de Onganía (Archivo de Roberto Baschetti)

Pasaje de la carta enviada por Perón al Señor Trento Passaponti, desde Madrid, el 20 de diciembre de 1967.

Su amabilidad me ha traído el recuerdo de su hijo Darwin Passaponti, nuestro primer mártir peronista, muerto el 17 de Octubre de 1945 frente a *Crítica*, y desde aquí me uní al homenaje que el Peronismo rindió en su tumba con motivo del aniversario de su fallecimiento y que en esta oportunidad rememoro con emoción.

Le ruego acepte, con mi saludo más afectuoso, mi agradecimiento por todo.

Un gran abrazo.

Juan Perón

Año 1972. Dictadura de Lanusse
(Revista *Aporte Peronista* n° 9)

Juan Domingo Perón: Extracto de una carta suya enviada “Al Pueblo argentino y a los compañeros peronistas” el 17 de octubre de 1972.

Hace treinta años un grupo de jóvenes coroneles, interpretando la voluntad del Pueblo Argentino y las imposiciones de una evolución insoslayable, puso en marcha la única y genuina revolución político-social que se ha producido en la República Argentina. Hace diecisiete años que la contrarrevolución reaccionaria, impulsada por intereses foráneos, consiguió detener su marcha. Las consecuencias están a la vista. Hoy se cumple el vigésimo séptimo aniversario del hecho más notorio que posibilitó la toma del poder por el Pueblo Argentino a través del Movimiento Peronista.

Estas tres fechas, que escalonan hechos importantes de la historia político-social de nuestra Patria, esperan una cuarta fecha que cierre el ciclo con el triunfo definitivo del Pueblo. Eso depende del Pueblo mismo. Por eso he querido aprovechar este aniversario del 17 de Octubre de 1945, para hacer llegar al Pueblo y a los compañeros peronistas en particular, junto con mi saludo más afectuoso, mi exhortación para que cada argentino, comprendiendo su verdadera responsabilidad ante la historia, ocupe el puesto de lucha que le corresponde en procura de una decisión que saque al país de la peligrosa encrucijada que lo azota.

Año 1972. Dictadura de Lanusse
(Revista *Nueva Plana* n° 1)

“El diálogo de Mor Roig”

Palabra oficial: los actos fueron cautelosos y cívicos. El titular del diario regentado por Jacobo Timerman –*La Opinión*– no hacía más que señalar, oficiosamente, una ilusión pergeñada por el ministro de Interior: el radical Arturo Mor Roig, que quería un 17 de octubre pacífico.

La policía y los peronistas, sin embargo, se encargarían de demostrar lo contrario, en una jornada plagada de miles de pequeños enfrentamientos. La cosa empezó cuando, al aproximarse la fecha máxima del justicialismo, las autoridades del Movimiento Nacional Justicialista se abocaron a la tarea de la organización del acto. Primero se les negó Plaza Once, argumentando la existencia del estado de sitio. En realidad, lo que temían las autoridades nacionales era una plesbicitación masiva del pueblo peronista que adquiriría connotaciones lapidarias para el presidente Alejandro Lanusse. Cuando se enunció que se iba a realizar en Avenida La Plata, la policía advirtió: “Dentro del local sí, pero en la calle no”. El argumento, de una “insospechada” ingenuidad, venía acompañado, el mismo 17, de tanques Shortland, carros de asalto, montada y coches particulares atiborrados de personal de civil. Evidentemente el Ministerio del Interior es consciente de la capacidad de convocatoria del peronismo. Los resultados fueron obvios: cada intento de encolumnarse era dispersado con una andanada de gases vomitivos y atropelladas de la montada y los carros de asalto.

“Mirá, Negro, hace tiempo que no había un 17 como éte, con tanta combatividad, con tanta muchachada en la calle”, se entusiasmó ante un cronista de NP un viejo militante justicialista, en medio de corridas y gases. Luego de las primeras dispersiones en la zona de acceso al local del MNJ, Rivadavia, desde Medrano a Flores, se convirtió en un real campo de batalla. Simultáneamente, la policía apostada frente a la sede decidió –sin previo aviso– inundar de gases el interior del local, que ya estaba colmado de público. Mientras las ambulancias se encargaban de desalojar a los desmayados y descompuestos, las fuerzas del orden arremetieron contra los periodistas y camarógrafos que en ese momento cubrían la información. “Parece que la 212 no les alcanza”, alcanzó a vociferar un fotógrafo, mientras recibía un bastonazo en la espalda.

La táctica empleada por los manifestantes, no por simple y antigua careció de efectividad. La idea pareció ser barricar con tachos de basura, empalizadas, coches y cuanto objeto contundente se encontrara a mano las principales calles, interrumpir de esa manera el tráfico, lanzar volantes y dispersarse en forma inmediata. Así durante 2 horas y media. La policía se decidió con paciencia y efectividad, digna de mejores empresas, a la limpieza y la represión. Ciento veintinueve detenidos fue el saldo de la jornada. Mor Roig, el radical, una vez más se había equivocado.

El día anterior, lunes 16, como preanuncio de cuál iba a ser la conducta del gobierno hacia el pueblo, la policía tras montar el consabido aparato represivo, incluidos perros- intentó secuestrar la película *La Hora de los Hornos* que, como homenaje al 17, se estaba proyectando en la Facultad de Filosofía y Letras. La exhibición, organizada por

la Coordinadora Universitaria Peronista, fue interrumpida súbitamente. Luego de tomarse un rehén, la policía instó a que le fuera entregado el rollo. Misteriosamente, el rollo no apareció, a pesar de que fueron requisados todos los estudiantes presentes. En la forma en que fue evacuada la película de la Facultad, y en la técnica de sorpresa puesta en práctica por los manifestantes para armar barricadas y desaparecer, está, quizá, la clave. El viejo axioma de “golpear donde duele y cuando duele” fue, una vez más, la estrategia popular.

**Año 1981. Dictadura de Viola
(Revista *Vencer*, n° 10)**

Obregón Cano, Ricardo
“17 de Octubre. El derecho a la rebelión”

Ricardo Obregón Cano, quien cerró el acto, recordó la situación política y social en la Argentina de la Década Infame y las condiciones de opresión que llevaron al golpe militar del 4 de junio de 1943. “Ese golpe militar, poco a poco se va transformando a través de la acción del entonces coronel Perón, que es designado en la secretaría de Trabajo y Previsión. Un organismo que se llamaba ‘Departamento Nacional del Trabajo’, prácticamente arrumbado, sin ninguna visión trascendente, y Perón le da una especial vitalidad, lo pone en movimiento; ejecuta una tarea realmente extraordinaria en lo que hace a la organización del Movimiento Obrero... Unifica las centrales sindicales que estaban divididas y de alrededor de 300 mil adherentes que

tenían, en poco menos de dos o tres años, los lleva a seis millones de afiliados. Crea sindicatos, les otorga personería jurídica, reconoce reivindicaciones obreras; establece el Estatuto del Peón, que beneficia a un millón 500 mil obreros agrarios que vivían como parias en nuestro país”.

Obregón Cano prosiguió analizando ese trascendental hecho político gestado por la clase trabajadora que es el 17 de Octubre de 1945.

Execrado por la oligarquía, “el hecho maldito del país burgués”, como definiera John William Cooke al peronismo, fue convertido desde ese día por las masas argentinas en su identidad política. Desde allí hasta este presente de lucha cruenta contra la actual dictadura militar oligárquica, el peronismo y las formas revolucionarias y combatientes que de él han surgido siguen siendo condición del proceso de transformación que conducirá al triunfo de la Argentina Libre, Justa y Soberana.

El pueblo rescata a su líder

Cuando la reacción oligárquica en el seno del gobierno militar emergente del golpe del 4 de junio creyó encontrar la ocasión propicia, sus representantes exigieron la renuncia del coronel Perón a todos sus cargos y lo detuvieron, confinándolo a la isla de Martín García.

“De ahí viene esa presencia multitudinaria –agrega Obregon Cano–. El pueblo ejercía su presencia. Allí estaba, reclamando, sin agravios de ninguna naturaleza, simplemente pidiendo por su líder. Sin embargo era cobardemente atacado. Siempre fue así... La historia siempre fue así.

El pueblo actúa democráticamente, la reacción oligárquica es la que mata, la que tortura, es la que encarcela, es la ignominia. La mayoría quiere expresarse pacíficamente, sabe que ésa es su fuerza, que es mayoría”.

“Allí viene la legalidad –señaló Obregón Cano– de la que muchos compañeros han hablado en esta mesa, y que inclusive, ya en los organismos internacionales está debidamente convalidada como valor ético; el de la rebelión de los pueblos frente a las tiranías prolongadas, como dicen las encíclicas papales, o frente a la clausura total del régimen legal...”. Y Juan Domingo Perón fue liberado por obra de las masas. “Así fue como ese 17 de Octubre, el golpe militar del 43, que venía fuertemente insuflado de viejo liberalismo, y de la presencia, inclusive, de la burguesía, se transforma en el gran movimiento popular, social, revolucionario, antiimperialista y antioligárquico. Esa insurgencia obrera, como expresión política, configura en ese momento un acto decisivo de poder. Allí queda consagrado indudablemente, en forma mayoritaria, quien habría de ser presidente de los argentinos, el entonces coronel Juan Domingo Perón, proclamado luego en elecciones libres –las del 24 de febrero de 1946– como nunca las había habido antes”.

Luchas por la legalidad de las masas

Luego de referirse a los grandes movimientos populares emergentes en América Latina a partir de los finales de la segunda guerra mundial, el ex gobernador de Córdoba prosiguió: “Esos movimientos nacionales han sido la base indiscutible de la insurgencia popular que se ma-

nifiesta en estos momentos en toda América Latina y en América Central. Ellos, indudablemente, van modificando la relación de fuerzas, y solamente la ceguera política o la contumacia en la explotación de los pueblos no permite ver que tarde o temprano el triunfo será de esas luchas populares. Ese es el significado que para nosotros tiene el 17 de Octubre de 1945, que año a año recordamos, pero que lo colocamos en el debido contexto histórico. Hoy los obreros argentinos hablan de otros 17... por otros 17. Naturalmente habrá esos otros 17, pero no será el mismo. Porque la relación de fuerzas a nivel mundial y los acontecimientos han ido transformando poco a poco esos movimientos populares, los han hecho avanzar ideológicamente, tienen nuevas propuestas que formular y el enfrentamiento es mucho más agudo contra las oligarquías nativas y el imperialismo. Dominan únicamente por la fuerza. El pueblo avanza también en sus contradicciones, en sus resabios y en sus viejos enfrentamientos, logrando nuevas alianzas, comprendiendo que la lucha adquiere niveles fundamentales en ese enfrentamiento y que las diferencias dentro del campo popular se solucionará una vez exterminada esta plaga en América Latina”.

“Cada año debemos renovar ese espíritu unitario –afirmó Obregón Cano– y en lo que hace a la Argentina debemos insistir férrea y permanentemente en la legalidad, no obstante que ellos nos coloquen en la ilegalidad. Es la legalidad lo que ellos no pueden soportar, es la legalidad que no toleran lo que los lleva a tremendos genocidios; es la legalidad la que los lleva a disolver los sindicatos y anular la CGT. Ellos saben que esa legalidad es la que no pueden resistir. Y esa es la legalidad que nosotros debemos reclamar

e insistir, para que, transcurrido un tiempo, poder reclamar el legítimo derecho del pueblo a la rebelión”.

(...) En las palabras finales de su discurso en el homenaje al 17 de Octubre, que contó con la intervención de tan destacadas personalidades, Ricardo Obregón Cano afirmó: “El 17 de Octubre de 1945, si bien es cierto da nacimiento a este gran movimiento social que es el peronismo, nadie que sea honestamente revolucionario puede negar que ha rebasado los simples límites particulares para convertirse en un gran movimiento de masas argentino, que tendrá tarde o temprano que expresarse nuevamente en una forma mucho más masiva, más unitaria, para constituir un gran frente de liberación nacional”.

**Interpretaciones diversas sobre el
significado del 17 de Octubre de 1945**

Alessandro, Darío

Militante de FORJA. Intelectual.

Un día me invitaron para hablar sobre el 17 de Octubre y me dicen ¿Cómo titulamos la charla? Y a mí se me ocurrió decirles: “Yo hice el 17 de Octubre”. Pero cuando volví a casa me digo: No, guarda, que la publicidad la pueden leer muchos y la charla que voy a dar la van a oír 20 ó 30, entonces van a decir, Darío está loco ¿Cómo dice que él hizo el 17 de Octubre? Pero en realidad es así... todos hicimos el 17 de Octubre. Es como *Fuenteovejuna*. Por eso tenemos tanta gente en el peronismo que lealmente, conscientemente, creyendo que están diciendo la verdad, se sienten los ejecutores del 17 de Octubre. Porque el 17 de Octubre no tuvo patrón, no tuvo mente inspiradora. El 17 de Octubre lo hicieron uno a uno todos los argentinos pasándose el mensaje como el tan-tan de la selva...

Borges, Jorge Luis

Alergia peronaria...

Jorge Luis Borges: ¿Por qué asunto viene?

Periodista: Quisiéramos que hiciera una declaración sobre el 17 de octubre...

J.L.B.: ¿De qué 17 de octubre?

P.: Del 17 de octubre de 1945.

J.L.B.: (pensativo). ¿Cómo, ese día de los peronistas?

P.: Sí.

J.L.B.: No, caramba, de eso no hablo.

P.: ¿Por qué?

J.L.B.: ¿Cómo por qué? Usted no se acuerda porque por la voz me doy cuenta que es muy joven, pero usted no sabe lo que fue eso, horrible. ¡Algo tremendo!

Otra persona. (Aparece la secretaria, le da el brazo y Borges se retira indignado). La señorita Santillán, que colabora con el director de la Biblioteca Nacional, refuerza: ¡Les dijimos que sobre esas cosas no quiere hablar porque se pone nervioso!. ¡También ustedes los periodistas, preguntan cada cosa...!

J.L.B.: (desde lejos) ¡Cómo en el truco... cerramos!

Burgos, Carlos Alberto

“Una pasión nacional y proletaria”. Joven de la primera Resistencia Peronista.

Las bombas de estruendo resuenan como si hubiera fiesta en la parroquia; no es eso, sino la FOTIA, que llama a asamblea. Perezosamente casi todo el pueblo de Delfín Gallo se va juntando frente al ingenio tucumano de La Esperanza. Los dirigentes de la FOTIA cuentan lo que saben de los últimos sucesos. Tras la explicación, la asamblea popular delibera y finalmente decide: hay que marchar a Buenos Aires. Con sus mujeres, hasta con sus chicos, los obreros azucareros se suben al tren. Esta vez, ocupan no

solo la tercera clase, sino también la segunda y la primera. Pero ¿a alguien le importará lo que piensan estos orilleros, esta chusma, estos patarrajadas, estos “*damnés de la terre*”, estos pobres, estos ilustres argentinos? Es muy desapareja la mano, como para asustar al más pintado. Pero los hombres y mujeres de Delfín Gallo no conocen ese miedo; tiene otros más viejos, que ya han aprendido a dominar: el miedo al patrón, por ejemplo; a Robustiano Patrón Costas, dueño de La Esperanza.

-Benito (le pregunto a don Benito Romano, ex secretario general de la FOTIA, unos años antes de que desaparezca a manos del terrorismo de Estado). ¿Por qué te fuiste a Buenos Aires con el pueblo de Delfín Gallo?

-Porque la oligarquía y el imperialismo... -empieza a decirme, en una larga noche tucumana, sentados bajo el alero de su casa.

-Pará, pará -lo atajo, con juvenil presuntuosidad-. No me lo digas con palabras de ahora ¿No me lo podés contar con tus palabras de entonces? ¿Cuántos años tenías?

-18 o 19: -rememora Benito, y me mira con sorna. ¿O será nomás que entrecierra los ojos, de puro indio, para ver mejor?. La verdad es que yo trabajaba en el ingenio; me gustaba empilchar bien para ir a los bailes; y se corrió la bolilla de que Patrón Costas nos iba a obligar a los obreros a vestir con ropas hechas con la arpillera con que se filtra el guarapo de la caña. A mí no me gustó ni medio. Así que cuando dijeron que había que ir a buscar a Perón, me prendí con todo. ¡Faltaba más!

-¿Pero ustedes creían en serio que a alguien le iba a importar lo que pensaban?

-Si nos ponemos a pensar en eso, no nos subimos al tren. Por suerte, nadie se preocupó y arrancamos para Buenos Aires.

Han pasado 40 años, y nadie –ni el mismo Videla, ni el frío Herminio, ni el sanguinario Camps– han podido borrar, esta huella profunda en la historia de la patria. Este relato casi inverosímil (podría titularse “El uno en la multitud” o “los distintos motivos del 17”) me lo contó quien durante tantos años, con el otro gigante, Don Leandro Fote, capitaneó la lucha de los azucareros tucumanos, cuando funcionaban todos los ingenios, y sobre todo después, cuando Onganía y Salimei cerraron ocho de ellos. Aquel relato es hoy una parte pequeña de ese gran fresco histórico del 17 de octubre.

Ese día nació el peronismo como una peculiar alianza de clases entre el proletariado fabril y rural, la burguesía industrial nacional, parte del campesinado pobre y una pequeña parte de las capas medias urbanas. Encabezado por el coronel Juan Domingo Perón, al que acompañaban un grupo de oficiales patriotas, ese conglomerado relevó en el gobierno a las clases tradicionalmente dominantes en la Argentina: la oligarquía terrateniente agro-exportadora, la burguesía financiera e industrial, vinculadas al capital extranjero, fundamentalmente británico. Para precisar lo que esto último significaba entonces, basta recordar lo que escribe Lenin en *El Imperialismo, fase superior del capitalismo*. Luego de anotar que en 1909, los capitales ingleses invertidos en la Argentina ascendían a mil 750 millones de francos, reflexiona el gran teórico marxista: “No es difícil imaginarse los fuertes vínculos que esto asegura al capital financiero –y a su “fiel amigo”, la diplomacia de Inglaterra–

con la burguesía Argentina, con los círculos dirigentes de toda su vida económica y política”.

Los rasgos principales

Nada menos que contra esos círculos dirigentes se alzaron los paisanos del remoto Delfín Gallo en Tucumán, así como los de Maipú en Mendoza y los de Barracas, Avellaneda, San Martín, Berisso, Lomas de Zamora, Ensenada, del modo en que algunos dilectos hijos del pueblo lo cuentan en las páginas siguientes. Con una voluntad poderosa, los sin nada decidieron ser. Signo de que habían madurado los tiempos, en varios lugares del país, al mismo tiempo, decidieron que su opinión valía tanto o más que la de cualquiera, aunque fuera la de un abogado de compañías extranjeras, un catedrático cipayo o un militar servidor de la burguesía.

Ese cambio profundo que significó el 17 vino a dar forma política a las transformaciones operadas en las relaciones entre las clases de la sociedad argentina. Fundamentalmente la sustitución de importaciones, de auge acelerado a partir de la Segunda Guerra Mundial –pero nacida antes de ella– dio lugar a un desarrollo de las fuerzas productivas que entró en contradicción con las relaciones sociales de producción imperantes hasta entonces. La resolución de este conflicto inauguró una nueva etapa en la vida política argentina. El carácter nacional y el sentido reivindicativo de la clase trabajadora son los dos cargos distintivos de aquella jornada. Enlazados como sólo la historia sabe hacerlo “en el árbol de oro de la vida” y no “en el gris de la teoría”, ambos rasgos son fundamentales para convocarnos

de nuevo a agrupar fuerzas y presentar batalla contra la dependencia y la explotación del hombre por el hombre.

El destino del peronismo

Carlos Marx señaló que el “movimiento real de las masas” era más importante para la historia que la formulación de un programa. El 17 hizo nacer en nuestro país un nuevo movimiento político popular. Para los no peronistas, es indispensable comprender y compartir el significado esencial de la fecha. Deben ser un orgullo, patrimonio de todo el campo popular, el señalado coraje y la lealtad que movieron a aquellos hombres y mujeres para afrontar esa hora con tanta gallardía.

Para los peronistas, recordar la grandiosidad de nuestro origen, nos obliga sencillamente a plantearnos si el sueño de nuestros padres y abuelos se puede alcanzar hoy y tan sólo desde los confusos andariveles del partido que reclama ser el único heredero de aquella gesta. ¿No será más grande y liberadora esta herencia que lo que pretenden algunos matones al uso o algunos tecnócratas deslavados? ¿El 17 de octubre se habrá hecho para que Lorenzo, Herminio, Triaca...? No.

Aquellos “ateridos granos de sombra que el impalpable viento de las horas desparrama” –como decía el poeta Scalabrini Ortiz–, se juntaron para algo mucho más serio: empezar a hacer un patria justa, libre y soberana. Vayamos entonces, desde la historia del peronismo hacia los problemas actuales del país y de su futuro. A ellos podemos aportar el sentimiento nacional, la pasión proletaria, el amor revolucionario que congregó a los humildes de la patria,

hace 40 años.

Chávez, Fermín

De Yrigoyen a Perón. La lucha de un pueblo por su identidad.

El 17 de Octubre se engendró mucho antes de su alumbramiento, en movimientos y luchas preexistentes porque en la historia, como en la vida, nada se crea porque sí. En los procesos culturales y sociales, nada sale de la manga como el conejo de la galera del mago. Y en esta concepción de la historia se sentía cómodo ese Juan Perón que en su Modelo Argentino, afirmó que ella “no es una acumulación de etapas inconexas sino un proceso generativo, dinámico y constante”.

En las luchas populares preexistentes, impregnadas de una tradición cultural distinta a la del sistema y del proyecto colonial, late la marcha de los descamisados: esos “*sans culotes*” sin enciclopedistas de la Argentina moderna. Y como de ella se trata, resulta ineludible recuperar la presencia protagónica del primer movimiento popular, que entró en escena, después del 90, como respuesta nacional al proyecto colonial que la inteligencia británica modelaba.

Solamente una profunda cultura popular tradicional, viva en los dos poblamientos de la Argentina, puede explicar tan empecinada afirmación de la soberanía del pueblo como la sostenida por aquellos precursores de los descamisados de Octubre que pueblan, con sus consignas, sus marchas y sus barricadas el tiempo argentino del país-granja.

El coronel Perón, allá por julio de 1945 y cuando arre-

ciaba como nunca la presión yanqui, pronunció una frase con toda una carga de conciencia histórica: “Es recién ahora que se empieza a hacer justicia con Yrigoyen, y a mí me toca enfrentar a los mismos enemigos que él tuvo, especialmente a la oligarquía. Yrigoyen fue insobornable, incapaz de venderse a nadie”. Como la única verdad es la realidad, el coronel revisaba al capitán de 1930, que había sido “juguete del destino” contra ‘el Peludo’, sometido ahora a la praxis y su contundente magisterio.

Si Hipólito Yrigoyen fue, en su andarivel a partir del 90, la conciencia pública lúcida en medio de doctores que se equivocaban, como ese Lisandro que se peleó con él por desprecio a la plebe, criolla o gringa, que para esos ideólogos era lo mismo, la bandera del voto popular enarbolada por el doctor Yrigoyen dentro o fuera de las barricadas no era, convengamos, una pequeña bandera. Ella sola señalaba la puerta de acceso a la participación y al gobierno, clausurada por la oligarquía desde que fue puesta en vigencia la Constitución.

La oligarquía liberal, instrumento del proyecto no nacional, había aceptado complacida su papel de instrumento ejecutor, pero su tarea era impensable si no se usurpaban los derechos del pueblo, por medio del fraude y la violencia. Por eso es que no había elecciones sino votaciones amañadas por los comandantes y los jueces de paz, como denuncia el poema:

“Y quiso al punto quitarme
La lista que yo llevé
Mas yo se la mezquiné
Y ya me gritó: “Anarquista,

Has de votar por la lista
Que ha mandao el Comiqué”

Mientras los doctores del sistema se desgañitaban loan-do a la Constitución por ellos reformada en 1860, el pueblo y su líder debían recurrir a la protesta armada, como en 1893 y 1905, para reclamar por ese lujo del voto que sólo existía en los papeles. Pero cometeríamos flagrante injusticia si nos olvidáramos de otros criollos y gringos que, desde distintas tribunas denunciaron la usurpación y la injusticia social, en pleno desarrollo del proyecto inglés.

Ya en noviembre de 1869, el periodista José Hernández, promovió la creación del Club de los Libres, cuyo programa establecía, entre otros puntos: “Combatir la oligarquía para asegurar al pueblo el uso desembarazado, libre y pacífico de todos sus derechos”. Era el mismo Hernández, que al ponerse a las ordenes de Ricardo López Jordán en octubre de 1870 le escribía: “Las Provincias Argentinas necesitan libertades, garantías efectivas, imperio pleno de las instituciones y la reacción federal debe ofrecerles esos y otros muchos beneficios”.

Pero Hernández iba a estar bien acompañado en su respuesta al proyecto usurpador de la voluntad popular. En vísperas del nacimiento de la Unión Cívica Radical, en 1890, un criollo hijo de caudillos federales, Teófilo Saá, y un socialista marxista alemán, Germán Ave Lallemand, fundaron en San Luis la Unión Cívica Popular, invocando “el anhelo de conseguir pronto la reivindicación y reparación de los derechos y libertades del pueblo de la provincia”.

Ya andaba por la Argentina otro socialista europeo, el catalán Juan Biolet Massé, quien una década después iba

a dar que hablar con su vasto estudio-denuncia de la situación de los trabajadores en toda la República y con un socialismo práctico que lo llevó a ser delegado de los estibadores del pueblo de Rosario ante el primer Congreso Obrero de la Argentina, a principios de siglo. Y tiempo después aparecerían por aquí Enrico Malatesta, para fundar gremios y Pietro Gori, que en 1901 sería delegado de los ferroviarios ante el congreso constitutivo de la Federación Obrera.

El esplendoroso “proyecto del 80”, que benefició exclusivamente a la Pampa Húmeda y Litoral, mostró su curso victorioso, pero por unas cuantas décadas nada más, sin ser el paradigma mostrado por Joe , sus muchachos y el aparato militar que lo sustentó. En 1910, según unos, o en 1914 según otros, el proyecto probritánico estaba finado, puesto que había dado todo lo que podía, en una Argentina pensada para pocos habitantes (menos de 5 millones) y sin mercado interno consumidor. Políticamente, el proyecto no nacional terminó cuando Roque Sáenz Peña e Hipólito Yrigoyen se pusieron de acuerdo, sin mayores dificultades ni tisquimiquis, y se sancionó la ley que consagraba el voto universal secreto y obligatorio. Como era de suponer, en las primeras elecciones, los radicales ganaron en Santa Fe, Entre Ríos y Córdoba, y en 1916 en el orden nacional. El Peludo, inspirado en el solidarismo social krausista, confirmó lo escrito por Sáenz Peña en su mensaje al Congreso de 1911: “Se ha dicho por muchos años que los gobiernos elegían porque los ciudadanos no votaban; pero habría sido más exacto decir que los ciudadanos no votaban por que los gobiernos elegían”.

No fue el azar el que juntó a Yrigoyen, de tradición fe-

deral, con Sáenz Peña cuyo abuelo había sido juez auditor y diputado rosista: ambos se movían en una misma tradición política que apuntaba hacia el pueblo y sus derechos. Una misma tradición cultural en suma, que como la corriente de un río venía de lejos.

Hipólito Yrigoyen desplazó hasta donde pudo el poder de las viejas oligarquías convertidas en instrumento de la inteligencia colonial. Claro que no las tenía todas consigo, ya que nunca conquistó el Senado y sólo progresó en la Cámara joven durante su mandato. Pero planteó, a través de sus más fieles representantes, iniciativas de signo nacional escasamente mencionadas: creación de una flota mercante (proyecto de Lauro Lagos), desarrollo de la industria petrolera, promoción de los ferrocarriles del Estado como acción subsidiaria para corregir el diseño de los ferrocarriles ingleses. Y también la defensa de los trabajadores, aun cuando se le fueran de las manos episodios cruentos como los de la Semana Trágica y las represiones del coronel Varela en la Patagonia.

Hay que separar la paja del grano, y el grano fue lo que las minorías ideológicas y la prensa de la oligarquía llamaron “política obrerista” de Yrigoyen, defendida públicamente por Eduardo Madariaga (después parlamentario peronista) y por Manuel Gálvez. La paja, lo que el sobrino de Alem no pudo dominar en esa Argentina semicolonial que terminaría metiéndose dentro de la UCR, con sus radicales “azules” y “galeritas”. Los de Gallo y Melo que, en 1928, se mostrarían arrepentidos de la ley Sáenz Peña al quejarse de “la encrucijada alevosa y traidora del cuarto oscuro”. (Leopoldo Melo).

La crisis del 30, política, militar y económica, mostró el

agotamiento de un país sin proyecto alternativo. Fue como barajar y dar de nuevo pero con trampa. Entre 1932 y 1942 –la famosa década– bajo la batuta de Agustín P Justo y la orquesta de la “Concordancia”, Gran Bretaña consigue reacondicionar su dominio en la Argentina a partir del tratado Roca-Runciman. Y el fraude y la violencia vuelven al escenario argentino como en “los buenos tiempos de la República” que Pinedo añoraba. Y también la corrupción que en 1940 salpicaba el Ejército. Por supuesto que también hay militares dignos, lúcidos y anticoloniales, como Regino P. Lezcano y Conrado Risso Patrón que terminan asesinados por el aparato represivo del régimen.

La Argentina, al igual que en 1870, estaba viviendo un proceso de cambio social con la etapa final del país de granja, que empujó al campesino hacia las urbes donde se iniciaba el desarrollo industrial. Buenos Aires y su conurbano fueron recibiendo el ingrediente de un nuevo protagonista, con otra cultura tradicional y popular, que poco y nada tenía que ver con las ideologías centroeuropeas dominantes en el litoral. Todo esto mientras la Cámara de Comercio Británica consagraba candidatos antipersonalistas a la presidencia de la Nación y se suicidaban Lisandro de la Torre y Leopoldo Lugones, destruidos espiritualmente por la recidiva del país colonial.

La Argentina del ‘40 estaba preparada para el clarear que viene tras la medianoche. Para el hecho nuevo de otro liderazgo y de un modelo alternativo. Muerto Alvear en 1942 y Justo a principios de 1943, las fuerzas tradicionales liberales quedan en un tembladeral, con su viejo proyecto agotado y fragmentadas y sin rumbo. Por eso, aunque racionalmente no fuera del todo previsible, el movimiento

del 4 de junio 1943, abrió las puertas a otra historia en las que las viejas columnas populares y las banderas abandonadas marcharían nuevamente hacia el centro.

El hecho político nuevo se había encarnado en la multitud. “El 17 de Octubre –al decir de Arturo Jauretche– ya tenía una fe y se volcó en la calle, a la carrera. Como si bajara de los tablones y los escalones de cemento. Y, porque ya tenía una fe, se quedó en la calle de guardia al lado del héroe que acababa de encontrar”.

Todo está dicho así, verdad sin vuelta. El 17 de Octubre es, por sobre todas las cosas, un acto de fe. La fe popular que es parte principal de una cultura.

Cooke, John William

“El 17 de Octubre de 1945: su contenido popular y hecho revolucionario”.

Como ustedes saben, entre octubre de 1945 y febrero de 1946 en este país ocurrió un cataclismo: los “bárbaros” invadieron el reducto de la democracia para exquisitos, distorsionaron todas las relaciones sociales, desmontaron los conocidos engranajes del comercio ultramarino, y para colmo se mofaron de las estatuas y cenotafios con que a la oligarquía le gusta perpetuarse en el bronce y en el mármol.

El 17 de octubre era algo tan nuevo que, rápidamente, las fuerzas del régimen lo redujeron a su verdadero valor: era una especie de congregación de papanatas, delincuentes o, como decían los cultos de la izquierda oficial, “lumpen proletariat”, arreados por la policía en una especie de car-

naval siniestro.

Lógicamente, el 24 de febrero, cuando se reunieron todos los partidos, es decir, las fuerzas que tenían todos los votos, el candidato imposible, como se le decía en ese entonces a Perón, no tenía otra perspectiva que la de conseguir algunos votos de estos elementos marginales, algunos tontos encandilados por la “demagogia totalitaria”, como se decía entonces, fascistas, nazis, tratantes de blancas y demás indeseables. La verdad es que los dueños de los votos perdieron; en lugar de unos sufragios de la canalla, la canalla sacó más sufragios que todos los partidos juntos, desde la izquierda a la derecha. Lo que pasa es que ellos habían sumado ciudadanos de la “Revolución Francesa” y habían votado hombres.

El misterio policial del 17 de octubre se había transformado en el misterio matemático del 24 de febrero.

Inmediatamente los teóricos le buscaron explicaciones; lo plantearon como un episodio de la lucha entre nazis y antinazis, centro de su característica habitual de trasladar a escala nacional los problemas universales. Pero detrás de todas esas explicaciones, en el fondo del subconsciente, les brillaba la hipótesis de que había sido una cuestión de “magia negra”.

De cualquier manera, el Peronismo cuestionaba las bases doctrinales del régimen y además le quitaba su presunta representatividad; por lo tanto las fuerzas del régimen lo negaron, negaron este hecho que liquidaba las certidumbres acogedoras de la vieja Argentina Semicolonial.

El Peronismo era una anomalía, una quiebra de la normalidad, una interrupción fatal y transitoria del devenir histórico. De la misma manera negaron a esa nueva fuerza

que les infligiría abrumadoras derrotas electorales. Contra esa democracia real, fijaron la democracia como aspiración a la cual se llegaría por intermedio de algún “espadón” que oportunamente pudiera movilizar en su defensa.

Pero en todo esto había algo más que mala fe. Había la incapacidad de la clase dirigente argentina para comprender el fenómeno que escapaba de las formas conceptuales del liberalismo tradicional.

Corbière, Emilio

La izquierda ante Perón y el 17 de Octubre.

El golpe militar de 1943 había sido de naturaleza contradictoria y compleja, conviviendo, entre sus ejecutores, radicales contrarios al fraude patriótico conservador, militares liberales, corrientes nacionalistas industrialistas y elementos proclives al nazismo.

En sus primeros tramos, la izquierda y el movimiento obrero lo habían pasado mal, por imperio de formas represivas, encarcelamientos y torturas. Pero también se iban incubando dentro del nuevo régimen formas populares desplegadas por el entonces coronel Juan Perón.

Aquel 17 de octubre de 1945 encerró el significado de constituirse en una bisagra histórica en torno de la cual se articula la clausura de una época con la apertura de otra.

Pero ello no ocurrió por generación espontánea ni cayó del cielo. A principio de los años '40, dos publicistas, Alejandro Bunge y Ernesto Giudici, habían advertido que estaba surgiendo en el país una nueva realidad social,

conformándose una nueva clase obrera producto de las migraciones internas y por el incipiente desarrollo industrial.

Esos autores describieron el proceso en sus libros *La nueva Argentina e Imperialismo inglés y Liberación nacional*.

Mientras la izquierda política socialista, trotskista y comunista no advirtió ese proceso, la relación Perón-Masas, generó un inédito movimiento nacionalista-popular de raigambre latinoamericana.

La Vanguardia, órgano del Partido Socialista y *Orientación*, del Partido Comunista, cubrieron de anatemas la movilización popular del 17 de octubre de 1945, al igual que la prensa tradicional. Se trataba del “nazi-peronismo” y los obreros eran “maleantes”, “hampones” o estaban “engañados”.

A la cabeza de esta prédica se colocaba el socialista Américo Ghioldi y el comunista Victorio Codovilla.

En el mismo sentido se pronunció el trotskista Hugo Bressano (Nahuel Moreno) en artículos aparecidos en *Revolución Permanente* y en el folleto *G.C.I. agente ideológico del peronismo*, calificaba a los trabajadores de ‘matones’ y ‘cafishios’.

Asimismo, la revista trotskista *Octubre*, cuyo número uno apareció en noviembre de 1945, orientada por Jorge Abelardo Ramos (Víctor Almagro), Mauricio Moisés Preloker (Niceto Andrés), Miguel Posse, Aníbal Leal y Mecha Bacal, sostenía que “Perón consigue arrastrar a algunos sectores políticamente atrasados detrás de su aventura demagógica”.

En cambio *Frente Obrero*, también de orientación trotskista, fundado por Adolfo Perelman y del que formaban parte Enrique Rivera (Juan José Peñaloza), el talentoso

Aurelio Narvaja (Carvajal), Carlos Esteban Etkin y Hugo L. Sylvester, apoyó en su edición del 29 de octubre de 1945 al naciente peronismo.

También la franja trotskista de Homero Cristalli (J. Posadas) dio su apoyo al 17 de octubre de 1945 y así quedó testimoniado en las primeras ediciones de *Voz Proletaria*.

Es cierto que luego algunas de estas figuras, como Bresano, Ramos, Rivera, Saúl Hecker y Jorge Enea Spilimbergo, formaron parte, en 1953, del Partido Socialista de la Revolución Nacional, con simpatías hacia el justicialismo, fundado por Enrique y Emilio Dickman, Oriente Cavalieri y Carlos María Bravo, hijo del legislador socialista Mario Bravo.

Pero quien recibió un golpe decisivo desde el punto de vista de su poder electoral y su base obrera fue el Partido Socialista. Las bases gremiales socialistas, anarcosindicalistas, sindicalistas y en menor proporción comunistas, pasaron a engrosar las filas del naciente justicialismo, es decir, las del Partido Laborista.

El “aparato” sindical del viejo PS, que había respondido a Nicolás Repetto y a Enrique Dickman, encabezado por el secretario general de los empleados de comercio, Ángel Gabriel Borlenghi, ya había cruzado el Rubicón, constituyendo la “columna vertebral” del movimiento de masas peronistas. Junto a Borlenghi se alinearon los socialistas Abraham Krislavin, José María Argaña, Juan Atilio Bramuglia, Alfredo López, Alcides Montiel, Juan Unamuno, Joaquín Coca, Manuel Ugarte, entre muchos otros.

Desde el PC se conformó el Movimiento Obrero Comunista, integrado por Rodolfo Puiggrós, Eduardo Astesano y el dirigente textil Jorge Michelón.

Hubo también quienes, como Gerónimo Arnedo Álvarez –obrero de los frigoríficos– intuyeron el fenómeno popular. Arnedo Álvarez comentó a sus compañeros más cercanos, la noche del 17 de octubre, que en la Plaza habían estado presentes los trabajadores. Pero era imposible revertir la posición general antiperonista.

Desde otras posiciones de izquierda confluyeron en el peronismo Isaac Libenson, Ángel Perelman (fundador de la UOM y hermano de Adolfo Perelman), Gustavo Que-rike, Pascual Colevatti, Esteban Rey, entre otros.

La lucha entre los sectores liberales y nacionalistas dentro del Ejército y el enfrentamiento político generado por la política obrerista de Perón, quien acumulaba los cargos de vicepresidente de la Nación, ministro de Guerra y secretario de Trabajo y Previsión, hicieron eclosión el 12 de octubre de 1945. Ese día, obligado por presiones cívico-militares, Farrell firmó la orden de detención de Perón. Detrás del pedido estaban el general Eduardo Jorge Ávalos y el almirante Héctor Vernego Lima.

El 13, Perón es detenido y trasladado a la isla de Martín García en calidad de prisionero. Desde el día anterior, Eva Duarte, Borlenghi y el dirigente sindical de la Carne, Cipriano Reyes, comenzaron a organizar una movilización de los trabajadores en defensa de Perón. Recién el 14 los trabajadores reaccionaron, principalmente en los frigoríficos Swift y Armour, de Berisso y Ensenada.

Perón aduce una afección física y solicita su traslado al Hospital Militar. El 16 de octubre, Reyes va a Berisso y levanta a los trabajadores, que luego se unen a los obreros de YPF, produciéndose enfrentamientos con la policía y la guardia de infantería de Marina.

Los trabajadores, desde La Plata, comienzan a movilizarse hacia Avellaneda, donde se unen a los trabajadores de la empresa Wilson y convergen desde distintos puntos de la Capital Federal y el Gran Buenos Aires hacia Plaza de Mayo.

Una parte significativa de esa movilización fueron mujeres trabajadoras que hicieron así su aparición masiva –por vez primera– en la lucha social argentina.

Ya es el 17. La CGT, en una resolución histórica, declara la huelga general para el 18. El dirigente Libertario Ferrari inclinó la votación decisiva a favor de la liberación de Perón. Miembros de la Unión Sindical Argentina (USA) encabezados por Luis F. Gay, comienzan a girar hacia el peronismo.

Farrell permanece pasivo; Vernengo Lima quiere reprimir a fondo, en tanto fuerzas peronistas se hacen cargo del Regimiento 3 de Infantería y la Policía Federal da su apoyo a Perón. Mercante presiona a Ávalos para que Perón, que se encuentra en el Hospital Militar, arengue a la multitud congregada en la Plaza de Mayo. Eso ocurre a las 23 horas, cuando Perón aparece en el balcón iniciando su largo diálogo con las masas. Esa jornada sería denominada el Día de la Lealtad.

De la Peña Burzaco, Enriqueta

Renegada de clase. Intelectual peronista.

El 17 de Octubre de 1945 marca en Argentina el nacimiento del peronismo o justicialismo y tiene un profundo

significado para muchos ciudadanos. Para otros, representa el inicio de una pesadilla. Aprendí a querer a los unos y a respetar a los otros.

En ese tiempo yo estaba a punto de cumplir 15 años y estudiaba en un colegio de monjas. Pero a contramano de mis compañeras de curso, había decidido que no quería prepararme para ser una señorita casamentera y transformarme en una buena ama de casa. Por lo pronto, iba a estudiar Literatura y Filosofía, después vería qué rumbo tomaría mi vida.

El 17 de Octubre de 1945 me dio ese rumbo que mantengo hasta hoy, medio siglo y seis años más tarde. Por esa causa mi vida cambió 180 grados y fue otro mi destino. La fecha alteró emocionalmente a mi madre, que era una especie de socialista utópica, y desestabilizó mentalmente a mi padre, que era un liberal librepensador. Según ellos lo que estaba sucediendo ese día era algo similar al ataque de miles de “indios” contra un fortín pobremente defendido ¡y nosotros estábamos adentro!

Contra la opinión y el sentir de mis padres, de mi familia y de los amigos de los amigos de los amigos de mis padres e, incluso, de la zona geográfica de Buenos Aires en la que me había tocado vivir, salté la empalizada, me uní a los “indios” que seguían al coronel-cacique Perón, me quité los zapatos y hundí los pies en la fuente de agua que está en Plaza de Mayo, frente a la Casa Rosada. (Yo digo que está rosada de vergüenza por los gobernantes que la ocuparon).

Después como era una jovencita precoz, elegí caminar de la mano de Raúl Scalabrini Ortiz, Arturo Jauretche, José María Rosa y Leopoldo Marechal. Más tarde, fui amiga de John William Cooke, Armando Cabo y Juan José Her-

nández Arregui, aunque eran mayores que yo. Todos me enseñaron algo.

Un día mis padres me dijeron, rojos de furia: “Tú ayudas a ella (a ‘la sirvienta’, en idioma oligárquico) cuando en realidad son las mujeres como ella las que deberían servirte a ti”. Nunca más volví a mi casa. Me dolióirme, me duele hasta hoy, pero no regresé jamás. Entonces era impulsiva. Tenía parientes en Francia y me fui a estudiar a París, donde me transformé en propagandística de los “indios” en por lo menos cinco o seis capitales de Europa.

Cuando terminé de estudiar regresé a Argentina para colaborar con la “indiada”. Pero al poco tiempo ¡ay! Llegaron los “blancos”, los “carapálidas”, a salvar a los “cautivos”. Y como yo era lo que en el lenguaje gauchesco y del Far West se llama “cimarrona” o “renegada”, tuve que montar a caballo y huir a todo galope.

Hoy (2001) ya no soy una mujer impulsiva. Estoy próxima a presentarme en la oficina donde atiende San Pedro, el señor de las llaves, y hago el balance. Tengo 71 años y sigo siendo una ‘india’ que habla cinco idiomas, ha escrito siete tratados de filosofía, literatura e historia política y ha dado clase en buenas universidades de Europa y Estados Unidos. Creo que una “indígena” como yo, que además es una señora casi anciana, puede pecar de un poquito de inmodestia.

Dri, Rubén

Militante en el Peronismo de Base. Ex sacerdote. “*Perspectivas proféticas del 17*”.

Decían nuestros obispos en un documento profético, enseguida sepultado en el olvido, “la Iglesia ha de discernir acerca de su acción liberadora o salvífica desde la perspectiva del Pueblo y de sus intereses, pues por ser éste sujeto y agente de la historia humana, que está vinculada íntimamente a la Historia de la Salvación, los signos de los tiempos se hacen presentes y descifrables en los acontecimientos de ese mismo Pueblo o que a él afectan” (San Miguel, 1969).

Descifrar los acontecimientos del Pueblo

El sujeto o agente histórico de la liberación o salvación es el pueblo –en el lenguaje profético, el pobre–. La revelación de Dios se produce mediante los “signos de los tiempos”, que no son otras cosas que acontecimientos del Pueblo. Por ello no existe una “Historia de la Salvación” independiente de la historia real del Pueblo. Esta misma historia, vista desde una determinada perspectiva, la profética, a un determinado nivel de profundidad, constituye la Historia de Salvación, que no es otra cosa que la historia de la liberación integral.

Pero los signos necesitan ser descifrados. Para ello es necesario, en primer lugar, elegir un lugar social de lectura ¿Desde dónde interpretaremos estos signos? El Documento de los Obispos dice claramente: “desde la perspectiva del Pueblo y de sus intereses”. Porque si la lectura se realiza desde otros sectores sociales, por ejemplo desde las clases dominantes, la interpretación será distinta y no corresponderá a la línea profética.

En segundo lugar, la lectura de signo debe ser un desciframiento en el sentido de la Salvación o Liberación. Se trata de ver cuáles son las líneas de liberación que se dibujan en el acontecimiento interpretado. Esto significa que no se trata de una apología o alabanza del acontecimiento, sino una comprensión del mismo como momento de la Historia de la Salvación. Ello implica realizar una tarea crítica. Lo dice bien el citado documento episcopal: “discernir lo que debe ser corregido o purificado, lo que tiene una vigencia presente pero sólo transitoria, lo que contiene valores permanentes y gérmenes de futuro”.

Valores permanentes del 17 de octubre

En primer lugar merece destacarse que el pueblo pasa a ser el sujeto, el agente, el artífice de su propio destino. El pueblo decide obrar como sujeto histórico, ganar la calle, hacer sentir su presencia masiva en pos de la defensa de conquistas, que eran amenazadas por las clases dominantes. No delega esta lucha en presuntos defensores, como podrían ser sus delegados sindicales, los jerarcas eclesiásticos o los militares buenos. Es el 17 de octubre uno de los acontecimientos claves de nuestra historia; los pobres, los humildes, los “descamisados”, fueron y se sintieron protagonistas de su propia historia.

“Solo el pueblo salvará al pueblo”, “solo los obreros salvarán a los obreros”. Estas frases convertidas en *slogans* vacíos de contenido, contienen sin embargo la clave fundamental para la interpretación de la historia en sentido profético. Cuando Jesús rechazó el poder que le ofrecía Sa-

tanás según nos narran los evangelistas, lo que rechaza es el poder que le ofrecen los opresores, aquellos que están arriba, que comparten poder, prestigio y dinero a costa de los sudores del pobre. Jesús no quiere ese poder. Es la obra del demonio. Pero acepta otro poder, el que le da el pobre, pues éste es de Dios. Por eso, con ese poder entra a Jerusalén, se apodera del Templo y echa a los opresores.

En segundo lugar queremos destacar la esperanza del pueblo abierta a un futuro promisorio. Pese a las enormes dificultades, al poder que el enemigo ostentaba, el pueblo no desesperó; creyó que había un futuro para él y que sólo movilizándose podía hacer que ese sueño de futuro se transformase en realidad.

“El 17 de octubre –dirá Evita– mis queridos descamisados, es una aspiración, es un canto hecho realidad”. Es la aspiración de un pueblo a ser protagonista de su historia, a tener un nivel de vida digno de la condición de seres humanos, a ser plenamente libres. Es la esperanza de un pueblo: su sueño utópico de armonía y plenitud nacido en los surcos del campo, en los talleres de las fábricas, en la pobreza de “tierra adentro”, en las villas miserias que ya rodeaban a nuestras grandes ciudades. Es la misma aspiración, el mismo sueño que expresaba el pueblo que aclamaba a Jesús en su marcha hacia la toma del Templo de Jerusalén: “¡Ahí viene el bendito reino de nuestro padre David!”. (Mc.11,10).

Es también un “canto hecho realidad”. Es el canto, la gloria, la exultación del pueblo. La fiesta del pueblo siempre es abierta, comunicativa, multitudinaria. No sabe de puertas cerradas y refinamientos. La lucha auténtica del pueblo es también una fiesta. Lucha y fiesta, combate y fes-

tejo, pelea y celebración se alternan, se mezclan, se suceden en una marcha única hacia la liberación.

El pueblo no ama la muerte, ama apasionadamente la vida, pero en sus momentos mejores es capaz de enfrentar la muerte en aras de conseguir una vida mejor, más digna. “Entonces Moisés y los hijos de Israel cantaron este cántico a Yavé: Cantaré a Yavé, que se hizo famoso arrojando en el mar al caballo y su jinete”. (Ex15, 1). Así cantaba el pueblo de Israel luego de obtener la victoria en contra de los opresores egipcios, sepultados en las aguas del Mar Rojo.

Las correcciones necesarias

Evita, alma y nervio del movimiento simbolizado en el 17 de octubre, exclama con incontenible entusiasmo que el 17 de octubre “es la única, la auténtica, la definitiva revolución popular que se opera en nuestro pueblo”. Tal vez hoy estas palabras no tengan en los oídos del pueblo la misma resonancia que tuvieron el 17 de octubre de 1949, cuando Evita las pronunció. Sin embargo hay que rescatarlas, colocándolas en un contexto más global, que la situación actual exige.

El 17 de octubre de 1945 representa un momento clave de una revolución popular, pero que hoy está totalmente claro que no fue la definitiva. Evita estaba esperanzada en la continuidad de la revolución del 17 de octubre por qué tenía en mente dos premisas fundamentales que desgraciadamente, por diversos motivos que deben ser objeto de nuestro análisis, perdieron vigencia en el Movimiento Peronista.

La primera de estas premisas es la necesidad de una mística revolucionaria. A este respecto, las convicciones de Evita eran profundas: “Yo no deseo, no quiero para el peronismo, a los ciudadanos sin mística revolucionaria. Que no se incorporen, que queden rezagados, si no están convencidos. El que ingrese, que vuelque su cabeza y su corazón sin retaceos para afrontar nuestras luchas, que siempre terminaran en un glorioso 17 de octubre. Pero en nuestro movimiento no tiene cabida el interés y el cálculo. Marchamos con la conciencia hecha justicia que reclama la humanidad de nuestros días”.

Los profetas iluminan lo que es la mística: “Matatías se puso luego a gritar en la ciudad -el que tenga celo por la Ley y sea partidario de la Alianza, que me siga-. Enseguida él y sus hijos huyeron a los cerros dejando cuanto tenían en la ciudad”. (1Mc.2, 27). Así narra el Libro de los Macabeos el llamado que hace Matatías a sumarse a las luchas de liberación. “Tener celo” es tener mística. Sólo quien la tiene puede afrontar los arduos problemas de una lucha liberadora. En lo que constituyen las expresiones oficiales del peronismo, sólo quedan los escombros de esta mística.

La segunda premisa la constituye la “vanguardia descamisada de octubre”. Sólo esa vanguardia podía ser una garantía confiable del proceso revolucionario ¿Dónde está ella ahora?.

Mirando hacia el futuro

Una perspectiva profética siempre tiene la vista clavada en el devenir histórico, desentrañando los significados

de los distintos acontecimientos, para incorporarlos a un proyecto de futuro. Para los profetas de Israel, este futuro era el Reino de Dios, visto siempre en el horizonte de la Primitiva Confederación Israelita, sociedad de iguales, sin dominadores ni dominados. Visto en esta perspectiva, el 17 de octubre es un llamado urgente, lacerante, a desentrañar y proyectar el curso de la revolución popular que Evita entrevió.

La honda crisis en la que se debate el Movimiento Peronista es signo evidente que un ciclo ha terminado definitivamente. Desde la entrañas del pueblo, desde las honduras de nuestros hermanos que trabajan, sufren, luchan y festejan en nuestras fábricas, en nuestros barrios y villas, en la capital y “tierra adentro”, está madurando el nuevo movimiento, o la nueva etapa que el movimiento revolucionario popular ha de tomar en un porvenir ya cercano.

Nuestra tarea cristiana profética en esta etapa es acompañar al pueblo, ayudándolo a interpretar la realidad, a “expresarse y organizarse”, como dice el Documento de los Obispos citado al inicio.

Duarte, María Eva. (Evita)

Se transcriben a continuación sus discursos conmemorativos del 17 de Octubre, correspondientes a los años 1949, 1950 y 1951.

17 de Octubre de 1949

Mis queridos descamisados de ayer y de hoy, de mañana

y de siempre:

A todos ustedes, que comprendieron en la hora decisiva que peligraba el destino de la Patria y que jugaron su vida para que triunfara la Justicia, a ustedes, que rescataron al coronel Perón de las garras del odio y con amor encendieron el impulso y alientan todavía su fuerza aglutinante que transformó la Patria con asombro del mundo.

Es el amor de ustedes el que floreció en el rescate hace cuatro años. Hace cuatro años, desde este mismo balcón, bajo este mismo pedazo de cielo y frente a esta misma multitud del pueblo, se consagró un hombre, nuestro querido coronel Perón.

Hoy, y por siempre sea, vuelve a vivirse la jornada gloriosa, que queda incorporada a la historia de la Patria como clásica definición de la argentinidad. Hace cuatro años esta histórica plaza se reencontraba en sus ansias de justicia, en sus anhelos de bienestar, en su firme determinación de libertad. Hace cuatro años, mis queridos descamisados, se reencarnaba el grito del Cabildo, con sostén de pueblo, al amparo de una voluntad también firme, que es la voluntad de nuestro pueblo argentino. Desde estos mismos balcones, el líder asomaba como un sol, rescatado por el pueblo y para el pueblo, sin más armas que sus queridos descamisados de la Patria, retemplados en el trabajo.

Éste es el origen puro de nuestro Líder. Es necesario decirlo y destacarlo. No surgió de las combinaciones de un comité político. No es el producto del reparto de las prebendas. No supo, no sabe ni sabrá nunca de la conquista de las voluntades sino por los caminos limpios de la justicia. Esa es la raíz de la razón de ser del 17 de Octubre. Ésa es su partida de nacimiento.

Nació en los surcos, en las fábricas y en los talleres. Surge de lo más noble de la actividad nacional.

Fue concebido por los trabajadores en el trabajo y su desarrollo contempla sus aspiraciones también en el trabajo. El 17 de Octubre, mis queridos descamisados, es una aspiración, es un canto hecho ya realidad.

Estamos en una obra que nada ni nadie podrá detener. Ya he tenido oportunidad de decir, identificada con el líder, que el peronismo no se aprende ni se proclama. Se comprende y se siente. Por eso es convicción y es fe. Por eso, también, no importan los rezagados del despertar nacional. Yo no deseo, no quiero para el peronismo, a los ciudadanos sin mística revolucionaria. Que no se incorporen, que queden rezagados, si no están convencidos. El que ingrese, que vuelque su cabeza y su corazón sin retaceos, para afrontar nuestras luchas, que siempre habrán de terminar en un glorioso 17 de Octubre. Pero en nuestro movimiento no tiene cabida el interés y el cálculo. Marchamos con la conciencia hecha justicia que reclama la humanidad de nuestros días.

Peronismo es la fe popular hecha partido en torno a una causa de esperanza que faltaba en la Patria.

Hace poco tiempo, para definir mi condición de peronista, expresé: “Luchamos por la independencia y la soberanía de la Patria, por la dignidad de nuestros hijos y de nuestros padres, por el honor de una bandera, por la felicidad de un pueblo encarnecido y sacrificado en aras de una avaricia y un egoísmo que no nos han traído sino dolores y luchas estériles y destructivas”.

Si el pueblo fuera feliz y la Patria grande, ser peronista sería un derecho. En nuestros días, ser peronista es un deber. Por eso soy peronista.

Soy peronista por conciencia nacional, por procedencia popular, por convicción personal y por apasionada solidaridad y gratitud a mi pueblo, vivificado y actuante otra vez por el renacimiento de sus valores espirituales y la capacidad realizadora de su jefe, el general Perón.

Esta es la definición de un peronista auténtico, que tiene su raíz en la mística revolucionaria.

Esta es la definición del peronismo del 17 de Octubre de 1945, sin otro interés, sin otro cálculo, sin otra proyección que el bienestar de la Patria, traducido en el bienestar de los trabajadores en sus múltiples actividades.

Yo invito al pueblo a meditar sobre el significado, sobre la honda proyección del 17 de Octubre. Es la única, la auténtica, la definitiva revolución popular que se opera en nuestro pueblo. Una revolución histórica se justifica cuando sus causas sociales, políticas y económicas la determinan.

Y ahí está la justificación de la revolución histórica del 17 de Octubre. Fue determinada por causas sociales, políticas y económicas. En lo social, el abandono total de la justicia, con el enquistamiento de los privilegios y la explotación del trabajador. En lo político, con la sistematización del fraude a favor de los partidos que se turnaban en el Gobierno o se lo quitaban mutuamente según el menor o mayor apoyo de los intereses en juego y en lo económico, el entreguismo y la venta del país, surgidos de sus reyertas.

Contra ello, y para destruir ese estado de cosas, el pueblo rescató a su líder y lo ubicó en este balcón el 17 de Octubre de 1945.

Cumplo una obra eminentemente peronista, que se inspira en la doctrina del General Perón y tiene como fundamento y base los principios sociales que arrancan del 17 de

Octubre. Toda mi acción está dirigida a los trabajadores de la Patria y a interpretar el pensamiento y el sentimiento del general Perón, con quien trato de colaborar en su incansable labor a favor del pueblo que él tanto ama. No creo que mis actividades para mitigar el dolor de los necesitados puedan constituir un mérito. Por el contrario, lo interpreto como un deber de quien puede hacerlo...

Quiero ahora destacar la enorme satisfacción que me produce auscultar esta perfecta unidad entre el pueblo y el general Perón. Hecho nuevo que también tiene su origen en el 17 de Octubre. Movidos, dinamizados por idénticos anhelos y las mismas aspiraciones, el pueblo y su líder forman hoy una unidad indestructible, que consolidan y ensanchan el camino del Movimiento Peronista.

De nada valdrá, entonces, el mezquino retaceo de los rezagados y los resentidos. Felizmente para nosotros, en nuestra historia los luchadores siempre han sido los más, y los rezagados los menos. El pueblo, en todas sus etapas, marchó a la cabeza contra las minorías acomodaticias... y alcanzó sus objetivos comunes siempre que encontró un conductor capaz de señalarle los caminos y de unificar sus energías populares, evitando su dispersión. Y abandonó a los costados del sendero, como se abandona a lo inútil, a los cobardes incapaces de colaborar en la grandeza de la Patria. Sólo así fue posible nuestra independencia, uniendo la consecuencia y la combatividad de los sectores más populares de la población a los anhelos y a la conciencia de los hombres de Mayo. Sólo así fue posible la epopeya de la guerra por la liberación de medio continente, cuando los gauchos, los descamisados, siguiendo la alta inspiración sanmartiniana llevaron la bandera de la libertad y autode-

terminación a las playas del Pacífico. Y sólo así fue posible nuestra segunda y definitiva liberación, cuando los trabajadores argentinos, unidos en un solo bloque alrededor del general Perón, proclamaron, en un día como hoy y en este histórico lugar, que sus viejos enemigos, la oligarquía y el imperialismo, ya no tenían nada que hacer en esta nueva Argentina otra vez en marcha porque había encontrado su conductor...

Ya saben los descamisados que la bandera peronista no será jamás arriada. Los cientos de miles de corazones que hoy palpitan en esta plaza histórica, constituyen el símbolo de la lealtad. Por eso, con ese nombre, se ha denominado el 17 de Octubre “Día de la Lealtad”, por que encarna la lealtad de un pueblo para con su líder. Día de la lealtad entre hermanos de una misma causa, que marchan seguros de su fuerza y de su destino...

El 17 de Octubre, compañeros, ya está definitivamente incorporado a la historia de la Patria... por voluntad soberana de su pueblo... Se cierra y comienza una nueva etapa de la vida argentina que transforma fundamentalmente su fisonomía social, política y económica.

Por eso el líder de los argentinos, nuestro glorioso general Perón, puede hoy afirmar, con razón y orgullo, al mundo entero, desde el Preámbulo de la Nueva Constitución argentina, que formamos “una Nación socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana”.

Por eso todo el pueblo está de pie... observa, vigila y hace de la lealtad su culto, su ley y su bandera. Lealtad que hace templar la plaza histórica en la noche del rescate; lealtad que se hará justicia con su propia mano el día de la traición; lealtad que solo pueden sentir los que quieren a la

Patria y no se venden al oro extranjero; lealtad de dos amigos que juntos forjaron el destino de la Patria y el fervor del pueblo que los sigue; lealtad de todo un pueblo que siente que en su alma no cabe la traición, y cuando sospecha que ésta pasa como una sombra, hay un solo grito: ¡La vida por Perón!.

17 de Octubre de 1950

Mis queridos descamisados:

Han pasado 5 años, y de la misma manera que en el corazón de los descamisados se han multiplicado la confianza y la fe en la doctrina y en la obra de Perón, entre el Líder y su pueblo el tiempo ha sellado, con la unidad de propósitos, la unidad de esperanzas y la unidad de acción.

Somos hoy, como queríamos ser en aquel atardecer de octubre de 1945, un pueblo libre, justo y soberano.

Un pueblo que, siguiendo a su conductor, reordenó la economía, dignificó al hombre, rescató de la negación política a la mujer y creó la más perfecta democracia social de la historia contemporánea.

Somos una comunidad organizada y progresista, solidaria y unida. Disponemos de una doctrina que se nutre de las mejores reivindicaciones populares.

Tenemos un único conductor, genial e insobornable, que ha puesto su vida al servicio del pueblo y de la grandeza de la Nación.

Tenemos el mejor pueblo del mundo, sumergido de las sombras a que lo condenó una oligarquía caduca y cuya vida se iluminó con la luz justicialista de Perón.

Tenemos, finalmente, esa vanguardia descamisada de octubre que, hoy como ayer, expresa su absoluta lealtad e identidad, gritando a los restos despreciables de la anti Argentina que está dispuesta a dar la vida por Perón.

(...) Reiteramos ante los ojos de América y del mundo nuestra inquebrantable fe justicialista.

Las conquistas sociales, que son el patrimonio de todo el pueblo trabajador y por cuya progresiva efectividad velan Perón y los descamisados, abren los amplios senderos que nos conducen al porvenir.

Somos, en un mundo convulsionado, la palabra de paz.

Somos, en una sociedad carcomida por las luchas sociales, el ejemplo de la cooperación social.

Somos, en una época de inmensos adelantos técnicos, pero que no ha querido superar aún la infamia y la vergüenza de explotación del hombre por el hombre, el ejemplo de un mundo de perfección que es el justicialismo, basado en la dignificación del trabajo, en la elevación de la cultura social y en la humanización del capital.

Yo pregunto a mis queridos descamisados si el pueblo y si Perón no deben sentirse satisfechos del camino adelantado.

Yo pregunto a los explotados de ayer, a los negados de siempre, si la transformación social argentina no es el pedestal que nos eleva sobre la indignidad de los gobiernos entreguistas, que vivieron de espaldas al pueblo y de cara a los halagos y a las propinas del capitalismo internacional.

Yo pregunto a los vendepatrias –derrotados en aquel luminoso 17 de Octubre de 1945– cómo no se sienten avergonzados ante la diferencia de nuestra Patria Justicialista y la que ellos encadenaban a los privilegios, al feudalismo y

al capital colonizador.

Yo pregunto, finalmente, al pueblo, a los descamisados –libertadores de aquel 17 de Octubre inolvidable e histórico–, si Perón no cumplió todo los anhelos y si el Justicialismo, que concreta su política y su obra redentora, no es el camino seguro hacia la dignidad colectiva y la grandeza de la Patria.

En cada una de estas preguntas, compañeros, están las bases de un balance que enorgullece porque su saldo positivo significa, en síntesis, las conquistas populares. Ese balance proclama, por la violencia de los contrastes, la grandiosidad de nuestro presente frente a la pequeñez de nuestro pasado.

Si lanzamos la mirada retrospectiva sobre el campo argentino, nos encontramos con las murallas de los *trusts* y de los monopolios, transformando en una condena a trabajos forzados las tareas agropecuarias del pueblo trabajador. Allí, bajo el dominio de hierro de la oligarquía terrateniente y de los monopolistas, los trabajadores del agro estaban atados a la coyuntura del semifeudalismo más cínico y más expoliador... sus derechos se regulaban por la voluntad y el capricho de las policías bravas, la prepotencia y la violencia de los propietarios y de las sociedades anónimas... Hoy, bajo el gobierno justicialista y al impulso renovador de las vanguardias descamisadas, el campo argentino alcanzó la mayoría de edad social exigida por su capacidad de producción, por su conciencia laboriosa y por su pasión peronista. La tierra va dejando de ser bien de renta para transformarse en bien de trabajo, los precios compensadores encienden un faro de luz y de esperanzas donde hasta ayer sólo se veían tinieblas; decenas de miles de pequeños propietarios

van dando la solución a los viejos problemas del agro.

Derribamos jubilosamente los oscuros orfanatos para levantar las paredes blancas y alegres de la Ciudad Infantil, de los hogares escuelas, de los policlínicos, de los hogares de tránsito, de los hogares de las Empleadas y de Ancianos, de la Ciudad Estudiantil, de las ciudades universitarias, colonias de vacaciones, maternidades, escuelas y comedores populares. Barrimos con nuestra escoba justicialista los ranchos y taperas y elevamos los barrios obreros, exigidos por la dignidad social de nuestras masas laboriosas. Destejamos la limosna para exaltar la solidaridad como obra de justicia...

Yo he dicho en otra oportunidad cuál es, en mi concepto, la significación social del descamisado, que es la palanca que encontró el sueño patriótico del general Perón para mover el mundo de injusticias, de negación y de miserias que pesaba sobre los argentinos.

El descamisado, compañeros, ha dejado de ser elemento de explotación humana para convertirse en factor de progreso, de unidad nacional, de bienestar colectivo. En esto reside su fuerza y su virtud. Su fuerza, porque responde a los imperativos político-sociales que valorizan el rol de los trabajadores en la sociedad moderna. Su virtud, porque para los descamisados sus propias reivindicaciones se confunden con las necesidades presentes y futuras de la Nación. De ahí que la grandeza de la Patria encuentre dos puntuales maestros en su sostén. Uno lo forman los descamisados, el pueblo que trabajaba y siente la fuerza mística de la doctrina justicialista. Otro, el glorioso líder que guía la nacionalidad: Perón. Con el pueblo y con Perón, la Patria se encontró a sí misma y mira confiadamente hacia el porvenir, que ha de

ser, aunque tengamos que morir por ello, económicamente libre, socialmente justa y políticamente soberana.

17 de Octubre de 1951

Mis queridos descamisados:

Es este un día de muchas emociones para mí. Con toda mi alma he deseado estar con ustedes y con Perón en este día glorioso de los descamisados. Yo no podré faltar nunca a esta cita con mi pueblo de cada 17 de Octubre. Yo les aseguro que nada ni nadie hubiera podido impedirme que viniese, porque yo tengo con Perón y con todos ustedes, con los trabajadores, con los muchachos de la CGT, una deuda sagrada; a mí no me importa si para salvarla tengo que dejar jirones de mi vida en el camino.

Tenía que venir y he venido para darle las gracias a Perón, a la CGT, a los descamisados y a mi pueblo. A Perón, que ha querido honrarme con la más alta distinción que pueda otorgarse a un peronista y con lo que acaba de decir esta tarde, yo no terminaré de pagarle ni entregándole mi vida para agradecerle lo bueno que siempre fue y es conmigo. Nada de lo que soy ni nada de lo que pienso, es mío: es de Perón. Yo no le diré la mentira acostumbrada; yo no le diré que no lo merezco; sí, lo merezco, mi General. Lo merezco por una sola cosa, que vale más que todo el oro del mundo: lo merezco porque todo lo hice por amor a este pueblo. Yo no valgo por lo que he renunciado; yo no valgo ni por lo que soy, ni por lo que tengo. Yo tengo una sola cosa que vale, la tengo en mi corazón, me quema el alma, me duele en mi carne y arde en mis nervios. Es el amor

por este pueblo y por Perón. Y le doy gracias a usted, mi General, por haberme enseñado a conocerlo y a quererlo. Si este pueblo me pidiese la vida, se la daría cantando, porque la felicidad de un solo descamisado vale más que toda mi vida.

Tenía que venir a dar las gracias a la CGT por la distinción que significa el homenaje de laurear una condecoración que es para mí el más querido recuerdo de los trabajadores argentinos. Tenía que venir para agradecerle el que hayan dedicado los trabajadores y la CGT a esta humilde mujer este glorioso día. Y tenía que venir para decirles que es necesario mantener, como dijo el General, bien alerta la guardia de todos los puestos de nuestra lucha. No ha pasado el peligro. Es necesario que cada uno de los trabajadores argentinos vigile y que no duerma, porque los enemigos trabajan en la sombra de la traición y a veces se esconden detrás de una sonrisa o de una mano tendida. Y tenía que venir, para agradecer a todos ustedes, mis queridos descamisados de todos los rincones de la Patria, porque el 28 de septiembre ustedes han sabido jugarse la vida por Perón. Yo estaba segura que ustedes sabían—como lo han sabido— ser la trinchera de Perón. Los enemigos del pueblo de Perón y de la Patria, saben también desde hace mucho tiempo que Perón y Eva Perón están dispuestos a morir por este pueblo. Ahora también saben que el pueblo, está dispuesto a morir por Perón.

Yo les pido hoy, compañeros, una sola cosa: que juremos todos, públicamente, defender a Perón y luchar por él hasta la muerte. Y nuestro juramento será gritar durante un minuto para que nuestro grito llegue hasta el último rincón del mundo: ¡¡La vida por Perón!!

(La multitud, casi místicamente, prolongó “su juramento” por varios minutos. Luego siguió Eva:)

Que vengan ahora los enemigos del pueblo, de Perón y de la Patria. Nunca les tuve miedo porque siempre creí en el pueblo. Siempre creí en mis queridos descamisados, porque nunca olvidé que, sin ellos, el 17 de Octubre hubiese sido fecha de dolor y de amargura, porque esa fecha estaba destinada a ser de ignominia y de traición. Pero el valor de este pueblo la convirtió en un día de gloria y de felicidad.

Yo les agradezco, por fin, compañeros, todo lo que ustedes han rogado por mi salud. Se los agradezco con el corazón. Espero que Dios oiga a los humildes de mi Patria, para volver pronto a la lucha y poder seguir peleando con Perón, por ustedes y con ustedes, por Perón hasta la muerte. Yo no quise ni quiero nada para mí. Mi gloria es y será siempre el escudo de Perón y la bandera de mi pueblo y, aunque deje en el camino jirones de mi vida, yo sé que ustedes recogerán mi nombre y lo llevarán como bandera a la victoria. Yo sé que Dios está con nosotros, porque esta con los humildes y desprecia la soberbia de la oligarquía. Por eso, la victoria será nuestra. Tendremos que alcanzarla tarde o temprano, cueste lo que cueste y caiga quien caiga.

Mis descamisados: yo quisiera decirles muchas cosas, pero los médicos me han prohibido hablar. Yo les dejo mi corazón y les digo que estoy segura, como es mi deseo, que pronto estaré en la lucha, con más fuerza y con más amor, para luchar por este pueblo al que tanto amo, como lo amo a Perón. Y les pido una sola cosa: estoy segura que pronto estaré con ustedes, pero si no llegara a estar por mi salud,

cuiden al General, sigan fieles a Perón como hasta ahora, porque eso es estar con la Patria y con ustedes mismos. Y a todos los descamisados del interior yo los estrecho muy pero muy cerca de mi corazón, y deseo que se den cuenta de cuánto los amo”.

Framini, Andrés

“El 17 de Octubre de 1945 sigue vigente para la clase trabajadora argentina”.

Hasta el 17 de Octubre de 1945 los trabajadores argentinos no tuvimos una presencia protagónica en el acontecer político, aun cuando las luchas llevadas a cabo desde fines del siglo XIX contra la explotación oligárquica y los monopolios extranjeros dieran lugar a memorables páginas de heroísmo. Plaza Lorea, la Forestal, la Semana Trágica y tantos otros episodios donde criollos y gringos evidenciaron la combatividad de una clase que construyó al país, pero no gozaba de ninguno de los beneficios del tan mentado progreso reseñado por los escritores y articulistas del sistema. Era la época de “las vacas gordas y los peones flacos”, era el tiempo en que los gobernantes se jactaban de “la fortaleza” del peso argentino y de la condición de “granero del mundo” que ostentaba nuestro país, pero simultáneamente los índices de mortalidad infantil y de enfermedades como la tuberculosis evidenciaban la injusticia de un sistema fundado en la acumulación exclusiva de riquezas por parte de los grupos oligárquicos y de los consorcios extranjeros.

Los partidos de izquierda, pese a la esforzada militancia de miles de sus integrantes, no lograron plantear un proyecto nacional que sintetizara las aspiraciones del pueblo argentino. Fue por tales motivos que hacia 1943 el régimen fraudulento estaba a punto de consumir otra estafa, imponiendo la candidatura del terrateniente Robustiano Patrón Costas, sin que las fuerzas populares lograran presentar una alternativa posible en aquellas condiciones. El surgimiento de un núcleo de oficiales nacionalistas conducidos por el entonces coronel Juan Domingo Perón revierte la situación en forma inesperada para los comentaristas acostumbrados al juego de simulaciones entre los gobiernos de turno y una oposición que no acertaba ni con el diagnóstico de la crisis nacional ni mucho menos aun comprendía cuáles eran las formulas de solución adecuadas. De allí a la indiferencia de los trabajadores y los sectores populares respecto a la propaganda de lo que los peronistas caracterizamos como “partidocracia”, había muy pocos pasos. Esas resultaron ser las causas de nuestra adhesión a Perón y por tales razones lo acompañamos en la formación del Movimiento Peronista, sin entrar en la consideración de las acusaciones de todo tipo que se difundieron en aquellos días.

El 17 de Octubre de 1945 no nació por generación espontánea ni se debió al uso indiscriminado de los recursos estatales como hemos leído en alguna parte. Quienes todavía en la actualidad así piensan, parten de la base de menospreciar a los trabajadores, de confundir instrucción con sabiduría, porque los doctores (y aquí por supuesto no ataco a los miles de compañeros que en el Peronismo y otros partidos populares demostraron que su educación

universitaria estaba al servicio de la nación y de los grandes mayorías) muchas veces se destacaron por su entreguismo e incomprensión de la realidad argentina, mientras que esas masas de hombres y mujeres que no tuvieron la oportunidad de concurrir a una escuela en razón de su pobreza, integraron los ejércitos libertadores de San Martín y Belgrano, defendieron la soberanía con las montoneras federales y ya en nuestro siglo fueron “la chusma” y “los descamisados” que con Yrigoyen y Perón evitaron que nos convirtiéramos definitivamente en una colonia. El 17 de Octubre fue a mi criterio la culminación de varios hechos de suma importancia que se dan en esos dos años de actividad del coronel Perón, y fundamentalmente porque maduran las luchas obreras en un proyecto nacional-revolucionario que interpreta ese momento argentino y tira líneas para el porvenir de las próximas décadas.

Uno de los hombres que yo señalaba al rescatar a los intelectuales que trabajaron siempre por el país y respetan al pueblo en sus alcances y limitaciones –me refiero a Raúl Scalabrini Ortiz– escribía acerca de la Década Infame que precedió a la Revolución Peronista, diciendo: “Desaparecido Yrigoyen, poco tardó la impudicia oligárquica y la voracidad del capital extranjero en reconstruir la malla de su tutelaje y de su expoliación. Fueron años de extenso sufrir para los patriotas, en que las entregas y las renunciaciones se sucedían con mayor velocidad que el transcurso de los años”. Era tal cual lo que mencionaba Scalabrini. Y yo recuerdo que la vida de los trabajadores se desarrollaba en medio de las mayores penurias, sin que los poderes del Estado se preocuparan por las condiciones de salubridad, educación y

vivienda de quienes en definitiva producíamos las riquezas que tanto beneficiaban a unos pocos de acá y del extranjero. Perón fue al fondo de la cuestión social, ya que el problema fundamental de la Argentina estaba en lo social y lo político –la economía potencialmente era muy poderosa pero la cosa radicaba en quién la manejaba, al servicio de qué intereses, y cómo se distribuían los beneficios–, y cambió las reglas del juego. Por eso a los peronistas del ‘45 nos causa cierta gracia este asunto de “concertar”, “participar”, y “acordar” que oímos y leemos todos los días, porque aquí no se trata de que cualquiera de esas actitudes sean buenas o malas en sí mismas, sino que el eje de las soluciones pasa por saber para qué, en función de qué, con quiénes y en base a qué relación de fuerzas entre los trabajadores y los otros sectores vamos a “concertar”, “participar” y “acordar”. De más está decir que ningún peronista verdadero puede realizar acuerdos, impulsar concertaciones o participar juntamente con aquellos sectores que representan a los intereses económicos, sociales y políticos de la oligarquía y las transnacionales. Con todos los demás nos podremos poner más o menos de acuerdo, en tanto las cartas estén cara arriba y sobre la mesa, porque en esta política de “buena vecindad” en la que, como decía Perón, “nosotros somos los buenos y ellos son los vecinos”, sólo pueden meterse los tontos o los traidores.

Cuando los dirigentes sindicales peronistas no andábamos tanto en la televisión y sí, mucho más en las fábricas, nos reuníamos en Huerta Grande, provincia de Córdoba. En aquella ocasión dije: “¿De qué nos sirve, pues luchar puramente por aumentos de salarios? En el mejor de los

casos a los pocos días pierde su valor. Y en el peor, directamente no lo cobramos (...) Lo que a nosotros nos interesa no es ganar un salario más o menos elevado, nominalmente hablando. Lo que nos interesa es participar en el control y en el usufructo de esa diferencia entre lo que nos pagan como salarios y el valor real de lo que producimos. Aquí está el centro del problema que los ideólogos frigeristas y los aventureros del tipo de Alsogaray pretenden soslayar (...). Lo que está en crisis en nuestro país y en el mundo, es todo el sistema capitalista, basado en el lucro, en la injusticia y en la incapacidad de satisfacer las necesidades naturales y espirituales de los pueblos. Y eso no se arregla con aumentos de salarios o con algunas medidas fiscales, financieras o administrativas (...). Para esta crisis, la única solución real está en la transformación profunda de la estructura económica, financiera y jurídica; y social, política y estatal. Una transformación revolucionaria, destinada a crear una economía y una democracia social al servicio exclusivo de la comunidad argentina.”

Esos y otros principios básicos conformaban la esencia de las banderas revolucionarias del 17 de Octubre de 1945, por las cuales muchos miles de trabajadores, jóvenes, mujeres y argentinos en general, dieron sus mejores sacrificios y aún la vida. Resulta indispensable reactualizar hoy el legado revolucionario del 17 de Octubre recordando también que los tiempos se acortan y que los trabajadores y el pueblo marcharon hacia la liberación “con los dirigentes a la cabeza o con la cabeza de los dirigentes”.

Galasso, Norberto

“Venían de todas partes...”.

Los trabajadores argentinos por primera vez, han sido protagonistas esenciales en una cuestión donde se dirimió el poder. Fue la comprobación de su mayoría de edad y, sin embargo, tantos intelectuales y políticos vieron sólo el ritual y no lo profundo del proceso. “Hordas de desclasados” y “malevaje reclutado por la policía” dirá el Partido Comunista al tiempo que Américo Ghioldi pretenderá reducir el complejo conflicto social a simple controversia entre “libros y alpargatas”. Sólo un diario –*La Época* de origen yrigoyenista– acompañó a los obreros. Sólo un manifiesto –el de FORJA– se solidarizó con ellos. Sólo un periódico de izquierda –*Frente Obrero*– Comprendió que la misma masa popular que antes gritaba ¡Viva Yrigoyen! grita ahora ¡Viva Perón!, y que Perón, como antes Yrigoyen, comenzaba a expresar, más allá de las limitaciones y vacilaciones, “los intereses nacionales del pueblo argentino”.

Algunos ofrecerán reparos, seguramente, señalando lo que dejó por hacer ese frente nacional que poco después asumió el gobierno. Otros continuarán viendo sólo totalitarismo e incultura en aquel día de ‘las patas en la fuente’. Pero desde el campo popular nadie podrá negar que esa fecha concitó, y aún concita, el odio de los sectores del privilegio. Y esa es la mejor prueba del contenido profundo y auténtico de aquel 17 de Octubre de 1945.

González, Horacio

“Del 17 nos queda la sombra”.

Para un antropólogo, las fechas y cronologías quizá sean señales prescindibles. Para un político nunca podrían serlo. Decimos “1789” y viene a la memoria los cánticos triunfales, las bastillas, los Derechos del Hombre y del Ciudadano y *allons enfants*.

Decimos “1917” y entonces la memoria es ocupada por un Palacio de Invierno, por los disparos de un Acorazado a orillas del Rio Neva que no se molesta por hacer buena puntería, y por los soldados revolucionarios que trepan escaleras y encuentran la sala de reuniones ministeriales con papeles desordenados y abandonados repentinamente por los prevenidos funcionarios de Kerensky.

Digamos ahora “1945”. Si quien lo dice es argentino, está obligado a recordar puentes levantados, antorchas, Berisso y Ensenada, una mujer rubia recorriendo barriadas, una plaza llena de gente, calores veraniegos que obligan a arremangarse los pantalones a algunos ciudadanos para refrescar la pantorrilla en cierta fuente de escaso valor ornamental que hoy ya no existe, pero de gran valor simbólico.

El tiempo partido en dos

Recordar el 17 de Octubre de 1945 es encontrarse con un verdadero hecho histórico, en el sentido de que un hecho histórico está compuesto por su soporte fáctico (lo que realmente ocurrió, lo que los historiadores profesionales

investigan) y por todas las versiones que han elaborado sus protagonistas y todos los que de un modo u otro, se sienten relacionados con él. Los historiadores existen porque existen las versiones, los mitos y las leyendas.

El historiador puede preguntarse por el valor de esas creencias en las sociedades que tenían una ostensible predilección hacia el cultivo del relato mítico (y saldrán originales preguntas, como la que intenta resolver el historiador francés Paul Veyne, “¿Creían los Griegos en sus mitos?”) o ensayará despojar de ensoñaciones, de ideologías míticas y de fantasmas legendarios todo lo ocurrido en un día o en una época cualquiera.

Los argentinos creen en el 17 de Octubre del 45. Hay una versión, generalmente bien aceptada por peronistas o no peronistas, que nos conduce a pensar que en esa magna fecha, los trabajadores se incorporan con su fuerza característica al escenario de las decisiones políticas nacionales. Algunos consideraron este episodio como la “Fundación de la Argentina moderna”; otros, el punto de partida contemporáneo de la última y definitiva jornada de la “revolución nacional”; y quienes registran con mayor interés la historia del movimiento obrero argentino, mencionan obligadamente un grado mayor del “protagonismo de los trabajadores”. No son puntos de vista contradictorios. Podemos leer *El 45*, de Félix Luna. *Orígenes del Peronismo*, de Portantiero y Murmis, *La Formación de la Conciencia Nacional*, de Hernández Arregui. *Las Patas en la fuente*, de Leónidas Lamborghini o *Tierra sin nadie, tierra de profetas*, de Scalabrini Ortiz, y desde diferentes perspectivas y estilos se coincidirá que Octubre del 45 separaba el flujo histórico argentino en dos partes irreversibles. Y una quedaba atrás.

Jauretche, aquel 17, se felicitó de no ser reconocido por las multitudes trepadas en los techos de los tranvías. Eso le parecía un indicio de la eficacia de ese día. Ese “aluvión” que infundió pánico en los antiperonistas y que en el sosiego más piadoso de su gabinete de historiador le inspiró a José Luis Romero la idea de una “etapa aluvional” en la historia argentina, jauretcheanamente hablando, era una muestra de que las masas habían transformado en “fuerza material” a las filosofías agitadoras de los tribunos nacional-populares. Ahora ellos podían decir “tarea cumplida, volvemos al anonimato”. Hasta el propio Scalabrini Ortiz, que había escrito *El hombre que está solo y espera* como un canto metafísico de nostalgia y amistad entre los hombres, consideró que podía decir que los movilizados del 17 de Octubre eran los que “están solos y esperan e inician su reivindicación”. De este modo, su libro de 1931, una gema característica de la Argentina literaria, ensayística y estéticamente modernista, era reinterpretado por su propio autor, bajo el posterior contexto de la Argentina social y reivindicativa.

A la manera de Maiacovsky, el 17 de Octubre “partía los tiempo en dos”. Fraccionaba la historia... pero el corte era tan fuerte como las interpretaciones que se abalanzarían sobre él.

Tres versiones

El peronismo atraviesa por lo menos tres fases diferentes cuando se dedica a la interpretación de su Octubre fundativo. La inicial podemos hacerla coincidir con sus

primeros gobiernos. Interpretación canónica institucional, epopéyica, con barrios sublevados, marchas espontáneas y final reparador. El coronel es rescatado, deja su grado militar, pide que la multitud en Plaza de Mayo se quede estática para “fijarla en su retina”, exige desconcentración ordenada hacia el lar familiar y es adoptado por el pueblo en doble matrimonio marechaliano, uno “terrenal”, con los trabajadores que se lanzaban a demoler la Argentina oligárquica en nombre de la Argentina social y popular. Y otro “celestial”. Con Evita.

En esta interpretación, el 17 de Octubre es sorprendente, inesperado. La huelga general de la CGT, como es sabido, estaba prevista para un día después, para otro Octubre que no fue y que de haber sido sonaría así: el 18 de Octubre de 1945, un “18” que sería entonces más sindical, menos electrizante. La historia que cuenta ese primer peronismo, quiere significar dos cosas: primero, conservar la idea del 17 como una gesta de la intuición plebeya, folletinesca y socialmente avanzada. Y luego, como una sorpresa bien encauzada, como un venturoso azar que funda instituciones que después se apoderan de él y lo dejan como “hogar mítico”, como “piedra preciosa basal”, como “joya primordial” de un edificio conmemorativo y severo que crecerá oficialmente a su alrededor.

La segunda fase la podemos hacer coincidir con la etapa de la proscripción peronista, después de 1955. Es el momento de hablar de “otros 17”. El peronismo se siente “maldito”. Tiene la razón histórica a su favor, pero tropezaba con sus propias contradicciones. Adquiere conciencia de que atesora una revolución pendiente, pero de que también era portador de muchas fuerzas interiores que la inhibían.

Entonces, muchos pedirán “otro 17”. Otro día fundamental, maravilloso, otra sublevación de los subsuelos patrios, otra gesta reparativa para traer al Gran Exiliado, hacerle cruzar en triunfo un vasto océano distanciador y volver todos a casa con la felicidad jacobina, estampada en los rostros satisfechos.

¿Quiénes serían las chicas rubias de ese imaginario día, los boteros que harían cruzar riachuelos burlando los puentes traicioneros, los poetas felices de volver al anonimato, las aguas que harían el lavapiés proletario? Nunca lo supimos. Se luchó y luchamos para saberlo, y lo más parecido que hubo contuvo lluvias y corridas por descampados, marchas juveniles y sentimientos trágicos. Por diversas razones nadie volvía pletórico a su casa, ni el gran día del primer regreso, ni el día del segundo regreso, ni casi ningún otro día. Ahora podemos decirlo.

Si hubiera existido ese “otro 17”, hubiera tenido otra fecha nueva tan lumínica como esa y consagrando heroicidades, leyendas y gesta de reemplazo. Inocentemente, se pedía que el peronismo dé por finalizada su historia y comenzase otra. Pero nadie es tan lúcido o, si se quiere, tan fáustico como para sustituirse como una versión presuntamente mejor de sí mismo.

La tercera fase podemos verla en trascurso bajo nuestros ojos. Va imponiéndose el 17 conmemorativo. La efemérica patria, la fecha argentina, el lírico feriado en el calendario obrero. Los historiadores, por fin, pueden hacer tranquilos su trabajo contra el mito y sus infinitas versiones. No está mal. Los trabajadores conmemoran sus gestas, infaustas o victoriosas, cuando el calendario y las instituciones de los otros producen una brecha. Y esa brecha no se produce si

los trabajadores no se insurgen. Por eso, es en los viejos almanaques que la clase obrera inscribe sus acciones efectivas, en un día casual que la acoge y que termina en paradigma. Aquellos mártires de Chicago, un 1° de Mayo; aquella Plaza de Mayo bullendo de gente al caer la tarde, un 17 de Octubre del 45.

El texto y la sombra

Es cierto que subsisten diversas periodizaciones. El 17 de Octubre está enclavado entre dos golpes de Estado, el del 30 y el del 55. Para algunos, es más importante computar la historia nacional desde una “herida fundamental”, el golpe de 1930, mientras se pasa muy quedamente por octubre del 45. Para los peronistas, aquel golpe del 30 es una indeseable fatalidad que habría de ser reparada 15 años después, con la definitiva novedad irruptiva: los trabajadores llamados a escena y llamando a sus aliados, en un esperado y afortunado encuentro, y por eso habría un 55. Pero estas son disputas que ahora, entre una elección y otra, pueden ser saldadas.

En cuanto a los que saben de la importancia del 17, no se deben incomodar por los bronces, los museos, las plaquetas y las llamas votivas. Eso es política concentrada, historia compactada. Todo hecho histórico se da muchas veces y reclama muchas interpretaciones. Pero cuando las ideologías nacionales lo fijan y le dan la consagración de su obligatorio festejo escolar o sus guardianes del templo, suceden algunas cosas. Ese hecho deja entonces de ser misterioso, maldito, combatido o glorificado agónicamente,

para quedar liberado de su condición de mito propiciador. Restará como mito disecado, como rutinaria legitimación de una clase política, como reserva tranquila del saber monográfico.

Alguna que otra vez le surgirán revisionistas de diversos tonos ideológicos. También están previstos. Y así, el 17 de Octubre habrá cumplido su misión, señalando, conflictivamente, cual es el potencial creativo de los trabajadores argentinos.

Sin embargo, ningún hecho histórico se agota enteramente en la recolección que hacen de él los libros de textos. Porque si algo tiene el 17 de Octubre, es ser un conjunto de actos anónimos y enigmáticos de rara resistencia frente a los textos. Fueron hechos socialmente intempestivos que ningún planificador u organizador de la política después se pudo arrogar y, así, quizás ahora se pueda decir que en el calendario de las luchas sociales argentinas pesa la sombra del 17. Son luchas por una destinación más original del producto social. Por una inspiración socializada de la gestión institucional. Por una reversión creativa en las biografías grupales e individuales, por una ideología de justicia en relación a la convivencia colectiva y liberadora frente a las tramas de opresión tradicionales.

El sol del 17 fue y será merecidamente festejado. Falta saber ahora que también somos herederos de la sombra del 17, ese contorno impreciso de un día que aún no sabemos ni presentimos, pero que nos espera como un desconocido feriado en el que la historia popular y social argentina está siendo, nuevamente, arrojada a la libre transformación de los hombres y las sociedades.

Hernández Arregui, Juan José

Extractado de “Imperialismo y Cultura”.

El 17 de octubre no sólo fue una lección histórica para las fuerzas del antiguo orden sino la gigantesca voluntad política de la clase obrera. Su adhesión a un jefe no se fundó en artes demagógicas sino en las condiciones históricas maduras que rompían con las antiguas relaciones económicas del régimen de la producción agropecuaria, que superaban los programas de los partidos pequeño-burgueses de centro izquierda. La revolución política exigía la reforma social. La recuperación de la economía, enajenada en el extranjero, y la elevación del nivel de vida del hombre argentino explotado son la doble faz de un mismo fenómeno: la toma de conciencia histórica de las masas. Todo el problema político de la Argentina actual se reduce a esta irrupción consciente de los trabajadores en la historia nacional”.

Jauretche, Arturo

“Pueblo de la Revolución”.

Allí estaba la multitud retirada del foro, de la plaza pública y de la farsa del comicio. Y como no encontraba héroes nuevos, y los viejos la habían defraudado, los buscó entre los veintidós muchachos atléticos que allá abajo, en el verde de la cancha, cumplían su consigna poniendo toda la pasión en hacer su quehacer, de manera eficaz y completa (...). No había en la política en qué creer y la necesidad

de fe buscó otros derroteros y fue así que los héroes del deporte fueron los “Héroes” (...). Y, sin embargo, esto tenía que ser así. Así ha sido siempre en la historia. En el espacio de tiempo que media entre una fe que muere y una fe que nace, la frivolidad pone su imperio. Los viejos altares se van apagando y los nuevos tienen sólo una llamita incipiente, que no alumbra aún el camino de las oscuras catacumbas donde fermenta el futuro. Frívolas fueron en París las vísperas del 89. Frívolas en Petrogrado la vísperas del 17. María Antonieta jugaba a los pastores en Versailles, cuando alguien en los suburbios de París afilaba guillotinas. Y en la corte del Zar nadie presentía tras las barbas de Rasputín, el rostro lampiño de los adolescentes de la marinería de Kronstadt. Aquí también la multitud se puso de pronto en movimiento. Comenzó a mirar hacia otro lado que el verde de las canchas, cuando en la mañana del 4 de junio vio avanzar, por Blandengues al centro, la columna militar. Y fue mirando, mirando, y creyendo, creyendo. El 17 de octubre ya tenía una fe y se volcó en la calle, a la carrera. Como si bajara los tablones y los escalones de cemento. Y, porque ya tenía una fe, se quedó en la calle de guardia al lado del “Héroe” que acababa de encontrar. Y sigue estando en la calle, rumorosa en el mitin, silenciosa en el sufragio, pero siempre al lado de la fe encontrada.

Ese es el Pueblo de la Revolución que ha vuelto al foro y que hoy estará presente en la Plaza de la República. Pueblo de la Revolución ¡Salud!

Juárez, Roberto

“17 de Octubre: nacimiento del sindicalismo nacional”.

Cuando, en 1815, el entonces director supremo de las provincias Unidas del Río de la Plata, general Carlos María de Alvear, representante de la aristocracia mercantil del puerto de Buenos Aires y de los latifundistas exportadores de cueros de la provincia, se convenció que el auténtico pueblo rioplatense no se sometería a las imposiciones económicas, sociales y políticas de la ‘minoría ilustrada’, escribe y envía su famosa carta a lord Strangford, embajador inglés en Río de Janeiro, donde solicita que el Imperio Británico admita ‘...a estas provincias dentro de su protección’, agregando ‘...que vengan tropas para que impongan a los díscolos y revoltosos el orden y la civilización, pues estas provincias desean formar parte de un gran imperio inglés, recibir sus leyes, adoptar sus costumbres, participar de su prosperidad’.

Los díscolos y revoltosos eran las masas gauchas y sus caudillos que, en medio de la lucha sin pausas por la independencia, luego de cinco terribles años de desangrarse a caballo y a pie por las llanuras, los esteros, las montañas y los desiertos del ex Virreinato, veían que los doctorcitos del orgulloso puerto armaban un sistema político y económico que les daría el dominio absoluto sobre el país y su población, comprando y vendiendo lo que les pareciera, gobernando para 500 familias de la capital y la prosperidad del “capital civilizador”.

Pero la “chusma” se sublevó y, con los caudillos redentoristas al frente: Ramírez, López, Bustos, etc., derrotó al

ejército regular, bien vestido y con táctica militar a la europea, en los campos de Cepeda, sofrenando sus caballos en la Plaza Mayor, donde los ataron en los postecitos del Cabildo y la Recova Vieja. Los perfumados abogadillos de las empresas inglesas, que hacían de políticos y generales, no pudieron lucir los colores de Albion en sus uniformes y escarapelas, como aspiraban, y la Patria volvió a serlo, por obra y gracia de la “chusma”, la montonera, los compadritos, los “negros”.

La cosa se volvió a repetir 130 años después. Claro que, entonces, los abogadillos, “intelectuales”, políticos, militaritos de salón y todo el mundillo de los comerciantes de mercaderías importadas, representantes de la camisa de nylon y el coche último modelo, y el mecanismo fabuloso de la publicidad, dueños exclusivos del asfalto y la ciudad extranjerizada, eran muchos miles y contaban con la “domesticación” del pueblo, después de más de cien años de sometimiento, miseria e ignorancia. Pero con lo que más contaban era con el apoyo de los vencedores de la Segunda Guerra Mundial, que entre los escombros de Europa y la masacre de los vencidos levantaban orgullosos el estandarte de su dominación universal indiscutible. En la Argentina de 1945 tenían a su servicio a la oligarquía colonial, la misma de 1815, ahora con otros “alveares”.

Un cierto Coronel...

La “chusma” cumplía sus horas de trabajo, como siempre, silenciosamente, pero con una fundamental diferencia; desde hacía dos años, desde la flamante secretaría de Tra-

bajo y Previsión, se repartía justicia. En noviembre de 1944 se había firmado el primer convenio colectivo de trabajo; los sindicatos, en vez de ser perseguidos, eran apoyados; el trabajador era atendido en igualdad de condiciones con su patrón; el Estado, cosa insólita, dedicaba sus mejores afanes a aliviar las penurias del pobrerío y, en vez de la lacayuna idolatría a lo extranjero, se afirmaba el culto y la fe en la nacionalidad, en sus posibilidades, en sus objetivos, en sus tradiciones y en su orgullo nacional, no con palabras huecas del día de la escarapela, sino construyendo caminos, escuelas, hospitales, fábricas. etc.

Alguien ('un cierto coronel' como lo designaban *La Prensa* y *La Nación*) lanzaba esta consigna y este lema: "La única dignidad es la del trabajo". En los quebrachales del Norte, en los bosques del Sur, en los yerbatales del Noroeste y los salitrales del centro, donde dejaban su vida, pedazo a pedazo hombres oscuros de tez y sombríos de espíritu, embrutecidos por el alcohol y la explotación, había asombro: unos funcionarios jóvenes, que hablaban un nuevo lenguaje y que no estaban pagados por las empresas, instalaban unas precarias oficinas donde se leía "Secretaría de Trabajo y Previsión. Delegación Regional", desde donde se imponía la ley a los bárbaros dueños de ingenios, fábricas y latifundios. Los obreros y sus familias se juntaron por primera vez con derechos, concretados en el pago en pesos moneda nacional en cambio de los "vales de la compañía", en las ocho horas de labor; en la higiene obligatoria en el trabajo, en la protección social y asistencial.

Y así a lo largo y a lo ancho de la Nación asombrada. Por supuesto esto produjo dos reacciones profundas, filosas e irreconciliables. Por un lado, la masa de la población

respondió con su adhesión incondicional, luego de superar las primeras desconfianzas, y por el otro, el odio más irracional e invencible de las clases ricas, de los poderosos y de los dueños de la riqueza nacional. En el movimiento obrero, esta brusca mutación de las condiciones generales, este irrumpir de las generaciones de jóvenes “cabecitas negras” en todos los ámbitos del trabajo, alteró fundamentalmente los objetivos, la orientación y las directivas gremiales.

El Movimiento Obrero Nacional

Las organizaciones sindicales entraron en ebullición. Sindicatos que agrupaban apenas a 150 afiliados pasaron a 1.500, a 15.000, a 150.000 y este crecimiento desconcertó primero y abatió después a los viejos elencos dirigentes, que seguían recitando sus catecismos ideológicos, ajenos al país y a sus urgencias, mientras la multitud pasaba tumultuosa.

Este desencuentro entre los viejos elencos dirigentes, incapaces de comprender lo que sucedía, y la mentalidad de la masa, produjo la renovación de los equipos que debían conducir la nueva etapa que se abría en el movimiento obrero. La incomprensión de los antiguos dirigentes partía de su formación y ubicación mental. Ellos habían actuado siempre al frente de pequeñas organizaciones sindicales, manejándose teóricamente con esquemas ajenos a los problemas argentinos y a los dramas de los trabajadores nacionales.

Por otra parte, al alterarse profundamente la composición humana en los distintos aspectos de la actividad, pasando los argentinos, especialmente del interior del país,

a ser mayoría en la franja industrial que abarca la Capital Federal y el Litoral fluvial, era inevitable el cambio total de la estructura gremial.

Los acontecimientos que se sucedían, además, darían pronto nacimiento a un nuevo tipo de sindicalismo, no solamente nuevo en la Argentina, sino en el orden mundial. Ese sería el sindicalismo nacional, al principio confuso y balbuceante y luego coherente, poderoso y masivo.

Al producirse los hechos que van del 9 al 17 de octubre de 1945, el obrero nacional mostraría su fibra y su vigencia indiscutible. El alejamiento del gabinete que había establecido la nueva manera de conducir la política económico-social y laboral, especialmente el secretario de Trabajo y Previsión, y la certidumbre de que las conquistas obtenidas serían anuladas de inmediato, hizo que la masa trabajadora, a través de sus organizaciones gremiales, comenzara a moverse, exteriorizando sus inquietudes.

Mientras los acontecimientos políticos agudizaban cada vez más la situación, con prisión de los hombres que habían luchado por la orientación nacional y social de la revolución del 4 de junio, las fuerzas obreras no permanecerían indiferentes. Ante la inminencia de determinaciones que significarían un retroceso, el 16 de octubre, en medio de aprestos militares de uno y otro bando y el avance de los sectores más reaccionarios reflejado en la prensa oral y escrita, se reúne el Comité Central Confederal de la Confederación General del Trabajo para considerar la declaración de la huelga general en apoyo de la política social y laboral del equipo de gobierno derribado el 9 de octubre.

La nueva época

La reunión duró varias horas. La mayoría de los delegados traían mandato de oponerse a la declaración de huelga. Pero algunos hombres habían aquilatado bien de qué se trataba. En medio de la confusión advertían que se estaba jugando el porvenir de los trabajadores argentinos y que ese porvenir estaba indisolublemente ligado a la orientación económica y política que se le imprimiera al país. Uno de los dirigentes que más clara vio la situación fue Libertario Ferrari, antiguo militante anarco-sindicalista, enrolado ahora en la causa nacional. Éste, con la elocuencia y el prestigio que lo caracterizaban, volcó la situación al lograr que la mitad de la delegación que integraba y que pertenecía a la Asociación Trabajadores del Estado, apoyara la declaración de huelga general por tiempo indeterminado, que comenzaría a la cero hora del día 18 de octubre.

Esa misma madrugada del 17, cuando culminaba la reunión del C.C.C. de la C.G.T., entusiastas partidarios de la revolución se lanzaron a las fábricas y lugares de trabajo, logrando fácilmente la paralización de las tareas y volcando a los trabajadores en la calle y rumbo a la Plaza de Mayo. Al promediar la mañana, la ciudad y sus alrededores estaba copada, prácticamente, por los trabajadores, y éstos, como sus antecesores de 130 años antes, se lavaban los pies en la fuente de la antigua Plaza de Mayo, con gran escándalo de la oligarquía, sus políticos, sus diarios y sus sostenedores extranjeros. El pueblo, simple, sano y directo, no respetaba las minucias, porque su profundo respeto era para los destinos de la nacionalidad. Los que simulaban escandalizarse porque se rompían los canteros y se enturbiaba el agua de

las fuentes traicionaban los intereses concretos del pueblo argentino, preparando la consolidación de la colonia para servirla a los imperialismos triunfantes.

En esa jornada inolvidable adquirió contornos definidos y permanentes el sindicalismo nacional, cuya robustez y claro sentido de los fines sociales y nacionales del movimiento obrero lo han hecho invencible, como lo demuestran estos cinco trágicos años de persecución, fraude, intrigas, intervención y liquidación de los sindicatos, etc.

El movimiento obrero está más fuerte que nunca porque las fuerzas coaligadas de todos sus enemigos de dentro y de fuera no han podido abatirlo. Acosado por todas partes, busca el camino de la liberación nacional, que es su propia liberación, fiel a los principios, los objetivos y el espíritu del 17 de octubre del año 1945.

Han pasado 15 años y los trabajadores siguen lavándose los pies en la Plaza de Mayo, combatiendo a sus enemigos donde se encuentren y como lo aconsejen las circunstancias. Los débiles, los comprometidos y los claudicantes quedan en el camino y a quienes creen que gracias a las bayonetas, el soborno o a la represión despiadada pueden detener la marcha de la historia, el movimiento nacional les responde con lo realizado en esos 15 años y con su indomable voluntad de combatir.

Lázara, Simón

Partido Socialista Unificado.

Para nosotros el 17 de Octubre de 1945 constituyó el

instante fundamental en el peronismo porque reflejó la presión de las masas populares argentinas para proteger a su líder que los llevaría a la liberación nacional y la justicia social, aspiraciones profundamente contenidas en la revolución que comenzó esa fecha. Pero además, el 17 constituye una enseñanza histórica, porque sin los trabajadores no hay transformación de la sociedad y sin pueblo no hay revolución nacional.

Plaini, Omar

Secretario General del Sindicato de Canillitas.

El 17 de octubre de 1945 demuestra dos cosas. Una es que los trabajadores se hicieron peronistas antes que exista la estructura formal del peronismo. Salieron a pedir por su líder porque consideraban que realmente los estaban atacando a ellos. Por otro lado, comenzaba el empoderamiento de los trabajadores. Perón era el que representaba la participación en la distribución de la riqueza, los derechos colectivos, la dignificación de todos los que laburamos. El pueblo trabajador salió a la calle porque sentía que en ese líder estaban la dignidad y el protagonismo que nunca antes había tenido. Ese día fue una bisagra en la historia argentina y de ahí en adelante nace la clase trabajadora como sujeto de cambio y transformación.

Pontieri, Silverio

Secretario General de la CGT, ex dirigente del gremio de la Madera, ferroviario y luego legislador nacional.

Del año 1915 en adelante, Berisso, que albergaba los frigoríficos, era una población que vivía en viviendas de madera y zinc o simplemente de paja y barro, con sus calles intransitables con la menor lluvia, y sus cunetas de agua estancada, pestilente, competían con el olor repugnante que expelían las propias fábricas, cuando en las míseras habitaciones de fondas y viviendas –albergues– que alquilaban a los obreros se colocaban tantas camas como el espacio lo permitiera, y cada una le tocaba a dos personas que las usaban, de noche el que trabajaba de día, y de día el que trabajaba de noche; se le llamaba el sistema de ‘cama caliente’. El trabajo en los frigoríficos era bestialmente inhumano, sin horarios, sin compensación de horas extras pagadas, o con algún descanso compensatorio, sin el menor resguardo para la vida de las mujeres y hombres que trabajaban en los mismos. Con jornales que a pesar de las largas jornadas eran insuficientes para vivir; para que un hogar común pudiera satisfacer necesidades mínimas, tenía que trabajar toda la familia adulta; hasta que un día la gota rebalsó la copa y la huelga estalló. Era mucho el dolor, el sufrimiento y las penurias soportadas, y así, desorganizados y sin otros recursos que su coraje, se lanzaron a una lucha desigual, ya que los poderosos empresarios, además de contar con el apoyo del gobierno de esa época, debido a la profunda crisis de trabajo, contaban con aporte de mucha gente desocupada que, cansada de sufrir privaciones, se prestaba a sustituir a

los huelguistas y, así, éstos cayeron derrotados por la acción de piquetes armados de marinería, la bravísima policía de seguridad que tenía el entonces gobernador de la provincia Marcelino Ugarte. Hubo heridos y algún muerto lo cual ocasionó el encarcelamiento de nueve huelguistas que la justicia de clase de esa época condenó a 25 años de prisión a cada uno de ellos, o sea doscientos veinticinco años de prisión en total.

Como no pensar entonces cuál pudo haber sido el sentimiento de esos obreros cuando, años después, irrumpe en la escena nacional Juan Domingo Perón con su política social y obrera y, de repente, los oscuros intereses logran desestabilizarlo y meterlo en prisión.

¿Cómo esa agente no iba a irrumpir en la Plaza de Mayo pidiendo la libertad de Perón?

Era una consecuencia lógica, espontánea y oportuna.

Traducción de todo esto es la gesta del 17 y posteriormente las elecciones de 1946 y todas las elecciones hasta el presente, en que Berisso ha sido y es un bastión inexpugnable.

Prieto, Ramón

Hombre del campo nacional y popular. “Un rugido de triunfo subió a los cielos”.

Y el pueblo, aquel mediodía del 17 de octubre, convergía hacia la Plaza de Mayo. Las 70.000 personas que se concentraron el día 10 frente a la Secretaría de Trabajo y Previsión se habían multiplicado. Más de 200.000 traba-

jadores de todos los ramos de la producción y el consumo, que durante los últimos dos días habían peregrinado de la periferia al centro, del puerto al Hospital Militar y de ahí a la plaza, la cubrían totalmente, no dejando un solo resquicio al arrullo de las palomas. Esa multitud cruzó la fetidez del Riachuelo cuando los puentes fueron levantados y luego restituidos a su función. Todo el cinturón del Gran Buenos Aires había quedado desierto; las fábricas cerradas, los comercios vacíos, los cafés sin clientes ni mozos, las tiendas clausuradas y hasta los boliches tradicionales de las esquinas de Berisso y Ensenada, Lanús y Avellaneda, Gerli y Berazategui, tan desiertos como un campo de fútbol en día de semana.

Cuando el coronel Perón apareció en el balcón de la Casa de Gobierno un rugido de triunfo subió a los cielos. Más de 200.000 pañuelos, oscurecidos y ennoblecidos por el sudor que restañaron en las marchas de aquellos días de fiebre, saludaron a Perón. Y luego, cuando éste, con una brevedad que le imponía su propia emoción, tras agradecerles el esfuerzo y la demostración de lealtad, los instó a desconcentrarse, regresar a la normalidad de la vida cotidiana. Y tras la consigna “de casa al trabajo y del trabajo a casa”, la plaza quedó desierta. Pero la imagen de la República que mira a la Casa Rosada reverberaba con una luz que raramente la envolvió con anterioridad.

Reyes, Cipriano

Una reflexión atinada de uno de los mentores del 17 de Octubre de 1945.

Es verdad que, cuando se inició la marcha sobre Buenos Aires y avanzaba la multitud por los caminos General Belgrano y Centenario, grupos de manifestantes armados con palos y piedras en sus manos paraban a cuanto vehículo transitaba por allí, fueran carros, automóviles, colectivos y ómnibus y se hacían transportar hasta las puertas de la Capital, para congregarse con los demás. Algunos de estos conductores de vehículos se incorporaban gustosos a las caravanas y otros lo hacían bajo protesta; los demás manifestantes que iban quedando en el camino continuaban su marcha a pie. En diversos lugares se produjeron algunos desmanes como los ya relatados, lógicos e inevitables en un movimiento revolucionario de masas como el de este 17 de Octubre. Estos no fueron más que una pequeña muestra del entusiasmo liberado de la multitud, pero jamás perjudicaron al pueblo ni al país, como la sumisión y el hambre, como la negación de la justicia y el escarnio social, como los desmanes de los golpes o “revoluciones” oligárquicas-militares, que no solamente han producido violencias, saqueos y otras depredaciones, sino también torturas, persecuciones, fusilamientos en nombre de la “libertad” y los “derechos” del pueblo.

Sábato, Ernesto

Escritor e intelectual. “No hay historia sin líderes”.

Tendríamos que empezar por admitir, estoy convencido, de que esto ha sido y es una revolución, aunque muchos todavía piensen lo contrario. Tenemos en general una

idea literaria y escolar de lo que es una convulsión de esa naturaleza. Pero es una idea literaria, sobre todo en este país, donde la gente ilustrada se ha formado leyendo libros preferentemente en francés. Y, todavía hoy, ve con enorme simpatía, cada vez que llega el 14 de julio, en las vitrinas de la Embajada francesa, un descamisado tricolor tocando el bombo, rodeado por otros que vociferan y llevan trapos y banderas. Y les parece muy lindo y hasta de buen gusto, porque está en la Avenida Santa Fe y pertenece a la Embajada de Francia, sin comprender que esos hombres allí representados eran, precisamente, descamisados y que esa revolución (como todas, por otra parte) fue sucia y estrepitosa, obra de hombres en alpargatas, que golpeaban bombos y seguramente también orinaron (como los descamisados de Perón en Plaza de Mayo) en alguna plaza histórica de Francia. No veo que haya en esto nada merecedor de la sonrisa o la ironía. A mí me conmueve el recuerdo de aquellos hombres y mujeres que habían convergido sobre la Plaza de Mayo desde Avellaneda y Berisso, desde sus fábricas, para ofrecer su sangre por Perón.

No hago un juicio de valor, ignoro las intenciones que tenía este señor, puede ser que no fueran buenas. Personalmente, no tengo simpatía por Perón. Pero si fuéramos a juzgar la historia y los hechos políticos por la simpatía o la antipatía que nos merecen sus líderes, evidentemente resultaría una historia muy curiosa.

Lo cierto es que aquellas masas eran multitudes que habían sido sistemáticamente escarnecidas y apaleadas, que ni siquiera eran gente, que no eran personas. Ese concepto de 'persona', que tan profundamente la Iglesia reivindicó para el hombre y que trajo a la civilización occidental una

revolución espiritual tan trascendente. Pues bien, esa multitud de parias había encontrado un conductor, un líder que había sabido moverlas, que había sabido despertar su amor. Nada de malo veo en esta existencia de un líder. Se oye decir en este país, sobre todo en sectores de los llamados democráticos, que es malo que exista un conductor, como si eso fuera cosa de pueblos atrasados y de multitudes bárbaras o fanáticas. Lamento tener que decir que todo eso se me ocurre una tontería. Nunca ha habido, por otra parte, historia sin líderes.

Sacerdotes para el Tercer Mundo

Documento de la regional Tucumán con motivo de un nuevo aniversario del 17 de Octubre. (Amado Dip., Roque Carmona, Juan Ferrante, Antonio Cabrera).

“Como sacerdotes para el Tercer Mundo, repetidamente hemos proclamado que las angustias y esperanzas de nuestro pueblo en búsqueda de su liberación no podrán ser satisfechas sin un profundo proceso revolucionario que transforme a fondo las estructuras de nuestra sociedad. Creemos que esto solamente podrá darse por la vía de una socialización de los medios del producción, del poder económico y político y de la cultura. Esta opción la hacemos porque tenemos esperanza en la creatividad de nuestro pueblo, demostrada en el correr de nuestra historia, que, una vez liberado de las opresiones a que se ve sujeto, sabrá gestar esa nueva sociedad que queremos construir, procurando el advenimiento de un hombre nuevo (...). En la Argentina

comprobamos que la experiencia peronista y la larga fidelidad de las masas al Movimiento Peronista constituyen un elemento clave en la incorporación de nuestro pueblo a dicho proceso revolucionario. Por eso ante una fecha tan importante para el pueblo, como el XXV aniversario del 17 de Octubre de 1945, nos creemos obligados a decir nuestra palabra sobre el sentido profundo que le otorgamos, en un momento en que los derechos más fundamentales de nuestro país están proscriptos y su pueblo se ve marginado de toda participación real en las decisiones que hacen a su marcha.

Vemos en este acontecimiento la expresión profunda de un sentir de nuestro hombre argentino, reencontrándose consigo mismo, buscando ser protagonista de su propia historia, sin que sean otros los que le determinen sus normas, sea el imperialismo, sean las oligarquías nacionales o la fuerza de las armas. Sentimos que ese pueblo no lo ve solamente como un hecho pasado, sino como un jalón cubierto ya, y que debe ser profundizado más aún, en busca de una liberación mayor.

Es a nuestro pueblo, despojado, empobrecido, vilipendiado, pero nunca sometido, al que nos dirigimos: sabemos que él nos sabrá comprender, a pesar de las reacciones y los escándalos de los que viven a expensas de sus privilegios.

A ese pueblo le decimos que confíe en sí mismo, en su creatividad, que luche por el advenimiento de otro paso más adelante en la historia de nuestra patria, teniendo fe en el Dios que nos anuncia Jesucristo ya que toda la obra de Salvación es una acción de promoción y liberación de toda esclavitud.

Schmidt, Juan Carlos

Secretario de Capacitación y Formación Profesional en la CGT.

Los trabajadores argentinos somos los navegantes de la historia argentina. Empecinados en la búsqueda de la justicia social, seguimos en la travesía para llegar al puerto donde reine el amor y la igualdad. Todavía creemos que no son los tecnócratas ni los comunicadores sociales los que construyen el futuro. Por eso nos negamos a clausurar aquel 17 de octubre del '45. Porque de eso se trata, de levantar una nación dueña de su destino. Contra viento y marea al frente de aquel legado histórico, vamos a ser dignos de aquel pueblo que atravesó el Riachuelo para ingresar definitivamente en la escena nacional.

Walsh, Rodolfo

Eximio escritor. Militante montonero. “La naturaleza de las cosas... Las necesidades de la historia”.

La historia se repite, aunque nunca, del mismo modo. Nadie puede predecir con seguridad cuál ha de ser el estallido equivalente a aquel 17 de Octubre de 1945; las formas que ha de tomar ese acto de liberación, el día en que nuestros presos volverán a encabezar las columnas del pueblo, en que nuestras luchas y nuestros muertos se verán justificados. Pero ese día está inscripto en la naturaleza de las cosas, en las necesidades de la historia. Entonces el pueblo

retomará el camino interrumpido. Volverá a expulsar a los monopolistas, nacionalizará de nuevo los bancos y el comercio exterior, recuperará las riquezas entregadas al extranjero y asegurará, esta vez para siempre, la independencia, la soberanía, la justicia y la socialización de las riquezas y los bienes que nos pertenecen.

Zito Lema, Vicente

Poeta. Abogado. Militante político. “El 17 de Octubre y las mil flores del arte popular”.

Frente a un arte tradicional, encorsetado por la estética burguesa y en consecuencia cada vez más elitista y cercano al tufo de la muerte, se alzan las mil formas vivas, simultáneas y cambiantes, ese pájaro de todos los colores, cantos y brillos que es el arte popular.

Un arte que apela a los planos más profundos de la emoción. Un arte que escapa rebelde y libre de los cofres de las galerías y museos, del estuche silencioso de las bibliotecas. Un arte que como antigua flecha del destino con terrible velocidad y absoluta precisión rompe las barreras de prejuicios, de academias, de críticas cifradas y de intereses económicos que hacen de lo artístico una mercancía más, y llega al centro propio de la inocencia. Sí, un arte sin cotizaciones, que no generará prestigios sociales: una arte que, en definitiva, nos remite al origen del arte, a su función social comunitaria. Un arte anónimo, hecho por todos y dirigido al corazón de todos.

De ese árbol siempre verde y colmado que es el arte

popular, rescato hoy uno de sus frutos más preciados: las manifestaciones peronistas que ya son parte de nuestra historia como pueblo y nación, a partir del 17 de octubre de 1945.

Estas manifestaciones son hechos políticos y por lo tanto culturales, en el sentido más abarcador del vocablo, pero pueden y deben ser vistas también desde la óptica del arte. Vistas y gustadas en cuanto constituyen un verdadero alimento para reconfortar el espíritu, para sentirnos menos solos, para alejar la melancolía y la pena, para exaltarnos a fondo y hasta sin medida.

¿No han visto esos carteles y esas banderas que el viento mueve desde el este y el oeste? ¿No han cantado a pulmón lleno esas letras que desbordan de gracia y de sentido alertando sobre las traiciones y traidores y rindiendo homenaje a héroes que son nuestra guía? ¿No han marchado, no han corrido y saltado al ritmo de la más frenética percusión? ¿No han unido el calor del cuerpo y el color de la ropa a los colores y calores de otros miles y miles de hombres y mujeres en esa armonía profunda que recuerda el poniente en el campo y el alba en el río?

Todos y cada uno de los que aquella vez participaron en el primer 17 de octubre, o en los ritos de vida y de lucha que le siguieron en horas de dicha o desafío, pueden sentir a fondo el orgullo de haber sido parte única de un acto de creación colectiva. Un acto de exultante belleza, nacido en la fugacidad de un instante que se convierte en tiempo eterno, tiempo de memoria y no de olvido”.





Índice

Introducción	9
Prolegómeno	11
Perón documentado. Los pasos previos al 17 de octubre de 1945	17
Protagonistas del 17 de octubre de 1945	35
Los diarios y revistas ante el 17 de octubre de 1945	179
Conmemoraciones posteriores del 17 de octubre en la Resistencia Peronista	203
Interpretaciones diversas sobre el significado del 17 de Octubre de 1945	229





